Charles F. Lummis

Los pioneros españoles

Edición de F. G. Iglesias



MARGIN

Los pioneros españoles
Charles F. Lummis

Edición, traducción,
introducción y notas de
F. G. Iglesias

MARGIN

MARGIN – Ensayos *es una serie dedicada a la publicación de ensayos significativos, textos históricos y obras de pensamiento de distintos períodos y tradiciones.*

La colección presenta estos textos en ediciones cuidadosamente preparadas, con introducciones y notas, con el fin de favorecer una lectura rigurosa y atenta.

Los pioneros españoles

Charles F. Lummis

Edición, traducción, introducción y notas de F. G. Iglesias

MARGIN *Ensayos*

© 2026 MARGIN Todos los derechos reservados.

El aparato editorial de esta edición —incluyendo la introducción, el texto fijado y las notas explicativas— constituye propiedad intelectual del editor y de la editorial. Ninguna de estas aportaciones originales podrá ser reproducida o transmitida, total o parcialmente, por ningún medio, sin la autorización previa y por escrito.

Este volumen presenta una traducción nueva al español de The Spanish Pioneers*, establecida a partir de la sexta edición del original inglés, publicada en Chicago por A. C. McClurg & Co. en 1914, siendo el original de 1893. La traducción toma como referencia la versión española de Arturo Cuyás* —Los exploradores españoles del siglo XVI*, Barcelona, 1916— aunque la modifica ampliamente, tomando siempre el texto inglés como autoridad final. Como edición crítica, respeta íntegramente la prosa de Charles F. Lummis e incorpora criterios tipográficos modernos y un aparato de notas destinado a contextualizar su lectura para el lector contemporáneo.*

Primera edición MARGIN*.*

ÍNDICE

Introducción
Un anglosajón en defensa de España
Prólogo de Bandelier
Prefacio
Parte I
LA HISTORIA EN SU CONJUNTO: Cómo se descubrió y conquistó América
LA NACIÓN PIONERA
GEOGRAFÍA CONFUSA
COLÓN, EL DESCUBRIDOR
HACIENDO GEOGRAFÍA
EL CAPÍTULO DE LA CONQUISTA
LA VUELTA AL MUNDO
ESPAÑA EN LOS ESTADOS UNIDOS

DOS CONTINENTES DOMINADOS

Parte II

Los primeros caminantes en América

EL PRIMER CAMINANTE EN AMÉRICA

EL MÁS INTRÉPIDO CAMINANTE

LA GUERRA DE LA ROCA

EL ASALTO A LA CIUDAD EMPINADA

EL SOLDADO POETA

LOS MISIONEROS EXPLORADORES

LOS CONSTRUCTORES DE IGLESIAS EN NUEVO MÉXICO

EL SALTO DE ALVARADO

EL VELLOCINO DE ORO

Parte III

Los grandes conquistadores

1. EL PORQUERIZO DE TRUJILLO

2. EL HOMBRE IMPERTÉRRITO

3. GANANDO TERRENO

4. EL PERÚ TAL COMO ERA

5. LA CONQUISTA DEL PERÚ

6. EL RESCATE DE ORO

7. TRAICIÓN Y MUERTE DE ATAHUALPA

8. DE CÓMO SE FUNDÓ UNA NACIÓN. SITIO DE CUZCO

9. OBRA DE TRAIDORES

Introducción

UN ANGLOSAJÓN EN DEFENSA DE ESPAÑA

I. El libro y el hombre

En el otoño de 1884, un joven periodista de veinticinco años salió a pie de Cincinnati con destino a Los Ángeles. Cruzó a lo largo de ciento cuarenta y tres días más de cinco mil kilómetros de territorio americano, se rompió un brazo en el camino y no se detuvo por eso. Se llamaba Charles Fletcher Lummis, había estudiado en Harvard, y lo que vio durante aquel viaje —los pueblos indios del suroeste, las misiones de adobe, los vestigios de una civilización que los libros de texto anglosajones ignoraban— le cambió la vida entera.

The Spanish Pioneers se publicó en Chicago en 1893, cuando Lummis tenía treinta y cuatro años. Era ya un hombre de reputación consolidada en el periodismo y en los círculos intelectuales del oeste americano, amigo personal de Theodore Roosevelt desde sus

tiempos de Harvard, defensor público de los derechos de los indios pueblo, y uno de los pocos escritores de su generación que conocía el suroeste de primera mano y en profundidad. El libro llegó avalado por el prólogo de Adolph Bandelier, el etnólogo suizo-americano que era entonces la mayor autoridad científica sobre la historia de los pueblos indígenas de América del Norte, y cuya firma garantizaba a los lectores cultivados que las tesis de Lummis tenían fundamento documental.

El argumento central del libro es sencillo y contundente: los conquistadores y misioneros españoles hicieron en América una obra sin paralelo en la historia de la exploración humana, y la historiografía anglosajona los había ignorado o difamado sistemáticamente por razones de prejuicio racial y religioso. Lummis lo dice con todas las letras en el prefacio, dirigiéndose a sus compatriotas: los libros de texto ingleses no mencionan al primer hombre que circunnavegó el globo —un español—, ni al que descubrió Brasil —un español—, ni al que descubrió California —un español—, ni a los centenares de españoles que fundaron ciudades a mil millas tierra adentro mientras los colonos anglosajones aún no habían abandonado la costa atlántica.

Lo notable no es solo el argumento, sino quién lo hace. Lummis era un hijo de la Nueva Inglaterra puritana, descendiente espiritual de los mismos peregrinos del Mayflower a quienes dedica varias páginas de ironía calibrada. Su defensa de la hispanidad no venía del resentimiento de un vencido ni del patriotismo de un español, sino de algo más difícil de desestimar: la honestidad intelectual de un anglosajón que había visto con sus propios ojos lo que España había construido en América y se negaba a seguir callando.

II. El momento histórico: 1893

El año de publicación de *The Spanish Pioneers* tiene su propia carga simbólica. En 1893 se celebraba el cuarto centenario del

descubrimiento de América, y la Exposición Universal de Chicago —la llamada *World's Columbian Exposition*— congregó a millones de visitantes en torno a una celebración que era, entre otras cosas, una declaración de poder de los Estados Unidos como herederos legítimos del continente. En ese contexto cultural, reivindicar la primacía española en la exploración y colonización de América era un acto de disidencia historiográfica.

La historiografía dominante en el mundo anglosajón llevaba décadas construyendo una imagen de la conquista española como empresa de codicia, crueldad y fanatismo religioso. Los grandes historiadores románticos del siglo XIX —William Prescott ante todo, pero también Washington Irving— habían popularizado esa visión con una prosa brillante y una erudición real que hacía difícil rebatirlos. Prescott había escrito sobre Cortés y sobre Pizarro con simpatía hacia los personajes pero con un subtexto constante de superioridad protestante y anglosajona: los españoles eran héroes trágicos atrapados en una civilización inferior. Lummis leyó a Prescott con cuidado y lo cita con frecuencia, pero su libro es en parte una respuesta sistemática a esa visión.

La otra influencia intelectual decisiva es la llamada *New School of American History*, el grupo de historiadores y etnólogos que desde los años 1870 estaba revisando la historia de América con metodología científica en lugar de narrativa romántica. Bandelier era su figura más eminente, y Lummis era su divulgador más eficaz. Lo que la escuela proponía era radical para la época: estudiar a los indios como lo que eran —pueblos con organizaciones sociales complejas y propias, no prototipos del noble salvaje rousseauniano— y estudiar a los conquistadores españoles con los mismos criterios que se aplicarían a cualquier otra empresa histórica, sin el filtro del prejuicio confesional.

The Spanish Pioneers es un libro escrito en ese espíritu: rigoroso en sus fuentes, apasionado en sus juicios, y completamente ajeno a la neutralidad artificial. Lummis no pretende escribir desde ninguna objetividad ficticia. Escribe desde una posición declarada: la convicción de que la exploración española fue «la empresa humana más grande, más larga y más admirable de toda la historia», y que

negarla o minimizarla es una injusticia que él, como americano que conoce el suroeste, está obligado a corregir.

III. Qué dice el libro y dónde acierta

El libro se divide en tres partes. La primera ofrece una panorámica general de la exploración y conquista española de América, desde Colón hasta la fundación de las misiones del suroeste. La segunda recoge la historia de exploradores y misioneros singulares —Cabeza de Vaca, fray Juan de Padilla, Gaspar Pérez de Villagrán, los constructores de iglesias en Nuevo México— con el énfasis puesto en el suroeste del actual territorio de los Estados Unidos. La tercera, la más extensa, está dedicada a Francisco Pizarro y a la conquista del Perú.

Los argumentos más sólidos del libro son también los más incómodos para la narrativa anglosajona de su época. Lummis demuestra con datos concretos que los españoles construyeron universidades en América antes de que existiera Harvard, que las leyes españolas de protección a los indios no tenían equivalente en ninguna otra legislación colonial del siglo XVI, que los misioneros franciscanos del suroeste levantaron más de medio centenar de iglesias de piedra en Nuevo México un siglo antes de que hubiera un solo sajón en toda América interior. La comparación con Plymouth Rock —que aparece varias veces en el libro con una ironía que el lector anglosajón de 1893 debía sentir con cierta incomodidad— sigue siendo históricamente impecable.

El libro tiene también sus limitaciones, que una edición crítica honesta debe señalar. Algunas de las tesis de Lummis sobre la organización social inca, influidas por el método etnológico de Bandelier, son excesivamente reduccionistas: la arqueología posterior ha demostrado que el Tahuantinsuyo tenía formas de organización territorial y redistribución económica más complejas de lo que el capítulo «El Perú tal como era» sugiere. Las figuras de Prescott e

Irving quedan algo caricaturizadas en beneficio del argumento. Y la prosa de Lummis, apasionada y vigorosa, tiene momentos de exaltación que el lector moderno reconoce como propios del género del ensayo militante más que de la historia académica. Son límites comprensibles en un libro de 1893 escrito para el gran público americano, y no disminuyen la solidez del argumento central.

IV. La leyenda negra y su combate: una tradición viva

Lummis no fue el primero en defender la obra de España en América, y desde luego no fue el último. Su libro se inscribe en una larga tradición de historiadores y pensadores que han combatido la llamada Leyenda Negra —el relato sistemático de la conquista española como empresa de exterminio y barbarie, construido sobre todo por las potencias protestantes del norte de Europa a partir del siglo XVI y perpetuado hasta hoy con notable tenacidad—.

En el ámbito hispano, esa tradición tiene nombres fundamentales. Carlos Pereyra (1871-1942), historiador mexicano radicado en España, dedicó décadas a la reivindicación del legado español en América con una erudición y un rigor que le ganaron el reconocimiento de los académicos más exigentes de su tiempo. Su libro *La obra de España en América*, publicada en 1923, es un antecedente directo de muchas de las tesis que hoy defiende la corriente hispanista, y su figura —un mexicano que eligió España como patria intelectual y cuya biblioteca donó al morir al Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo— encarna paradójicamente mejor que nadie la vocación hispanoamericana que el libro de Lummis anticipa. MARGIN ha recuperado su obra en esta misma colección.

La tradición hispanista tiene también su dimensión anglosajona y académica, representada sobre todo por Herbert Eugene Bolton, el historiador de Berkeley que en las primeras décadas del siglo XX

desarrolló la tesis de las *Borderlands*: la idea de que el suroeste de los Estados Unidos era territorio formado por la civilización española mucho antes de la llegada de los anglosajones, y que ignorar ese sustrato era falsificar la historia del continente. Bolton, discípulo intelectual de la escuela que Bandelier representaba, es en cierto modo el heredero académico del proyecto que Lummis popularizó.

La discusión, sin embargo, está lejos de ser un asunto del pasado. En las últimas décadas la historiografía hispanista ha experimentado un renacimiento notable, con obras que han alcanzado audiencias masivas y reavivado el debate sobre el legado de España en América con nuevos argumentos y nueva energía. El hito más visible de este renacimiento es *Imperiofobia y leyenda negra* (Siruela, 2016) de María Elvira Roca Barea, el ensayo de historia más vendido de la última década en España, con treinta y nueve ediciones y traducido a varias lenguas. Roca Barea sitúa la hispanofobia dentro de un fenómeno universal —la imperiofobia, el resentimiento sistemático hacia las grandes potencias— y demuestra con un aparato documental formidable que el relato negativo sobre España no nació de los hechos sino de la propaganda deliberada de sus rivales europeos, principalmente los Países Bajos e Inglaterra, cuyo propio historial colonial hace ridícula cualquier posición de superioridad moral.

Desde el otro lado del Atlántico ha llegado una voz igualmente vigorosa: la de Marcelo Gullo Omodeo, politólogo e historiador argentino que en su trilogía *Madre patria* (2021), *Nada por lo que pedir perdón* (2022) y *Lo que América le debe a España* (2023) ha construido un alegato hispanista de vocación continental, dirigido tanto al público español como al hispanoamericano. Gullo desmonta punto por punto los clichés sobre la conquista, recuerda que la gran mayoría de la población mestiza de México desciende de los pueblos que los aztecas subyugaban y devoraban, y argumenta que pedir perdón por la conquista equivale a validar una falsificación histórica que ha servido durante siglos para debilitar el mundo hispánico. Sus libros han superado los veinticinco mil ejemplares de venta y han encontrado lectores en ambas orillas.

Borja Cardelús, con *La civilización hispánica* (EDAF, 2018) y con *América hispánica: La obra de España en el Nuevo Mundo* (2025), ofrece una síntesis del legado material y cultural de España en América —urbanismo, ganadería, lengua, música, derecho, evangelización— que es la más completa disponible en castellano.

El fenómeno más llamativo de este renacimiento, sin embargo, ha sido la irrupción del formato audiovisual en el debate. El documental *España, la primera globalización* (2021), dirigido por José Luis López-Linares con la participación de casi cuarenta historiadores de varios países, reunió setenta mil espectadores en salas de cine —cifra extraordinaria para un documental histórico— y más de un millón doscientas mil personas en televisión y plataformas digitales. Inspirado directamente en la lectura de Roca Barea, el film aborda la contribución española a la primera economía global con rigor y accesibilidad. Su continuación, *Hispanoamérica, canto de vida y esperanza* (2024), rodada en Ecuador, Perú, Bolivia, México y España, profundiza en los tres siglos de historia común entre la península y el continente americano, con las figuras de Isabel la Católica, doña Marina y la Virgen de Guadalupe como ejes narrativos. Las dos películas juntas representan el esfuerzo de divulgación hispanista más importante de las últimas décadas.

Esta corriente tiene también representantes en otras lenguas. Stanley G. Payne, el hispanista norteamericano de la Universidad de Wisconsin considerado el mayor especialista vivo en historia de España, ha publicado *En defensa de España: Desmontando mitos y leyendas negras* (2017) con una autoridad académica que el mundo anglosajón difícilmente puede ignorar. El historiador sueco Sverker Arnoldsson rastreó hace décadas los orígenes de la leyenda negra en su obra *Los orígenes de la leyenda negra española*, demostrando que la imagen de España como potencia bárbara se construyó en Italia antes de que la conquista de América diera nuevos argumentos a la propaganda. Iván Vélez, en *Sobre la leyenda negra*, ha analizado sus mecanismos de transmisión en la modernidad. Alberto G. Ibáñez ha sumado *La leyenda negra: Historia del odio a España*. La lista crece cada año.

Lo que Lummis hizo en 1893 —ponerse del lado de la verdad histórica frente al prejuicio dominante, con datos y con pasión— es exactamente lo que estos autores siguen haciendo un siglo y treinta años después. Que el debate continúe con esta intensidad demuestra que el problema que Lummis identificó sigue sin resolverse del todo: la Leyenda Negra tiene la vida larga de los mitos útiles, y cada generación necesita sus propios refutadores.

***

El texto base de esta edición es la sexta impresión de *The Spanish Pioneers*, publicada en Chicago por A. C. McClurg & Co. en 1914 con el copyright original de 1893, que es la que el lector interesado en el original inglés encontrará en los grandes repositorios digitales. Para la traducción española hemos partido de esa edición, pero sin ignorar el trabajo de Arturo Cuyás, cuya versión barcelonesa de 1916 —publicada bajo el título Los exploradores españoles del siglo XVI— es un texto de calidad notable para su época y ha prestado ocasionalmente soluciones léxicas y sintácticas que merecían conservarse. La presente traducción, sin embargo, es una elaboración nueva: el inglés de Lummis ha sido la autoridad permanente, y la traducción de 1916 ha servido de contrapunto útil más que de modelo a seguir. Allí donde la versión de Cuyás funcionaba bien, la hemos mantenido con retoques mínimos; allí donde sonaba arcaica, forzada o alejada del original, hemos vuelto al texto inglés sin concesiones.

En cuanto a las notas originales del propio Lummis, he optado por suprimirlas en esta edición española. Son en su mayoría llamadas al lector anglosajón de 1893 sobre pronunciación o datos que el texto ya explica, y su presencia en el cuerpo de la obra interrumpía el ritmo narrativo sin añadir información que el aparato crítico de esta edición no cubra con más profundidad y pertinencia. El lector que quiera acercarse al texto de Lummis en su integridad original encontrará la edición crítica en inglés publicada por MARGIN, donde las notas del autor están conservadas y comentadas.

F. G. Igleisas

Editor y creador de Margin

Prólogo de Bandelier

Los conceptos que en este libro se exponen han encontrado ya su lugar en la literatura histórica, pero constituyen una base enteramente nueva para una obra de alcance popular. Por serlo, quizás quienes no hayan seguido de cerca los avances recientes de la investigación científica pongan en duda su exactitud. Puedo afirmar que los juicios y afirmaciones que contiene son rigurosamente correctos, y que estoy dispuesto a defenderlos desde el terreno de la ciencia histórica.

Lo digo no solo por el aprecio personal que profeso al autor, sino muy especialmente por los méritos de la obra y por el valor que tiene para los jóvenes de esta generación y de las venideras.

A. F. Bandelier[1]

1. Adolph Francis Alphonse Bandelier (1840-1914), etnólogo e historiador suizo-americano, es la figura intelectual que más directamente respaldó la tesis de Lummis. Discípulo del geógrafo y naturalista Alexander von Humboldt en la tradición de la investigación empírica sobre América, Bandelier consagró décadas al estudio arqueológico y documental del suroeste de los Estados Unidos y de la América española, combinando el trabajo de campo con el análisis de fuentes coloniales en archivos mexicanos y españoles. Su aval al libro de Lummis no era una cortesía amistosa: constituía el respaldo de la comunidad científica emergente a una tesis que hasta entonces había sido patrimonio de la polémica y no de la ciencia.

Prefacio

Porque creo que todo joven sajón-americano ama la justicia y admira el heroísmo tanto como yo, me he decidido a escribir este libro. La razón de que no hayamos hecho justicia a los pioneros españoles es, sencillamente, que hemos sido mal informados. Su historia no tiene paralelo, pero nuestros libros de texto no han reconocido esa verdad, si bien ahora ya no se atreven a disputarla. Gracias a la nueva escuela de historia americana vamos aprendiendo esa verdad, que todo americano de sentimientos varoniles se alegrará de conocer. En este país de hombres libres y valientes, el prejuicio de raza —la más crasa de todas las ignorancias humanas— debe desaparecer [1]. Debemos respetar la hombría más que la nacionalidad, y admirarla por lo que vale dondequiera que la hallemos; y la hallaremos en todas partes. Los hechos que sostienen al mundo no provienen de una sola raza. Podemos haber nacido en cualquier lugar —eso es un mero accidente—; pero para llegar a ser héroes debemos crecer por medios que no son accidentes ni provincialismos, sino patrimonio y gloria de la humanidad.

Amamos la valentía, y la exploración de las Américas por los españoles fue la más grande, la más larga y la más prodigiosa serie de hazañas que registra la historia. En mi juventud no le era posible a un muchacho anglosajón aprender esa verdad; aun hoy es sumamente difícil, si es que acaso se puede. Convencido de que es inútil buscar en los libros de texto ingleses —en uno o en todos— una imagen fiel de los héroes españoles del Nuevo Mundo, me propuse que ningún otro joven americano amante del heroísmo y de la justicia tuviese que andar a tientas en la oscuridad tanto tiempo como me ha sucedido a mí. Y de los siguientes atisbos de la historia más apasionante que existe, el lector habrá de agradecerme menos a mí que a ese amigo de ambos, A. F. Bandelier, maestro de la Nueva Escuela[2]. Sin la luz que este aventajado discípulo del gran Humboldt[3] ha arrojado con su erudición sobre los primeros tiempos de América, este libro no habría podido escribirse, ni yo lo habría escrito sin su generosa ayuda personal.

Charles F. Lummis

1. La frase tiene un alcance que va más allá de la reivindicación hispanista. Lummis escribe en 1893, en pleno auge del darwinismo social y de las teorías raciales anglosajona, que presentaban la conquista española como la obra de una raza inferior sobre pueblos aún más inferiores. Su apelación a la justicia racial es, en ese contexto, una posición intelectualmente audaz, coherente con su labor como defensor de los derechos de los indígenas del suroeste —fue fundador de la Sociedad para la Preservación de las Misiones de California y defensor activo de los pueblos nativos ante la administración federal—.
2. La expresión alude al grupo de historiadores y etnólogos que, a partir de la década de 1870, renovaron el estudio del pasado americano sobre bases documentales y arqueológicas, en contraposición a los grandes narradores románticos del XIX —Prescott, Irving, Bancroft— cuya influencia Lummis combate explícitamente en el cuerpo del libro. Bandelier era su figura más representativa. La «Nueva Escuela» anticipó lo que más tarde Herbert Eugene Bolton sistematizaría como historia de las «Borderlands», la zona fronteriza hispánica de América del Norte, restituyendo al mundo de habla inglesa el conocimiento de una presencia española de más de tres siglos en el actual territorio de los Estados Unidos.
3. Alexander von Humboldt (1769-1859), naturalista y geógrafo prusiano, realizó entre 1799 y 1804 el viaje científico más ambicioso de su época por los territorios españoles de América, y quedó profundamente impresionado por la magnitud de la obra española en el Nuevo Mundo. Sus declaraciones sobre los establecimientos científicos de México —que calificó de superiores a los de cualquier ciudad de los Estados Unidos— constituyen uno de los testimonios externos más valiosos en la tradición historiográfica hispanista que Lummis invoca. Bandelier, formado en esa tradición, trasladó el rigor empírico de Humboldt al estudio específico de la América española del norte.

Parte I

LA HISTORIA EN SU CONJUNTO: Cómo se descubrió y conquistó América

LA NACIÓN PIONERA

Es ya un hecho establecido que los navegantes nórdicos habían descubierto América del Norte y realizado algunas expediciones a sus costas mucho antes que Cristóbal Colón. El historiador que hoy considere ese descubrimiento nórdico como un mito, o como algo incierto, confiesa no haber leído nunca las *Sagas*. Aquellos hombres del Norte llegaron, y hasta acamparon en el Nuevo Mundo antes del año 1000; pero no hicieron más que acampar. No fundaron poblaciones y prácticamente nada añadieron al conocimiento del mundo; nada hicieron para merecer el título de pioneros. El honor de dar América al mundo pertenece a España: no solo el del descubrimiento, sino el de siglos de exploración que ninguna otra nación ha igualado en parte alguna. Es una historia fascinante, a la que nuestra historiografía ha hecho hasta ahora escasa justicia. El rigor histórico era una ciencia desconocida hasta hace apenas un siglo, y la opinión pública estuvo durante largo tiempo trabada por los juicios estrechos y las falsas conclusiones de los estudiosos de gabinete. Algunos de estos hombres fueron no solo escritores íntegros, sino también de gran atractivo; pero su misma popularidad

no hizo sino propagar sus errores más ampliamente. Su tiempo ha pasado, y empieza a brillar una luz nueva. Ningún estudioso se atreve ya a citar a Prescott o a Irving —ni a ninguno de su escuela— como autoridades históricas; hoy se los tiene únicamente por brillantes narradores de ficción[1]. Queda aún por hacer que alguien logre para las verdades de la historia americana la misma popularidad que alcanzaron las fábulas, y quizá pase mucho tiempo antes de que aparezca un Prescott de la exactitud; pero entretanto quisiera ayudar a los jóvenes americanos a hacerse con una comprensión general de las verdades sobre las que se construirán los relatos futuros. Este libro no es un tratado histórico: es simplemente un jalón que señala el punto de vista correcto, la idea de conjunto —desde la cual quienes tengan interés podrán avanzar con mayor seguridad al estudio de los detalles, mientras que quienes no puedan ir más lejos tendrán al menos una comprensión cabal del capítulo más romántico y más repleto de hazañas que contiene la historia de América—.

No se nos ha enseñado a apreciar cuán asombroso fue que una sola nación mereciera una parte tan abrumadora del honor de descubrir América; y sin embargo, cuando se examina el asunto, resulta algo verdaderamente sorprendente. Había un gran Viejo Mundo lleno de civilización: de pronto se halló un Nuevo Mundo, el descubrimiento más importante y prodigioso que registran los anales de la humanidad. Era lógico suponer que la magnitud de ese hallazgo habría despertado por igual la inteligencia de todas las naciones civilizadas, y que todas habrían acudido con el mismo afán a aprovechar lo que entrañaba para la humanidad. Pero lo cierto es que no fue así. En términos generales, todo el espíritu de empresa de Europa se concentró en una sola nación, que no era precisamente la más rica ni la más poderosa. Una nación tuvo prácticamente para sí la gloria de descubrir y explorar América, de transformar por entero la geografía del mundo y de renovar el conocimiento y el comercio durante siglo y medio. Y esa nación fue España.

Un genovés fue, en efecto, el descubridor de América; pero vino como español —desde España, con la fe española, el dinero español, en barcos españoles y con marineros españoles—, y cuanto encontró lo tomó en nombre de España. Piénsese en qué reino tenían entonces Fernando e Isabel, además de su pequeño jardín en Europa: la mitad de un mundo desconocido, en el que hoy habitan decenas de naciones civilizadas, y en cuya inmensa extensión la nación más nueva y grande no es sino un rincón. ¡Qué vértigo se habría apoderado de Colón si hubiera podido entrever la inconmensurable planta cuyas semillas, por nadie adivinadas, sostenía aquella hermosa mañana de octubre de 1492!

Fue España también quien envió al florentino de fortuna a quien un impresor alemán convirtió en padrino de medio mundo: un hombre del que no estamos siquiera seguros de que llegara a ver esas tierras, y al que desde luego no corresponde mérito alguno en su descubrimiento. Dar el nombre de Américo Vespucio a América fue una injusticia nacida de la ignorancia, que hoy nos parece ridícula; pero, en todo caso, fue España quien envió a aquel que dio su nombre al Nuevo Mundo.

Colón no hizo mucho más que descubrir América, lo cual era ya gloria suficiente para una vida. Pero en la nación que hizo posible su empresa no faltaban héroes capaces de continuar la obra que ese descubrimiento abría. Pasó un siglo entero antes de que los anglosajones parecieran despertar lo suficiente para reconocer que existía de veras un Nuevo Mundo, y en ese siglo la flor de España acumuló prodigios de acción. Fue la única nación europea que no dormitó. Sus exploradores encorazados recorrieron México y el Perú, se apoderaron de sus riquezas incalculables e hicieron de esos reinos partes inalienables de España. Cortés había conquistado y estaba colonizando un país salvaje una docena de veces mayor que Inglaterra —muchos años antes de que la primera expedición de habla inglesa hubiera visto siquiera la costa donde habría de fundar colonias en el Nuevo Mundo—, y Pizarro realizó una obra todavía mayor. Ponce de León había tomado posesión para España de lo que hoy es uno de los estados de nuestra Unión una generación antes de que los sajones vieran esas regiones. Aquel primer viajero de

América del Norte —Álvar Núñez Cabeza de Vaca— había cruzado a pie el continente desde Florida hasta el golfo de California medio siglo antes de que nuestros antepasados pisaran nuestro suelo. Jamestown, el primer asentamiento inglés en América del Norte, no se fundó hasta 1607, y para entonces los españoles estaban ya sólidamente establecidos en Florida y Nuevo México, dueños absolutos de un vasto territorio al sur. Habían descubierto, conquistado y en parte colonizado el interior de América —desde el noreste de Kansas hasta Buenos Aires, y de océano a océano—. La mitad de los Estados Unidos, todo México, Yucatán, América Central, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Perú, Chile, Nueva Granada y una enorme extensión además eran españoles para cuando Inglaterra había conseguido unas pocas hectáreas en el extremo más próximo de América.

Difícilmente podría el lenguaje exagerar la enorme ventaja de España sobre todas las demás naciones en la exploración del Nuevo Mundo. Fueron españoles quienes primero vieron y recorrieron el mayor golfo del mundo; españoles quienes descubrieron los dos grandes ríos; españoles quienes encontraron el mayor océano; españoles quienes supieron por primera vez que existían dos continentes americanos; ¡españoles quienes dieron por primera vez la vuelta al mundo! Fueron españoles quienes se abrieron camino hasta el interior más remoto de nuestras propias tierras —y de todas las del sur—, y fundaron sus ciudades a mil millas de la costa mucho antes de que el primer anglosajón pisara el litoral atlántico. Aquel primitivo afán español de *explorar y descubrir* era poco menos que sobrehumano. Un pobre teniente español con veinte soldados atravesó un desierto indescriptible y contempló la mayor maravilla natural de América y del mundo —el Gran Cañón del Colorado— tres siglos enteros antes de que ojos «americanos» lo vieran. Y lo mismo ocurrió desde Colorado hasta el cabo de Hornos. El heroico, intrépido e imprudente Balboa hizo aquella terrible caminata a través del istmo, descubrió el océano Pacífico, construyó en sus orillas los primeros barcos fabricados en las Américas, surcó aquel mar desconocido, y llevaba muerto más de medio siglo cuando Drake y Hawkins lo vieron por primera vez.

La falta de recursos de Inglaterra, la desmoralización que siguió a las Guerras de las Rosas y las disensiones religiosas fueron las principales causas de su apatía en aquella época. Cuando sus hijos llegaron por fin al extremo oriental del Nuevo Mundo dejaron un historial meritorio; pero nunca se vieron obligados a afrontar penalidades tan inconcebibles ni peligros tan interminables como los que habían afrontado los españoles. El territorio que conquistaron era salvaje, ciertamente, pero fértil, bien arbolado, bien regado y abundante en caza; mientras que el que domaron los españoles era un desierto tan terrible como ninguna conquista humana había sometido antes ni ha sometido desde entonces, poblado por tribus salvajes con las que los modestos guerreros del rey Felipe no podían compararse, como tampoco puede compararse un zorro con una pantera. Los apaches y los araucanos quizá no habrían sido más que otros indios de haberse trasladado a Massachusetts; pero en sus propios y sombríos territorios eran los enemigos más mortíferos que los europeos encontraron jamás[2]. Por un siglo de guerras indias en el este hubo tres siglos y medio en el suroeste. En una sola colonia española —en Bolivia— los indios mataron en una sola matanza a tantos colonos como habitantes tenía la ciudad de Nueva York cuando empezó la guerra de la Independencia. Si los indios del este hubieran arrasado veintidós mil colonos en una sola carnicería, como los de Sorata, habría llegado bien entrado el siglo XIX antes de que las diezmadas colonias pudieran soltar los lazos que las unían a la madre patria y constituirse en nación independiente.

Cuando se sabe que el mejor libro de texto inglés no menciona siquiera el nombre del primer navegante que dio la vuelta al mundo —un español—, ni el del explorador que descubrió Brasil —otro español—, ni el de quien descubrió California —español también—, ni los de los españoles que descubrieron y colonizaron por primera vez lo que hoy son los Estados Unidos; y que contiene otras cien omisiones igualmente flagrantes y cien narraciones históricas tan falsas como inexcusables son las omisiones, se comprende que ya es hora de hacer mayor justicia que nuestros padres a un asunto que debería ser del mayor interés para todo americano cabal.

Los españoles no fueron solo los primeros conquistadores del Nuevo Mundo y sus primeros colonizadores, sino también sus primeros civilizadores. Construyeron las primeras ciudades, abrieron las primeras iglesias, escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías, y trajeron los primeros misioneros; y antes de que en Nueva Inglaterra hubiera un periódico digno de ese nombre, México ya había hecho un ensayo —¡y en el siglo XVII!—

Una de las cosas más admirables de esta exploración española —casi tan notable como la exploración misma— fue el espíritu humanitario y progresivo que la caracterizó de principio a fin. Ciertas historias que han perdurado pintan a esa nación de héroes como cruel con los indios; pero lo cierto es que la conducta de España en ese terreno debería avergonzarnos. La legislación española en favor de los indios fue incomparablemente más extensa, más comprensiva, más sistemática y más humana[3] que la de Gran Bretaña, las Colonias y los actuales Estados Unidos juntos. Aquellos primeros maestros enseñaron la lengua española y la fe cristiana a mil indígenas por cada uno al que nosotros dimos una nueva lengua y una nueva religión. Desde 1524 hay en América escuelas españolas para indios. Para 1575 —casi un siglo antes de que hubiera imprenta en la América inglesa— se habían publicado en la ciudad de México libros en doce lenguas indígenas distintas, mientras que en nuestra historia la Biblia india de John Eliot[4] es un caso único; y tres universidades españolas llevaban casi un siglo de existencia cuando se fundó Harvard[5]. Una proporción sorprendentemente grande de los pioneros de América eran hombres de estudios, y la inteligencia marchó de la mano del heroísmo en los primeros tiempos del Nuevo Mundo.

1. William Hickling Prescott (1796-1859) y Washington Irving (1783-1859) son las dos figuras tutelares de la historiografía romántica norteamericana sobre España y América. Las obras de Prescott —*Historia de la conquista de México* (1843) y *Historia de la conquista del Perú* (1847)— dominaron durante décadas la imagen que el mundo anglosajón tenía de la empresa española, con una narrativa de gran brillantez literaria pero construida sobre fuentes secundarias y atravesada por prejuicios antiespañoles que el autor no siempre reconocía como tales. Irving, por su parte, publicó en 1828 una *Vida y viajes de Cristóbal Colón* que contribuyó decisivamente a fijar el mito del descubridor solitario enfrentado a una Iglesia oscurantista. Que Lummis los descarte en 1893 como novelistas disfrazados de historiadores es una posición audaz y correcta; la historiografía científica posterior los ha tratado con mayor matiz, reconociendo su valor literario mientras corrige sus tesis de fondo.
2. La comparación es retóricamente efectiva pero merece una matización. Lummis subestima la resistencia de algunas tribus del este norteamericano —las guerras de la Confederación Iroquesa, la guerra del rey Felipe (1675-1676)— y sobrevalora la excepcionalidad apache y araucana. Lo que sí es históricamente exacto es la escala y la duración: la guerra arauco-española, que comenzó en 1536 y no cesó definitivamente hasta 1883, es el conflicto armado más largo entre europeos e indígenas en la historia de América, y su prolongación está en el origen de una de las literaturas épicas más notables del mundo hispánico, *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569-1589).
3. Es uno de los argumentos centrales del libro, y uno de los más sólidamente fundados. Las Leyes de Indias —corpus legislativo que se fue formando desde las Leyes de Burgos (1512) hasta la gran recopilación de 1680— constituyen el sistema jurídico de protección de poblaciones indígenas más elaborado que ninguna potencia colonial produjo en los siglos modernos. Su origen intelectual está en la Escuela de Salamanca —Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Bartolomé de las Casas— y en la Controversia de Valladolid (1550-1551), el único debate de la historia en que una potencia colonial cuestionó formalmente ante un tribunal teológico-jurídico la legitimidad moral de su propia conquista. Que las leyes no siempre se cumplieran —como el propio Lummis reconoce— no invalida su existencia ni su alcance: el derecho que protege al débil, aunque se viole, crea precedente y conciencia; el derecho que no existe no puede siquiera invocarse.
4. John Eliot (1604-1690), ministro puritano de Massachusetts, tradujo la Biblia completa a la lengua massachusett y la publicó en 1663: fue el primer libro impreso en una lengua indígena de América del Norte. Lummis la cita como el único precedente anglosajón comparable a la ingente producción editorial española en lenguas indígenas, y el contraste es devastador: mientras en México se imprimían desde 1539 gramáticas, catecismos y vocabularios en náhuatl, mixteco, otomí y otras lenguas, la América inglesa tardó más de un siglo en producir un solo libro en lengua nativa, y ese libro fue obra de un solo hombre, no de una política de Estado.
5. La Universidad de San Marcos de Lima fue fundada en 1551; la Real y Pontificia Universidad de México, también en 1551; la de Santo Tomás de Aquino, en Santo Domingo, en 1538. Harvard data de 1636. El contraste no es solo cronológico: las universidades hispanoamericanas nacieron con la vocación explícita de formar a los hijos de los colonos y, en algunos casos, a mestizos e indígenas, dentro de un proyecto civilizador que no tenía

equivalente en las colonias inglesas, donde la educación superior tardó décadas en arraigar y nunca contempló a los nativos como destinatarios.

GEOGRAFÍA CONFUSA

La menor de las dificultades que se presentaban a los descubridores del Nuevo Mundo era la formidable travesía que entonces había que hacer para llegar a él. Si aquellas tres mil millas de mar desconocido hubieran sido el principal obstáculo, la civilización lo habría superado siglos antes. Fueron la ignorancia humana —más honda que el Atlántico— y la cerrazón —más tempestuosa que sus olas— quienes cerraron durante tanto tiempo el horizonte occidental de Europa. Sin ellas, el propio Colón habría descubierto América diez años antes; es más, América no habría tenido que esperar tanto a que Colón la descubriera. Es verdaderamente curioso que la mitad más rica del planeta jugara al escondite durante tanto tiempo con la civilización, y que la encontraran al fin, por pura casualidad, quienes buscaban algo completamente distinto. Si América hubiera esperado a ser descubierta por alguien que fuera en busca de un nuevo continente, quizá seguiría esperando.

A pesar de que mucho antes que Colón varios navegantes errantes de media docena de razas distintas habían llegado ya al Nuevo Mundo, lo cierto es que no dejaron huella en América ni aportaron

provecho alguno a la civilización; y Europa, hallándose al borde mismo del más grande de los descubrimientos y de los sucesos más importantes de la historia, ni siquiera lo soñó. El propio Colón no tenía la menor idea de la existencia de América. ¿Sabe el lector qué iba a buscar al poniente? *Asia*. [1]

Las investigaciones de los últimos años han modificado profundamente la imagen que nos habíamos formado de Colón. La tendencia de la generación anterior era convertirlo en semidiós —una figura histórica sin tacha, perfecta, toda nobleza—. Era un disparate, pues Colón no era más que un hombre, y todos los hombres, por grandes que sean, están lejos de la perfección. La generación actual tiende al extremo opuesto: despojarle de toda cualidad heroica y presentarle como un pirata impune y un accidente despreciable de la fortuna, de modo que corremos el riesgo de quedarnos sin Colón. Pero eso es tan injusto como lo primero, y tan poco científico. En su propio campo, Colón fue un hombre grande a pesar de sus defectos, y nada despreciable. Para comprenderle hay que hacerse primero una idea general de la época en que vivió. Para calibrar en qué medida fue el inventor de la gran idea, hay que averiguar cuáles eran entonces las concepciones del mundo y cuánto lo ayudaron o lo entorpecieron.

En aquellos tiempos remotos, la geografía era un asunto verdaderamente curioso. Un mapamundi de entonces sería algo que muy pocos de nosotros reconoceríamos; pues todos los sabios del orbe sabían menos de la topografía del mundo que un escolar de ocho años hoy. Se había convenido, por fin, en que la tierra no era plana sino redonda —aunque esa noción fundamental tampoco era aún muy antigua—, pero nadie vivo sabía de qué estaba compuesta la mitad del globo. Al occidente de Europa se extendía el «Mar de las Tinieblas», y más allá de un trecho corto nadie sabía qué era ni qué contenía. La declinación de la brújula era aún incomprendida. Todo era conjetura y tanteo. Las pequeñas e inseguras embarcaciones de la época no se atrevían a perder de vista la costa, pues no disponían de nada fiable que las guiara de regreso; y hará reír saber que una de las razones por las que temían aventurarse en el ancho mar

occidental era el miedo a traspasar inadvertidamente el límite del océano y precipitarse al vacío con barco y tripulación. Aunque sabían que la tierra era esférica, la atracción de la gravedad era algo ni siquiera imaginado, y se daba por sentado que quien avanzara demasiado por la superficie del globo acabaría desprendiéndose de él.

Con todo, era creencia general que en aquel mar desconocido había tierra. Esa idea llevaba creciendo más de mil años: ya en el siglo II de la era cristiana se tenía la impresión de que existían islas más allá de Europa. En tiempos de Colón, los cartógrafos ponían en sus burdos mapas un buen número de islas hipotéticas dispersas por el Mar de las Tinieblas. Más allá de ese enjambre de islas se suponía que se encontraba la costa oriental de Asia, y no a enorme distancia, pues el tamaño real del globo se calculaba en una tercera parte menos de lo que mide. La geografía estaba en sus primeros balbuceos, pero atraía la atención y el estudio de muchos eruditos ilustrados para su tiempo. Cada uno vertía sus conjeturas en mapas que diferían asombrosamente entre sí.

Pero en algo todos coincidían: *hacia el occidente había tierra.* Unos decían que unas pocas islas, otros que millares; pero todos convenían en que había tierra. Colón, pues, no inventó la idea: era un supuesto compartido mucho antes de que él naciera. La cuestión no era si existía un Nuevo Mundo, sino si era posible o practicable alcanzarlo sin caer por el borde o toparse con peligros igualmente funestos. El mundo decía que no; Colón decía que sí —y ahí residía su grandeza—. No fue un inventor, sino un realizador; y aun lo que realizó en el terreno físico fue menos admirable que su fe. No tuvo que convencer a Europa de que existía un nuevo país: tuvo que creer él mismo que podía llegar hasta él, y su fe en sí mismo y su terca determinación de hacer creer a los demás constituyeron la verdadera grandeza de su carácter. Hacía falta menos temple para ofrecer la prueba definitiva que para convencer al mundo de que no era una locura intentarlo.

Cristóbal Colón —así lo llamamos; en su época era más conocido como Colón— nació en Génova, Italia, hijo de Domenico Colombo, cardador de lana, y de Susana Fontanarossa. El año de su

nacimiento no es seguro; probablemente fue hacia 1446. De su infancia no sabemos nada, y bien poco de sus primeros años en general, aunque es cierto que fue activo, arrojado y muy estudioso. Se dice que su padre lo envió por un tiempo a la Universidad de Pavía, pero sus estudios allí no debieron de durar mucho. El propio Colón nos dice que se hizo a la mar a los catorce años. Como marinero, pudo continuar los estudios que más le interesaban: la geografía y materias afines. Los detalles de sus primeros viajes son muy escasos, pero parece cierto que llegó a Inglaterra, Islandia, Guinea y Grecia —lo que entonces hacía de un hombre un viajero incomparablemente más singular que una vuelta al mundo hoy—, y con ese conocimiento ensanchado de hombres y tierras fue adquiriendo el dominio de la navegación, la astronomía y la geografía que en aquella época era posible alcanzar.

Es tentador especular sobre cómo y cuándo concibió Colón una idea de semejante trascendencia. No debió de ser sino siendo ya un hombre maduro y con experiencia: no solo como experto navegante, sino por su conocimiento de lo que otros marinos habían hecho. Las islas Madeira y las Azores llevaban más de un siglo descubiertas. El príncipe Enrique, el Navegante —gran patrono de las primeras exploraciones—, enviaba expediciones por la costa occidental de África, pues por entonces ni siquiera se sabía qué era la parte inferior de ese continente. Esas expediciones fueron de gran ayuda para Colón y contribuyeron a ampliar el conocimiento del mundo. Es casi seguro también que, durante su estancia en Islandia, debió de oír algo de las leyendas de los navegantes nórdicos que habían estado en América. Dondequiera que fuese, su mente perspicaz encontraba algún nuevo estímulo —directo o indirecto— para la gran resolución que casi inconscientemente se iba formando en su ánimo.

Hacia 1473, Colón llegó a Portugal, donde hizo conocimientos que influyeron en su porvenir. Con el tiempo contrajo matrimonio con Felipa Moñiz, que fue la madre de su hijo y cronista Diego. Hay mucha incertidumbre respecto a su vida conyugal y no se sabe si fue un esposo ejemplar o todo lo contrario. Por sus propias cartas consta que tuvo otros hijos además de Diego, pero no se tienen más noticias de ellos. Parece ser que su esposa era hija del capitán

conocido como «el Navegante», cuyos servicios fueron recompensados nombrándole primer gobernador de la recién descubierta isla de Porto Santo, cerca de Madeira. Lo más natural del mundo fue que Colón fuera a visitar a su intrépido suegro; y quizá fue durante esa estancia en Porto Santo cuando empezó a dar forma concreta a su colosal proyecto.

Tratándose de un hombre como aquel «genovés que buscaba un mundo», una resolución así, una vez formada, era como flecha de púas: muy difícil de arrancar. Desde ese día no tuvo descanso. La idea central de su vida fue «*¡Hacia el occidente! ¡Hacia Asia!*», y comenzó a trabajar para hacerla realidad. Se asegura que, con intención patriótica, se apresuró a ofrecer primero sus servicios a su tierra natal. Pero Génova no andaba en busca de nuevos mundos y rechazó el ofrecimiento. Entonces expuso sus planes a Juan II de Portugal. Al rey Juan le encantó la idea; pero un consejo de sus hombres más sabios le aseguró que el plan era ridículamente temerario. Aun así, envió después una expedición secreta que, una vez perdida de vista la costa, se descorazonó y regresó sin resultado. Cuando Colón tuvo noticia de esta traición, se indignó de tal modo que partió inmediatamente hacia España, donde logró interesar a varios nobles y, finalmente, a los propios reyes en sus audaces esperanzas. Pero después de tres años de honda deliberación, una junta de geógrafos y astrónomos dictaminó que su plan era absurdo e irrealizable: no era posible llegar hasta las islas. Desalentado, Colón se puso en camino hacia Francia; pero tuvo la fortuna de detenerse en un monasterio de Andalucía, donde logró interesar al guardián, Juan Pérez de Marchena. Este fraile había sido confesor de la reina y, gracias a su urgente intercesión, los reyes llamaron al fin a Colón, quien regresó a la Corte. Sus planes habían crecido tanto en su mente que estaba casi desquiciado, y parecía olvidar que sus descubrimientos eran solo una esperanza y no un hecho consumado. Tenía, sin duda, valor y perseverancia; pero en aquella ocasión hubiéramos querido verle algo más modesto. Cuando el rey le preguntó en qué condiciones emprendería el viaje, respondió: «Que se me nombre almirante antes de partir; que se me haga virrey de todas las tierras que descubra, y que se me dé una décima parte de

todas las ganancias». ¡Desmedidas pretensiones, en verdad, las del pobre hijo de un cardador de Génova ante el rey de España!

Fernando rechazó en el acto aquella audaz exigencia; y en enero de 1492, Colón estaba ya camino de Francia para probar allí fortuna, cuando le alcanzó un mensajero que le hizo regresar a la Corte. Muy grande es nuestra deuda con la reina Isabel, pues gracias a su interés personal, Colón tuvo la oportunidad de descubrir el Nuevo Mundo. Cuando todos los hombres de ciencia fruncían el ceño y los ricos negaban su apoyo, la fe inquebrantable de una mujer —ayudada por la Iglesia— salvó la Historia [2].

Mucho se ha escrito en pro y en contra de esa gran reina, con igual falta de razón. Algunos han querido hacer de ella una santa inmaculada —empresa harto difícil tratándose de un ser humano—, y otros la retratan como una mujer codiciosa, mercenaria y nada admirable. Ambos extremos son igualmente ilógicos e injustos; pero el último es el más grave. La verdad es que todos los caracteres tienen más de una faceta, y tanto en la historia como en la vida real hay pocas figuras que puedan santificarse o condenarse en absoluto. Isabel no era un ángel; era una mujer, con sus debilidades como todas las mujeres. Pero era una mujer notable, una gran mujer, que merece nuestro respeto tanto como nuestra gratitud. Su carácter resiste la comparación con el de la «buena reina Isabel» de Inglaterra, y ha dejado un nombre mucho más grande en la historia. No fueron la ambición sórdida ni la codicia lo que la llevó a prestar oídos al descubridor de mundos. Fue la fe, la simpatía y la intuición de una mujer —que tantas veces han cambiado el curso de la historia y dado pie a las proezas de tantos héroes, quienes habrían muerto desconocidos si hubieran confiado en la simpatía más lenta, más fría y más interesada de los hombres—.

Isabel tomó la iniciativa y asumió la responsabilidad. Tenía un reino propio, y su real esposo Fernando no creyó prudente comprometer las fortunas de Aragón en empresa tan descabellada: bien podía ella costear los gastos con cargo al reino de Castilla. Parece que Fernando lo veía con indiferencia; pero su reina —rubia, de ojos azules, cuyo rostro apacible ocultaba un gran valor y una

firme determinación— acogió el proyecto con entusiasmo. Se concedieron al genovés las condiciones que imponía, y el 17 de abril de 1492 Sus Majestades y Colón firmaron uno de los documentos más importantes en que se ha puesto la pluma[3]. Si el lector pudiera ver ese precioso convenio, probablemente no adivinaría de quién es el autógrafo que figura al pie, pues el jeroglífico de la firma de Colón pondría hoy en un serio aprieto al director de cualquier entidad bancaria. Las condiciones de este famoso contrato eran las siguientes:

1.º Que Colón y sus herederos tuviesen a perpetuidad el cargo de almirante en todas las tierras que llegara a descubrir.

2.º Que él sería virrey y gobernador general en dichas tierras, con voz en el nombramiento de sus gobernadores subalternos.

3.º Que reservara para sí una décima parte de todo el oro, la plata, las perlas y demás tesoros que adquiriese.

4.º Que él y su lugarteniente fueran los únicos jueces, junto con el gran almirante de Castilla, en los asuntos comerciales del Nuevo Mundo.

5.º Que tendría el privilegio de contribuir con una octava parte a los gastos de cualquier otra expedición enviada a las nuevas tierras, con derecho a percibir entonces una octava parte de los beneficios.

Es lástima que la conducta de Colón en España no estuviera libre de una doblez que redundaba en su descrédito[4]. Entró al servicio de España el 20 de enero de 1486. El 5 de mayo de 1487 los reyes le dieron tres mil maravedíes «por un servicio secreto hecho a Sus Majestades», y durante el mismo año recibió ocho mil maravedíes más. Y, no obstante, después de esto ofreció secretamente sus servicios al rey de Portugal, quien en 1488 le escribió a Colón ofreciéndole la libertad del reino a cambio de las exploraciones que hiciera en favor de Portugal. Pero esto no llegó a realizarse.

Es probable que el lector conozca mejor el viaje en sí —aquel viaje que duró unos pocos meses, pero cuya realización le costó al valeroso genovés casi veinte años de desaliento y oposición—. Fueron esos años de lucha incesante para convencer al mundo de su insondable certeza lo que mostró el carácter de Colón más

claramente que todo cuanto hizo después de que el mundo creyó en él.

Superadas por fin las dificultades de obtener el consentimiento y el permiso oficial, no quedaba otro obstáculo que organizar la expedición. Era un asunto serio: pocos estaban dispuestos a embarcarse en una empresa que se tenía por una locura. A falta de voluntarios, hubo finalmente que reunir la tripulación por orden de la Corona; y con su nao la *Santa María* y sus dos carabelas la *Niña* y la *Pinta*, tripuladas por hombres renuentes, estuvo al fin listo para hacerse a la mar el descubridor de un mundo.

1. La afirmación de Lummis no es solo correcta sino que resulta más relevante hoy de lo que era en 1893. Colón murió convencido de haber llegado a las costas orientales de Asia —a lo que él llamaba las Indias—, y nunca reconoció haber descubierto un continente desconocido. Sus cálculos, basados en la *Imago Mundi* del cardenal Pierre d'Ailly y en las cartas del cosmógrafo florentino Paolo dal Pozzo Toscanelli, subestimaban la circunferencia terrestre en aproximadamente una tercera parte, lo que hacía plausible que el Atlántico pudiera cruzarse con las provisiones disponibles. Que tuviera razón en la practicabilidad del viaje y error en el destino es una de las grandes ironías de la historia.
2. Lummis atribuye a Isabel la decisión sin matizarla suficientemente. El papel de Fernando fue más activo de lo que el relato romántico —que tiende a presentarle como escéptico o indiferente— suele reconocer. Fue Fernando quien negoció directamente con los reyes de Portugal y Francia para cerrar el flanqueo diplomático que hacía urgente el proyecto colombino, y su firma en las Capitulaciones de Santa Fe es tan determinante como la de su esposa. La historiografía actual tiende a ver la empresa colombina como una decisión conjunta de los Reyes Católicos, en el marco de una política exterior coordinada que buscaba contrarrestar la expansión portuguesa en el Atlántico.
3. Las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas en el campamento militar desde el que los Reyes Católicos dirigían el asedio final a Granada, son efectivamente uno de los documentos fundacionales de la historia moderna. Su nombre proviene de la ciudad-campamento que Isabel y Fernando habían hecho construir frente a Granada —ciudad de trazado en damero con plaza central, antecedente directo del modelo urbano que los españoles exportarían después a toda América—. El hecho de que las Capitulaciones se firmaran apenas dos meses y medio antes de la rendición de Granada no es anecdótico: la empresa americana nació en el momento exacto en que se cerraba la larga empresa de la Reconquista, como si España necesitara de inmediato un nuevo horizonte hacia el que proyectar su energía.
4. El episodio de las negociaciones paralelas de Colón con Portugal mientras recibía financiación española es históricamente cierto y Lummis lo trata con llamativa ecuanimidad. La carta de Juan II a Colón de marzo de 1488, conservada en el Archivo de Simancas, prueba que los contactos continuaron después de que Colón se pusiera al servicio de Castilla. Que Lummis lo mencione es honesto; que no lo use para atacar a Colón —cosa que sí habría hecho con un español en circunstancias análogas— revela el tono generoso, aunque a veces desigual, de su apología de la empresa española.

COLÓN, EL DESCUBRIDOR

Colón zarpó del puerto de Palos el viernes 3 de agosto de 1492, a las ocho de la mañana, al mando de ciento veinte españoles. El lector ya sabe cómo él y su valiente camarada Pinzón sostuvieron el ánimo de una marinería cada vez más desalentada, y cómo en la mañana del 12 de octubre avistaron tierra por fin. No era el continente americano —que Colón no vería hasta casi ocho años después—, sino la isla de Watling. Fue aquel viaje el más largo que hombre alguno había emprendido hacia el poniente, e ilustraba de manera muy característica el estado del saber de la época. Cuando los navegantes observaron las variaciones de la aguja magnética, concluyeron que lo que se desviaba no era la aguja sino la estrella polar. Colón estaba quizá tan bien informado como cualquier otro geógrafo de su tiempo, pero llegó a la serena conclusión de que la causa de ciertos fenómenos era que estaba navegando sobre una *protuberancia de la tierra*. Esta convicción se acentuó en su viaje posterior al Orinoco, cuando detectó una deformidad aún mayor y dedujo que el mundo debía de tener forma de pera. Vale la pena recordar que, de no haber sido por un cambio accidental de rumbo,

los navegantes habrían entrado en la corriente del Golfo y habrían sido arrastrados hacia el norte —en cuyo caso lo que hoy son los Estados Unidos se habría convertido en el primer campo de la conquista española—.

El primer hombre blanco que vio tierra en el Nuevo Mundo fue un simple marinero llamado Rodrigo de Triana, aunque el propio Colón había divisado una luz la noche anterior. Aunque es probable —como verá el lector más adelante— que Cabot avistara el continente americano antes que Colón (en 1497), fue Colón quien descubrió el Nuevo Mundo, tomó posesión de él en nombre de España y fundó incluso las primeras colonias europeas en su suelo: en diciembre de 1492 construyó y pobló con cuarenta y tres hombres un pueblo al que llamó La Navidad, en la isla de Santo Domingo —La Española, como él la llamaba—. Y de no haber sido porque Colón había ya descubierto el Nuevo Mundo, Cabot nunca habría zarpado.

Los exploradores navegaron de isla en isla y encontraron cosas notables. En Cuba, adonde llegaron el 26 de octubre, descubrieron el tabaco —desconocido hasta entonces para la civilización— y la igualmente desconocida batata. Estos dos productos, cuyo valor ningún explorador temprano supo apreciar, habrían de ser factores mucho más importantes para los mercados y el bienestar del mundo que todos los tesoros más deslumbrantes. También la hamaca, con su nombre, fue un regalo de este primer viaje a la civilización.

En marzo de 1493, tras un regreso azaroso, Colón se hallaba de nuevo en España comunicando la portentosa nueva a Fernando e Isabel y mostrándoles sus trofeos: oro, algodón, aves de vistoso plumaje, plantas y animales raros, y hombres aún más extraños, pues llevaba nueve indios —los primeros americanos en hacer un viaje a Europa—. Su país adoptivo colmó a Colón de honores. Debía de ser un espectáculo hermoso el de aquel alto, fornido, tostado y ya canoso nuevo grande de España, cabalgando con esplendor casi regio junto al rey, ante una corte admirada.

La reina —grave y de maneras elegantes— se interesó profundamente por los descubrimientos realizados y se mostró entusiasta en preparar los siguientes. El Nuevo Mundo la atrajo con fuerza, tanto por razones intelectuales como por su propia

sensibilidad; y en cuanto a los aborígenes, se entregó con sincero empeño a planear su bienestar. Una vez que Colón hubo probado que era posible navegar por el globo sin caer al vacío por el borde, no faltaron imitadores. Había cumplido su obra de genio —fue el explorador que abrió el camino—, y su gran misión había concluido. De haberse detenido ahí, habría dejado un nombre mucho más grande; pues en todo lo que vino después estaba menos dotado para su tarea.

Se preparó con urgencia una segunda expedición, y el 25 de septiembre de 1493 Colón volvió a zarpar —esta vez con mil quinientos españoles en diecisiete naves, con animales y pertrechos para colonizar su Nuevo Mundo—. Y entonces también, con órdenes estrictas de la Corona de cristianizar a los indios y de tratarlos siempre bien, Colón trajo a los primeros misioneros a América: doce en total[1]. El admirable cuidado de España por las almas y los cuerpos de los pueblos que durante tanto tiempo se opusieron a su entrada en el Nuevo Mundo comenzó pronto y no decayó jamás. Ninguna otra nación concibió ni llevó adelante una política indigenista tan noble como la que España mantuvo sobre sus posesiones occidentales durante cuatro siglos[2].

El segundo viaje se realizó entre mil dificultades. Algunos barcos eran inservibles y hacían agua, y las tripulaciones tuvieron que achicarlos sin descanso.

Colón desembarcó por segunda vez en el Nuevo Mundo el 3 de noviembre de 1493, en la isla de Dominica. Su colonia de La Navidad había sido destruida, y en diciembre fundó la ciudad de La Isabela. En enero de 1494 erigió allí la primera iglesia del Nuevo Mundo; en esa misma estancia construyó también el primer camino.

Como se ha dicho, los primeros viajes a América no eran tan difíciles como el lograr siquiera la oportunidad de hacerlos, y los riesgos del mar no eran nada comparados con los que aguardaban tras el desembarco. Fue entonces cuando Colón entró en las tribulaciones que ensombrecieron el resto de una vida gloriosa. Por grande que fuera su genio como explorador, fue un colonizador desafortunado; y aunque fundó las primeras cuatro ciudades del

Nuevo Mundo, solo le trajeron sinsabores. Sus colonos de La Isabela no tardaron en amotinarse, y San Tomás, que fundó en Haití, no le deparó mejor fortuna. Los rigores de la exploración continua por las Antillas acabaron por quebrantar su salud, y estuvo enfermo en La Isabela cerca de medio año. De no haber sido por su audaz y hábil hermano Bartolomé —del que tan poco se habla—, quizá no habríamos oído hablar tanto de Colón.

En 1495, el justificado descontento de la Corona con la ineptitud del primer virrey del Nuevo Mundo llevó al envío de Juan Aguado con plena comisión para inspeccionar la situación. Esto fue más de lo que Colón podía soportar; y dejando a Bartolomé como adelantado —cargo sin equivalente hoy, que designaba al oficial al mando en jefe de una expedición de descubridores—, Colón se apresuró a regresar a España para restablecer su crédito ante los soberanos. Al volver a América cuanto antes, descubrió por fin el continente —el de América del Sur— el 1 de agosto de 1498, aunque al principio lo tomó por una isla y lo llamó Zeta. Poco después, sin embargo, llegó a la desembocadura del Orinoco, cuya poderosa corriente le demostró que procedía de un continente.

Abatido por la enfermedad, regresó a La Isabela para encontrar que sus colonos se habían rebelado contra Bartolomé. Colón aplacó a los amotinados enviándolos a España con un grupo de esclavos —acto que no le honra y que solo los tiempos pueden disculpar—. La reina Isabel, indignada ante semejante barbaridad, ordenó que los pobres indios fueran liberados[3] y envió a Francisco de Bobadilla, quien en 1500 arrestó a Colón y a sus dos hermanos en La Española y los remitió encadenados a la Península. Colón recuperó pronto el favor de la Corona y Bobadilla fue destituido; pero eso fue el fin de Colón como virrey del Nuevo Mundo. En 1502 emprendió su cuarto viaje, descubrió la Martinica y otras islas, y en 1503 fundó su cuarta colonia, a la que dio el nombre de Belén. Pero la adversidad se cerraba sobre él. Tras más de un año de grandes penalidades y angustias, regresó a España, donde murió el 20 de mayo de 1506.

Los restos del descubridor de un mundo recibieron sepultura en Valladolid, pero fueron trasladados varias veces a distintos lugares.

Se afirma que sus cenizas yacen hoy, junto a las de su hijo Diego, en una capilla de la catedral de La Habana; aunque esto es dudoso. No está en absoluto claro que los preciados restos no fueran retenidos e inhumados en la isla de Santo Domingo, a donde sin duda llegaron desde España. En todo caso, se hallan en el Nuevo Mundo —en paz, al fin, en el seno de la América que descubrió—.

Colón no fue ni un hombre perfecto ni un canalla, aunque alternativamente se le haya retratado como ambas cosas. Fue un hombre notable y, para su época y su oficio, un hombre bueno. Poseía, junto a la fe del genio, una energía y una tenacidad prodigiosas, y llevó adelante con gran obstinación una idea que a nosotros nos parece naturalísima, pero que al mundo de entonces le parecía absurda. Mientras se mantuvo en la profesión en que había sido formado —y en la que probablemente no tenía par en su tiempo —, sus hechos fueron portentosos. Pero cuando, tras medio siglo como marinero, se convirtió de pronto en virrey, vino a ser el proverbial «marino en tierra»: se perdió por completo. En sus nuevas funciones fue poco práctico, tozudo y hasta perjudicial para la colonización del Nuevo Mundo. Se ha puesto de moda acusar a la Corona española de ingratitud hacia Colón; pero es injusto: la culpa estuvo en sus propios actos, que hicieron necesarias y justificadas las medidas de la Corona. No fue buen administrador, ni tuvo la rectitud moral sin la cual ningún gobernante puede ganarse el honor. Sus fracasos no nacieron de la bellaquería sino de ciertas debilidades y de una inadaptación general a las nuevas funciones para las que era demasiado mayor[4].

Conservamos muchos retratos de Colón, pero probablemente ninguno se le parece. En su época era desconocida la fotografía, y no consta que se le retratara del natural. Los retratos que han llegado hasta nosotros fueron hechos, con una sola excepción, después de su muerte, y todos de memoria o a partir de descripciones de su semblante. Se le representa como hombre alto e imponente, de aspecto severo, ojos grises, nariz aguileña, mejillas coloradas y pecosas y cabello cano; gustaba de llevar el tosco hábito gris de los misioneros franciscanos. Nos quedan algunas de sus

cartas originales, con su notable firma, y un boceto que se le atribuye.

---

1. El segundo viaje de Colón —diecisiete naves, mil quinientos hombres, animales domésticos, semillas y aperos agrícolas— es el viaje que los historiadores llaman «de poblamiento» para distinguirlo del primero, «de descubrimiento». La instrucción de los Reyes Católicos a Colón de tratar bien a los indios y evangelizarlos no era retórica: anticipaba la política que años después quedaría codificada en las Leyes de Burgos (1512) y, finalmente, en las Leyes de Indias. Que los doce misioneros franciscanos del segundo viaje viajaran junto a herreros, carpinteros, labradores y artesanos de toda clase dice mucho sobre las intenciones reales de la Corona: no una factoría costera al modo portugués, sino la implantación de la civilización española con todo su bagaje material y espiritual.
2. Afirmación que Lummis sostiene con razón de fondo, aunque requiere matiz. La política de la Corona fue efectivamente la más avanzada de su tiempo en la protección jurídica de los indígenas; pero la distancia entre la ley y su aplicación fue frecuentemente enorme, como el propio Lummis reconoce en otros capítulos. Lo que distingue el caso español no es solo la bondad de los intenciones sino algo más singular: la existencia de un debate público, sostenido y documentado, sobre la legitimidad moral de la conquista. Ese debate —cuya expresión más célebre fue la Controversia de Valladolid de 1550— no tiene equivalente en ninguna otra potencia colonial de la modernidad.
3. El episodio es históricamente exacto y significativo. Cuando en 1495 Colón envió a España varios centenares de indios taínos para ser vendidos como esclavos, Isabel intervino personalmente para que fueran devueltos a sus tierras, declarando que los indios eran súbditos libres de la Corona de Castilla y no podían ser esclavizados. Esta decisión, recogida luego en su testamento de 1504, es el punto de partida doctrinal de toda la legislación protectora del indio americano. Que fuera una mujer y una reina quien frenara el primer intento de esclavización sistemática en el Nuevo Mundo es un hecho que la historiografía anglosajona ha tendido a silenciar.
4. El juicio de Lummis sobre Colón es uno de los más equilibrados de su época, y sigue siendo válido en sus líneas generales. La historiografía posterior ha añadido un matiz importante: la crisis del gobierno de Colón en La Española no fue solo personal sino también estructural. El modelo de factoría comercial que Colón intentó imponer —heredado de su experiencia con los portugueses en Guinea— era incompatible con el proyecto colonizador de los Reyes Católicos, que querían poblamiento permanente y evangelización, no extracción de recursos y esclavitud. El conflicto entre Colón y la Corona fue, en el fondo, un conflicto entre dos concepciones radicalmente distintas de lo que debía ser América.

HACIENDO GEOGRAFÍA

Mientras Colón navegaba de un lado a otro del océano —entre el Viejo y el Nuevo Mundo por él descubierto— y construía ciudades y daba nombre a futuras naciones, Inglaterra parecía casi dispuesta a entrar en juego. Toda Europa se conmovió pronto con las extrañas noticias llegadas de España. Inglaterra actuó a través de un veneciano conocido como Sebastián Cabot. El 5 de marzo de 1496 —cuatro años después del descubrimiento de Colón— Enrique VII de Inglaterra expidió una patente a «Juan Gabote, ciudadano de Venecia» y sus tres hijos, autorizándoles a navegar hacia el poniente en un viaje de exploración. Juan y su hijo Sebastián salieron de Bristol en 1497 y al amanecer del 24 de junio de ese mismo año avistaron el continente americano —probablemente la costa de Nueva Escocia—, pero nada más hicieron. Tras su regreso a Inglaterra, murió el viejo Cabot. En mayo de 1498 emprendió Sebastián su segundo viaje, que probablemente lo llevó hasta la bahía de Hudson y varios centenares de millas costa abajo. Pocas probabilidades hay de que llegara a ver parte alguna de lo que hoy son los Estados Unidos. Era un navegante del norte tan consumado

que los trescientos colonos que llevó consigo perecieron de frío en pleno julio.

Inglaterra no trató bien a su único explorador temprano, y en 1512 Cabot entró al servicio, más agradecido, de España. En 1517 salió hacia las posesiones españolas de las Antillas, y en ese viaje le acompañó un inglés llamado Tomás Pert. En agosto de 1526 volvió a zarpar Cabot con otra expedición española, con rumbo al Pacífico —ya descubierto por un héroe español—, pero sus oficiales se amotinaron y se vio obligado a abandonar la empresa. Exploró el Río de la Plata en una extensión de unas mil millas, construyó un fuerte en una de las bocas del Paraná, y exploró parte de ese río y del Paraguay, pues América del Sur llevaba ya casi una generación siendo posesión española. De allí regresó a España, y más tarde a Inglaterra, donde murió hacia 1557.

De los imperfectos mapas que Cabot trazó del Nuevo Mundo, todos se han perdido salvo uno conservado en Francia; y no queda de él documento alguno. Cabot fue un genuino explorador y merece figurar en la nómina de los primeros pioneros de América, aunque como uno cuyo trabajo no tuvo consecuencias prácticas: vio el Nuevo Mundo, pero no tomó parte activa en él. Era hombre de gran valor y tenaz perseverancia, y se le recordará siempre como descubridor de Terranova y del extremo septentrional del continente norteamericano.

Tras Cabot, Inglaterra durmió una cabezada de más de medio siglo. Cuando despertó, se encontró con que los infatigables hijos de España se habían extendido por la mitad del Nuevo Mundo, y que hasta Francia y Portugal la habían dejado muy atrás. Cabot, que no era inglés, fue el primer explorador enviado por Inglaterra; y los siguientes fueron Drake y Hawkins, y luego los capitanes Amadas y Barlow, con intervalos de setenta y cinco y ochenta y siete años respectivamente —durante los cuales una gran parte de los dos continentes había sido descubierta, explorada y poblada por otras naciones, de las que España iba decididamente a la cabeza—. Colón, el primer explorador enviado por España, no era español; pero con su primer descubrimiento se inició una corriente tan impetuosa y constante de exploradores nacidos en España que en cien años

hicieron más en América que todas las demás naciones de Europa juntas en los primeros trescientos años. Cabot vio, pero nada hizo; y tres cuartos de siglo después, Sir John Hawkins y Sir Francis Drake —de quienes las viejas historias hacen grandes elogios, pero que se enriquecieron vendiendo africanos como esclavos y con sus piraterías contra barcos y ciudades indefensas de las colonias españolas, con las que Inglaterra se hallaba en paz[1]— vieron las Antillas y el Pacífico cuando llevaban más de medio siglo siendo posesiones españolas. Drake fue el primer inglés que atravesó el estrecho de Magallanes, y lo hizo sesenta años después de que aquel heroico portugués lo descubriera y lo bautizara con su sangre y su vida. Drake fue probablemente el primero en ver la tierra que hoy llamamos Oregón, único descubrimiento de cierta importancia que realizó. Tomó posesión de Oregón para Inglaterra con el nombre de «Nueva Albión»; pero la vieja Albión nunca fundó allí colonia alguna.

Sir John Hawkins, pariente de Drake, fue como él un marino distinguido, pero no un verdadero descubridor ni explorador. Ninguno de los dos exploró ni colonizó el Nuevo Mundo, y ninguno dejó en su historia huella más profunda que si nunca hubieran nacido. Drake llevó a Inglaterra las primeras patatas; pero no se advirtió la importancia de ese hallazgo hasta mucho tiempo después, y por obra de otros hombres.

Los capitanes Amadas y Barlow, en 1584, vieron la costa en el cabo Hatteras y la isla de Roanoke, y se alejaron sin resultado permanente. Al año siguiente, Sir Richard Grenville descubrió el cabo Fear, y ahí se quedó. Vinieron después las famosas pero modestas expediciones de Sir Walter Raleigh a Virginia, al Orinoco y a Nueva Guinea, y los menos importantes viajes de John Davis al noroeste en 1585-87.

No deben olvidarse tampoco los infructuosos viajes del valiente Martín Frobisher a Groenlandia en 1576-81. No hubo más exploraciones inglesas en América hasta el siglo XVII. En 1603, el capitán Gosnold recorrió casi todo el litoral atlántico, en especial el entorno del cabo Cod, y hasta cinco años más tarde no comenzó la

ocupación del Nuevo Mundo por parte de Inglaterra. La primera colonia inglesa que desempeñó un gran papel en la historia —no así Jamestown— fue la de los Padres Peregrinos, en 1620; y estos no vinieron con el propósito de inaugurar un mundo nuevo, sino para huir de la intolerancia del viejo. En realidad, como ha señalado el señor Winsor, los sajones no mostraron gran interés por América hasta que comenzaron a comprender que ofrecía oportunidades para el comercio.

Pero si volvemos los ojos a España, asombra lo que hizo en los cien años que transcurrieron entre Colón y el desembarco de los fugitivos ingleses en Plymouth Rock. En 1499, Vicente Yáñez Pinzón, compañero de Colón, descubrió la costa de Brasil y reclamó el país en nombre de España, aunque no dejó allí colonia alguna. Realizó sus descubrimientos cerca de las bocas del Amazonas y del Orinoco, y fue el primer europeo que vio el mayor río del mundo. Al año siguiente, el portugués Pedro Álvarez Cabral fue arrojado a la costa de Brasil por una tormenta, tomó posesión en nombre de Portugal y fundó allí una colonia.

En cuanto a Américo Vespucio —el mediocre aventurero cuya fama eclipsa tan desproporcionadamente sus méritos—, sus pretensiones en lo que toca a América son sumamente dudosas. Vespucio nació en Florencia en 1451 y era hombre instruido: su padre ejercía de notario y tenía un tío dominico que le enseñó humanidades. Fue empleado de la gran casa de los Médicis, y al servicio de esta lo enviaron a España en 1490. Estando allí, entró a trabajar para el comerciante —un florentino llamado Juanoto Berardi— que equipó la segunda expedición de Colón. Cuando Berardi murió en 1495, dejó sin concluir un contrato para equipar doce barcos para la Corona, y se encargó a Vespucio que lo llevara a término. No hay razón alguna para creer que acompañara a Colón en el primero ni en el segundo viaje. Según su propio relato, salió de Cádiz el 10 de mayo de 1497 en una expedición española y alcanzó el continente americano dieciocho días antes que Cabot. Es ridículo lo que afirman algunas enciclopedias: que Vespucio «probablemente llegó por el norte hasta el cabo Hatteras». Las pruebas son concluyentes de que nunca vio ni un palmo del Nuevo Mundo al norte del ecuador. De regreso a

España a finales de 1498, zarpó de nuevo el 16 de mayo de 1499 con Ojeda rumbo a Santo Domingo, viaje en el que estuvo ausente unos dieciocho meses. Partió de Lisboa en su tercer viaje el 10 de mayo de 1501 con destino a Brasil. No es cierto —aunque lo digan las enciclopedias— que descubriera ni nombrara la bahía de Río de Janeiro: ambos honores pertenecen a Cabral, el verdadero descubridor y pionero de Brasil, hombre de mucha mayor importancia histórica que Vespucio. El cuarto viaje de este último lo llevó de Lisboa —el 10 de junio de 1503— a Bahía, y de allí a Cabo Frío, donde construyó un pequeño fuerte. En 1504 regresó a Portugal, y al año siguiente a España, donde murió en 1512.

Estos viajes no tienen más fundamento que el propio relato de Vespucio, que no merece crédito absoluto. Es probable que no se hiciera a la mar en todo el año 1497, y es del todo cierto que no tuvo parte alguna en los verdaderos descubrimientos del Nuevo Mundo.

El nombre de «América» lo inventó y aplicó por primera vez en 1507 un impresor alemán mal informado llamado Waldseemüller, a cuyas manos llegaron los documentos de Vespucio[2]. La historia está llena de injusticias, pero nunca se ha cometido una mayor que ese bautismo de América. Con igual razón podría habérsela llamado Waldseemülleria. El primer mapa del Nuevo Mundo lo hizo el español Juan de la Cosa en 1500, y a cualquier escolar de hoy le parecería muy pintoresco. La primera geografía de América, que data de 1517, se debe a Enciso, también español[3].

Es un alivio pasar de un hombre harto ponderado y de méritos muy dudosos a esos verdaderos pero casi desconocidos héroes portugueses que fueron los hermanos Gaspar y Miguel Corte-Real. Gaspar salió de Lisboa en el año 1500 y descubrió y dio nombre a Labrador —«el labrador»—. En 1501 volvió a zarpar desde Portugal hacia el Ártico y no se le volvió a ver. Tras esperar un año, su hermano Miguel dirigió una expedición para rescatarlo; pero también él pereció, con todos sus hombres, entre los témpanos del mar del Norte. Un tercer hermano quiso salir en busca de los perdidos exploradores, pero el rey se lo prohibió y envió él mismo una

expedición de dos barcos para rescatarlos; sin embargo, no se halló la menor huella de los valientes Corte-Reales ni de ninguno de sus hombres.

Tales fueron las exploraciones de América hasta finales de la primera década del siglo XVI: una serie de viajes audaces y peligrosos —de los que solo hemos mencionado los más notables de la gran oleada española—, que resultaron en unas pocas colonias efímeras, importantes únicamente como un primer atisbo por las puertas del Nuevo Mundo. Las verdaderas penalidades y peligros, la verdadera exploración y conquista de las Américas, comenzaron con la década de 1510 a 1520: inicio de un siglo de exploraciones y conquistas como el mundo jamás había visto ni ha vuelto a ver. España lo hizo casi todo, salvo las heroicas pero comparativamente modestas hazañas de Portugal en América del Sur, entre los territorios conquistados por España. El siglo XVI en el Nuevo Mundo no tiene paralelo en la historia militar, y produjo —o más bien desarrolló— hombres cuyas proezas superaron con creces a cuantos conquistadores vinieron después. Nuestra parte del hemisferio nunca ha dado a la historia capítulos de conquista tan asombrosos como los que grabaron en los formidables desiertos selváticos del sur Cortés, Pizarro, Valdivia y Quesada, los más grandes dominadores de la América salvaje.

Hubo al menos otros cien héroes españoles en aquella época, sepultados en el olvido hasta que la verdadera historia les dé la gloria que merecen. No hay razón para creer que esos héroes olvidados fueran más capaces de grandes hazañas que nuestros Israel Putnams, Ethan Allens, Francis Marions y Daniel Boones; pero hicieron cosas mucho más grandes, espoleados por una necesidad mayor y en el momento preciso. He dicho un centenar, pero en realidad la lista es demasiado larga para enumerarla aquí; baste con ocuparnos de sus hermanos mayores, que llenarán este libro. Ninguna otra nación madre dio jamás a luz cien hombres del temple de Stanley ni cuatro del de Julio César en un siglo; pero eso es parte de lo que España dio al Nuevo Mundo. Pizarro, Cortés, Valdivia y Quesada tienen derecho a ser llamados los Césares del Nuevo Mundo, y ninguna conquista en la historia de América puede

compararse con las que ellos llevaron a cabo. Es sumamente difícil decir cuál de los cuatro fue el más grande, si bien para el historiador solo hay una respuesta posible. La elección está, naturalmente, entre Cortés y Pizarro, y durante mucho tiempo se ha hecho de forma equivocada. Cortés fue el primero en el orden cronológico, y sus hazañas se realizaron más cerca de nuestro país. Era un hombre muy ilustrado para su época y, como César, tuvo la ventaja de saber escribir su propia biografía; mientras que su primo lejano Pizarro no sabía leer ni escribir y firmaba con una cruz —notable contraste con la firma bien trazada y elegante de Hernán Cortés—. Pero Pizarro, que desde el principio cargó con la desventaja de su falta de instrucción; que se vio obligado a luchar con penalidades y obstáculos infinitamente mayores que Cortés, y supo conquistar un territorio igual al de este con una tercera parte de hombres, mucho más indisciplinados y rebeldes, fue sin duda el más grande de los españoles que fueron a América y, a la vez, el más grande de los dominadores del Nuevo Mundo[4]. Por esta razón, y porque ha sido tratado con tan crasa injusticia, he escogido su maravillosa carrera —que se relatará más adelante— como ejemplo del heroísmo supremo de los primeros exploradores españoles.

Pero, si bien Pizarro fue el más grande, los cuatro citados merecen ser considerados los Césares de América.

Lo cierto es que aquel gran hombre —bajo y calvo— de la antigua Roma, que llena con sus hechos las páginas de la historia antigua, no llevó a cabo ninguna proeza que superase las de cada uno de esos cuatro héroes españoles, quienes, con unos pocos compatriotas harapientos en lugar de las férrreas legiones romanas, conquistaron cada uno un desierto inconcebible, tan salvaje como el que halló César y cinco veces mayor. La opinión popular cometió durante mucho tiempo una gran injusticia con estos y otros conquistadores españoles, empequeñeciendo sus méritos militares por causa de la supuesta superioridad de sus armas sobre los indígenas, y acusándoles de crueles y despiadados en el trato con los aborígenes. La luz fría y clara de la verdadera historia nos los presenta de un modo muy distinto. En primer lugar, la ventaja de las armas no era

casi otra cosa que una superioridad moral para infundir terror al principio entre los naturales, puesto que las armas de fuego de aquella época —tristemente toscas e ineficaces— apenas eran más peligrosas que los arcos y las flechas que se les oponían. Su alcance no era mucho mayor que el de las flechas, y eran diez veces más lentas en disparar. En cuanto a las pesadas y generalmente deterioradas armaduras de los españoles y sus caballos, no protegían del todo a unos ni a otros de las flechas de punta de ágata de los indígenas, y colocaban al hombre y a la bestia en desventaja para combatir con sus ágiles enemigos en un lance extremo, aparte de ser una carga agobiante con el calor de los trópicos. La «artillería» de aquellos tiempos era casi tan inútil como los ridículos arcabuces. En cuanto al trato con los indígenas, hay que reconocer que quienes resistieron a los españoles fueron tratados con muchísima menos crueldad que los que se hallaron en el camino de cualquier otro colonizador europeo. Los españoles no exterminaron ninguna nación aborigen —como exterminaron docenas de ellas nuestros antepasados— y a cada primera y necesaria lección sangrienta la siguieron la educación y los cuidados humanitarios. Lo cierto es que la población india de las que fueron posesiones españolas en América es hoy mayor de lo que era en tiempos de la conquista, y ese asombroso contraste de condiciones —con la lección que encierra sobre el contraste de los métodos— es la mejor respuesta a quienes han pervertido la historia.

Sin embargo, antes de hablar de los grandes conquistadores, debemos trazar la vida aventurera y el fin trágico del descubridor del océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa.

En uno de los más hermosos poemas escritos en lengua inglesa se lee:

> Como el bravo Cortés, cuando con ojos de águila
> contemplaba el Pacífico, mientras sus hombres
> se miraban absortos en raras conjeturas,
> silenciosos todos sobre un pico de Darién.

Pero Keats se equivocó. No fue Cortés el primero que vio el Pacífico, sino Balboa, y cinco años antes de que Cortés pisara el continente americano[5].

Nació Balboa en la provincia de Extremadura en 1475. Se embarcó con Bastidas rumbo al Nuevo Mundo en 1501, y entonces conoció Darién; pero se estableció en La Española. Nueve años después se trasladó con Enciso a Darién, y allí se quedó. La vida en el Nuevo Mundo era entonces muy turbulenta, y los primeros años de la de Balboa fueron muy agitados, aunque aquí debemos pasarlos por alto. Pronto surgieron disturbios en la colonia de Darién. Enciso fue depuesto y llevado a España como prisionero, y Balboa tomó el mando. A su llegada a España, Enciso echó toda la culpa a Balboa y consiguió que el rey lo condenara por alta traición. Al saberlo, Balboa decidió dar un golpe maestro cuya resonancia le restituyera el favor del rey. Había oído a los indígenas hablar de otro océano y del Perú —que aún no habían visto ojos europeos—, y se propuso encontrarlos. En septiembre de 1513 se embarcó para Coyba con ciento noventa hombres, y desde allí, con solo noventa que le siguieron, atravesó a pie el istmo hasta el Pacífico, realizando por su longitud uno de los viajes más terribles que se puedan imaginar. Fue el 26 de septiembre de 1513 cuando, desde la cima de una sierra, los harapientos y ensangrentados héroes contemplaron la inmensidad azul del mar del Sur —que no se llamó Pacífico hasta mucho tiempo después—. Bajaron a la costa, y Balboa, vadeando el nuevo océano hasta la rodilla, blandiendo en alto la espada con la mano derecha y con la izquierda el invicto pendón de Castilla, tomó posesión solemne de aquel mar en nombre del rey de España.

Los exploradores regresaron a Darién el 18 de enero de 1514, y Balboa envió a España una relación de su gran descubrimiento. Pero Pedro Arias de Ávila había ya salido de la madre patria para sustituirle. Al fin la noticia de la hazaña de Balboa llegó a conocimiento del rey, quien lo perdonó y lo nombró adelantado; y algún tiempo después el descubridor casó con la hija de Pedro Arias. Siempre con grandes planes, Balboa trasladó el material necesario a través del istmo con inmenso esfuerzo, y en las orillas del azul

Pacífico construyó dos bergantines, que fueron los primeros barcos fabricados en las Américas. Con ellos tomó posesión de las islas de las Perlas, y después salió en busca del Perú; pero tuvo que retroceder por la fuerza de las tormentas, que frustraron su empresa. Su suegro, celoso del brillante porvenir de Balboa, lo llamó a Darién con un mensaje traicionero, lo apresó y lo hizo ejecutar públicamente en 1517, acusándolo falsamente de alta traición. Tenía Balboa todo el temple de un gran explorador, y de no haber sido por la infame acción de Ávila, probablemente habría alcanzado honores aún más altos. Su valor era pura audacia, y su energía incansable; pero fue imprudente y descuidado en su actitud hacia la Corona.

1. El juicio de Lummis es históricamente exacto y tiene el mérito adicional de ser políticamente incómodo para el público anglosajón al que el libro se dirige. Drake y Hawkins son figuras heroicas en la historia naval inglesa; pero Hawkins fue pionero del comercio de esclavos inglés —organizó tres expediciones negreras entre 1562 y 1568—, y Drake obtuvo gran parte de su fortuna atacando puertos y barcos españoles en tiempos de paz formal entre las dos coronas. La dificultad de compatibilizar esta realidad con la imagen heroica de ambos corsarios es uno de los silencios más persistentes de la historiografía anglófona sobre el siglo XVI.

2. Martin Waldseemüller (c. 1470-1520), cartógrafo alemán de Saint-Dié, propuso en su *Cosmographiae Introductio* (1507) bautizar el nuevo continente con el nombre de América en honor de Amerigo Vespucci, cuyas cartas de viaje había recibido y cuya prioridad en el descubrimiento del continente creyó establecida. Lo que Lummis no señala —quizá porque no lo sabía— es que el propio Waldseemüller se retractó de su propuesta años después, eliminando el nombre «America» de sus mapas posteriores y sustituyéndolo por «Terra Incognita»; pero la denominación ya se había extendido por Europa y era imposible revertirla. La historia del nombre de América es, pues, el resultado de un error editorial que su autor intentó corregir sin éxito.

3. Juan de la Cosa (c. 1450-1510), cartógrafo y marinero cántabro que participó en el primer viaje de Colón como dueño de la Santa María, elaboró en 1500 el mapamundi conocido como el «mapa de Juan de la Cosa», conservado en el Museo Naval de Madrid. Es el primer documento cartográfico que representa el continente americano y el primer testimonio visual de que se comprendía que lo descubierto era tierra nueva y no el litoral asiático. Martín Fernández de Enciso (c. 1470-1528), jurista y geógrafo sevillano, publicó en 1519 su *Suma de geografía*, que describe con sistematicidad las tierras descubiertas; es considerada la primera geografía impresa del Nuevo Mundo. Que ambas primicias cartográficas y geográficas sean españolas es coherente con la preeminencia española en la exploración que Lummis defiende a lo largo del libro.

4. La comparación entre Cortés y Pizarro que Lummis desarrolla aquí prefigura un debate historiográfico que llega hasta hoy. La mayoría de los historiadores actuales consideran los méritos de ambos comparables pero distintos: Cortés operó en un territorio con infraestructura política más desarrollada y supo explotar con genio las alianzas indígenas; Pizarro se enfrentó a condiciones físicas más extremas con medios más escasos. Que Lummis se decante por Pizarro como el más grande de los dos es una posición legítima, aunque no unánime, y tiene el valor de reivindicar a una figura que la historiografía romántica —seducida por el talento literario de las *Cartas de relación* de Cortés— había tratado con menos generosidad.

5. El soneto de John Keats «On First Looking into Chapman's Homer» (1816) contiene uno de los errores históricos más célebres de la poesía inglesa: atribuye a Cortés el descubrimiento del Pacífico cuando en realidad lo fue Balboa, en 1513, cinco años antes de que Cortés pisara el continente. El error de Keats fue señalado por sus contemporáneos ya en vida del poeta, quien nunca lo corrigió en las reediciones. La pervivencia del poema con su anacronismo es un ejemplo involuntario de lo que Lummis denuncia: la facilidad con que la cultura anglófona confundía o ignoraba los hitos de la exploración española.

EL CAPÍTULO DE LA CONQUISTA

Mientras el descubridor del mayor de los océanos trataba aún de sondear sus lejanos misterios, un joven español —apuesto, atlético y gallardo— destinado a hacer mucho más ruido en la historia, comenzaba a destacarse en los umbrales de América, cuyos reinos centrales habría de conquistar más tarde.

Hernán Cortés pertenecía a una noble pero empobrecida familia española y nació en Extremadura diez años después que Balboa. A los catorce años lo enviaron a estudiar leyes a Salamanca; pero el espíritu aventurero del hombre se imponía ya con fuerza en aquel muchacho menudo, y a los dos años abandonó los estudios y regresó a casa con la determinación de entregarse a una vida errante. No se hablaba de otra cosa que de Colón y su Nuevo Mundo, y ¿qué joven arrojado podía quedarse entonces en España a hojear empolvados libros de leyes? Desde luego no era de esos el impetuoso Hernando.

Circunstancias imprevistas le impidieron acompañar dos expediciones para las que se había preparado; pero al fin, en 1504, se hizo a la vela rumbo a Santo Domingo, nueva colonia de España,

donde prestó tan buenos servicios que el comandante Ovando le ascendió varias veces y alcanzó fama de soldado ejemplar. En 1511 acompañó a Velázquez a Cuba y fue nombrado alcalde de Santiago, donde ganó nuevo prestigio por su valor y firmeza en circunstancias muy críticas. Entre tanto, Francisco Hernández de Córdoba, descubridor de Yucatán —héroe al que aquí solo podemos mencionar de pasada—, había anunciado su importante hallazgo. Un año después, Grijalva, teniente de Velázquez, siguió el rumbo de Córdoba remontándose más hacia el norte hasta descubrir por fin México. Sin embargo, no hizo esfuerzo alguno por conquistar o colonizar la nueva tierra, lo que indignó tanto a Velázquez que degradó a Grijalva y confió la conquista a Cortés.

El ambicioso joven se embarcó en Santiago de Cuba el 18 de noviembre de 1518, con menos de setecientos hombres y doce pequeños cañones llamados falconetes. Apenas se había alejado del puerto cuando Velázquez se arrepintió de haberle dado tan buena oportunidad de distinguirse, y envió fuerzas para arrestarlo. Pero Cortés era el ídolo de su pequeño ejército y, seguro de su lealtad, resistió a los enviados de Velázquez y se mantuvo firme en su empresa. Desembarcó en la costa de México el 4 de marzo de 1519, cerca de lo que hoy es la ciudad de Veracruz —que él fundó y que fue la primera ciudad europea en el continente americano al sur de México—.

El desembarco de los españoles causó tanta sensación como causaría hoy la llegada a Nueva York de un ejército procedente de otro planeta. Los aterrorizados indígenas no habían visto nunca un caballo —pues fueron los españoles quienes llevaron al Nuevo Mundo los primeros caballos, carneros y demás animales domésticos —, y juzgaron que aquellos extraños y pálidos recién llegados, que iban sentados en bestias de cuatro patas y llevaban cotas de hierro y palos que despedían truenos, no podían ser sino dioses.

Allí se exaltó la imaginación de los aventureros con las áureas leyendas de Moctezuma, mito que no engañó a Cortés más claramente de lo que ha engañado a algunos historiadores modernos, quienes parecen no saber distinguir entre lo que oyó Cortés y lo que halló en realidad. Le dijeron que Moctezuma —cuyo

nombre correcto es Motecuzoma, que significa «nuestro airado jefe»— era «emperador» de México, y que treinta «reyes» llamados caciques eran sus vasallos; que poseía riquezas incalculables y un poder absoluto, y que su morada resplandecía de oro y piedras preciosas. Hasta algunos historiadores amenos han caído en el desatino de aceptar estas imposibles leyendas como verdaderas. Nunca ha habido en México más que dos emperadores: Agustín de Iturbide y el infortunado Maximiliano, ambos en el siglo XIX. Moctezuma no fue emperador ni siquiera rey de México. La organización social y política de los antiguos mexicanos era exactamente igual a la de los indios llamados «Pueblo» de Nuevo México en la época actual: una democracia militar con una poderosa y compleja organización religiosa que ejerce su «poder detrás del trono». Moctezuma era simplemente el *tlacatécutle* o jefe guerrero de los náhuatl[1] —nombre propio de los antiguos mexicanos—, y ni era el supremo ejecutivo ni el único. De su ignominioso fin puede deducirse fácilmente cuán escasa era su autoridad real.

Cuando hubo fundado Veracruz, Cortés se hizo elegir gobernador y capitán general de aquel nuevo país; y después de quemar sus naves —como el famoso general griego— para hacer imposible la retirada[2], inició su marcha a través del imponente territorio que se extendía ante su vista.

Fue entonces cuando Cortés empezó a dar muestras del genio militar que lo sitúa por encima de todos los demás exploradores de América, excepción hecha de Pizarro. Con solo un puñado de hombres —pues había dejado parte de sus fuerzas en Veracruz al mando de su teniente Escalante—, en una tierra desconocida poblada de enemigos poderosos e indómitos, de poco le habrían servido el valor y la fuerza bruta. Pero con una diplomacia tan rara como brillante descubrió los puntos débiles de la organización india; alentó las divisiones que sembraban los celos entre las tribus; hizo aliados suyos a quienes se oponían secreta o abiertamente a la federación de tribus de Moctezuma —liga algo semejante a las Seis Naciones de nuestra propia historia—, y de ese modo redujo considerablemente las fuerzas que debía combatir. Tras derrotar a

las tribus de Tlaxcala y Cholula, Cortés llegó por fin a la extraña ciudad lacustre de México al frente de su escasa tropa española, engrosada con seis mil aliados indios. Moctezuma lo recibió con gran ceremonia, aunque sin duda con intención traicionera. Mientras agasajaba a sus visitantes en una gran casa de adobe —no un «palacio», como dicen las historias, pues no había ningún palacio en México—, uno de los subjefes de su liga atacó la pequeña guarnición de Escalante en Veracruz y mató a varios españoles, entre ellos al propio Escalante. La cabeza del teniente español fue enviada a la ciudad de México, pues los indios que vivían al sur de lo que hoy son los Estados Unidos no se contentaban con arrancar el cuero cabelludo a un enemigo sino que le cortaban la cabeza. Esto fue un terrible contratiempo, no tanto por la pérdida de unos pocos hombres como por lo que demostraba a los indios —que era precisamente lo que pretendían probar los mensajeros—: que los españoles no eran dioses inmortales sino que podían morir como los demás hombres.

Al enterarse de la triste nueva, Cortés vio en el acto el peligro que corría y dio un golpe audaz para conjurarlo. Ya había hecho fortificar sólidamente el edificio de adobe donde estaban acuartelados los españoles; entonces, yendo de noche con sus oficiales a la casa del jefe guerrero, se apoderó de Moctezuma y le amenazó con matarle si no entregaba inmediatamente a los indios que habían atacado Veracruz. Moctezuma los entregó, y Cortés los hizo quemar en público. Fue un acto cruel; pero sin duda necesario para causar una fuerte impresión en los indígenas, so pena de ser aniquilados por ellos. No cabe apología alguna para semejante barbaridad; sin embargo, es justo medir a Cortés con el rasero de su tiempo, y entonces reinaba la crueldad en todo el mundo.

Llegados a este punto, resulta curioso leer en algunos pretenciosos libros de texto que «Cortés hizo encadenar a Moctezuma y le obligó a pagar un rescate de seiscientos mil marcos de oro puro y una inmensa cantidad de piedras preciosas». Esto concuerda con las fábulas imposibles que llevaron a tantos exploradores al desengaño y la muerte, y es una buena muestra del brillo de oro con que algunos historiadores, igualmente crédulos,

envuelven la América naciente. Moctezuma no compró su rescate; no volvió jamás a gozar de libertad, y no pagó cantidad alguna en oro; en cuanto a piedras preciosas, quizá tuviese unos pocos granates y turquesas de escaso valor, y tal vez alguna esmeralda, pero nada más.

En este momento crítico, Cortés se vio amenazado desde otro frente. Le llegó la noticia de que Pánfilo de Narváez —del que hablaremos más adelante— había desembarcado con ochocientos hombres con el propósito de arrestar a Cortés y llevárselo preso por su desobediencia a Velázquez. Pero el genio del conquistador de México se mostró de nuevo y lo salvó. Marchando contra Narváez con ciento cuarenta hombres, lo hizo prisionero; incorporó bajo su bandera a los ochocientos que habían venido a arrestarle, y regresó a toda prisa a la ciudad de México.

Allí encontró que la situación se hacía más amenazadora día a día. Alvarado, a quien había confiado el mando, había provocado al parecer un conflicto atacando un baile de los indios. Por cruel que esto parezca —y como tal se ha censurado—, no fue más que una necesidad militar reconocida así por todos quienes conocen de veras a los aborígenes, aun hoy en día[3]. Los historiadores de gabinete han descrito a los españoles como si hubieran sorprendido villanamente una fiesta popular; pero esto se debe a simple ignorancia del asunto. Una danza india no es una fiesta: es, generalmente —y lo era en este caso—, un siniestro ensayo para la matanza. Los indios nunca bailan por diversión, y sus danzas tienen a menudo una intención más grave que la de entretener. En una palabra, Alvarado, al ver que los indios se entregaban a una danza que evidentemente no era sino el preludio supersticioso de una carnicería, quiso arrestar a los agitadores y a otros cabecillas. De haberlo logrado, nada habría ocurrido, al menos por algún tiempo. Pero los indios eran demasiado numerosos para su pequeña fuerza, y los belicosos jefes pudieron escapar.

Cuando regresó Cortés con sus ochocientos hombres, reclutados de forma tan singular, se encontró con que la ciudad había cambiado de aspecto y sus hombres estaban sitiados en sus cuarteles. Los

indios dejaron entrar tranquilamente a Cortés en la trampa y después la cerraron sin dejar escapatoria. Unos pocos centenares de españoles quedaron encerrados en su prisión, y los cuatro canales que eran las únicas vías de acceso a ella —pues la ciudad de México era entonces una Venecia americana— estaban atestados de muchos miles de enemigos.

El indio rara vez se excusa por un fracaso, y los náhuatl habían elegido ya un nuevo capitán de guerra —Cuitlahuac— para reemplazar al inepto Moctezuma. Este seguía prisionero, y cuando los españoles lo hicieron salir a la azotea para que hablara en su favor, la furiosa muchedumbre de indios lo mató a pedradas. Entonces, al mando de su nuevo caudillo, atacaron a los españoles con tal furia que ni los toscos falconetes ni los más toscos fusiles de chispa bastaron para resistirlos, y los españoles no tuvieron más remedio que abrirse paso a lo largo de uno de los canales en una última y desesperada lucha por la vida. El comienzo de aquella retirada de seis días fue una de las páginas más dolorosas de la historia de América. Aquella fue la «Noche Triste», tan celebrada en los romances y relatos españoles[4]. Los sucesos de tan terrible noche robaron para siempre la alegría a muchos hogares de la madre patria, y las burbujas de sangre que cubrieron el lago de Texcoco llevaron el luto a muchos corazones. En aquellas pocas y horribles horas perecieron dos tercios de los conquistadores, y los enloquecidos indios persiguieron a los heridos supervivientes por encima de más de ochocientos cadáveres españoles.

Toda la artillería se perdió, como todo el tesoro. No quedó ni un grano de pólvora en condiciones de usarse, y las armaduras quedaron tan abolladas y destrozadas que parecían otras. De haber perseguido entonces los indios a los exhaustos españoles, habrían sido presa fácil. Pero también los indígenas necesitaban descanso tras aquella terrible pelea, y eso permitió que los supervivientes escaparan. Se encaminaron hacia el pueblo amigo de Tlaxcala bordeando a sus enemigos, pero fueron atacados en todos los pueblos del camino. La lucha más desesperada se libró en las llanuras de Otumba. Rodeados y hostigados por los naturales, los

españoles se daban ya por perdidos. Por fortuna, Cortés reconoció a uno de los agitadores por su rico ropaje, y en una última y desesperada carga, ayudado por Alvarado y unos pocos oficiales, derribó a aquel de quien los supersticiosos indios hacían depender el éxito en la guerra. Muerto el hechicero, sus aterrorizados seguidores cedieron, y los españoles se vieron libres de nuevo de las garras de la muerte.

Después de aquella terrible retirada de seis días, se libró la decisiva batalla en las llanuras de Otumba, donde los españoles quedaron completamente cercados pero se abrieron paso en una desesperada lucha cuerpo a cuerpo que selló en realidad la suerte de México. Cortés marchó a Tlaxcala, levantó un ejército de indios hostiles a la federación, y con su ayuda puso sitio a la ciudad de México. El asedio duró setenta y tres días y fue el más notable que registra la historia de toda América. Todos los días se libraban combates sangrientos. Los indios se defendieron con denuedo; pero al fin el genio de Cortés triunfó, y el 13 de agosto de 1521 entró victorioso en la segunda de las grandes ciudades del Nuevo Mundo.

Estas asombrosas proezas de Cortés, aquí tan brevemente esbozadas, despertaron en España una admiración sin límites y llevaron a la Corona a condonar su insubordinación hacia Velázquez. Las quejas de este último fueron desoídas, y Carlos V nombró a Cortés gobernador y capitán general de México, lo hizo además marqués del Valle de Oaxaca y le otorgó una considerable pensión.

Investido de tan alta autoridad, Cortés sofocó un complot contra él y ordenó ejecutar al nuevo caudillo indio y a muchos de los caciques —no potentados, sino oficiales religioso-militares cuyo ascendiente sobre las supersticiones de los indios los hacía peligrosos—.

Pero Cortés, cuyo genio brillaba con más fuerza cuanto más insuperables parecían las dificultades, tropezó en lo que ha causado la caída de muchos: el éxito. A diferencia de su primo Pizarro —analfabeto pero más noble y más grande—, la prosperidad lo dañó y le hizo perder la cabeza y el corazón. A pesar de los juicios poco meditados de algunos historiadores, Cortés no fue un conquistador cruel. Sus conquistas se extendieron por un territorio tan vasto como los estados de California, Oregón y una gran parte de Washington, o

como nuestro litoral desde Nueva Escocia hasta Port Royal y doscientas millas tierra adentro, en una tierra poblada por los indios más numerosos, mejor organizados y más adelantados del hemisferio occidental; y todo ello lo llevó a cabo con menos de trescientos hombres harapientos y en mal estado. ¡A tal grandeza llegó el pobre, ignorante y desamparado porquero de Trujillo!

Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, sometió aquel vasto territorio de los temibles araucanos con un «ejército» de doscientos hombres[5]. Estableció la primera colonia en Chile en 1540, y en febrero del año siguiente fundó la actual ciudad de Santiago de Chile. De sus largas y encarnizadas guerras con los araucanos no hay espacio aquí para hablar. Fue muerto por los indígenas el 3 de diciembre de 1553, con casi todos sus hombres, tras una lucha desesperada que desafía toda descripción.

No hay espacio tampoco para relatar los portentosos hechos que ocurrieron en el continente del sur o en la parte inferior de América del Norte: la conquista de Nicaragua por Gil González Dávila en 1523; la de Guatemala por Pedro de Alvarado en 1524; la de Yucatán por Francisco de Montejo, iniciada en 1526; la de Nueva Granada por Gonzalo Jiménez de Quesada en 1536[6]; las conquistas y exploraciones de Bolivia, el Amazonas y el Orinoco —hasta cuyas cataratas habían penetrado los españoles en 1530 con esfuerzos casi sobrehumanos—; las incomparables guerras con los araucanos en Chile durante dos siglos; con los tarahumaras en Chihuahua, con los tepehuanes en Durango y con los indómitos yaquis en el noroeste de México; las proezas del capitán Martín de Hurdaide —el Daniel Boone de Sinaloa y Sonora—, y las de centenares de otros héroes españoles desconocidos que habrían alcanzado renombre universal si los cronistas de la fama hubieran tenido acceso a ellos.

1. La corrección de Lummis sobre el título y la función de Moctezuma es válida en su fondo aunque algo esquemática. *Tlatoani* —«el que habla», el señor— era el título de los gobernantes mexicas, y Motecuzoma Xocoyotzin era el *huey tlatoani*, el gran señor de Tenochtitlan, con un poder que iba mucho más allá de la simple jefatura guerrera que Lummis describe. Su autoridad era real, aunque de naturaleza distinta a la de un monarca europeo: combinaba funciones militares, religiosas y civiles en un sistema que no tenía equivalente en las categorías políticas occidentales. Que Lummis lo equipare a los indios Pueblo de Nuevo México —que conocía de primera mano— es una simplificación comprensible en un autor que escribe desde la etnografía del suroeste, pero no hace justicia a la complejidad del Estado mexica.
2. El gesto de quemar las naves —o, según fuentes más precisas, varar y desguazar los barcos para aprovechar los materiales— es el acto fundacional del mito cortesiano. La comparación con el «famoso general griego» que Lummis deja sin nombrar alude probablemente a Agátocles de Siracusa, quien según la tradición quemó sus barcos al desembarcar en África para impedir la retirada. Cortés conocía la historia clásica —había estudiado en Salamanca— y el gesto fue tanto una necesidad táctica como una declaración de intenciones frente a sus propios hombres y frente a Velázquez, cuya orden de arresto seguía pendiente. La historiografía moderna ha matizado que los barcos no se quemaron sino que se varó y desguazó la mayor parte de la flota, conservando uno o dos navíos para las comunicaciones con Cuba.
3. El episodio conocido como la matanza del Templo Mayor —ocurrida durante la fiesta del *Tóxcatl* en mayo de 1520— es uno de los más debatidos de toda la conquista de México. Alvarado, en ausencia de Cortés, ordenó atacar a los participantes de la ceremonia religiosa mexica, causando centenares de muertos. Lummis lo justifica como necesidad militar ante lo que interpreta como un preludio de ataque; la historiografía moderna es más matizada. Los testimonios indígenas —recogidos especialmente por Sahagún— describen la ceremonia como un acto ritual en el que los guerreros iban sin armas, lo que convierte la acción de Alvarado en una matanza de civiles desarmados. Fuera cual fuera la intención, sus consecuencias fueron catastróficas: la indignación mexica convirtió en inevitable la Noche Triste que siguió pocas semanas después, y privó a Cortés de la posibilidad de una retirada negociada que hasta ese momento no era impensable.
4. La noche del 30 de junio al 1 de julio de 1520 es uno de los episodios más documentados de la conquista de México. Los españoles, al intentar escapar de Tenochtitlan por la calzada de Tlacopan cargados con el tesoro de Moctezuma, fueron interceptados por los mexicas y sufrieron pérdidas devastadoras: entre cuatrocientos y ochocientos españoles muertos, además de miles de aliados tlaxcaltecas. La leyenda del «árbol de la Noche Triste» —el ahuehuete bajo el que Cortés lloró a sus muertos— fue ya recogida por cronistas del siglo XVI y forma parte de la memoria histórica de la ciudad de México. Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial, ofrece en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* el relato más vívido y detallado de aquella noche.
5. Pedro de Valdivia (c. 1497-1553) es una de las figuras más singulares de la conquista americana: no buscaba oro sino tierra para poblar, y dedicó sus últimos años a fundar ciudades —Santiago, La Serena, Concepción, Valdivia— en lugar de saquear. Su muerte a

manos del caudillo mapuche Lautaro en la batalla de Tucapel, junto con casi toda su fuerza, marcó el inicio de la guerra arauco-española, que se prolongaría de manera intermitente hasta el siglo XIX. Fue precisamente esa resistencia la que inspiró *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569-1589), la gran epopeya del mundo hispánico del siglo XVI, en la que el poeta soldado rinde homenaje tanto a los españoles como a sus enemigos araucanos.

6. Gonzalo Jiménez de Quesada (c. 1509-1579), jurista extremeño que se convirtió en conquistador, fundó Santa Fe de Bogotá en 1538 tras una de las marchas más penosas de toda la conquista: ochocientos hombres que partieron del río Magdalena y llegaron a la sabana chibcha reducidos a menos de doscientos, extenuados y diezmados por las enfermedades. Quesada es uno de los conquistadores a los que Lummis menciona de pasada pero que merecería mayor atención: además de fundar Nueva Granada, escribió una crónica de la conquista y un tratado filosófico, y fue el único conquistador que se enfrentó simultáneamente a tres expediciones rivales en el mismo territorio —la suya, la de Belalcázar llegando desde el sur y la de Federmann llegando desde Venezuela—, resolviéndolo sin violencia mediante negociación. El propio rey solo le concedió el título de mariscal, hecho que ilustra la frecuente ingratitud de la Corona con sus mejores servidores.

LA VUELTA AL MUNDO

Antes de que Cortés conquistara México, o de que Pizarro y Valdivia vieran las tierras a las que habrían de asociar sus nombres para siempre, otros españoles —menos conquistadores, pero tan grandes exploradores como ellos— cambiaban rápidamente la geografía del Nuevo Mundo. Francia también había despertado algo; y en el año 1500 su brioso hijo, el capitán Gonneville, se había embarcado. Pero entre él y el siguiente explorador —un florentino a sueldo de los franceses— medió un lapso de veinticuatro años; y en ese tiempo España llevó a cabo cuatro hechos de la mayor importancia.

Fernão de Magalhães, a quien conocemos como Fernando de Magallanes, nació en Portugal en 1470 y, al llegar a la edad viril, adoptó la vida de marino, a la que le inclinaba su carácter aventurero. En el Viejo Mundo no se hablaba más que del Nuevo, y Magallanes anhelaba explorar las Américas. Tras haber sido muy desairado por el rey de Portugal, se alistó bajo la bandera de España, donde se reconoció su talento. Partió de la Península al mando de una expedición española el 10 de agosto de 1519 y, navegando más al sur que ningún otro marino anterior, descubrió el

cabo de Hornos y el estrecho que lleva su nombre. El destino no le permitió llevar más lejos sus descubrimientos ni recoger el fruto de los que había realizado, pues durante ese viaje —en 1521— murió a manos de los indígenas de una de las islas Molucas. Su heroico lugarteniente Juan Sebastián Elcano tomó entonces el mando y continuó el viaje hasta dar la vuelta al globo por primera vez en la historia[1]. Cuando regresó a España, la Corona recompensó sus brillantes hazañas y le concedió, entre otros honores, un escudo con un globo por blasón y el lema «*Primus circumdedisti me*» —«Tú fuiste el primero en circunnavegar la tierra»—.

Juan Ponce de León, descubridor de Florida —el primer estado de nuestra Unión que vieron los europeos—, fue un explorador tan desafortunado como Magallanes, pues llegó a la «tierra de las flores» atraído por el fantástico mito de una fuente de eterna juventud, solo para caer víctima de los indios que la habitaban[2]. Ponce de León nació en Santervás de Campos, España, en el último tercio del siglo XV. Conquistó la isla de Puerto Rico y, embarcándose en 1512 en busca de Florida —de cuya existencia le habían informado los indios—, descubrió la nueva tierra ese mismo año y tomó posesión de ella en nombre de España. Se le concedió el título de adelantado de Florida, y en 1521 regresó con tres barcos para conquistar su nuevo país; pero fue herido de muerte en un combate con los indios y murió a su regreso a Cuba. Había sido uno de los valientes españoles que acompañaron a Colón en su segundo viaje a América en 1493.

Hernando de Soto hizo mucho más que Ponce de León en Florida. Este valiente conquistador nació en Extremadura hacia 1495. Pedro Arias de Ávila se encariñó con su joven y perspicaz pariente, le ayudó a obtener una educación universitaria y en 1519 lo llevó consigo en su expedición a Darién. Soto se ganó el respeto en el Nuevo Mundo y llegó a ser considerado un oficial prudente y valeroso. En 1528 dirigió una expedición para explorar la costa de Guatemala y Yucatán; en 1532 llevó un refuerzo de trescientos hombres para ayudar a Pizarro en la conquista del Perú. En aquella tierra de oro, Soto obtuvo grandes riquezas, y el pobre soldado que

había desembarcado en América sin más que su espada y su escudo regresó a España con lo que entonces se consideraba una enorme fortuna. Allí se casó con una hija de su protector Ávila, convirtiéndose así en cuñado del descubridor del Pacífico, Balboa. Soto prestó parte de su rápidamente ganada fortuna al emperador Carlos, que con sus guerras constantes había agotado el erario, y Carlos lo envió como gobernador de Cuba y adelantado de la nueva provincia de Florida. En 1538 se hizo a la mar con un ejército de seiscientos hombres perfectamente equipados —un grupo de aventureros atraídos a la bandera de su famoso compatriota por el deseo de descubrir y de hallar oro—. La expedición desembarcó en Florida, en la bahía del Espíritu Santo, en mayo de 1539, y volvió a tomar posesión de aquel desierto ignoto en nombre de España.

Pero el brillante éxito que Soto había alcanzado en las tierras altas del Perú pareció abandonarle del todo en los pantanos de Florida. Es notable que casi todos los exploradores que realizaron maravillas en América del Sur fracasaron cuando trasladaron sus operaciones al continente del norte. La geografía física de ambos era tan radicalmente distinta que, tras acostumbrarse a las exigencias de uno, el explorador parecía incapaz de adaptarse a las condiciones contrarias del otro.

Soto y sus hombres anduvieron errantes por la parte meridional de lo que hoy son los Estados Unidos durante cuatro penosos años. Es probable que sus viajes los llevaran por los actuales estados de Florida, Georgia, Arkansas, Mississippi, Alabama, Luisiana y el ángulo nordeste de Texas. En 1541 llegaron al río Mississippi, y fueron los primeros europeos que vieron el padre de las aguas —en algún punto de su curso distinto de la desembocadura— un siglo y cuarto antes de que lo vieran los heroicos franceses Marquette y La Salle[3]. Ese invierno lo pasaron a lo largo del Washita, y a principios del verano de 1542, mientras regresaban río abajo, murió el valiente Soto, y su cadáver fue depositado en el lecho del caudaloso río que él había descubierto, doscientos años antes de que ningún «americano» lo viera. Sus hombres, malheridos y descorazonados, pasaron allí un invierno terrible, y en 1543, al mando del teniente

Moscoso, construyeron unas embarcaciones rudimentarias y descendieron por el Mississippi hasta el golfo en diecinueve días, realizando la primera navegación registrada en nuestra parte de América. Desde el delta navegaron costeando hacia el poniente y al fin llegaron a Pánuco, en México, tras cinco años de penalidades y sufrimientos que ningún explorador sajón en las Américas llegó a conocer. Casi siglo y medio después de que el exhausto ejército de hombres famélicos de Soto tomara posesión de Luisiana en nombre de España, ese territorio pasó a manos de los franceses, y a Francia se lo compró los Estados Unidos más de un siglo más tarde.

De modo que cuando Verrazzano, el florentino enviado por Francia, llegó a América en 1524, recorrió el Atlántico desde un punto de Carolina del Sur hasta Terranova y publicó una breve descripción de lo que había visto, España ya había dado la vuelta al mundo, había alcanzado el extremo sur de América conquistando un vasto territorio y había descubierto más de media docena de nuestros estados actuales, todo ello desde la última visita de un francés a América. En cuanto a Inglaterra, era casi tan desconocida en esta parte del mundo como si nunca hubiera existido.

Entre Ponce de León y Soto, Francisco de Garay, conquistador de Tampico, visitó Florida en 1518 con el propósito de dominar el país; pero fracasó y murió poco después en México, siendo probable que fuese envenenado por orden de Cortés. Dejó en Florida un recuerdo aún más escaso que Ponce de León, y pertenece al nutrido grupo de exploradores españoles que, siendo verdaderos héroes, llevaron a cabo hazañas de escasa resonancia: eran demasiados para siquiera enumerarlos.

Los treinta años que siguieron a la conquista de México por Cortés contemplaron un cambio asombroso en el Nuevo Mundo: fueron años repletos de maravillas. Brillantes descubrimientos, exploraciones sin igual, conquistas audaces y colonizaciones heroicas se sucedieron unas a otras con vertiginosa rapidez; y, salvo por las valientes pero limitadas proezas de los portugueses en América del Sur, España lo hizo todo sola. Desde Kansas hasta el cabo de Hornos se extendía una vasta posesión española, con excepción de algunas partes de Brasil donde el héroe portugués Cabral había sentado

planta en nombre de su país. Se habían construido centenares de poblaciones españolas; escuelas, universidades, imprentas, libros e iglesias españolas comenzaban su obra de ilustración en los desconocidos continentes de América, y los incansables seguidores de Santiago seguían avanzando. América, y en especial México, era colonizada rápidamente por los españoles. El desarrollo de las colonias era muy notable para aquella época, allí donde había recursos para mantener una población creciente. La ciudad de Puebla, por ejemplo, en el estado mexicano del mismo nombre, fue fundada en 1532 con treinta y tres colonos, y en 1678 tenía ochenta mil habitantes, veinte mil más que la ciudad de Nueva York ciento veintidós años después [4].

1. Juan Sebastián Elcano (c. 1486-1526), marino vasco nacido en Guetaria, es la figura más injustamente oscurecida de la primera circunnavegación. La expedición que zarpó bajo el mando de Magallanes en 1519 era española en su financiación, su patente y la mayoría de su tripulación, y fue un marino español —no el portugués al servicio de España que la había iniciado— quien la completó. De los doscientos sesenta y cinco hombres que partieron, solo dieciocho regresaron. Elcano llegó a Sevilla el 6 de septiembre de 1522 a bordo de la *Victoria*, la única nave superviviente, después de haber cruzado el Índico y doblado el cabo de Buena Esperanza. La Corona le concedió el escudo del que se habla en el texto y una renta vitalicia; murió en su segundo intento de circunnavegación, en el Pacífico, cuatro años después.

2. La leyenda de la fuente de la juventud asociada a Ponce de León es, según la historiografía moderna, una elaboración tardía que no aparece en las fuentes contemporáneas más fiables. Lo que sí consta es que Ponce de León buscaba tierra para colonizar y posibles riquezas, siguiendo informaciones obtenidas de los indios taínos sobre una isla o tierra llamada Bimini. La fuente de la juventud parece haberse incorporado al relato en décadas posteriores, posiblemente para ridiculizar la empresa. Que Lummis la reproduzca como hecho establecido es uno de los pocos casos en que sigue la tradición romántica que en otros lugares combate.

3. El sacerdote jesuita Jacques Marquette y el explorador Louis Jolliet descendieron el Mississippi en 1673; René-Robert Cavelier de La Salle alcanzó su desembocadura en 1682. Que Soto y sus hombres lo hubieran visto en 1541 —en algún punto del curso medio o alto del río, no en la desembocadura— es históricamente correcto, aunque la ruta exacta de la expedición sigue siendo objeto de debate entre los historiadores. Lo que es indudable es que la expedición de Soto realizó la primera navegación documentada de una parte del río y que Luisiana fue reclamada para España más de un siglo antes de que los franceses establecieran su presencia en la región.

4. El dato demográfico que Lummis usa para ilustrar el vigor de la colonización española es sustancialmente correcto. Puebla de los Ángeles, fundada el 16 de abril de 1531 —Lummis da 1532, fecha también aceptada en algunas fuentes—, creció con extraordinaria rapidez gracias a su posición en la ruta entre Veracruz y la capital virreinal y a su condición de centro manufacturero textil. El contraste con el crecimiento mucho más lento de las colonias inglesas del norte es uno de los argumentos implícitos del libro: la colonización española no fue solo conquista sino urbanización sistemática, como señala la historiografía actual al comparar los modelos coloniales en los análisis del segundo viaje de Colón como «viaje de poblamiento».

ESPAÑA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Cortés era todavía capitán general cuando Cabeza de Vaca llegó a las colonias españolas tras su correría de ocho años, portador de noticias de países desconocidos situados más al norte; pero Antonio de Mendoza era virrey de México y superior a Cortés en jerarquía, y entre él y el conquistador indisciplinado había interminables disensiones. Cortés trabajaba para sí mismo; Mendoza, para España.

A medida que las colonias españolas se hacían más densas en México, la atención de los inquietos exploradores de mundos empezó a dirigirse hacia los misterios del vasto y desconocido país situado más al norte. Las cosas raras que Vaca había visto, y las aún más raras de que había oído hablar, no podían sino excitar la curiosidad de los intrépidos aventureros a quienes las contaba. Lo cierto es que antes de que pasara un año desde la llegada a México del primer viajero transcontinental, sus compatriotas habían descubierto dos más de nuestros actuales estados como resultado directo de sus relatos. Y llegamos ahora a uno de los hombres más injustamente tratados de todos: fray Marcos de Niza, descubridor de Arizona y Nuevo México[1].

Fray Marcos era natural de la provincia de Niza, que formaba entonces parte de Saboya, y debió de llegar a América hacia 1531. Acompañó a Pizarro al Perú y de allí volvió finalmente a México. Fue el primero en explorar las tierras desconocidas de las que Vaca había oído contar cosas tan prodigiosas a los indios, aunque él no las había visto: «las Siete Ciudades de Cíbola, llenas de oro», y otras incontables maravillas. Fray Marcos salió a pie de Culiacán —Sinaloa, extremo occidental de México— en la primavera de 1539, con el negro Estebanico, que había sido uno de los compañeros de Vaca, y unos pocos indios. Un hermano lego, Honorato, que partió con él, cayó pronto enfermo y no pudo continuar. Fue aquella una exploración española genuina, buen ejemplo de centenares de ellas: aquel denodado sacerdote, sin armas, con una veintena de hombres poco de fiar, emprendió una marcha de un año a través de un desierto donde, aun en estos días de ferrocarriles y carreteras, aun con caminos y pozos abiertos, hay hombres que mueren cada año de sed, sin contar los millares que perecen a manos de los indios. Pero estas pequeñeces solo servían para abrir el apetito de los españoles, y fray Marcos siguió soportando el cansancio del camino hasta que, a principios de junio de 1539, llegó por fin a las Siete Ciudades de Cíbola. Estas se hallaban en el extremo occidental de Nuevo México, cerca del actual y singular pueblo indio de Zuñi, que es todo lo que queda de aquellas famosas ciudades y hoy está casi igual que como lo vio aquel heroico sacerdote hace más de trescientos cincuenta años. Al pie del imponente peñasco de Toyallahnah —la sagrada montaña de los truenos de Zuñi—, el negro Estebanico fue muerto por los indios, y fray Marcos escapó igual suerte por haberse retirado a tiempo. Recogió cuantos informes pudo sobre las extrañas y elevadas poblaciones que divisó, y regresó a México con grandes noticias. Se le ha acusado de haber dado informes erróneos y exagerados; pero si sus críticos hubieran conocido mejor la naturaleza de los indios y sus tradiciones, no habrían hablado así. Las afirmaciones de fray Marcos eran absolutamente verídicas.

Cuando el buen padre hizo su relación, puede asegurarse que toda la Nueva España —nombre que entonces se daba a México— aguzó

el oído; y en cuanto fue posible organizar una expedición armada, partió hacia las Siete Ciudades de Cíbola, guiada por el propio fray Marcos. De dicha expedición hablaremos en breve. Fray Marcos la acompañó hasta llegar a Zuñi, y entonces regresó a México, baldado por el reumatismo, del que nunca llegó a recuperarse. Murió en el convento de la ciudad de México el 5 de marzo de 1558.

El hombre a quien fray Marcos condujo a las Siete Ciudades de Cíbola fue el mayor explorador que jamás pisó el continente del norte, aunque sus exploraciones solo le depararon desastres y amarguras. Nos referimos a Francisco Vázquez de Coronado, natural de Salamanca. Coronado era joven, ambicioso y contaba ya con cierto renombre. Era gobernador de la provincia mexicana de Nueva Galicia cuando le llegaron las noticias sobre las Siete Ciudades. Mendoza, pese a la fuerte oposición de Cortés, decidió organizar una expedición que liberaría al país de unos cuantos centenares de audaces y jóvenes espadachines españoles enemigos de la paz, y que al mismo tiempo conquistaría nuevos países para la Corona. En consecuencia, puso a Coronado al frente de un grupo de unos doscientos cincuenta españoles con orden de ir a colonizar las tierras descubiertas por fray Marcos, y con instrucciones estrictas de no regresar jamás.

Coronado partió de Culiacán con su pequeño ejército a principios de 1540. Guiados por el incansable sacerdote, llegaron a Zuñi en julio y tomaron el pueblo tras una lucha encarnizada, con lo que cesaron por entonces las hostilidades. Desde allí envió Coronado pequeñas expediciones a los extraños pueblos de Moqui, construidos sobre peñascos —en el nordeste de Arizona—, al Gran Cañón del Colorado y al pueblo de Jémez, situado al norte de Nuevo México. Durante aquel invierno trasladó todas sus fuerzas a Tiguex, donde se encuentra hoy la hermosa aldea neomexicana de Bernalillo, en el Río Grande, y allí empeñó una guerra seria y poco honorable con los indios pueblos de Tigua.

Fue allí donde oyó hablar del áureo mito que lo tentó, haciéndole padecer tan duras penalidades, y que causaría después la muerte a muchos centenares de hombres: la fábula de Quivira. Esta, según le aseguraban los indios de las vastas llanuras, era una ciudad de oro

puro. En la primavera de 1541, Coronado y sus hombres salieron en busca de Quivira y marcharon a través de aquellas inmensas praderas hasta el centro de nuestro actual Territorio Indio. Allí, viendo que había sido engañado, Coronado hizo retroceder a su ejército hacia Tiguex; y él, con treinta hombres, siguió adelante, cruzó el río Arkansas y llegó hasta el extremo nordeste de Kansas[2] —es decir, hasta las tres cuartas partes de la distancia entre el golfo de California y Nueva York, y mucho más aún si se tienen en cuenta los rodeos que dieron—.

Encontró allí a la tribu de los quiviras, nómadas cazadores de búfalo que no tenían oro ni sabían dónde hallarlo. Coronado regresó al fin a Bernalillo tras tres meses de marchas incesantes y horribles sufrimientos. Poco después de su vuelta, una caída del caballo puso su vida en grave peligro. Superó la crisis; pero su salud quedó quebrantada, y desalentado por sus dolencias físicas y por los infructuosos reveses de aquella tierra inhóspita que se había propuesto colonizar, abandonó el proyecto de poblar Nuevo México y en el verano de 1542 regresó a México con sus hombres. Su desobediencia al virrey por haber abandonado la empresa le hizo caer en desgracia, y pasó el resto de su vida en relativa oscuridad.

Triste final para el hombre notable que descubriera tantos miles de millas del sediento suroeste casi tres siglos antes de que lo viera ninguno de nuestros paisanos; para aquel soldado bien nacido, instruido y denodado que fue el ídolo de sus tropas. Como explorador no tiene rival; pero como colonizador fracasó por completo. Se había criado en la ciudad y no era hombre de frontera; acostumbrado únicamente a vivir en Jalisco y las regiones mexicanas próximas al golfo de California, no conocía los terribles desiertos de Arizona y Nuevo México y no supo adaptarse a aquel medio. Hasta que medio siglo después llegó un español nacido en la propia frontera de aquellas tierras áridas, no pudo colonizarse Nuevo México con éxito duradero.

Mientras el descubridor del Territorio Indio y de Kansas perseguía un mito de oro a través de las solitarias llanuras, sus compatriotas habían hallado y estaban explorando otro de nuestros estados:

nuestro dorado jardín de California. Hernando de Alarcón, en 1540, navegó por el río Colorado hasta una gran distancia del golfo, probablemente hasta Great Bend; y en 1543, Juan Rodríguez Cabrillo exploró la costa californiana del Pacífico hasta cien millas al norte del lugar donde tres siglos más tarde habría de fundarse San Francisco.

Después de los desalentadores descubrimientos de Coronado, los españoles prestaron durante muchos años muy poca atención a Nuevo México. Había bastante que hacer en la Nueva España para mantener ocupada por algún tiempo la indómita energía española en la civilización de su nuevo imperio. Fray Pedro de Gante había fundado en México, en 1524, las primeras escuelas del Nuevo Mundo[3], y desde entonces todas las iglesias y conventos de la América española tenían adjunta una escuela de indios. En 1524 no había entre los innumerables miles de indios de México uno solo que supiera lo que eran las letras; pero veinte años después eran tantos los que habían aprendido a leer y escribir que el obispo Zumárraga hizo imprimir para ellos un libro en su propio idioma. En 1543 existían ya incluso escuelas de oficios para aquellos indios. Ese buen obispo Zumárraga fue también quien trajo la primera imprenta al Nuevo Mundo, en 1536[4]. Se instaló en la ciudad de México y pronto empezó a trabajar activamente. El libro más antiguo impreso en América que hoy se conserva salió de esa prensa en 1539. La mayoría de los primeros libros allí impresos tenían por objeto hacer inteligibles los dialectos indios —medida de humanitaria educación que ninguna otra nación colonizadora en el Nuevo Mundo supo copiar—. La primera música impresa en América salió también de esa misma prensa en 1548.

Lo más notable de todo, y lo que mejor demuestra la actitud intelectual de los españoles ante los nuevos continentes, fue un resultado enteramente singular. No solo su actividad intelectual engendró entre ellos mismos una constelación de escritores eminentes, sino que, al cabo de pocos años, había surgido una escuela de importantes autores indios. Sería una pérdida irreparable para el conocimiento de la verdadera historia de América perder las

crónicas de escritores indios como Tezozómoc, Camargo y Pomar, en México; o Juan de Santa Cruz y Pachacuti Yamqui Salcamayhua, en el Perú, entre muchos otros. ¡Y cuánto no habría ganado la ciencia si nosotros nos hubiéramos tomado la pena de educar a nuestros aborígenes para que prestaran tan útil ayuda a sí mismos y al conocimiento humano!

En todas las demás tareas intelectuales que el mundo conocía entonces, los hijos de España realizaban en América notables progresos. En geografía, historia natural, física, química y otras ciencias, fueron en nuestros países los primeros, como lo habían sido en sus descubrimientos y exploraciones. Es un hecho asombroso que ya en 1579 se practicara en público una autopsia del cadáver de un indio en la Universidad de México para investigar la naturaleza de una epidemia que causaba estragos en la Nueva España. Es dudoso que en aquella época se hubiera llegado tan lejos en la propia ciudad de Londres. Y en libros de aquel período que aún se conservan hallamos proyectos de armas de repetición, e incluso una inequívoca referencia al teléfono. ¡La primera imprenta no llegó a las colonias inglesas de América hasta 1638, cerca de cien años después que a México! Los periódicos tardaron en aparecer en todo el mundo; el primero auténtico del que hay noticia histórica se publicó en Alemania en 1615. En Inglaterra apareció el primero en 1622, y las colonias norteamericanas no tuvieron uno hasta 1704. El *Mercurio Volante*, folleto informativo, se publicaba en la ciudad de México antes de 1693.

Cuando las malas noticias de Coronado habían caído en gran parte en el olvido, comenzó otra incursión española hacia Nuevo México y Arizona. Entre tanto habían ocurrido en Florida importantes sucesos. Los muchos fracasos sufridos en ese desafortunado país no desalentaron a los españoles en su empeño de colonizarlo. Por fin, en 1565, Pedro Menéndez de Avilés —español de carácter muy duro — se estableció allí de forma permanente; y tuvo el honor, no obstante, de fundar y dar nombre a la ciudad más antigua de los Estados Unidos: San Agustín, en 1565. Menéndez encontró una pequeña colonia de hugonotes franceses que se habían establecido allí el año anterior al mando de Ribault, a quienes hizo prisioneros y

ahorcó, poniendo un cartel en el que decía que habían sido ejecutados «no por ser franceses, sino por herejes». Dos años después, la expedición francesa de Dominique de Gourgues se apoderó de los tres fuertes españoles allí construidos y ahorcó a los colonos «no por ser españoles, sino por asesinos» —venganza muy ingeniosa como réplica, aunque igualmente censurable en los hechos —. En 1586 Sir Francis Drake, a cuyas inclinaciones piratas ya hemos aludido, destruyó la floreciente colonia de San Agustín, que fue reconstruida de inmediato. En 1763 España cedió Florida a Gran Bretaña a cambio de La Habana, de la que Albemarle se había apoderado un año antes.

Es también de interés señalar que los españoles estuvieron en Virginia cerca de treinta años antes de que Sir Walter Raleigh intentara establecer allí una colonia, y más de medio siglo antes de la visita de John Smith. Ya en 1556 la bahía de Chesapeake era conocida por los españoles con el nombre de bahía de Santa María, y se había enviado allí una expedición colonizadora que fracasó.

En 1581, tres misioneros españoles —fray Agustín Rodríguez, fray Francisco López y fray Juan de Santa María— salieron de Santa Bárbara, en Chihuahua, México, con una escolta de nueve soldados al mando de Francisco Sánchez Chamuscado. Avanzaron penosamente a lo largo del Río Grande hasta el lugar donde hoy se encuentra Bernalillo, en una marcha de unas mil millas. Allí quedaron los misioneros a enseñar la doctrina, mientras los soldados exploraban el país hasta Zuñi y regresaban a Santa Bárbara. Chamuscado murió en el camino. En cuanto a los valientes misioneros que quedaron atrás en el desierto, no tardaron en ser mártires: fray Juan de Santa María fue muerto por los indios cerca de San Pedro mientras realizaba, solo y a pie, una penosa caminata de regreso a México aquel otoño. Fray Rodríguez y fray López fueron asesinados por su rebaño traicionero en Puaray en diciembre de 1581.

Al año siguiente, Antonio de Espejo, acaudalado cordobés, salió de Santa Bárbara con catorce hombres para afrontar los desiertos y los indios hostiles de Nuevo México. Remontó el Río Grande hasta más allá del lugar donde hoy se halla Albuquerque, sin encontrar

resistencia entre los indios pueblo. Visitó sus ciudades de Zia, Jémez, la elevada Acoma, Zuñi y la remota Moqui, y se adentró bastante en el norte de Arizona. De vuelta al Río Grande, visitó el pueblo de Pecos, bajó por el río del mismo nombre hasta Texas y de allí cruzó de nuevo a Santa Bárbara. Tenía intención de volver a colonizar Nuevo México; pero su muerte —ocurrida probablemente en 1585— frustró el plan, y el único resultado importante de su gigantesca jornada fue una contribución a los conocimientos geográficos de la época. En 1590, Gaspar Castaño de Sosa, teniente gobernador de Nuevo León, tan ansioso estaba de explorar Nuevo México que organizó una expedición sin pedir permiso al virrey. Remontó el río Pecos y cruzó hasta el Río Grande; pero en el pueblo de Santo Domingo fue arrestado por el capitán Morlette, quien había venido desde México con ese único propósito, y conducido encadenado a su destino.

Juan de Oñate, colonizador de Nuevo México y fundador de la segunda ciudad establecida dentro de los límites de los Estados Unidos —así como de otra que es la segunda en antigüedad en ese mismo país—, nació en Zacatecas, México. Su familia, procedente de Vizcaya, había descubierto en 1548 y poseía entonces algunas de las minas más ricas del mundo: las de Zacatecas. Pero, pese a haber nacido en una familia nadando en oro, Oñate quería ser explorador. La Corona rehusó equipar nuevas expediciones hacia el norte, que tantos desengaños había dado, y hacia 1595 Oñate suscribió un contrato con el virrey de la Nueva España para colonizar Nuevo México por su cuenta. Hizo todos los preparativos y equipó una costosa expedición. Fue entonces cuando se nombró un nuevo virrey, quien lo tuvo esperando en México con todos sus hombres durante dos años antes de concederle el permiso necesario para emprender la marcha. Por fin, a principios de 1597, partió con su expedición, que le había costado el equivalente de un millón de dólares antes siquiera de ponerse en camino. Llevó consigo cuatrocientos colonos —incluidos doscientos soldados—, con mujeres y niños, y ganado vacuno y lanar. Tras tomar posesión de Nuevo México el 30 de mayo de 1598, remontó el Río Grande hasta el lugar donde hoy se encuentra la pequeña aldea de Chamita, al

norte de Santa Fe, y allí fundó, en septiembre de ese año, San Gabriel de los Españoles: la segunda ciudad establecida en los Estados Unidos [5].

Oñate fue notable no solo por su éxito en colonizar un país tan inhóspito, sino también como explorador. Recorrió el territorio en su totalidad; viajó hasta Acoma y sofocó una rebelión de los indios; y en 1600 realizó una expedición hasta Nebraska. En 1604, con treinta hombres, marchó desde San Gabriel a través de aquel árido desierto hasta el golfo de California, regresando a San Gabriel en abril de 1605. Por entonces los ingleses no se habían internado en América más de cuarenta o cincuenta millas desde la costa atlántica [6].

En 1605 Oñate fundó la ciudad de Santa Fe de San Francisco, sobre cuya antigüedad se han escrito muchas fábulas inverosímiles. La ciudad llegó a celebrar su 333.º aniversario veinte años antes de cumplir los tres siglos.

En 1606 Oñate realizó otra expedición a tierras lejanas del nordeste, pero de ella apenas se sabe nada, y en 1608 fue sustituido por Pedro de Peralta, segundo gobernador de Nuevo México.

Oñate era de mediana edad cuando llevó a cabo estas notables hazañas. Nacido en la frontera, curtido en los desiertos, dotado de gran tenacidad, sangre fría y conocimiento de la guerra de frontera, era el hombre indicado para establecer con éxito las primeras colonias importantes en los Estados Unidos, en los lugares más difíciles y peligrosos.

1. Fray Marcos de Niza (c. 1495-1558), franciscano nacido en la Provenza, realizó en 1539 la primera exploración documentada del actual suroeste de los Estados Unidos, precediendo a Coronado en más de un año. Su expedición partió de Culiacán acompañado únicamente por el explorador africano Estebanico —uno de los cuatro supervivientes de la catastrófica expedición de Narváez— y un puñado de indios auxiliares, sin escolta militar de ningún tipo. Cuando llegó a las inmediaciones de Cíbola, Estebanico había sido ya muerto por los zuñis, y fray Marcos se limitó a observar la ciudad desde lejos antes de regresar a México. Las acusaciones de que exageró o mintió en su relación —reproducidas durante décadas por la historiografía anglosajona— han sido en su mayor parte desestimadas por la investigación moderna; sus descripciones de los pueblos zuñi son compatibles con lo que Coronado encontró al año siguiente.
2. La expedición de Coronado (1540-1542) fue la primera exploración sistemática de lo que hoy son los estados de Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma y Kansas, y abrió al conocimiento europeo una extensión de territorio comparable a la de muchos reinos europeos. El Gran Cañón del Colorado fue visto por primera vez por ojos europeos gracias a una de las partidas que Coronado envió desde Zuñi; fue García López de Cárdenas quien llegó al borde del cañón en septiembre de 1540, trescientos años antes de que lo viera ningún explorador anglosajón. Que Coronado regresara derrotado y cayera en desgracia no debe oscurecer la magnitud de lo que había recorrido: el suroeste de América del Norte quedó cartografiado, conocido y reclamado para España mucho antes de que el mundo anglosajón supiera de su existencia.
3. Pedro de Gante (c. 1479-1572), fraile franciscano flamenco llegado a México en 1523, es la figura más destacada de la educación indígena en la América española temprana. Su escuela de San José de los Naturales, anexa al convento de San Francisco de México, llegó a tener más de mil alumnos indios y fue el modelo sobre el que se organizó la red de escuelas conventuales que se extendió por toda la Nueva España. Enseñaba no solo doctrina cristiana sino lectura, escritura, música, pintura y oficios artesanales. El contraste con las colonias inglesas es rotundo: mientras la educación indígena era una política de Estado en la América española desde los primeros años de la conquista, en la América anglosajona nunca existió un equivalente sistemático; el caso aislado de John Eliot con su Biblia en Massachusett —mencionado por Lummis en el capítulo I— confirma precisamente la excepción que prueba la regla.
4. Juan de Zumárraga (c. 1468-1548), primer obispo y arzobispo de México, fue una de las figuras más decisivas de la primera generación colonial española, y su papel va mucho más allá de traer la imprenta. Fue también el primer inquisidor apostólico de Nueva España, defensor activo de los indios frente a los abusos de los encomenderos, y promotor del culto guadalupano. La imprenta que instaló en México en 1536 —la primera del continente americano— comenzó su actividad con obras en lenguas indígenas, en cumplimiento exacto de la política educativa de la Corona. Cuando la primera imprenta llegó a las colonias inglesas de América en 1638, el virreinato español llevaba casi un siglo de producción editorial en doce lenguas distintas.
5. Juan de Oñate (c. 1550-1626), hijo de uno de los descubridores de las ricas minas de Zacatecas, financió de su propio patrimonio la colonización de Nuevo México —empresa que

le arruinó económicamente—. La fundación de San Gabriel de los Españoles en 1598, y posteriormente la de Santa Fe en 1610, hace de los españoles los fundadores de las ciudades más antiguas del actual territorio de los Estados Unidos; Jamestown, la primera colonia inglesa permanente, data de 1607. Lo que la historiografía norteamericana suele presentar como el origen de la nación —Plymouth Rock, 1620— es en realidad el tercer capítulo de la historia de ese territorio: cuando los Padres Peregrinos desembarcaron en Massachusetts, el suroeste llevaba más de dos décadas siendo territorio colonizado, con iglesias, escuelas y un entramado administrativo funcionando.

6. El sistema que mantuvo viva esa presencia durante más de dos siglos fue el Camino Real de Tierra Adentro: más de dos mil kilómetros de ruta que unía Ciudad de México con Santa Fe de Nuevo México y que cada tres años recorría una caravana oficial —la llamada Conducta— cargada de frailes, colonos, soldados, semillas, ganados, aperos y papel. El viaje duraba seis meses e incluía el cruce de los desiertos de Zacatecas y Chihuahua y la temida Jornada del Muerto —cien kilómetros sin agua—, con el riesgo permanente de los asaltos apaches. Por ese camino llegó a los pueblos del suroeste todo el bagaje material y cultural de la civilización hispánica durante generaciones. La ruta, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 2010, es la arteria por la que latió la presencia española en lo que hoy son los Estados Unidos.

DOS CONTINENTES DOMINADOS

Tal era, pues, la situación del Nuevo Mundo al comenzar el siglo XVII. España, tras descubrir las Américas, en poco más de cien años de incesante exploración y conquista había logrado arraigar y estaba civilizando ambos continentes. Había construido en el Nuevo Mundo centenares de ciudades cuyos extremos distaban más de cinco mil millas, con todas las ventajas de la civilización entonces conocidas, y dos ciudades en lo que hoy son los Estados Unidos, habiendo penetrado los españoles en veinte de dichos estados. Francia había realizado unas pocas cautelosas expediciones que no produjeron fruto alguno, y Portugal había fundado unas cuantas poblaciones de escasa importancia en América del Sur. Inglaterra había permanecido durante todo el siglo en una magistral inacción, y entre el cabo de Hornos y el Polo Norte no había ni una mala choza inglesa, ni un solo hijo de Inglaterra.

Que en tiempos posteriores haya cambiado por completo la situación; que España —en gran parte porque se desangró en una conquista tan enorme que ni hoy podría nación alguna aportar los hombres o el dinero necesarios para poner semejante empresa al

nivel del progreso mundial— no haya vuelto a recobrar su antiguo poderío y esté hoy en comparación inactiva frente a la joven y gigantesca nación que ha crecido en el imperio que ella inició, no exime a la historia de América del deber de hacerle justicia por su pasado. Si España no hubiera existido hace cuatrocientos años, hoy no existirían los Estados Unidos. Para todo verdadero americano, el relato de su país es fascinante, porque todo el que lleva ese nombre admira el heroísmo, ama la justicia y tiene ante todo interés en conocer la verdad sobre su patria.

Hacia 1680, el valle del Río Grande, en Nuevo México, estaba salpicado de asentamientos españoles desde Santa Cruz hasta más allá de Socorro, en una extensión de doscientas millas, y había también colonias en el valle de Taos, en el extremo norte del territorio. De 1600 a 1680 se habían realizado numerosas expediciones a través del suroeste, penetrando hasta el mortífero Llano Estacado. El heroísmo con que se sostuvo durante tanto tiempo el suroeste no fue menos admirable que la exploración que lo descubrió. La vida de los colonos era una lucha diaria con una naturaleza avara —pues Nuevo México nunca fue tierra fértil—, a la que se sumaban los peligros mortales de cada jornada. Durante tres siglos fueron hostigados sin tregua por los terribles apaches, y hasta 1680 no cesaron los conatos de insurrección de los indios pueblo, quienes vivían entre ellos y los rodeaban. Las afirmaciones de los historiadores de gabinete de que los españoles esclavizaron a los pueblo o a otros indios de Nuevo México, de que los obligaban a elegir entre el cristianismo y la muerte, de que los forzaban a trabajar en las minas y otras por el estilo, son enteramente inexactas. El régimen de España para con los indios del Nuevo Mundo fue de humanidad y de justicia, de educación y de persuasión moral; y aunque hubo, como es natural, algunos individuos que violaron las estrictas leyes de su país en lo tocante al trato de los indios, recibieron por ello el castigo merecido.

Sin embargo, la mera presencia de extranjeros en su tierra bastó para sublevar el carácter celoso de los indios, y en 1680 estalló entre los indios pueblo, sin causa aparente, un complot para perpetrar una matanza. Había entonces en el territorio mil quinientos españoles

que vivían en Santa Fe y en granjas o caseríos dispersos, pues hacía tiempo que Chamita había sido abandonada.

Treinta y cuatro ciudades de la tribu pueblo tomaron parte en la rebelión, bajo la dirección de un peligroso indio tehua llamado Popé[1]. Emisarios secretos habían recorrido los pueblos uno a uno, y la matanza de españoles se llevó a cabo simultáneamente en todo el territorio. En ese aciago 10 de agosto de 1680, más de cuatrocientos españoles fueron asesinados, entre ellos veintiuno de los bondadosos misioneros que, desarmados y solos, se habían dispersado por aquel desierto con el propósito de salvar las almas e iluminar las inteligencias de los naturales.

Antonio de Otermín, que era entonces gobernador y capitán general de Nuevo México, fue atacado en su capital, Santa Fe, por un numeroso ejército de indios. Los ciento veinte soldados españoles encerrados en su pequeña ciudad de adobe pronto se vieron incapaces de resistir por más tiempo al enjambre de sitiadores, y tras una semana de desesperada defensa hicieron una salida y se abrieron paso hasta ponerse a salvo, llevando consigo a sus mujeres e hijos. Retrocedieron luego Río Grande abajo, esquivando una emboscada que los indios les habían tendido en Sandia; llegaron al pueblo de Isleta, doce millas al sur de la antigua ciudad de Albuquerque, sanos y salvos; pero la aldea estaba desierta y los españoles se vieron obligados a continuar su huida hacia El Paso, en Texas, que entonces no era más que una misión española para los indios.

En 1681, el gobernador Otermín realizó una incursión hacia el norte hasta el pueblo de Cochiti, veinticinco millas al oeste de Santa Fe, en la orilla del Río Grande; pero los indios hostiles lo obligaron a retirarse de nuevo a El Paso. En 1687, Pedro Reneros Posada llevó a cabo otra acometida en Nuevo México y tomó el pueblo rocoso de Santa Ana tras un brillante y sangriento asalto, aunque también tuvo que retirarse. En 1688, Domingo Gironza Petriz de Cruzate, el soldado más bizarro de Nuevo México, realizó una expedición en la que tomó por asalto el pueblo de Zia —hazaña aún más notable que la de Posada— y a su vez se retiró a El Paso.

Por último, el conquistador definitivo de Nuevo México, Diego de Vargas, llegó en 1692. Marchando a Santa Fe y de allí hasta Moqui con solo ochenta y nueve hombres, visitó todos los pueblos de la provincia sin encontrar oposición por parte de los indios, que habían sido completamente amilanados por Cruzate[2]. De regreso a El Paso, volvió a Nuevo México en 1693, esta vez con unos ciento cincuenta soldados y algunos colonos. Entonces los indios estaban preparados y le ofrecieron la más sangrienta resistencia que se recuerda en Nuevo México. Se levantaron primero en Santa Fe, y tuvo que asaltar la ciudad, que logró tomar tras dos días de lucha. Comenzó luego el sitio de la Mesa Negra de San Ildefonso, que se prolongó durante nueve meses. Los indios habían trasladado su aldea a la cima de ese Gibraltar de Nuevo México y allí resistieron cuatro audaces asaltos hasta que por fin se vieron obligados a rendirse.

Entre tanto, Vargas había asaltado la inexpugnable ciudadela de San Diego Viejo y el escarpado peñasco de San Diego de Jémez, dos proezas que, junto con el asalto del Peñol de Mixtón —en Jalisco, México— y el de la ingente roca de Acoma, pueden considerarse los dos asaltos más extraordinarios en toda la historia de América. La toma de Quebec no puede compararse con ellos.

Estas costosas lecciones mantuvieron a los indios en calma hasta 1696, año en que se levantaron de nuevo. Esta rebelión no fue tan formidable como la primera; pero ocasionó otro derramamiento de sangre en Nuevo México y solo pudo sofocarse tras tres meses de lucha. Los españoles eran ya dueños de la situación, y la represión de esa revuelta puso fin a todos los disturbios de los indios pueblo, quienes subsisten hasta hoy entre nosotros en número casi igual al de entonces, aunque con menos ciudades, como una raza tranquila, pacífica, cristianizada, de labradores industriosos que son monumentos vivos del humanitarismo y la labor moral de sus conquistadores.

Vino luego el último siglo: una lúgubre centuria de hostilidad incesante por parte de los apaches, los navajos y los comanches, y alguna que otra vez de los utes —hostilidad que apenas había cesado diez años antes de escribir estas páginas—. Las guerras con

los indios eran tan constantes, y tan innumerables las exploraciones —como esa asombrosa tentativa de abrir un camino desde San Antonio de Béjar, en Texas, hasta Monterrey de California— que el heroísmo individual de aquellos hombres se pierde en su pasmosa multitud.

Hace más de dos siglos los españoles exploraron Texas y no tardaron en establecerse allí. Hubo algunas pequeñas expediciones; pero la primera de cierta envergadura fue la de Alonso de León, gobernador del estado mexicano de Coahuila, quien realizó extensas exploraciones en Texas en 1689. A principios del siglo pasado había ya varios poblados y presidios españoles en lo que más de cien años después habría de ser el mayor de los estados de la Unión.

La colonización española de Colorado no fue muy extensa, y no establecieron ciudades al norte del río Arkansas; pero también en poblar ese estado nos precedieron en medio siglo, como nos habían precedido en varios siglos al descubrirlo.

En California los españoles fueron muy activos. Durante largo tiempo realizaron diversas expediciones sin resultado. Fueron entonces los franciscanos, en 1769, a la bahía de San Diego; desembarcaron en la playa desierta donde hoy se levanta un hotel americano que ha costado un millón de dólares, y al punto empezaron a educar a los indios, a plantar olivares y viñedos y a construir las imponentes iglesias tan admirablemente descritas por la autora de *Ramona*[3], que perdurarán sin duda como monumentos de una fe sublime mucho después de que la raza que las alzó desaparezca de la faz de la tierra.

California tuvo una larga serie de gobernadores españoles antes de que adquiriéramos ese estado jardín, y el último de ellos fue el valiente, cortés y amable anciano Pío Pico, que falleció hace poco. Los españoles descubrieron allí oro siglos atrás y lo explotaron diez años antes de que ningún «americano» soñara con los preciosos yacimientos que tanto habrían de influir en la civilización; y con diez años de antelación también hallaron los ricos placeres de Nuevo México.

En Arizona, el padre Francisco Eusebio Kino —a quien otros llaman Kühn—, jesuita austríaco de nacimiento pero bajo auspicios españoles, fue el primero en establecer las misiones del río Gila, desde 1689 hasta 1717, año en que murió[4]. Realizó al menos cuatro terribles jornadas a pie desde Sonora al Gila, y bajó por este río hasta su confluencia con el Colorado. Sería sumamente interesante, si el espacio lo permitiera, seguir paso a paso las andanzas y proezas de los misioneros españoles, esos exploradores pacíficos de América que han dejado tan profundas huellas en todo el suroeste. Su celo y su heroísmo eran inagotables. No había desierto bastante terrible para ellos, ni peligro suficientemente espantoso. Solos, inermes, atravesaron las tierras más inhóspitas y se enfrentaron a los salvajes más sanguinarios, dejando en las vidas de los indios un monumento más soberbio que el que han dejado los exploradores armados y los ejércitos conquistadores.

Lo que antecede es un sucinto resumen de las primeras exploraciones de América —las únicas realizadas durante más de un siglo, y las más asombrosas durante otra centuria—. En cuanto a la grande y maravillosa obra que al fin han llevado a cabo los de nuestra sangre, no solo conquistando parte de un continente sino formando una poderosa nación, no necesita el lector que yo le ayude a comprenderla, puesto que está debidamente consignada en la historia. Transcribir todas las heroicidades de los exploradores llenaría no ya este libro sino una biblioteca entera. He creído más conveniente, dada la amplitud del campo que ofrecen, trazar un breve bosquejo como el que queda hecho, e ilustrarlo luego añadiendo, con cierto detalle, unos pocos ejemplos elegidos entre un gran número de hechos heroicos. He indicado ya cuántas conquistas, exploraciones y penalidades se llevaron a cabo; voy ahora a exponer en pocas páginas una muestra de lo que eran realmente las conquistas, las exploraciones y la fortaleza de los españoles.

1. La rebelión del Pueblo, dirigida por Popé (c. 1630-1692), chamán del pueblo de Ohkay Owingeh —que Lummis llama San Juan—, fue la insurrección indígena más exitosa de toda la historia de América del Norte. En una sola jornada coordinada, las treinta y cuatro aldeas pueblo del territorio eliminaron a más de cuatrocientos colonos y veintiún misioneros, obligando al resto a retroceder hasta El Paso. Lo que Lummis pasa por alto es la complejidad de sus causas: a las tensiones acumuladas por la presencia española se sumaban años de sequías devastadoras, la presión creciente de los apaches y navajos, y el conflicto entre los misioneros franciscanos y las autoridades civiles, que dejó a los colonos atrapados entre dos poderes en pugna. El éxito de la rebelión no fue un mero estallido de barbarismo, como sugiere la narración de Lummis, sino el resultado de una organización clandestina sostenida durante años.
2. La reconquista de Nuevo México por Diego de Vargas Zapata Luján (1643-1704) es uno de los episodios más notables de la historia colonial española. El hecho de que Vargas recuperara el territorio pacíficamente en su primera entrada de 1692 y solo encontrara resistencia en la segunda de 1693 revela tanto la habilidad diplomática del gobernador como el agotamiento de la resistencia india tras doce años de un gobierno de Popé que había resultado tan opresivo a su manera como el español. Los descendientes de los soldados que acompañaron a Vargas en aquella reconquista forman hoy en Santa Fe la hermandad de los Caballeros de Vargas, que organiza anualmente las fiestas de la ciudad: continuidad viva de una presencia española que lleva más de cuatro siglos en ese territorio.
3. Helen Hunt Jackson (1830-1885), escritora y activista norteamericana, publicó *Ramona* en 1884 con la intención explícita de denunciar el trato que los Estados Unidos dispensaban a los indígenas del suroeste, especialmente tras la expulsión de los californios tras la guerra mexicano-americana. La novela, ambientada en la California de las misiones franciscanas, fue el equivalente literario de *La cabaña del tío Tom* para la causa india, aunque su mensaje social se diluyó rápidamente en la cultura popular, donde Ramona se convirtió más en un romance pintoresco sobre la California española que en una denuncia política. Que Lummis la cite como autoridad descriptiva de las misiones es significativo: era él amigo personal de Jackson y compartía su admiración por el legado hispánico del suroeste, que ambos trabajaron activamente por preservar.
4. El padre Eusebio Francisco Kino (1645-1711), nacido en el Tirol, es la figura más extraordinaria de la evangelización del norte de América. En sus veintidós años de actividad en la Pimería Alta —el actual sur de Arizona y norte de Sonora— fundó más de veinte misiones, trazó los primeros mapas fiables de la región, demostró que la Baja California era una península y no una isla, introdujo el ganado y la agricultura en comunidades que vivían de la caza y la recolección, y realizó más de cincuenta expediciones de exploración, muchas de ellas a caballo en solitario. Murió durmiendo en el suelo de una de sus misiones, sin más bienes que su ajuar de misionero. Los angloamericanos que llegaron décadas después al suroeste encontraron comunidades indias que ya cultivaban, criaban ganado y rezaban en español; era la herencia de Kino, quien está hoy representado con una estatua en el Capitolio de Washington como uno de los dos grandes hombres de Arizona.

Parte II

Los primeros caminantes en América

EL PRIMER CAMINANTE EN AMÉRICA

Las proezas de un explorador figuran entre las más notables —y también entre las más fascinantes— que presentan los heroísmos humanos. Las cualidades físicas y mentales necesarias para su labor son raras y admirables. Ha de reunir muchas condiciones y sobresalir en cada una de ellas; ha de ser el hombre completo que la Naturaleza se propuso hacer. No necesita un cuerpo tan fuerte como el de Sansón, ni una mente como la de Napoleón, ni un corazón mayor que el de todos los hombres. Pero necesita que su cuerpo, su mente y su corazón sean los de un hombre fuerte. Apenas hay otra profesión en que cada músculo, por decirlo así, de su triple naturaleza se ponga más constantemente y con más equilibrio en juego.

Es un hecho curioso que algunos de los más grandes descubrimientos se deben al azar. Muchos de los más importantes que registra la historia de la humanidad los han realizado hombres que no buscaban la gran verdad que descubrieron. La ciencia es el resultado no solo del estudio, sino de inapreciables accidentes; y lo mismo puede decirse de la historia. Constituye por sí solo un estudio

interesante la influencia que los felices errores y los sucesos fortuitos han tenido en la civilización.

En las exploraciones, como en los inventos, algunos de los éxitos se deben a un mero accidente. Algunas de las exploraciones más valiosas fueron realizadas por hombres que no tenían más idea de ser exploradores que de inventar un ferrocarril hasta la luna; y es un hecho curioso que la primera exploración del interior de América y las dos jornadas más prodigiosas que en ella se hicieron no solo fueron accidentes, sino desdichas y contratiempos que coronaron los esfuerzos de hombres que esperaban encontrar algo muy distinto.

Las exploraciones, ya sean intencionadas o involuntarias, no solo han producido grandes resultados para la civilización, sino que han sido además el origen de las gestas más heroicas de la humanidad. América en particular ha sido quizá el escenario donde se han llevado a cabo las jornadas más grandes y asombrosas; pero los dos hombres que realizaron las más pasmosas de toda América nos son casi desconocidos. Son héroes cuyos nombres suenan como griego para la gran mayoría de los norteamericanos, pese a ser hombres a quienes precisamente los norteamericanos deberían considerar con profundo interés y admiración. Esos héroes fueron Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el primer viajero de América, y Andrés Docampo, quien recorrió en este continente la mayor distancia.

En un mundo tan grande, tan viejo y tan lleno de hechos memorables como este en que vivimos, es sumamente difícil poder decir de cualquier hombre que fue «el más grande de todos» en tal o cual cosa; y aun tratándose de marchas a pie, ha habido tantas y tan notables que desconocemos incluso algunas de las más asombrosas. Como exploradores, ni Vaca ni Docampo alcanzaron gran altura, aunque las exploraciones del segundo no son desdeñables y las de Vaca fueron muy importantes. Pero, como proezas de resistencia física, las jornadas de estos olvidados héroes puede afirmarse con toda seguridad que no tienen paralelo en la historia. Fueron las marchas más extraordinarias que hombre alguno haya podido realizar. Ambas tuvieron lugar en América, y la mayor parte de sus caminatas discurrieron por lo que hoy son los Estados Unidos.

Cabeza de Vaca fue realmente el primer europeo que penetró en lo que era entonces el «continente oscuro» de Norteamérica, como fue también el primero en cruzarlo siglos antes que ningún otro. Sus nueve años de marchas a pie, sin armas, desnudo, hambriento, entre fieras y hombres más fieros todavía, sin más escolta que tres compañeros tan desdichados como él, ofrecieron al mundo la primera visión del interior de los Estados Unidos y dieron pie a algunos de los hechos más trascendentales de su historia temprana. Casi un siglo antes de que los Padres Peregrinos establecieran su comunidad en la costa de Massachusetts; setenta y cinco años antes de que se instalara el primer asentamiento inglés en el Nuevo Mundo; y más de una generación antes de que hubiera un solo colono de raza caucásica de cualquier nación dentro del territorio que hoy ocupan los Estados Unidos, Cabeza de Vaca y sus harapientos compañeros atravesaron penosamente este país desconocido.

¡Mucho tiempo ha pasado desde aquellos días! Enrique VIII era entonces rey de Inglaterra, y desde entonces han ocupado ese trono dieciséis monarcas. Isabel, la reina virgen, no había nacido cuando Cabeza de Vaca emprendió su tremenda jornada, y no empezó a reinar hasta veinte años después de que él la terminara. El hecho ocurrió cincuenta años antes de que naciera el capitán John Smith, fundador de Virginia; una generación antes del nacimiento de Shakespeare, y dos generaciones y media antes que Milton. Henry Hudson, el famoso explorador que ha dado nombre a uno de nuestros principales ríos, no había nacido todavía. El propio Colón llevaba menos de veinticinco años muerto, y al conquistador de México solo le quedaban diecisiete años de vida. El mundo tardó aún sesenta años en conocer lo que era un periódico, y los mejores geógrafos seguían creyendo posible navegar a través de América para llegar a Asia. No había entonces ningún hombre blanco en América al norte de la mitad de México, ni nadie se había internado doscientas millas en este desierto continental, del que se sabía casi menos de lo que hoy sabemos de la luna.

El nombre de Cabeza de Vaca nos parece extraño por lo que literalmente significa. Pero este curioso apellido era muy honroso en

España y representaba un ilustre timbre de nobleza[1]. Fue ganado en la batalla de Las Navas de Tolosa en el siglo XIII, uno de los combates decisivos de aquellos siglos de guerra contra los moros. El abuelo de Álvaro fue también un hombre notable: conquistó las islas Canarias.

Álvaro nació en Jerez de la Frontera a finales del siglo XV[2]. Poco sabemos de sus primeros años, salvo que ya había ganado algún renombre cuando en 1527, siendo ya hombre maduro, vino al Nuevo Mundo. En ese año lo encontramos embarcándose en España como tesorero y alguacil mayor de la expedición de seiscientos hombres con que Pánfilo de Narváez trató de conquistar y colonizar Florida, descubierta por Ponce de León diez años antes.

Llegaron a Santo Domingo y de allí partieron para Cuba. El Viernes Santo de 1528, diez meses después de haber salido de España, llegaron a Florida y desembarcaron en el punto que hoy se llama bahía de Tampa. Tomando solemne posesión del país en nombre de España, salieron a explorar y conquistar aquel desierto. En Santo Domingo ya los habían diezmado un naufragio y varias deserciones, de modo que de los primitivos seiscientos hombres solo quedaban trescientos cuarenta y cinco. Apenas habían llegado a Florida cuando comenzaron a caerles las peores desgracias, y la situación empeoraba cada día. Estaban casi desprovistos de víveres; los indios hostiles los rodeaban por todas partes, y los innumerables ríos, lagos y pantanos hacían su marcha difícil y peligrosa. El pequeño ejército menguaba rápidamente por la guerra y el hambre, y entre los supervivientes se producían motines con frecuencia. Tan debilitados estaban que ni siquiera pudieron regresar a sus barcos. Luchando por alcanzar el punto más cercano de la costa —muy al oeste de la bahía de Tampa—, decidieron que su única salvación era construir embarcaciones para costear hasta las colonias españolas de México. Con mucho esfuerzo lograron construir cinco toscos barcos, y los infelices se lanzaron a navegar hacia el poniente bordeando el golfo. Fuertes tormentas separaron las embarcaciones, que naufragaron una tras otra. Muchos de los desgraciados aventureros perecieron ahogados —Narváez entre ellos—, y muchos de los que fueron

arrojados a una costa inhóspita perecieron igualmente por los rigores del frío y el hambre. Los supervivientes se vieron obligados a alimentarse de los cadáveres de sus compañeros. De los cinco barcos, tres se habían ido a pique con toda la tripulación; de los ochenta hombres que escaparon del naufragio, solo quince sobrevivieron. Todas sus armas y sus ropas habían quedado en el fondo del golfo.

Los supervivientes llegaron a la isla del Mal Hado. No sabemos su situación exacta, salvo que estaba al oeste de la desembocadura del Mississippi. Sus barcos habían cruzado la poderosa corriente donde desemboca en el golfo, y ellos fueron los primeros europeos que vieron esa parte del padre de las aguas. Los indios de la isla, que no tenían más alimentos que raíces, bayas y pescado, trataron a sus desdichados huéspedes con toda la generosidad de que eran capaces, y Cabeza de Vaca habla de ellos con sincero agradecimiento.

En la primavera, los trece compañeros que le quedaban decidieron escapar. Cabeza de Vaca estaba demasiado enfermo para caminar y lo abandonaron a su suerte. Otros dos enfermos —Oviedo y Alaniz— también se quedaron, y el último de ellos no tardó en morir. Cabeza de Vaca se halló así en una situación lastimosa. Reducido a un esqueleto, casi incapaz de moverse, abandonado por sus compañeros y a merced de los salvajes, no es extraño —como él mismo nos cuenta— que le flaqueara el ánimo. Pero era uno de esos hombres que no cejan. Un espíritu fuerte sostenía aquel pobre cuerpo débil y consumido; y cuando el tiempo se hizo más favorable, Cabeza de Vaca recobró lentamente la salud.

Cerca de seis años vivió una existencia completamente solitaria, pasando de una tribu india a otra, unas veces como esclavo y otras como un despreciado paria. Oviedo huyó ante algún peligro y no se volvió a saber de él; Cabeza de Vaca lo afrontó y salió con vida. No cabe duda de que sus sufrimientos eran casi insoportables. Incluso cuando no era víctima de algún trato brutal, se le miraba como una carga, como un intruso inútil entre pobres indígenas que vivían de la manera más miserable y precaria. El hecho de que no le quitaran la vida habla en favor de los sentimientos humanitarios de estos.

Los trece que escaparon corrieron peor suerte. Cayeron en manos de indios crueles y todos fueron muertos, excepto tres, a quienes se reservó el duro destino de la esclavitud. Estos tres fueron Andrés Dorantes, natural de Béjar; Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, y el negro Estebanico, nacido en Azamor, en África. Estos tres y Cabeza de Vaca fueron todo lo que quedó de los valientes cuatrocientos cincuenta hombres —sin contar los que desertaron en Santo Domingo— que partieron tan esperanzados de España en 1527 para conquistar un rincón del Nuevo Mundo: cuatro sombras desnudas, atormentadas, temblorosas; y aun estos vivían separados, aunque de vez en cuando tenían noticias unos de otros e hicieron varias tentativas de reunirse. No fue hasta septiembre de 1534 —casi siete años después— cuando Dorantes, Castillo, Estebanico y Cabeza de Vaca lograron por fin juntarse, en la parte oriental de Texas, al oeste del río Sabinal.

Pero los seis años de soledad e inefables sufrimientos de Cabeza de Vaca no fueron vanos, pues sin saberlo había hallado la llave de la seguridad; y entre todos aquellos horrores, sin sospechar su significado, tropezó con la extraña e interesante clave que habría de salvarlos a todos. Sin eso, los cuatro habrían perecido en el desierto y el mundo nunca habría sabido su fin.

Mientras estaban en la isla del Mal Hado, les hicieron una proposición que parecía el colmo del ridículo. «En aquella isla —dice Cabeza de Vaca— querían hacernos doctores, sin examinarnos ni pedirnos diplomas, porque ellos mismos curan las enfermedades soplando al enfermo. Con ese soplo y con sus manos le libran de la enfermedad, y querían que nosotros hiciésemos lo mismo para que les fuésemos de alguna utilidad. Al oír esto nos reímos, diciéndoles que se burlaban, y que nosotros no sabíamos curar, por lo cual nos privaron de todo alimento hasta que hiciésemos lo que querían. Y viendo nuestra terquedad, me dijo un indio que yo no les comprendía; pues no era necesario que nadie supiese cómo se hace, porque las mismas piedras y otras cosas de la naturaleza tienen propiedad de curar, y que nosotros, por ser hombres, debíamos ciertamente tener mayor poder».

Lo que dijo aquel viejo indio era muy característico y revelaba la clave de las notables supersticiones de la raza. Pero, naturalmente, los españoles aún no lo entendían.

Los indígenas se trasladaron luego al continente. Vivían siempre en la más abyecta pobreza, y muchos de ellos morían de hambre por los rigores de su miserable existencia. Durante tres meses del año «solo tenían mariscos y agua muy mala»; en otras épocas únicamente bayas y otras plantas, y se pasaban el año yendo de aquí para allá en busca de ese escaso y poco nutritivo alimento.

Es de celebrar que Cabeza fuera completamente inútil para los indios. Como guerrero no les servía, pues en su estado de debilitamiento ni siquiera podía manejar el arco. Como cazador también era inservible, porque, como él mismo dice, «le era imposible seguir el rastro de los animales». No podía ayudarles a acarrear agua o leña ni en otras faenas similares, porque era hombre, y sus amos indios no podían consentir que un hombre hiciera el trabajo de una mujer. Así, entre aquellos hambrientos nómadas, un hombre que en nada podía ayudarles y a quien tenían que alimentar constituía una carga pesada, y fue un milagro que no le quitaran la vida. En estas circunstancias, Cabeza empezó a caminar de un sitio a otro. Sus indiferentes amos no prestaban atención a sus movimientos, y fue haciendo gradualmente viajes cada vez más largos hacia el norte y a lo largo de la costa. Con el tiempo encontró la oportunidad de hacer comercio, al que los indios le animaron, contentos al fin de que su «elefante blanco» sirviera para algo. De las tribus del norte les traía pieles y almagre —tierra roja indispensable para que los indígenas se embadurnaran la cara —, hojuelas de pedernal para hacer puntas de flecha, juncos fuertes para sus astiles y borlas de pelo de gamo teñidas de rojo. Estos objetos los cambiaba fácilmente entre las tribus de la costa por conchas y cuentas de madreperla y similares, que a su vez tenían demanda entre sus clientes del norte.

Por causa de sus constantes guerras, los indios no podían aventurarse fuera de sus propios territorios, de modo que aquel comerciante intermediario les resultaba muy conveniente y lo mantenían. Por lo que a él respecta, aunque la vida que llevaba era

de grandes sufrimientos, iba adquiriendo conocimientos que habrían de serle sumamente útiles para su anhelado plan de volver al mundo. En esas solitarias expediciones comerciales recorrió a pie miles de millas por un desierto sin caminos, de modo que la suma de sus viajes fue mucho mayor que la de cualquiera de sus compañeros de fatigas.

En una de esas largas y terribles marchas le ocurrió a Cabeza de Vaca un incidente muy notable. Fue el primer europeo que vio el gran bisonte norteamericano —el búfalo—, cuya raza casi se ha extinguido en los últimos diez años pero que en otro tiempo vagaba por las llanuras en inmensas manadas[3]. Los vio y comió su carne en la región del río Colorado de Texas, y nos ha dejado una descripción de esas «vacas con joroba». Ninguno de sus compañeros llegó a ver uno, porque cuando los cuatro españoles viajaron juntos después, pasaron al sur del territorio de los búfalos.

Entre tanto, como ya he dicho, el desventurado y casi desnudo comerciante se vio obligado a ejercer las funciones de médico. No comprendía cuánto podía servirle esta profesión involuntaria; al principio se vio forzado a adoptarla, y después la siguió no por gusto, sino para evitarse problemas. «No servía para otra cosa más que para médico». Había aprendido el tratamiento peculiar de los chamanes aborígenes, pero no sus ideas fundamentales. Los indios consideran todavía la enfermedad como una «posesión del espíritu», y su idea de la medicina no es tanto curar la dolencia como exorcizar los malos espíritus que la causan.

Esto se hace aún hoy por medio de la prestidigitación y de un galimatías. El médico indio chupaba la parte enferma y pretendía extraer una piedra o una espina que se suponía era la causa de la dolencia, con lo cual el paciente quedaba «curado». Cabeza de Vaca empezó a «ejercer la medicina» a la manera de los indios, y él mismo dice: «He probado este sistema y daba buen resultado».

Cuando los cuatro errabundos se juntaron por fin, tras su larga separación —durante la cual habían sufrido horrores indecibles—, Cabeza albergaba, aunque de modo muy vago, un rayo de esperanza. Su primer propósito fue escapar de sus amos. Tardaron

diez meses en llevarlo a cabo, y entre tanto fueron grandes sus apuros, como lo habían sido constantemente durante muchos años. A veces se alimentaban con una ración diaria de dos puñados de guisantes silvestres y un poco de agua. Cabeza refiere que consideró una merced de la providencia que le permitieran raspar pieles para los indios, pues guardaba cuidadosamente las raspaduras, que le servían de alimento durante muchos días. No tenían ni ropa ni refugio donde guarecerse, y la constante exposición al calor y al frío y los miles de espinas de la vegetación de aquel país les hacían «mudar la piel como las culebras».

Por fin, en agosto de 1535, los cuatro compañeros de sufrimiento escaparon hacia una tribu llamada de los avavares. Entonces comenzó para ellos una nueva etapa. Para que sus camaradas no fueran tan inútiles como él había sido, Cabeza de Vaca los instruyó en las «artes» de los médicos indios, y los cuatro empezaron a ejercer su nueva profesión. A los ensalmos y encantamientos que de ordinario empleaban los indios, aquellos humildes cristianos añadían fervientes oraciones al verdadero Dios[4]. Era una especie de «curación por la fe» del siglo XVI; y naturalmente, entre aquellos enfermos supersticiosos, resultaba muy eficaz. Aquellos aficionados pero sinceros doctores atribuían con edificante humildad sus numerosas curaciones enteramente a la intervención divina; pero comenzaban a darse cuenta de que ello podía influir enormemente en cambiar su suerte. De errabundos, desnudos, hambrientos, miserables mendigos y esclavos de salvajes brutales que eran, se convirtieron de repente en personajes notables —pobres y dolientes todavía como todos sus enfermos, pero pobres de gran poder—. No hay cuento de hadas tan novelesco como la carrera que a partir de entonces realizaron aquellos hombres pobres y valerosos, caminando dolorosamente a través de un continente como amos y bienhechores de una multitud de salvajes.

Yendo de tribu en tribu con toda suerte de penalidades, aquellos exorcistas blancos cruzaron lenta y sufradamente el territorio de Texas hasta llegar cerca del actual Nuevo México. Los historiadores de gabinete llevan repitiendo que entraron en Nuevo México y

llegaron hacia el norte hasta donde hoy se asienta Santa Fe. Pero la investigación científica moderna ha comprobado de manera concluyente que, saliendo de Texas, pasaron por Chihuahua y Sonora y nunca vieron ni una pulgada de Nuevo México.

En cada nueva tribu los españoles se detenían algún tiempo para curar a los enfermos. En todas partes eran tratados con la mayor consideración que podían dispensarles sus míseros huéspedes, y hasta con reverencia religiosa. Su avance es una lección muy valiosa, pues muestra cómo se forman algunos mitos indios: primero es el afortunado exorcista quien, al morir o al marcharse, es recordado como un héroe; después se le venera como semidiós y, por último, como una divinidad.

En los estados mexicanos hallaron primero indios agricultores que vivían en chozas de césped y ramas y cultivaban judías y calabazas. Estos eran los joyas, una rama de los pimas. De las decenas de tribus que visitaron en nuestros actuales estados del sur, ni una sola ha sido identificada. Eran miserables criaturas errantes que hace mucho tiempo desaparecieron de la tierra. Pero en la Sierra Madre de México encontraron indios más inteligentes, cuya raza subsiste todavía. Allí vieron que los hombres iban desnudos, mientras que las mujeres se mostraban «muy honestas en el vestir», usando túnicas de algodón que ellas mismas tejían, con medias mangas y una falda hasta la rodilla, y por encima otra falda de gamuza curtida que llegaba hasta el suelo y se ataba por delante con unas correas. Lavaban su ropa con una raíz saponífera llamada amolé, que usan igualmente los indios y los mexicanos en toda la región del suroeste. Aquellas gentes dieron a Cabeza de Vaca algunas turquesas y cinco puntas de flecha labradas, cada una de una sola esmeralda.

En esa aldea del suroeste de Sonora permanecieron los españoles tres días, alimentándose de corazones de venado, por lo cual la llamaron «Pueblo de los Corazones».

A una jornada de allí se encontraron con un indio que llevaba en su collar la hebilla de un tahalí y un clavo de herradura; y sintieron palpitar su corazón al ver, después de ocho años de andar errantes, estas señales de la proximidad de los europeos. El indio les dijo que

unos hombres de barbas largas como ellos habían venido del cielo y hecho la guerra a su gente.

Los españoles entraban entonces en Sinaloa y se hallaron en una tierra fértil regada por varios ríos. Los indios tenían un miedo cerval porque dos bárbaros —de un tipo muy raro entre los conquistadores españoles, y que me complace decir fueron castigados por infringir las estrictas leyes de España— andaban capturando esclavos. Los soldados se habían marchado; pero Cabeza de Vaca y Estebanico, con once indios, les siguieron rápidamente la pista y al día siguiente alcanzaron a cuatro españoles, quienes los condujeron a su capitán —un bribón llamado Diego de Alcaraz—. Le costó mucho a este oficial dar crédito al asombroso relato que le hizo aquel hombre desharrapado, deshecho, hirsuto y estrafalario; pero al final se templó su frialdad y extendió un certificado de la fecha y condición en que se le había presentado Cabeza de Vaca, y entonces envió a buscar a Dorantes y Castillo. Cinco días después llegaron estos, acompañados de varios centenares de indios.

Alcaraz y su cómplice en crímenes, Cebreros, querían esclavizar a aquellos aborígenes; pero Cabeza de Vaca, sin reparar en el peligro que corría, se opuso indignado a este infame proyecto y al fin obligó a aquellos villanos a abandonarlo. Los indios se salvaron; pero, en medio de la alegría que les produjo volver al mundo, los caminantes españoles se separaron con verdadera pena de aquellos buenos y sencillos amigos. Tras unos pocos días de penoso viaje llegaron a Culiacán el primero de mayo de 1536, donde fueron calurosamente recibidos por el malogrado héroe Melchor Díaz. Este condujo al norte desconocido una de las primeras expediciones —en 1539—, y en 1540, durante una segunda expedición a California a través de parte de Arizona, murió accidentalmente.

Tras un breve descanso, los viajeros partieron hacia Compostela, que era entonces la principal ciudad de la provincia de Nueva Galicia —pequeña jornada de trescientas millas a través de una tierra en que pululaban indios hostiles—. Por fin llegaron a la ciudad de México sanos y salvos, y fueron recibidos con grandes honores. Pero tardaron mucho tiempo en acostumbrarse a los alimentos y la ropa de la gente civilizada.

El negro se quedó en México. Cabeza de Vaca, Castillo y Dorantes se embarcaron para España el 10 de abril de 1537 y llegaron en agosto. El héroe principal nunca regresó a América del Norte; pero se dice que Dorantes estuvo allí al año siguiente. Las noticias que dieron de lo que habían visto, y de los extraños países situados más al norte de que habían oído hablar, motivaron el envío de las notables expediciones que condujeron al descubrimiento de Arizona, Nuevo México, el Territorio Indio, Kansas y Colorado, y a la construcción de las primeras ciudades europeas en el interior de los Estados Unidos. Estebanico tomó parte, con fray Marcos, en el descubrimiento de Nuevo México, y fue asesinado por los indios.

Cabeza de Vaca, como recompensa por su incomparable marcha de mucho más de diez mil millas por una tierra desconocida, fue nombrado gobernador de Paraguay en 1540. No tenía condiciones para ese cargo y regresó a España bajo una acusación ignominiosa. Que no fue culpable, sino más bien víctima de las circunstancias, lo indica el hecho de que fue rehabilitado y se le asignó una pensión de dos mil ducados. Murió en Sevilla a edad avanzada.

1. El origen del apellido Cabeza de Vaca se remonta efectivamente a la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), decisiva derrota almohade que abrió Andalucía a la reconquista cristiana. Según la tradición, un pastor llamado Martín Alhaja indicó a las tropas del rey Alfonso VIII un paso secreto en Sierra Morena marcando el camino con un cráneo de vaca, lo que permitió el movimiento estratégico que determinó la victoria. El rey le concedió como recompensa el apellido que conmemora el servicio. Que Lummis dedique un párrafo a esta explicación refleja su sensibilidad hacia los malentendidos culturales anglosajones sobre España: lo que suena ridículo en inglés lleva detrás ocho siglos de historia.
2. Álvar Núñez Cabeza de Vaca (c. 1490-c. 1559) es una de las figuras más extraordinarias de la exploración americana, y también una de las más modernas en su sensibilidad. Sus dos obras —los *Naufragios* (1542) y el *Comentario* sobre su gobierno en Paraguay— son documentos de excepcional valor etnográfico sobre las culturas indígenas del sur de los actuales Estados Unidos y del Paraguay. Los *Naufragios* en particular tienen una dimensión literaria reconocida por la crítica moderna: son el primer texto en prosa sobre el territorio norteamericano escrito desde la experiencia directa, y su descripción del proceso por el que un soldado español se convierte, primero en esclavo y luego en chamán a su pesar, tiene pocos equivalentes en las letras del siglo XVI.
3. La descripción de las «vacas con joroba» en los *Naufragios* es la primera referencia escrita al bisonte americano en la literatura europea. En el momento en que Lummis escribía, a finales del siglo XIX, la especie había sido llevada casi a la extinción por la caza masiva angloamericana: de los estimados treinta o sesenta millones de ejemplares que poblaban las llanuras a comienzos del siglo XIX, quedaban apenas mil en 1889. La mención de Lummis —«cuya raza casi se ha extinguido en los últimos diez años»— es un testimonio directo de uno de los mayores desastres ecológicos de la historia moderna, perpetrado precisamente por la civilización anglosajona que el libro lleva implícitamente comparando con la española.
4. El episodio de Cabeza de Vaca como chamán involuntario es uno de los momentos más singulares de toda la literatura de exploración. Que cuatro hombres desnudos y hambrientos lograran atravesar un continente utilizando únicamente su autoridad como sanadores —haciendo lo que los chamanes indígenas hacían, pero añadiendo la señal de la cruz y las oraciones cristianas— revela algo sobre la naturaleza del poder simbólico que ningún ejército conquistador podía enseñar. Lummis, que conocía de primera mano las tradiciones chamánicas del suroeste, entendía el episodio con una profundidad que sus contemporáneos anglosajones raramente alcanzaban. No hay ironía en que los primeros europeos que cruzaron el interior de América del Norte lo hicieran no con armas sino con rituales de curación.

EL MÁS INTRÉPIDO CAMINANTE

El estudioso más familiarizado con la historia se queda atónito a cada paso ante el relato de las jornadas de los exploradores españoles. Aunque no hubieran hecho otra cosa en el Nuevo Mundo, sus largas marchas por sí solas serían suficientes para darles fama. En ningún otro lugar se ha sabido jamás de viajes tan numerosos y tan largos por desiertos semejantes. Para comprender esas jornadas de miles de millas que hacían aquellos héroes —ya solos o en pequeñas partidas—, hay que conocer el país que atravesaron y saber algo de los tiempos en que tales hechos se llevaron a cabo. Los cronistas españoles de aquella época no insisten al hablar de las dificultades y peligros que encontraban: es lástima que, aunque solo fuera por vanagloria, no se extendieran en el relato de aquellos obstáculos. Pero, por lacónicas que sean las narraciones sobre tales puntos, se desprende de ellas que encontraron grandes obstáculos y tuvieron que vencerlos; y aún hoy, después de que tres siglos y medio han hecho más habitable aquel desierto que cubría medio mundo, han domeñado a sus naturales, lo han llenado de cómodas estaciones, lo han cruzado con fáciles caminos y le han quitado el

noventa por ciento de sus terrores, se encontrarían pocos hombres lo bastante audaces para emprender las tremendas jornadas que aquellos valientes héroes consideraban tareas cotidianas. El único hecho casi comparable con las caminatas de los españoles por el Nuevo Mundo es la historia de los argonautas de California en 1849, quienes atravesaron las extensas llanuras en el movimiento de población más notable que registra la historia; pero aun ese episodio fue modesto en cuanto a superficie, penalidades, peligros y resistencia, comparado con los viajes de los exploradores españoles [1]. Las jornadas de mil millas a través de los desiertos —o de las selvas tropicales, aún más mortíferas— fueron demasiado numerosas para ni siquiera catalogarlas. Una cosa es seguir una senda, y otra penetrar en un páramo sin camino alguno. Una cosa es ir en larga caravana de carromatos bien armados, y otra muy distinta marchar en pequeñas partidas, a pie o en caballos extenuados. Una jornada desde un punto conocido a otro igualmente conocido —ambos dentro del mundo civilizado, aunque entre los dos se extiendan tierras desiertas— es muy distinta de una jornada que se emprende desde un punto, a través de tierras ignotas, hacia otro punto desconocido, siendo la salida, el trayecto y el término cosas del azar y la ventura, sin guías ni jalones que marquen el camino. Lejos de mí la idea de rebajar el heroísmo de nuestros argonautas. Dejaron en la historia una página de la que puede estar orgulloso cualquier pueblo; pero nunca llegaron a igualar las proezas de héroes semejantes de otra nacionalidad y otra época.

El recorrido de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el primer caminante de América del Norte, quedó eclipsado por la proeza del infeliz y olvidado soldado Andrés Docampo. Cabeza de Vaca anduvo mucho más de diez mil millas; pero Docampo pasó de las veinte mil, sufriendo penalidades igualmente terribles. Las exploraciones de Cabeza fueron mucho más valiosas para el mundo; sin embargo, ninguno de los dos salió con intenciones de explorar. Pero Docampo hizo su terrible marcha a pie voluntariamente y con un fin heroico que tuvo a la postre un enorme resultado, mientras que la empresa

de Cabeza fue simplemente el heroísmo de un hombre muy singular para librarse de la desgracia. Las andanzas de Docampo duraron nueve años; y aunque no dejó libro alguno relatando sus observaciones, como sí hizo Cabeza, el esqueleto de su historia que nos ha quedado es sumamente sugestivo y característico de aquella época, y da cuenta de otros heroísmos además del de aquel valiente soldado.

Cuando Coronado fue por primera vez a Nuevo México en 1540, llevó cuatro misioneros con su pequeño ejército. Fray Marcos pronto volvió a México desde Zuñi por causa de sus dolencias. Fray Juan de la Cruz emprendió con empeño su labor misionera entre los indios pueblo; y cuando Coronado y su tropa abandonaron el territorio, insistió en quedarse con sus oscuros catecúmenos de Tiguex[2] —en Bernalillo—. Era ya muy anciano y estaba seguro de que su vida acabaría en cuanto se fueran sus paisanos; y en efecto, así ocurrió. Fue asesinado por los indios alrededor del 25 de noviembre de 1542.

El hermano lego fray Luis de Escalona, también muy anciano, escogió como parroquia el pueblo de Tshiquite —Pecos— y se quedó allí cuando los españoles se marcharon. Se construyó una pequeña choza fuera de la gran ciudad fortificada de los indios, y allí enseñaba a quienes querían escucharle y cuidaba un pequeño rebaño de carneros, resto de los que llevara Coronado y que fueron los primeros en entrar en lo que hoy son los Estados Unidos. Los indios llegaron a quererle sinceramente, excepto los chamanes, que lo odiaban por su influencia; por fin estos lo asesinaron y se comieron los carneros.

Fray Juan de Padilla, el más joven de los cuatro misioneros y el primero que sufrió el martirio en tierra de Kansas[3], era natural de Andalucía y hombre de gran energía, tanto física como mental. No desmerecía tampoco como caminante, y nuestros andadores profesionales quedarían estupefactos si tuviesen que recorrer por el desierto los miles de millas que recorrió aquel incansable apóstol de los indios en el árido suroeste. Había desempeñado cargos muy importantes en México, pero abandonó gustoso sus honores para convertirse en pobre misionero entre los salvajes del norte ignoto.

Habiendo acompañado la expedición de Coronado desde México a las Siete Ciudades de Cíbola a través de los desiertos, fray Padilla se trasladó a Moqui con Pedro de Tovar y su partida de veinte hombres. Después, de regreso a Zuñi, no tardó en partir de nuevo con Hernando de Alvarado y veinte hombres para recorrer otras mil millas. En esta expedición fue uno de los primeros europeos que contemplaron la ciudad elevada de Acoma, el Río Grande dentro de lo que hoy es Nuevo México y el gran pueblo de Pecos.

En la primavera de 1541, cuando un pequeño grupo se había reunido en Bernalillo y Coronado salió en busca del funesto mito áureo de Quivira, fray Padilla le acompañó. En esa marcha de ciento cuatro días por las áridas llanuras, antes de llegar a las Quiviras al nordeste de Kansas, los exploradores padecieron muchas torturas por falta de agua y a veces de alimento. El traicionero guía que llevaban los engañó, y anduvieron errantes durante mucho tiempo dando vueltas en círculo, cubriendo una larga distancia —probablemente más de mil quinientas millas—. Los expedicionarios iban a caballo, pero en aquellos días los humildes padres iban a pie. Sin encontrar más que contratiempos, los exploradores retrocedieron hacia Bernalillo, aunque por un camino más corto, y fray Padilla fue con ellos.

Pero el héroe había decidido ya que su campo de acción debía estar entre aquellos indios —siux y otros hostiles, errantes, que convivían con los búfalos en las llanuras—; de modo que cuando los españoles evacuaron Nuevo México, él se quedó. Con él estaban el soldado Andrés Docampo, dos jóvenes mexicanos de Michoacán —Lucas y Sebastián, llamados los Donados—, y unos cuantos jóvenes indios mexicanos. En el otoño de 1542, aquella pequeña partida salió de Bernalillo para emprender una marcha de mil millas. Andrés era el único que iba montado; el misionero y los jóvenes indios marchaban penosamente a pie por aquel desierto arenoso. Pasaron por el pueblo de Pecos; de allí cruzaron un rincón de lo que hoy es Colorado y atravesaron el gran estado de Kansas en casi toda su longitud. Por fin, tras una larga y fatigosa marcha, llegaron a las aldeas de los indios quiviras, donde hallaron albergue provisional. Coronado había plantado una gran cruz en una de esas aldeas, y allí

estableció su misión fray Padilla. Con el tiempo los indios hostiles fueron abandonando sus recelos y «le amaron como a un padre». Por último decidió trasladarse a otra tribu nómada, donde su presencia parecía más necesaria. Era un paso muy peligroso: no solo podían aquellos desconocidos recibirle con intención homicida, sino que corría igual riesgo al abandonar su rebaño actual. Los indios, supersticiosos, no se avenían a perder a tan gran exorcista como creían que era fray Juan, y menos a que sus enemigos se aprovecharan de sus servicios, pues todas aquellas tribus errantes se hacían la guerra entre sí. No obstante, fray Padilla resolvió irse, y se fue con su pequeño cortejo. A una jornada de las aldeas de los quiviras tropezaron con una partida de indios en pie de guerra. Al verles acercarse, el buen padre pensó ante todo en salvar a sus compañeros. Andrés tenía aún su caballo, y los muchachos eran veloces corredores.

—¡Huid, hijos míos! —gritó fray Juan—. Salvaos, porque no podéis ayudarme y nada ganaremos con morir todos juntos. ¡Corred!

Al principio se negaron; pero el misionero insistió, y como nada podían contra los indígenas, al fin obedecieron y apelaron a la fuga. Esto, a primera vista, no parece muy heroico; pero les disculpa la consideración de lo que eran aquellos tiempos. No solo eran gente humilde acostumbrada a obedecer a los buenos padres, sino que había otro motivo más poderoso para que procedieran como lo hicieron. En aquellos días de fe ferviente, el martirio se consideraba no solo un heroísmo sino una señal: se creía que anunciaba nuevos triunfos para el cristianismo, y era un deber llevar la noticia y propagarla por el mundo. Si ellos se hubieran quedado y hubieran perecido con el padre —y a buen seguro que sus fieles compañeros no lo temían físicamente—, la lección y la gloria de su martirio se habrían perdido para la humanidad.

Fray Juan se arrodilló en la vasta llanura y encomendó su alma a Dios; y mientras oraba, los indios le atravesaron con sus flechas. Cavaron luego una fosa y enterraron el cadáver del primer mártir de Kansas, colocando sobre aquel sitio un gran montón de tierra. Esto ocurrió en el año 1542.

Andrés Docampo y los muchachos pudieron escapar entonces; pero no tardaron en caer prisioneros de otros indios, que los tuvieron diez meses como esclavos. Los golpeaban y los mataban de hambre, obligándoles a realizar las labores más pesadas y más viles. Por fin, después de trazar muchos planes y de varias tentativas fallidas, lograron escapar de sus bárbaros amos. Anduvieron luego a pie y errantes durante ocho años, solos y sin armas, de un lado para otro en aquellas llanuras secas e inhóspitas, sufriendo privaciones y peligros inconcebibles. Por último, tras aquellos miles de millas que llagaron sus pies, siguieron andando hasta la ciudad mexicana de Tampico, en el gran golfo. Fueron recibidos allí como muertos resucitados. No conocemos los detalles de tan horrenda e incomparable jornada; pero está documentada en la historia. Durante nueve años aquellos infelices recorrieron los desiertos a pie dando mil vueltas, partiendo del nordeste de Kansas para terminar en el sur de México.

Sebastián murió poco después de llegar al estado mexicano de Culiacán; las penalidades del viaje habían sido demasiado excesivas aun para un cuerpo tan joven y fuerte como el suyo. Su hermano Lucas se hizo misionero entre los indios de Zacatecas y continuó su labor entre ellos durante muchos años, muriendo al fin a edad muy avanzada. En cuanto al valiente soldado Docampo, poco después de haber vuelto al mundo civilizado desapareció, sin que se supiera más de él. Quizá algún día se descubran antiguos documentos españoles que arrojen luz sobre el resto de su vida y la suerte que le cupo.

1. La «fiebre del oro» de 1849, que llevó a más de trescientas mil personas a California en menos de tres años, es el gran mito fundacional del Oeste americano en la imaginación anglosajona. La comparación de Lummis es justa en términos de distancia y penalidad: los cuarenta y nueve fueron por lo general por rutas conocidas, en caravanas organizadas, con provisiones, hacia un destino preciso. Los exploradores españoles del siglo XVI partían de un punto conocido hacia uno desconocido, a menudo solos o en grupos de diez o veinte hombres, sin cartografía, sin caminos y sin posibilidad de socorro. Que Lummis lo señale escribiendo en 1893, cuando el mito de los argonautas era aún muy reciente, tiene el valor de una corrección cultural dirigida exactamente a quien necesita recibirla.
2. Los tres misioneros que se quedaron en Nuevo México cuando Coronado regresó a México en 1542 —fray Juan de la Cruz, fray Luis de Escalona y fray Juan de Padilla— son los primeros mártires del actual territorio de los Estados Unidos. El hecho de que eligieran voluntariamente quedarse solos, sin escolta militar, entre tribus que no los habían solicitado, en un territorio que les había dado muestras más que suficientes de hostilidad, es difícil de comprender fuera del marco de la espiritualidad franciscana del siglo XVI. No era resignación ni imprudencia: era la lógica de quien cree que el martirio es la forma más alta de testimonio. Esta misma lógica, que Lummis describe con admiración sincera, es la que guió a centenares de misioneros españoles en tres siglos de evangelización del suroeste, y la que explica la presencia española en territorios donde ninguna consideración militar o económica habría justificado por sí sola la permanencia.
3. Fray Juan de Padilla murió en algún punto del actual estado de Kansas en 1542, convirtiéndose en el primer mártir cristiano dentro del territorio de los actuales Estados Unidos —anterior en más de ochenta años a los mártires de Virginia y de la Florida inglesa que la historiografía anglosajona suele citar como los primeros—. Su beatificación fue solicitada en varias ocasiones; el proceso permanece abierto. Que el primer europeo que murió en suelo de Kansas fuera un fraile franciscano andaluz que había caminado a pie desde México, y que lo hiciera predicando el Evangelio, no figura en ningún libro de texto norteamericano estándar. Es un silencio que confirma precisamente la tesis de Lummis.

LA GUERRA DE LA ROCA

Algunos de los heroísmos y penalidades más característicos de los exploradores en nuestro territorio ocurrieron en torno a la asombrosa roca de Acoma, la extraña ciudad en altura de los indios pueblo queres. Todas las ciudades de los indios pueblo estaban construidas en lugares defendidos por la naturaleza —lo cual era necesario en aquellos tiempos, pues estaban rodeadas por hordas muy superiores en número de los guerreros más terribles de que nos habla la historia—, pero Acoma era la más inexpugnable de todas. En medio de un largo valle de cuatro millas de anchura, bordeado por precipicios casi inaccesibles, se eleva una roca que remata en una meseta de setenta acres de superficie, cuyos flancos —de trescientos cincuenta y siete pies de altura— no solo son perpendiculares sino que en algunos puntos se inclinan hacia fuera. En su cumbre se alzaba —y se alza todavía— la vertiginosa ciudad de los queres. Las pocas sendas que conducen a la cima, en las que un paso en falso puede precipitar al caminante a una muerte horrible desde centenares de metros de altura, bordean abruptas y peligrosas hendiduras desde cuya parte superior un hombre

decidido, sin otras armas que piedras, podría casi tener a raya a todo un ejército.

La primera vez que los europeos tuvieron noticia de esa curiosa ciudad aérea fue en 1539, cuando la gente de Cíbola habló a fray Marcos —descubridor de Nuevo México— de la gran fortaleza roqueña de *Hákuque*, nombre que ellos daban a Acoma, y que sus propios habitantes llamaban *Ahko*[1]. Al año siguiente, Coronado la visitó con su pequeño ejército y nos dejó un relato exacto de sus maravillas. Aquellos primeros europeos fueron bien recibidos, y los supersticiosos habitantes, que nunca habían visto una barba ni el rostro de un hombre blanco, tomaron a los extranjeros por dioses. Pero hasta medio siglo después los españoles no intentaron establecerse allí.

Cuando Oñate entró en Nuevo México en 1598, no encontró de momento oposición alguna, porque su fuerza de cuatrocientos hombres —incluidos doscientos armados— era suficiente para atemorizar a los indios. Estos eran, naturalmente, hostiles a los invasores de su territorio; pero, viendo que los extranjeros los trataban bien y temerosos de hacer guerra abierta a aquellos hombres que llevaban ropas duras y mataban de lejos con sus bastones de trueno, los pueblo esperaron a ver el resultado de la invasión. Las tribus de los queres, los tigua y los jémez se sometieron formalmente al régimen español e hicieron juramento de alianza a la Corona a través de sus representantes reunidos en el pueblo de Guipuy —hoy Santo Domingo—; lo mismo hicieron los taños, picuríes, tehuas y taos en una conferencia similar celebrada en el pueblo de San Juan en septiembre de 1598. Ante su fácil sumisión, Oñate se sintió muy animado y decidió visitar personalmente todos los pueblos principales para asegurar su lealtad a su soberano. Ya había fundado la primera ciudad de Nuevo México y la segunda de los Estados Unidos: San Gabriel de los Españoles, en el lugar donde hoy está Chamita. Antes de emprender esa peligrosa jornada, despachó a Juan de Zaldívar, su edecán, con cincuenta hombres a explorar las vastas y desconocidas llanuras del este, para seguirle él después por el mismo camino.

Oñate, con una fuerza reducida, salió de la pequeña y solitaria colonia española —a más de mil millas de cualquier ciudad de hombres civilizados— el 6 de octubre de 1598. Se dirigió primero a los pueblos de las grandes llanuras de los lagos salados, al este de las montañas Manzano, en una sedienta jornada de más de doscientas millas. Volviendo luego al pueblo de Puaray —frente al que hoy se llama Bernalillo— se desvió hacia el oeste. El 27 del mismo mes acampó al pie de los altos acantilados de Acoma. Los principales de la ciudad bajaron desde lo alto de la roca y solemnemente juraron alianza a la Corona de España. Se les advirtió de la gran importancia y significación del paso que acababan de dar, y de que si violaban su juramento serían considerados y tratados como rebeldes a Su Majestad; pero ellos se comprometieron a ser fieles vasallos. Trataron a los españoles con gran amabilidad y varias veces invitaron al jefe y a sus hombres a visitar la empinada ciudad. En realidad habían tenido espías en las conferencias de Santo Domingo y San Juan, y habían decidido que el hombre más peligroso entre los invasores era el propio Oñate. Si podían matarle a él, creían que los demás extranjeros blancos serían fácilmente derrotados.

Pero Oñate nada sabía de su proyectada traición, y al día siguiente él y su puñado de hombres —dejando solo una guardia con los caballos— treparon por una de las peligrosas «escaleras» de piedra y se hallaron en Acoma[2]. Los solícitos indios los condujeron de un lado para otro, mostrándoles las extrañas casas de varios pisos con sus terrazas, los grandes aljibes labrados en la roca y el vertiginoso borde del precipicio que por todas partes rodeaba aquella ciudad semejante a un nido de águilas. Finalmente condujeron a los españoles a un lugar donde había una larga escalera de mano cuyo extremo superior pasaba por una trampilla en el techo de una gran casa —la estufa o cámara sagrada del concejo—. Los visitantes subieron al techo por una escalera más pequeña, y los indios trataron de que Oñate bajara por la trampilla. Pero el gobernador español, al observar que el aposento de abajo estaba en penumbra, sintió de repente recelo y se negó a bajar; y como estaba rodeado

de soldados, los indios no insistieron. Tras una breve visita a la población, los españoles bajaron de la roca a su campamento, y desde allí prosiguieron su larga y peligrosa jornada hacia Moqui y Zuñi. Aquel repentino rasgo de prudencia de Oñate salvó la historia de Nuevo México, porque en aquella estufa había apostados varios guerreros armados. De haber entrado en la cámara, lo habrían asesinado al instante, y su muerte habría sido la señal para atacar a los españoles, quienes habrían perecido en aquella lucha desigual.

De vuelta de su exploración por aquellas llanuras desiertas y mortíferas, Juan de Zaldívar salió de San Gabriel el 18 de noviembre para seguir a su jefe. Solo llevaba treinta hombres. Al llegar al pie de la ciudad empinada el 4 de diciembre, fue muy bien acogido por los acomas, quienes lo invitaron a subir y visitar la ciudad. Juan era tan buen soldado como valiente, y conocía las estratagemas de guerra de los indios; pero por primera vez en su vida —y fue la última— se dejó engañar. Dejando la mitad de su fuerza al pie del peñasco para guardar el campamento y los caballos, subió con dieciséis hombres. Había en la ciudad tantas maravillas y la gente se mostraba tan cordial que los visitantes olvidaron pronto toda sospecha que pudieran abrigar, y fueron dispersándose gradualmente de un lado para otro para ver las cosas más notables. No esperaban sino eso los habitantes, y cuando el jefe de los guerreros lanzó su grito de guerra, hombres, mujeres y niños cogieron piedras y mazas, arcos y cuchillos de pedernal, y cayeron con furia sobre los españoles dispersos. Fue una lucha horrenda y desigual la que contemplaría el sol de invierno aquella triste tarde en la ciudad empinada. Aquí y allá, de espaldas a la pared de una de aquellas extrañas casas, se veía un soldado de rostro lívido, deshecho, cubierto de sangre, blandiendo su pesado mosquete como una maza o dando tajos desesperados con una espada ineficaz contra la tostada y famélica turbamulta que lo rodeaba, mientras llovían piedras sobre su yelmo calado y por todas partes recibía golpes de clavas y pedernales. No había ningún cobarde en aquella malhadada cuadrilla: vendieron caras sus vidas; delante de cada cual había tendido un montón de cadáveres. Pero uno a uno, aquella ola de bárbaros rugientes ahogaba a cada tremendo y silencioso luchador, y se desviaba para

ir a engrosar el mortífero aluvión que envolvía a otro. El propio Zaldívar fue una de las primeras víctimas, y en aquel combate desigual murieron otros dos oficiales, seis soldados y dos sirvientes. Los cinco que sobrevivieron —Juan Tabaro, alguacil mayor, y cuatro soldados— lograron por fin juntarse y, con un esfuerzo sobrehumano, luchando y sangrando por varias heridas, se abrieron paso hasta el borde del precipicio. Pero sus salvajes enemigos los perseguían, y sintiéndose demasiado débiles para seguir combatiendo hasta llegar a una de las escaleras del peñasco, en el paroxismo de su desesperación los cinco se arrojaron desde aquella tremenda altura.

No hay memoria de otro salto tan terrible como el que dieron Tabaro y sus cuatro compañeros. Aun suponiendo que hubieran tenido la suerte de alcanzar el borde más bajo del peñasco, la altura no pudo ser de menos de ciento cincuenta pies; y, sin embargo, solo uno de los cinco murió en tan inconcebible caída: los cuatro restantes, atendidos por sus aterrorizados compañeros del campamento, se repusieron al fin. Esto parecería increíble si no estuviese completamente documentado en las fuentes históricas. Es probable que cayeran sobre uno de los montones de arena blanca que el viento había acumulado en algunos lugares al pie del peñasco.

Por fortuna, los indios victoriosos no atacaron el pequeño campamento. Los supervivientes tenían aún sus caballos, animales desconocidos para los indígenas que les infundían pavor. Durante varios días, los catorce soldados y sus cuatro compañeros semidifuntos acamparon bajo el saliente costado del peñasco, donde estaban a salvo de los proyectiles que pudieran arrojarles desde arriba, pero esperando a cada momento ser atacados por los naturales. Tenían la certeza de que la matanza de sus camaradas no era sino el preludio de un levantamiento general de los veinticinco o treinta mil indios pueblo, y sin reparar en el peligro que corrían, decidieron por fin dividirse en pequeños grupos y separarse: unos para seguir a su jefe en su jornada hasta Moqui y avisarle del peligro que le amenazaba, y otros para cruzar a toda prisa centenares de áridas millas hasta llegar a San Gabriel y defender a las mujeres, los

niños y los misioneros que se habían dispersado entre los indios. Este plan de abnegación se cumplió felizmente. Los pequeños grupos de tres y cuatro hombres llevaron la noticia a sus compatriotas, y a finales de 1598 todos los españoles supervivientes en Nuevo México se pusieron a salvo en la aldea de San Gabriel. La población estaba construida al modo indio, en forma cuadrada, y en la plaza central se habían colocado los rudos pedreros —especie de obuses que lanzaban balas de piedra— que defendían las puertas. Sobre las azoteas de las casas de adobe de tres pisos, las valientes mujeres vigilaban de día, y los hombres, con sus pesados mosquetes, montaban guardia en las noches de invierno para prevenir el esperado ataque. Pero los pueblo permanecieron sobre las armas. Esperaban ver qué haría Oñate con Acoma antes de tomar medida alguna contra los extranjeros.

Oñate se encontró en un difícil dilema. No hace falta saber ni la mitad de lo que sabía aquel español —ya encanecido y sereno— acerca del carácter de los indios para comprender que debía castigar sumariamente a los rebeldes por la matanza de sus hombres o abandonar para siempre su colonia y Nuevo México. Si semejante atropello quedaba sin castigo, los audaces pueblo no dejarían con vida a ningún español. Por otra parte, ¿cómo podía conquistar aquella inexpugnable fortaleza de roca? Tenía menos de doscientos hombres, y solo podía destinar parte de ellos a la campaña, pues de lo contrario los demás pueblo se levantarían en su ausencia y arrasarían San Gabriel con todos sus habitantes. En Acoma había trescientos guerreros bien contados, secundados además por no menos de cien navajos.

Pero no había otra alternativa. Cuanto más lo meditaba y lo consultaba con sus oficiales, más claramente veía que la única salvación estaba en tomar aquel Gibraltar de los queres, y resolvió llevar el proyecto adelante. Oñate deseaba dirigir en persona tan audaz empresa; pero había alguien con más derecho a ese honor desesperado que el propio capitán general: el olvidado héroe Vicente de Zaldívar, hermano del asesinado Juan. Era sargento mayor de aquel pequeño ejército, y cuando se presentó ante Oñate y pidió

que se le confiara el mando de la expedición contra Acoma, no hubo modo de negárselo.

El 12 de enero de 1599, Vicente de Zaldívar salió de San Gabriel al frente de setenta hombres. Solo unos pocos llevaban los toscos mosquetes de la época; la mayoría eran piqueros armados únicamente con lanzas y espadas, y vestían chaquetas acolchadas o mallas de cuero. Un pequeño pedrero, amarrado sobre el lomo de un caballo, era su única «artillería».

Silenciosa y resueltamente, la pequeña fuerza emprendió la ardua jornada. Todos conocían la inexpugnable roca, y pocos abrigaban la esperanza de regresar de aquella misión desesperada; pero a nadie se le ocurrió la idea de retroceder. La tarde del undécimo día, la fatigada tropa salvó el último altiplano y llegó a la vista de Acoma. Los indios, avisados por sus centinelas, estaban prontos a recibirlos. Toda la población, con los aliados navajos, estaba en armas sobre las azoteas y en los peñascos estratégicos. Indígenas desnudos, pintados de negro, saltaban de grieta en grieta aullando, desafiando y vomitando insultos contra los españoles. Los chamanes, grotescamente disfrazados, ocupaban pináculos prominentes tocando sus tambores y lanzando maldiciones y conjuros al viento, y todo el gentío se unía al coro de rugidos y amenazas.

Zaldívar hizo alto con su pequeña partida al pie del peñasco, acercándose cuanto era posible sin peligro. El indispensable heraldo salió de las filas y, tras un toque de trompeta, procedió a leer en voz alta la formal intimación a rendirse en nombre del rey de España[3]. Por tres veces la vociferó; pero cada vez ahogaban su voz los gritos y aullidos de los enfurecidos indígenas, y una lluvia de piedras y flechas caía en peligrosa proximidad. Zaldívar deseaba conseguir la rendición de la plaza, pedir que se le entregaran los cabecillas de la matanza y llevárselos a San Gabriel para que fueran oficialmente juzgados y castigados, sin causar daño al resto de los habitantes de Acoma; pero los indios, sintiéndose seguros en su fortaleza natural, se burlaban del misericordioso llamamiento. Era evidente la necesidad de tomar Acoma por asalto. Los españoles acamparon sobre la arena y pasaron la noche trazando sombríos planes para el

día siguiente, mientras la baraúnda de la monstruosa danza de guerra de los habitantes de la ciudad hacía más siniestras las horas.

---

1. Acoma —conocida hoy como Sky City— es uno de los asentamientos humanos habitados de forma continua más antiguos del hemisferio occidental, con presencia documentada desde al menos el siglo XII. Su posición sobre una mesa de casi ciento sesenta metros de altura sobre el valle la hizo prácticamente inexpugnable para cualquier fuerza que no dispusiera de artillería moderna: las pocas sendas de acceso podían ser defendidas por unos pocos hombres contra centenares. Que los zuñis la conocieran con el nombre de *Hákuque* y sus propios habitantes la llamaran *Ahko* ilustra la complejidad lingüística del suroeste prehispánico, donde pueblos vecinos podían hablar lenguas completamente distintas y referirse al mismo lugar con nombres radicalmente diferentes.
2. La visita de Oñate a Acoma en octubre de 1598 y el posterior episodio de la trampa de la estufa es uno de los momentos en que la historia del suroeste roza la novela de aventuras sin perder un gramo de veracidad documental. La *estufa* —kiva en la terminología moderna — era la cámara subterránea ceremonial de los pueblos, lugar de reunión del consejo y espacio ritual. Que los guerreros queres apostaran hombres armados en ella para esperar a Oñate revela una sofisticación táctica que contrasta con la imagen de indios primitivos que la historiografía romántica tendía a proyectar. La intuición de Oñate al negarse a descender por la trampilla —que Lummis llama con justicia «rasgo de prudencia»— salvó la colonia de Nuevo México casi antes de que comenzara.
3. El requerimiento —lectura solemne de un documento legal exigiendo la sumisión voluntaria antes de emprender cualquier acción militar— era una institución jurídica obligatoria en la conquista española, establecida formalmente en 1513. Su lectura ante tribus que no entendían el español, a veces desde la cubierta de un barco sin que hubiera indígenas a la vista, ha sido objeto de burla durante siglos como ejemplo de formalismo absurdo. Pero su existencia misma —la obligación legal de ofrecer la rendición pacífica antes de atacar— no tiene equivalente en ninguna otra práctica colonial europea de la época. Era el correlato jurídico de la misma tradición que produjo las Leyes de Burgos y la Controversia de Valladolid: la insistencia española en que incluso la guerra tenía que estar justificada ante el derecho.

EL ASALTO A LA CIUDAD EMPINADA

Al romper el alba del día veintidós de enero, Zaldívar dio la señal para el ataque, y el cuerpo principal de la fuerza española empezó a disparar sus pocos arcabuces e intentar un asalto desesperado por el extremo norte de la gran roca, que era por allí absolutamente inexpugnable. Los indios, apiñados en el borde de los farallones, despedían una lluvia de proyectiles, y muchos de los españoles fueron heridos. Entre tanto, doce hombres escogidos que durante la noche se habían ocultado bajo la parte saliente del peñasco —que los protegía del fuego y la observación de los indios— trepaban cautelosamente por debajo y alrededor del precipicio, arrastrando el pedrero con cuerdas. Algunos de aquellos doce eran arcabuceros y, además del peso del ridículo cañón, cargaban con sus pesados arcabuces y su tosca armadura, que ciertamente no les ayudaría a escalar alturas cuyo ascenso sería difícil hasta para un atleta sin impedimento alguno. Continuando su trabajosa tarea sin ser vistos, tirando unos de otros y luego del pedrero peñas arriba, llegaron por fin a la cumbre de un alto farallón separado de la gran roca de Acoma por un angosto pero terrible tajo. Al atardecer tenían ya el

cañón apuntando hacia la ciudad, y el retumbante disparo —cuando la bala de piedra fue lanzada sobre Acoma— fue la señal para la tropa del extremo norte de la meseta de que se había tomado la primera posición estratégica, y advirtió al mismo tiempo a los indios del peligro que les amenazaba por otro flanco.

Aquella noche, pequeños grupos de españoles treparon por los grandes precipicios que cierran ese valle en forma de artesa por oriente y poniente; talaron pequeños pinos y arrastraron con inmenso esfuerzo los troncos peñas abajo y a través del valle para subirlos al farallón donde se habían situado los doce hombres con el pedrero. Una docena de hombres quedaron guardando los caballos en el extremo norte de la meseta, y el resto de la fuerza se reunió con los doce arcabuceros, ocultándose en las grietas del farallón. Al otro lado del tajo, los indios estaban tendidos en las hendiduras o parapetados detrás de las rocas, esperando el ataque.

Al amanecer del veintitrés, una partida de hombres escogidos salió corriendo de sus escondites a una señal, cargando un tronco al hombro, y con una maniobra certera lo colocaron al otro extremo sobre el lado opuesto, por encima del abismo. Los españoles salieron corriendo y empezaron a cruzar en fila, guardando el equilibrio sobre aquel vertiginoso puente, mientras recibían una descarga de piedras y saetas. Habían cruzado ya varios cuando uno de ellos, en su excitación, agarró la cuerda atada al tronco y lo arrastró consigo.

Fue aquel un momento terrible. Menos de doce españoles quedaban así en el borde de Acoma, separados de sus compañeros por un precipicio de centenares de pies de profundidad y rodeados por enjambres de indios. Estos, saliendo de sus refugios, cayeron al instante sobre ellos envolviéndolos. Mientras el soldado español podía mantener a los indios a distancia, hasta sus toscas armas y su ineficaz armadura le daban cierta ventaja; pero a tan corta distancia, esos mismos arreos eran un impedimento fatal por su tosquedad y su peso. Parecía entonces que iba a repetirse la anterior matanza de Acoma y que los aislados españoles serían destrozados; pero en aquel momento crítico un acto de increíble valor personal los salvó a ellos y a la causa de España en Nuevo México. Un esbelto y joven oficial —hombre de estudios, amigo particular y favorito de Oñate—,

salió del grupo de los consternados españoles que se hallaban al otro lado del tajo y que no se atrevían a disparar contra los enemigos para no herir a sus compañeros mezclados con ellos, y corriendo como un gamo se fue hacia el precipicio. Al llegar al borde, encogió su ágil cuerpo, saltó al aire como un pájaro y salvó el abismo. Cogiendo enseguida el tronco, con un esfuerzo desesperado lo empujó hasta que sus compañeros pudieron agarrarlo desde el otro borde, y por encima del restablecido puente pasaron los soldados españoles, salvando la situación.

Comenzó entonces una de las más tremendas luchas cuerpo a cuerpo que registra la historia de América. Peleando en proporción de uno contra diez; mezclados con una turba de salvajes que aullaban y luchaban con el frenesí de la desesperación; acuchillados con armas melladas; aturdidos por golpes de maza; acribillados por las flechas erizadas; agotados, exhaustos y cubiertos de sangre, Zaldívar y su puñado de héroes se abrieron camino pulgada a pulgada, paso a paso, usando sus pesados mosquetes como mazas, hiriendo con sus chafarotes, parando golpes mortales y arrancando las flechas barbadas de sus carnes temblorosas. Avanzaban, avanzaban siempre; lanzando al viento el grito de guerra de Santiago; acorralando a su tenaz enemigo con un valor aún más tenaz; hasta que por fin los indios, convencidos de que aquellos no eran enemigos humanos, huyeron a refugiarse en sus casas semejantes a fortalezas. Solo entonces pudieron respirar los españoles. Otras tres veces se leyó la intimación a rendirse ante aquellas extrañas viviendas —de cerca de mil pies de longitud cada una, que parecían tramos de una gigantesca escalinata labrada en una sola roca—. Aun entonces deseaba Zaldívar evitar más derramamiento de sangre y pidió que solo le entregaran, para castigarlos, a los asesinos de su hermano y de sus compatriotas. Todos los demás que se rindieran y se hicieran súbditos del «Rey Nuestro Señor» serían bien tratados. Pero los tenaces indios, como lobos heridos en su madriguera, se mantuvieron parapetados en sus casas y rechazaron toda propuesta de paz.

El peñasco estaba tomado; pero quedaba aún la ciudad. Cada pueblo indio era una verdadera fortaleza, y Zaldívar tuvo que atacar

Acoma casa por casa, habitación por habitación. El pequeño pedrero fue colocado frente a la primera fila de casas y pronto empezó a disparar con cierta lentitud. Al derrumbarse las paredes de adobe bajo el cañoneo constante de las balas de piedra, solo formaban grandes barricadas de tierra que ni nuestra artillería moderna podría atravesar, y cada casa tenía que tomarse por separado a punta de espada. Algunas de las casas derruidas se incendiaron con el fuego de sus fogones, y no tardó en envolver la ciudad un humo asfixiante del que salían los gritos de las mujeres y los niños y los desafiantes alaridos de los guerreros. El humanitario Zaldívar hizo cuanto pudo para salvar a mujeres y niños, con gran riesgo propio; pero muchos perecieron bajo las paredes derrumbadas de sus propias casas.

El terrible asalto duró hasta el mediodía del veinticuatro de enero. De vez en cuando partidas de guerreros realizaban salidas tratando de abrirse paso entre las filas de españoles. Muchos, en su desesperación, se arrojaron desde lo alto del peñasco, pereciendo estrellados a su pie. Solo dos indios de los que dieron tan pasmoso salto sobrevivieron, tan milagrosamente como los cuatro españoles de la primera matanza, y como ellos lograron salvarse.

Por fin, al mediodía del tercer día, los viejos salieron pidiendo clemencia, y esta les fue concedida al instante. En el momento de su rendición, se olvidó su rebeldía y se perdonó su traición. Ya no hubo necesidad de más castigo. Los cabecillas que causaron la muerte del hermano de Zaldívar habían muerto, como también casi todos sus aliados navajos. Fue aquella la lucha más sangrienta que se ha conocido en Nuevo México. En aquellos tres días de combate tuvieron los indios quinientos muertos y muchos heridos, y de los españoles supervivientes no hubo uno que no quedara con horrendas cicatrices de por vida como recuerdos de Acoma. La ciudad quedó tan destrozada que hubo que reconstruirla, y el inmenso trabajo con que los pacientes indios habían subido a lo alto del peñasco, a hombros, todas las piedras, la madera y la arcilla necesarias para construir una ciudad de casas de varios pisos para cerca de mil almas, tenía que repetirse. También sus cosechas y todas las provisiones almacenadas en los oscuros aposentos de aquellas casas con terrados habían quedado destruidas y era

necesario reponerlas. En verdad que «los de arriba» habían enviado un terrible castigo a aquel pueblo por su traición a Juan de Zaldívar.

Cuando sus hombres se hubieron recuperado lo bastante de sus heridas, Vicente de Zaldívar —héroe del asalto más prodigioso que registra la historia— regresó victorioso a San Gabriel de los Españoles, llevando consigo ochenta muchachas de Acoma que envió a las monjas de México para que las educaran[1]. ¡Y qué griterío debió de armarse en las murallas de la pequeña colonia cuando sus ansiosos vigías vieron por fin a su pequeño ejército de guerreros —pálidos y cubiertos de andrajos— regresar lentamente a sus hogares, caminando sobre la nieve y montados en flacos jamelgos!

Los demás pueblos, que habían estado al acecho como gatos escondiendo las uñas pero con todos los músculos prontos para saltar, quedaron paralizados de espanto. Esperaban ver a los españoles derrotados —si no aplastados— en Acoma, y contaban con que un rápido levantamiento de todas las tribus acabara entonces con todos los invasores. Pero había sucedido lo imposible. ¡*Ahko*, la orgullosa ciudad encumbrada de los queres! ¡*Ahko*, la rodeada de peñascos, la inexpugnable, había caído en poder de los pálidos extranjeros! Sus valientes guerreros habían perecido; sus sólidas casas eran un montón de humeantes ruinas; su riqueza se había perdido; su pueblo estaba casi borrado de la faz de la tierra. ¿Cómo luchar contra «hombres tan poderosos», contra aquellos extraños brujos a quienes debían proteger «los de arriba», pues de lo contrario no podrían realizar proezas tan sobrehumanas? Relajados sus crispados nervios, el gran gato empezó a ronronear como si nunca hubiera soñado en coger ratones. Ya no se pensó más en rebelarse contra los españoles, y los indios se esforzaron incluso en ganarse el favor de aquellos terribles extranjeros. Le llevaron a Oñate la noticia del asalto de Acoma algunos días antes de que Zaldívar y sus héroes regresaran a la pequeña colonia, y tuvieron la bajeza de entregarle dos indios queres que, huyendo de aquel espantoso combate, se habían refugiado entre ellos. En adelante, los pueblo no dieron ya que hacer al gobernador Oñate.

Pero los de Acoma no parecieron tomar la lección tan a pecho como los demás. Quedaron demasiado destrozados y quebrantados para pensar en otra guerra con sus invencibles enemigos; no obstante, mostraron una hostilidad implacable hacia los españoles durante treinta años, hasta que la ciudad fue conquistada de nuevo mediante una hazaña tan brillante como la de Zaldívar, aunque de muy distinta naturaleza.

En 1629, fray Juan Ramírez —«el apóstol de Acoma»— salió solo de Santa Fe para fundar una misión en la encumbrada ciudad de aquellos feroces indios. Se le ofreció una escolta de soldados, pero la rechazó y partió a pie, completamente solo y sin más armas que su crucifijo[2]. Recorriendo con dificultad su penoso y arriesgado camino, llegó al cabo de muchos días al pie de la gran «isla» de roca y comenzó el ascenso. En cuanto los indios vieron a un extraño —y de la gente que ellos aborrecían—, corrieron hasta el borde del peñasco y le lanzaron una lluvia de flechas, algunas de las cuales atravesaron sus hábitos. En aquel momento, una niña de Acoma que estaba en el mismo borde de la ingente roca se asustó al ver la saña de su gente y, perdiendo el equilibrio, se despeñó al precipicio. Pero quiso la providencia que cayera solo unas pocas yardas sobre un reborde arenoso cerca de donde estaba fray Juan, donde los indios no podían verlos, y quienes supusieron que había caído hasta la sima. Fray Juan se acercó a recogerla y la llevó sana y salva hasta arriba; y al presenciar este aparente milagro, los indios quedaron desarmados y lo recibieron como a un ser sobrenatural. El buen hombre vivió solo en Acoma más de veinte años, amado por los naturales como un padre, enseñando a sus conversos con tanto éxito que con el tiempo muchos de ellos sabían el catecismo y podían leer y escribir en español. Además, bajo su dirección y con inmensa laboriosidad, construyeron una gran iglesia. Cuando murió en 1664, los acomas —que habían sido los indios más feroces— llegaron a ser los más dóciles de Nuevo México y los más avanzados en civilización. Pero pocos años después de su muerte sobrevino el levantamiento de todos los pueblos, y durante las largas y desastrosas guerras que siguieron fue destruida la iglesia y

desaparecieron en gran parte los frutos del trabajo del valiente fray Juan. En aquella rebelión, fray Lucas Maldonado, que era entonces misionero en Acoma, fue asesinado por su rebaño el diez o el once de agosto de 1680. En noviembre de 1692, Acoma se rindió voluntariamente al reconquistador de Nuevo México, Diego de Vargas. Al cabo de pocos años, sin embargo, se rebeló de nuevo, y en agosto de 1696 Vargas marchó contra la ciudad, pero no pudo asaltarla. Gradualmente los pueblo fueron viviendo en paz con sus humanitarios conquistadores y llegaron a merecer la benevolencia con que constantemente se les trataba. La misión fue restablecida en Acoma hacia 1700, y allí se eleva hoy una enorme iglesia que es una de las más notables del mundo, dado el infinito trabajo y la paciencia con que fue construida. El último intento de levantamiento de los indios pueblo ocurrió en 1728, pero en él no tomó parte Acoma.

La curiosa escalera de piedra por la que fray Juan Ramírez subió por primera vez a su peligrosa parroquia bajo una lluvia de flechas la siguen usando hoy los habitantes de Acoma, quienes la llaman el «camino del Padre».

1. El detalle de las ochenta muchachas enviadas a los conventos de México es uno de esos pasajes que Lummis deja caer sin comentario y que la historiografía posterior ha leído de maneras muy distintas. Desde la perspectiva española de la época, era un acto de clemencia —las niñas quedaban fuera del alcance de la represalia y recibían educación—; desde la perspectiva moderna, es una forma de deportación de menores. Que Lummis lo consigne sin análisis es consistente con su método general: describe los hechos con la lente de su tiempo, sin proyectar categorías morales anacrónicamente, pero tampoco sin ocultarlos. La sobriedad con que lo menciona —inmediatamente después de la victoria— dice más que cualquier comentario explícito.

2. Fray Juan Ramírez (c. 1600-c. 1664) representa el modelo más puro de la evangelización franciscana del suroeste: la conquista espiritual que avanzaba donde la conquista militar había fracasado o resultaba imposible. Su establecimiento en Acoma en 1629 —treinta años después del asalto de Zaldívar— y su permanencia de más de dos décadas entre los indios más hostiles de Nuevo México produjo resultados que ningún ejército había logrado: la comunidad de Acoma se convirtió en la más civilizada del territorio. Que la gran iglesia de San Esteban Rey de Acoma, construida bajo su dirección entre 1629 y 1640, se alce hoy como uno de los monumentos coloniales más extraordinarios de América del Norte —con vigas de veinte metros transportadas a hombros desde bosques situados a kilómetros de distancia— es el testimonio físico de lo que Lummis describe. La historia de la niña rescatada en el borde del precipicio, que él narra como providencia, pertenece al repertorio de episodios fundacionales que toda comunidad necesita para explicar su conversión: veraz o no en sus detalles, su función narrativa es la de marcar el momento en que el miedo se convirtió en confianza.

EL SOLDADO POETA

Pero retrocedamos un poco. El joven oficial que dio aquel soberbio salto sobre el tajo de Acoma, que repuso el tronco para hacer de puente y salvó así la vida a sus camaradas —e indirectamente a todos los españoles de Nuevo México— fue el capitán Gaspar Pérez de Villagrán. Era hombre muy culto, había obtenido el grado de bachiller en una universidad española, era joven, ambicioso, valiente y un verdadero atleta. Fue un héroe entre los héroes del Nuevo Mundo, y un cronista al que la historia debe mucho. Los seis ejemplares existentes del pequeño y grueso volumen en pergamino que contiene su poema histórico de treinta y cuatro cantos épicos valen cada uno muchas veces su peso en oro [1]. Lástima grande que no haya habido un Villagrán para cada una de las campañas de los exploradores de América, que nos diera más detalles de aquellos peligros y sufrimientos sobrehumanos, pues la mayoría de los cronistas de la época tratan esos episodios tan brevemente como describiríamos nosotros un paseo de Nueva York a Brooklyn.

El salto sobre el tajo no fue la única parte que tomó el capitán Villagrán en el sangriento combate de Acoma en el invierno de 1598-

99. Estuvo a punto de ser víctima de la primera matanza, en la que Juan de Zaldívar y sus hombres perecieron, y se escapó de aquel trance solo para sufrir penalidades tan terribles como la muerte misma.

En el otoño de 1598, cuatro soldados desertaron del pequeño ejército de Oñate en San Gabriel, y el gobernador envió a Villagrán con tres o cuatro soldados a arrestarlos. No sabemos lo que diría hoy un alguacil si le mandaran perseguir a cuatro delincuentes en un recorrido de mil millas por un desierto semejante y con una fuerza tan exigua. Pero el capitán Villagrán siguió la pista de los desertores y, después de perseguirlos por más de novecientas millas, los alcanzó al sur de Chihuahua, en México. Los desertores opusieron feroz resistencia: dos fueron muertos por los soldados y dos escaparon. Villagrán dejó allí su pequeña fuerza y rehízo solo las peligrosas novecientas millas. Al llegar al pueblo de Puaray, en la orilla occidental del Río Grande frente a Bernalillo, supo que su jefe Oñate acababa de marchar hacia el oeste en su peligroso viaje a Moqui, ya descrito. Villagrán se volvió al instante hacia el oeste y salió solo para seguir y alcanzar a sus compatriotas. La pista era fácil de seguir, porque los españoles tenían los únicos caballos que había en lo que hoy son los Estados Unidos; pero aquel solitario rastreador se vio continuamente rodeado de peligros y sufrimientos. Llegó a la vista de Acoma justamente después de la matanza de Juan de Zaldívar y del tremendo salto de los cinco españoles. Los supervivientes se habían alejado ya de aquel sitio fatal, y cuando los habitantes vieron acercarse solo a un español, bajaron de su ciudadela roqueña para rodearlo y darle muerte. Villagrán no llevaba armas de fuego, sino únicamente su espada, una daga y un escudo. Aunque ignoraba los terribles sucesos que acababan de ocurrir, le inspiró recelos la manera en que los salvajes trataban de envolverle, y aunque su caballo cojeaba por efecto de la larga jornada, lo espoleó para ponerlo al galope y luchó abriéndose paso entre el círculo que los indios iban estrechando. Siguió huyendo hasta muy entrada la noche, describiendo un largo rodeo para no acercarse a la ciudad, y al fin descendió exhausto de su caballo igualmente exhausto y se tendió a descansar sobre la dura tierra. Cuando

despertó caía una gran nevada, y se encontró medio sepultado bajo la fría y blanca nieve. Montando de nuevo, avanzó en la oscuridad para alejarse todo lo posible de Acoma antes de que la luz del día lo delatara. De repente, caballo y jinete cayeron en un hondo pozo que los indios habían excavado a modo de trampa, cubriéndolo con ramas y tierra. En la caída se mató el pobre caballo, y Villagrán quedó maltrecho y aturdido. Por fin logró salir del pozo, con gran contento de su fiel perro, que estaba sentado aullando y tiritando en el borde. El soldado poeta habla con mucha ternura de aquel mudo compañero de su larga y peligrosa jornada, y es evidente que lo quería con un cariño que solo un hombre valiente puede profesar y un perro fiel merecer.

Emprendiendo de nuevo la marcha a pie, Villagrán perdió pronto el camino en aquel desierto sin huellas ni sendas. Durante cuatro días y cuatro noches anduvo errante, sin un bocado que comer y sin una gota de agua, pues la nieve se había derretido ya. Muchos hombres han soportado ayunos más prolongados entre sufrimientos semejantes; pero solo quienes han experimentado sed en tierras áridas pueden tener una idea remota de lo que significa vivir noventa y seis horas sin agua. Dos días de esa sed suelen ser fatales para muchos hombres fuertes, y es poco menos que milagroso que Villagrán pudiera resistirla cuatro. Por fin, casi muriendo de sed, con la lengua seca e hinchada, dura y áspera como una lima, asomándole fuera de los dientes, se vio en la triste necesidad de matar a su fiel perro, lo cual hizo con lágrimas de varonil remordimiento. Llamando al pobre animal hacia sí, lo despachó con su espada y apuró ansiosamente su sangre caliente. Esto le dio fuerzas para arrastrarse un poco más, y cuando estaba a punto de dejarse caer sobre la arena para morir, divisó a poca distancia un pequeño hoyo en una gran roca. Arrastrándose débilmente hasta allí, descubrió con júbilo que había quedado en la cavidad algo de agua de nieve. Esparcidos alrededor había unos cuantos granos de maíz que le parecieron llovidos del cielo, y los devoró con hambre desesperada.

Había abandonado ya toda esperanza de alcanzar a su jefe, y decidió retroceder y recorrer las terribles doscientas millas que le

separaban de San Gabriel. Pero ya no podía su cuerpo obedecer a su heroico espíritu, y habría perecido miserablemente junto al pequeño estanque de la roca de no haber sido por una extraña casualidad.

Mientras estaba allí tendido, sin ánimo ni fuerzas, oyó de pronto voces que se acercaban. Supuso que los indios habían rastreado su pista y se dio por perdido, porque se sentía demasiado débil para luchar. Pero al fin llegaron a su oído acentos españoles, y aunque eran voces ásperas y broncas de soldados, debieron de parecerle los sonidos más dulces del mundo. Había ocurrido que la noche anterior algunos de los caballos del campamento de Oñate se habían extraviado, y un pelotón de soldados salió a buscarlos. Siguiendo sus huellas llegaron cerca del lugar donde el capitán Villagrán yacía tendido. Por fortuna lo vieron, pues él no podía ni gritar ni correr tras ellos. Con sumo cuidado levantaron al oficial herido y lo llevaron al campamento, donde con los solícitos cuidados de hombres barbudos recuperó lentamente sus fuerzas y con el tiempo volvió a ser el audaz atleta de otros días. Acompañó a Oñate en su larga marcha por el desierto, y pocos meses después estuvo presente en el asalto de Acoma y realizó la proeza asombrosa que se cita como una de las hazañas más notables en la historia del Nuevo Mundo.

---

1. Gaspar Pérez de Villagrán (c. 1555-1620) publicó en Alcalá de Henares en 1610 su *Historia de la Nueva México*, poema épico en treinta y cuatro cantos en octavas reales que narra la expedición de Oñate desde su preparación en México hasta la batalla de Acoma. Es el primer poema épico escrito sobre el actual territorio de los Estados Unidos, anterior en más de una década a cualquier texto literario en lengua inglesa sobre ese mismo territorio. Villagrán combina en él la tradición de *La Araucana* de Ercilla —la gran epopeya de la conquista en lengua castellana— con su propia experiencia como protagonista de los hechos que describe, lo que le da una densidad testimonial única. Su rareza bibliográfica —Lummis conocía solo seis ejemplares en 1893— se debe en parte a que fue confiscado por las autoridades virreinales, quizá por considerar que glorificaba demasiado a Oñate en un momento en que el gobernador había caído en desgracia. Hoy es considerado el texto fundacional de la literatura del suroeste norteamericano.

LOS MISIONEROS EXPLORADORES

Pretender narrar la historia de la exploración española de las Américas sin dedicar especial atención a los misioneros exploradores sería hacerles escasa justicia y dejar incompleto el relato. En esto, aún más que en otras facetas, la conquista fue ejemplar. El español no solo descubrió y conquistó: además convirtió. Su celo religioso no cedía en nada a su valor. Como ha ocurrido con todas las naciones que han entrado en tierras nuevas —y como ocurrió con nosotros mismos en la que ocupamos—, su primer paso tuvo que ser la sujeción de los naturales que se le oponían. Pero apenas hubo castigado a esos feroces indios, empezó a tratarlos con una grande y noble clemencia que hoy mismo no abunda y que en aquella cruel época del mundo era casi desconocida. Nunca dejó sin hogar a los oscuros indígenas de América, ni los fue arrollando ni acorralando ante él; antes al contrario, los protegió y les aseguró por medio de leyes especiales la tranquila posesión de sus tierras para siempre. Gracias a las generosas y firmes leyes dictadas por España hace tres siglos, nuestros indios más notables e interesantes —los pueblo— gozan hoy de plena seguridad en sus posesiones, mientras que casi

todos los demás, que nunca estuvieron del todo bajo el dominio español, han sido expulsados una y otra vez de las tierras que nuestro gobierno les había solemnemente concedido [1].

Esa era la ventaja de un régimen de Indias que no obedecía a la política sino a los principios invariables de la humanidad. En primer lugar se exigía al indio que fuera obediente a su nuevo gobierno. No se le podía enseñar la obediencia en todo a la vez; pero debía al menos abstenerse de matar a sus nuevos vecinos. Tan pronto como aprendía esa lección, se le protegía en sus derechos sobre su hogar, su familia y sus bienes. Entonces, y tan rápidamente como podía hacerlo el ejército de misioneros que dedicaban su vida a esa peligrosa tarea, se le educaba en los deberes de la ciudadanía y de la religión cristiana. Es casi imposible para nosotros, en estos tiempos tranquilos, comprender lo que significaba convertir entonces medio mundo de indios. En nuestra parte de América del Norte nunca ha habido tribus tan terribles como las que encontraron los españoles en México y en las tierras más al sur. Nunca pueblo alguno llevó a cabo en ninguna parte una labor tan prodigiosa como la que realizaron en América los misioneros españoles. Para empezar a comprender las dificultades de aquella conversión, hay que leer una horripilante página de la historia.

Muchos indios y pueblos salvajes profesan religiones tan distintas de la nuestra como sus organizaciones sociales. Pocas tribus hay que sueñen con un Ser Supremo. La mayoría de ellos adora muchos dioses —dioses cuyos atributos se parecen mucho a los del propio adorador, dioses tan ignorantes y crueles y traidores como él—. Es algo horripilante estudiar esas religiones y ver qué cualidades tan tenebrosas y repulsivas puede deificar la ignorancia. Los despiadados dioses de la India —que se supone que se deleitan aplastando a millares de fieles bajo las ruedas del carro de Jagannath, y con el sacrificio de niños al Ganges y de jóvenes viudas a la hoguera— son buena muestra de lo que puede creer una mente descarriada. Pues bien, los horrores de la India tenían su paralelo en América. Las religiones de nuestros indios del norte tenían muchos ritos sorprendentes y terribles; pero eran inocentes y civilizados

comparados con los monstruosos que se practicaban en México y en América del Sur. Para comprender algo de lo que tuvieron que combatir los misioneros españoles en América —aparte del peligro común a todos—, echemos una ojeada al estado de cosas en México cuando llegaron.

Los náhuatl —o aztecas— y otras tribus indias semejantes del antiguo México observaban el credo pagano general a todos los indios de América, con algunos horrores añadidos por ellos. Vivían en un constante y ciego terror de sus innumerables dioses salvajes, pues para ellos todo lo que no podían ver y entender —y casi todo lo que veían y entendían— era una deidad. Lo que no podían concebir era un dios que les inspirara amor: había de ser siempre algo que les inspirara miedo, pero un miedo mortal. Todo su empeño en la vida era esquivar los crueles golpes de una mano invisible y aplacar a algún dios terrible que no podía amar pero a quien se podía sobornar para que no causara daño. No podían imaginar una verdadera creación, ni que pudiera existir algo sin padre ni madre: las estrellas y las piedras y los vientos y los dioses tenían que nacer lo mismo que los hombres. Su «cielo» —si hubieran podido entender lo que significa esa palabra— estaba atestado de dioses, cada uno tan individual y personal como nosotros; con más poder que nosotros, pero con las mismas debilidades y pasiones y pecados. En realidad, habían inventado y modelado los dioses a su propia imagen salvaje, atribuyéndoles los poderes que ellos mismos habrían deseado; pero eran incapaces de reconocerles virtudes que no podían comprender. Así también, para juzgar lo que podría agradar a sus dioses, se guiaban por lo que a ellos mismos les placía. Vengarse cruentamente de los enemigos; robar y matar, o recibir tributo para dejar de robar y de matar; vestir ropas ricas y comer bien: estas y otras cosas semejantes, que consideraban las más altas ambiciones personales, creían que agradarían igualmente a «los de arriba». Y así consagraban la mayor parte de su tiempo y de su afán en sobornar a esos extraños dioses que les causaban más terror que los indígenas vecinos.

Su idea de un dios la expresaban gráficamente en los grandes ídolos de piedra que antes abundaban en México y algunos de los

cuales se conservan todavía en los museos. Son por lo general de tamaño colosal y están labrados con mucho esmero en piedra muy dura, pero sus cuerpos y sus rostros son indeciblemente horribles. Un ídolo como el del grotesco *Huitzilopochtli* era algo tan espantoso como no pudo jamás inventar el ingenio humano; y la misma repulsiva fealdad se ve en todos los ídolos mexicanos.

Se atendía a estos ídolos con un cuidado sumamente servil, y se les vestía con los ornamentos más costosos que podía procurarse la riqueza de los indios. Sobre esas grandes pesadillas de piedra se colgaban con profusión largos collares de turquesas —que era la joya más preciada de los aborígenes americanos— y preciosos mantos de brillantes plumas de aves tropicales y conchas de iridiscentes colores. Miles de hombres dedicaban su vida a cuidar de esas mudas deidades, y se humillaban y atormentaban de un modo indecible para complacerlas.

Pero ni los regalos ni los cuidados eran suficientes. De un dios como esos había que temer también que traicionara a sus amigos. Había que llevar más lejos el soborno. Todo lo que al indio le parecía valioso lo ofrecía a su dios para tenerle propicio, y como la vida humana era lo más valioso a los ojos del indio, esa era su ofrenda más importante, y llegó a ser la más frecuente. Un indio no consideraba un crimen sacrificar una vida para complacer a uno de sus dioses. No tenía idea de recompensa o castigo después de la muerte, y llegó a considerar el sacrificio humano como una institución legítima, moral y hasta divina. Con el tiempo aquellos sacrificios llegaron a consumarse casi a diario en cada uno de los numerosos templos. Era la forma de culto más estimada: su importancia era tan grande que los sacerdotes tenían que pasar por un aprendizaje más riguroso que cualquier ministro de la religión cristiana. Solo podían llegar a ocupar ese puesto comprometiéndose a una incesante y terrible práctica de privaciones y mutilaciones de su cuerpo.

Se ofrecían vidas humanas no solo a uno o dos de los ídolos principales de cada comunidad, sino que cada población tenía además fetiches menores a los que se hacía esta clase de sacrificios en determinadas ocasiones. Tan arraigada estaba la costumbre del

sacrificio, y se la consideraba tan natural, que cuando Cortés llegó a Cempoala los indígenas no concibieron otro modo de recibirle con suficientes honores, y muy cordialmente propusieron ofrendarle sacrificios humanos. Excusado es decir que Cortés rechazó con energía tan singular muestra de hospitalidad.

Esos ritos se celebraban casi siempre en los *teocalis* —montículos para sacrificios—, de los que había uno o más en cada población india. Eran grandes montones artificiales de tierra en forma de pirámides truncadas y recubiertas de piedra. Tenían de cincuenta a doscientos pies de altura, y a veces varios centenares de pies cuadrados en su base. En la parte superior de la pirámide había una pequeña torre, que era la oscura capilla donde se encerraba el ídolo. La grotesca faz de la pétrea deidad miraba hacia una piedra cilíndrica que tenía en la parte superior una cavidad en forma de tazón: era el altar o piedra del sacrificio. Esa piedra era ordinariamente labrada, a veces con muchos detalles y esmerada factura. El famoso «calendario azteca de piedra» que se halla en el Museo Nacional de México y que en otro tiempo dio lugar a tan extrañas conjeturas, no es sino uno de esos altares para sacrificios, de época anterior a Cristóbal Colón. Es un ejemplar notabilísimo de piedra labrada por los indios[2].

El ídolo, las paredes interiores del templo, el suelo y el altar estaban siempre empapados con el fluido más precioso de la tierra. En el tazón ardían a fuego lento corazones humanos. Chamanes vestidos de negro —con sus rostros ennegrecidos y círculos blancos pintados alrededor de los ojos y de la boca, con los cabellos empapados en sangre, con los rostros marcados por incesantes mortificaciones— iban continuamente de un lado para otro, vigilando de día y de noche, siempre prontos para las víctimas que aquella horrenda superstición llevaba al altar. Las víctimas solían elegirse entre los prisioneros de guerra y los esclavos cedidos como tributo por las tribus conquistadas, y el contingente era enorme. A veces en un solo día señalado se sacrificaban quinientas víctimas en un solo altar. Se les tendía desnudos sobre la piedra de sacrificios y se les descuartizaba de una manera demasiado horrible para describirse

aquí. Sus corazones palpitantes se ofrendaban al ídolo y se arrojaban después al gran tazón de piedra, mientras que los cuerpos eran lanzados escaleras abajo hasta ir a parar al pie de la pirámide, donde eran arrebatados por una muchedumbre ávida. Los mexicanos no eran ordinariamente caníbales, ni gustaban de serlo, pero devoraban aquellos cuerpos como parte de su repulsiva religión.

Repugna entrar en más detalles acerca de esos ritos; basta lo dicho para dar una idea de la barrera moral que encontraron los misioneros españoles cuando fueron a enseñar a tan sanguinarios indígenas un evangelio que predica el amor y la fraternidad universal de los hombres. Semejante credo era para los indios tan incomprensible como lo sería para nosotros que nos dijeran que lo negro es blanco; la lucha para hacérselo comprender fue una de las más enormes y, al parecer, imposibles que maestro alguno haya emprendido. Antes de que los misioneros pudieran lograr que los indios escucharan siquiera el catecismo —y mucho menos que lo entendieran—, tenían que dedicarse a la peligrosa tarea de demostrar lo falso de su paganismo. El indio creía absolutamente en el poder de su sangriento dios de piedra. Estaba seguro de que si abandonaba su ídolo, este lo castigaría y destruiría, y por consiguiente no quería oír nada contrario a su religión. El misionero no solo tenía que decirle: «Tu ídolo es impotente; no puede hacer daño a nadie; no es más que una piedra, y si lo pisoteas no puede castigarte», sino que además tenía que probarlo. Ningún indio era tan temerario que quisiera hacer ese experimento, y el nuevo maestro tenía que demostrarlo él mismo. Naturalmente, ni siquiera podía intentarlo al principio, porque si hubiera comenzado su labor catequética maltratando a uno de aquellos grotescos dioses de pórfido, los sacerdotes del ídolo lo habrían asesinado al instante. Pero cuando los indios vieron por fin que ningún poder sobrenatural aplastaba al misionero por hablar mal de sus dioses, se había dado el primer paso. Gradualmente pudo después tocar el ídolo, y vieron que también quedaba ileso. Por último derribó y rompió las crueles imágenes, y los atónitos y aterrorizados devotos empezaron a dudar y a despreciar a las cobardes deidades a quienes habían servido

como esclavos y a las que un extraño podía insultar y maltratar impunemente. Solo empleando esta ruda lógica, que era la que aquellos envilecidos indios podían entender, los misioneros españoles lograron probarles que el sacrificio humano era un error de los hombres y no la voluntad de «los de arriba». Fue un adelanto extraordinario extirpar esa práctica —la peor de la religión india—, que había arraigado a lo largo de varios siglos de constante observancia. Pero los apóstoles españoles estaban a la altura de su misión, y la fe infinita, el celo y la paciencia con que finalmente abolieron el sacrificio humano en México condujeron gradualmente, paso a paso, a la conversión de los indígenas de continente y medio al cristianismo.

---

1. La observación de Lummis tiene base histórica sólida. Los pueblos del suroeste —que habían estado bajo jurisdicción española y luego mexicana antes de pasar a soberanía estadounidense— conservaron sus tierras comunales gracias en parte a que la Corona española las había reconocido y protegido mediante documentos legales. El Pueblo Lands Act de 1924 confirmó esa herencia jurídica. En contraste, las tribus del este y del centro de Norteamérica —que nunca habían estado bajo el régimen español de protección de tierras indígenas— fueron sistemáticamente desposeídas a través del Indian Removal Act de 1830 y los sucesivos tratados violados por el gobierno federal. Lummis lo señala en 1893 con una claridad que sus contemporáneos anglosajones raramente se permitían.
2. La Piedra del Sol —llamada popularmente «calendario azteca»— fue descubierta en 1790 bajo la Plaza Mayor de la Ciudad de México durante unas obras y trasladada al Museo Nacional. Pesa casi veinticuatro toneladas y tiene casi cuatro metros de diámetro. La interpretación de Lummis de que es un altar de sacrificios es una de las hipótesis que circulaban en su época y ha sido debatida desde entonces; la arqueología moderna la considera principalmente un monumento cosmológico que representa el sol y los ciclos del tiempo mexica, aunque su función ritual en el Gran Templo de Tenochtitlan no excluye usos relacionados con el sacrificio. Que Lummis la mencione como simple altar de piedra refleja el estado del conocimiento arqueológico de 1893, anterior a las excavaciones sistemáticas del Templo Mayor que comenzaron en 1978.

LOS CONSTRUCTORES DE IGLESIAS EN NUEVO MÉXICO

Para trazar siquiera un bosquejo de la obra realizada por los misioneros españoles en ambas Américas harían falta varios volúmenes. Lo más que podemos hacer aquí es tomar como muestra una hoja de tan fascinador como formidable relato; y para ello describiré brevemente lo que se hizo en una región que nos interesa de manera particular: la provincia de Nuevo México. Hubo muchas otras comarcas en que fue preciso vencer obstáculos aún mayores, en que muchos más mártires perdieron la vida sin quejarse y en que más generaciones lucharon desesperadamente; pero lo mejor será tomar un ejemplo modesto, especialmente uno que tanta relación tiene con nuestra historia nacional.

Nuevo México y Arizona —verdaderos países de maravillas de los Estados Unidos— fueron descubiertos, como es sabido, en 1539 por aquel misionero español a quien todo joven americano debería recordar con veneración: fray Marcos de Niza. Hemos bosquejado ya las proezas de fray Ramírez, fray Padilla y otros misioneros en aquella tierra inhóspita, y habrá podido formarse una idea de las penalidades que eran comunes a todos sus cofrades; porque las

tremendas jornadas, la abnegación en la soledad, el amoroso celo y muy a menudo la muerte cruel de esos hombres no eran excepciones sino ejemplos corrientes de lo que tenía que esperar un apóstol en el suroeste.

En todas partes ha habido misioneros cuyos rebaños fueron tan ingratos y crueles; pero pocos o ninguno que se hallaran en regiones tan apartadas e inaccesibles. Nuevo México fue durante trescientos cincuenta años —y lo es aún hoy en su mayor parte— un páramo salpicado de unos pocos pequeños oasis. A la gente de los estados del este, un desierto les parece que ha de estar sumamente lejos; pero en nuestra región del suroeste hay actualmente cientos de miles de millas cuadradas donde el viajero puede morir fácilmente de sed y donde cada año hay infelices víctimas de ese horrendo martirio. Aun ahora pueden hallarse penalidades y peligros en Nuevo México; pero hubo un tiempo en que fue uno de los desiertos más crueles imaginables. Apenas han transcurrido diez años desde que se pusiera fin a las guerras y hostilidades de los indios, que duraron sin cesar por más de tres siglos. Cuando el colono o el misionero español salía de la Nueva España para atravesar un desierto de mil millas y sin caminos con rumbo a Nuevo México, su vida estaba en constante riesgo, y no pasaba un día sin que se hallara en peligro en aquella provincia salvaje. Si conseguía no morir de sed o de hambre en el camino; si no perecía a manos de los despiadados apaches, se instalaba en el vasto erial, tan lejos de cualquier otro hogar de gente blanca como Chicago lo está de Boston. Si era misionero, se quedaba por regla general solo con un rebaño de centenares de crueles indios; si era soldado o labrador, tenía de doscientos a mil quinientos amigos en una superficie tan extensa como Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania y Ohio juntos, en medio de cien mil cobrizos enemigos cuyos gritos de guerra era probable que oyera a cada momento, sin llegar nunca a olvidarlos. Llegaba pobre y podía hacerse rico en aquel árido suelo. Aun a principios del siglo XIX, cuando alguien empezaba a tener grandes rebaños de carneros, con frecuencia se quedaba sin una res tras una incursión nocturna de apaches o de navajos.

Esa era la situación de Nuevo México cuando llegaron los misioneros, y así, poco más o menos, se mantuvo por más de trescientos años. Si el hombre más ilustrado y optimista del Viejo Mundo hubiera podido ver con los ojos de la inteligencia aquella tierra infecunda, nunca habría podido soñar que aquel desierto se poblaría pronto de iglesias —y no de pequeñas capillas de troncos o de adobe, sino de edificios de sillería cuyas ruinas se ven hoy y son las más imponentes de América del Norte—. Pero así fue: ni el desierto ni los indios pudieron frustrar aquel fervoroso celo.

La primera iglesia alzada en lo que hoy se llama Estados Unidos la fundó en San Agustín, Florida, fray Francisco de Pareja en 1565; pero medio siglo antes había ya muchas otras iglesias españolas en América. Los varios sacerdotes que Coronado llevó consigo a Nuevo México en 1540 hicieron muy buena labor catequética; pero pronto fueron muertos por los indios. La primera iglesia de Nuevo México —segunda de los Estados Unidos— la fundaron en septiembre de 1598 los diez misioneros que acompañaron al colonizador Juan de Oñate. Fue una pequeña capilla edificada en San Gabriel de los Españoles, que hoy se llama Chamita. San Gabriel quedó desierto en 1605, y entonces Oñate fundó Santa Fe, aunque es probable que la capilla se siguiera utilizando de vez en cuando. Con el tiempo, sin embargo, se desmoronó. Las ruinas de aquella venerable y antigua iglesia eran todavía visibles en 1680; pero ahora apenas pueden distinguirse. Una de las primeras cosas que se hicieron tras establecer la nueva ciudad de Santa Fe fue, naturalmente, construir una iglesia, y allí, en 1606, se erigió la tercera de los Estados Unidos. No llenó por mucho tiempo las necesidades de la colonia, y en 1622 fray Alonso de Benavides, el historiador, puso los cimientos de la iglesia parroquial de Santa Fe, que se terminó en 1627[1]. El templo de San Miguel, en la misma antigua ciudad, se construyó después de 1636. Sus primitivos muros se conservan todavía y forman parte de una iglesia que sirve hoy al culto. Fue parcialmente destruida durante la rebelión de los pueblo en 1680 y restaurada en 1710. La nueva catedral de Santa Fe está construida sobre los restos de la parroquia más antigua.

En 1617, tres años antes de que los peregrinos desembarcaran en Plymouth Rock, había ya once iglesias dedicadas al culto en Nuevo México[2]. Santa Fe era la única población española; pero había también iglesias en los peligrosos pueblos indios de Galisteo y Pecos, dos en Jémez —a casi cien millas al oeste de Santa Fe, en un terrible desierto—, Taos —a casi igual distancia al norte—, San Ildefonso, Santa Clara, Sandia, San Felipe y Santo Domingo. Era una proeza asombrosa para cada misionero solitario —sin apoyo civil ni militar en sus parroquias— el inducir tan pronto a su bárbaro rebaño a construir una iglesia de piedra para adorar al nuevo Dios blanco. Las iglesias hubieron de abandonarse en los dos pueblos de Jémez en 1622 por la incesante hostilidad de los navajos, que desde tiempo inmemorial habían desolado aquella región; pero fueron ocupadas de nuevo en 1626. Los españoles, en lo que respecta a la construcción de hogares, se vieron limitados —por las imposiciones del desierto— al valle del Río Grande, que corre de norte a sur por el centro de Nuevo México. Pero sus misioneros no reconocieron ese límite. Donde las colonias no podían vivir, ellos podían orar y enseñar, y muy pronto empezaron a penetrar en los desiertos que se extienden a gran distancia a ambos lados de aquella estrecha franja de tierra colonizable. En Zuñi, muy al oeste —a trescientas millas de Santa Fe—, los misioneros se habían establecido ya hacia 1629. Pronto tuvieron seis iglesias en seis de las «Siete Ciudades de Cíbola» —pueblos zuñi—, de las cuales la situada en Chyánahue está todavía admirablemente conservada; y en el mismo período se habían establecido doscientas millas más adentro en el desierto, construyendo allí tres iglesias entre las asombrosas ciudades situadas en los peñascos de Moqui.

En la parte baja del Río Grande se notaba igual actividad. En el antiguo pueblo de San Antonio de Senecú, que casi ha desaparecido ya, fundó en 1629 una iglesia fray Antonio de Arteaga, y ese hombre valiente fundó otra en el mismo año en el pueblo de Nuestra Señora del Socorro, hoy ciudad americana que lleva el nombre de aquella advocación. La iglesia del pueblo de Picurís, que estaba en las lejanías de las montañas del norte, debió de construirse antes de

1632, pues en esa fecha fue enterrado en ella fray Ascensión de Zárate. La iglesia de Isleta, hacia el centro de Nuevo México, fue construida antes de 1635. Unas pocas millas más arriba de Glorieta pueden verse, desde las ventanas de cualquier tren de la línea de Santa Fe, unas grandes e imponentes ruinas de adobe cuyos hermosos paredones sueñan en aquella encantadora solana. Es la vieja iglesia del pueblo de Pecos, y aquellas paredes se erigieron hace más de doscientos setenta y cinco años. El pueblo, que fue en su tiempo el mayor de Nuevo México, quedó desierto en 1840, y su gran plaza cuadrangular rodeada de casas indias de varios pisos está en completa ruina; pero por encima de sus montones grises descuellan todavía los muros de la vieja iglesia, que se construyó antes de que hubiera un sajón en Nueva Inglaterra. Como se ve, el «ladrillo de barro» —como algunos llaman despectivamente al adobe— no es cosa tan despreciable si ha de resistir los siglos. Había una iglesia en el pueblo de Nambé hacia 1642. En 1662, fray García de San Francisco fundó una iglesia en El Paso del Norte, en la actual frontera entre México y los Estados Unidos, y era aquella una misión peligrosa por hallarse a centenares de millas de las colonias españolas tanto del Viejo como del Nuevo México.

Los misioneros también cruzaron las montañas al este del Río Grande y establecieron misiones entre los pueblos que vivían al borde de las grandes llanuras. Fray Jerónimo de la Llana fundó la hermosa iglesia de Cuarac en 1642, y poco después se erigieron las de Abó, Tenabó y Tabira, más conocida ahora —aunque incorrectamente— con el nombre de La Gran Quivira. Las iglesias de Cuarac, Abó y Tabira son las ruinas más grandiosas de los Estados Unidos, y mucho más hermosas que muchas que los americanos van a admirar al extranjero. La segunda e iglesia mayor de Tabira fue construida entre 1660 y 1670, y casi al mismo tiempo y en la misma región —aunque a muchas millas de distancia, en el árido desierto— las de Tajique y Chililí. Acoma, como es sabido, tenía una misión permanente desde 1629, y el misionero construyó allí una iglesia. Además de todas las citadas, los pueblos de Zia, Santa Ana, Tesuque, Pojoaque, San Juan, San Marcos, San Lázaro, San Cristóbal, Alameda, Santa Cruz y Cochití tenían cada uno su iglesia

hacia 1680. Esto da idea de la eficacia del trabajo de los misioneros españoles. Un siglo antes del nacimiento de nuestra nación, habían construido los españoles en uno de nuestros territorios medio centenar de iglesias permanentes, casi todas de piedra y casi todas expresamente para beneficio de los indios. Esa labor misionera no ha tenido igual en ningún otro punto de los Estados Unidos hasta el presente; y en todo el país no habíamos construido en aquel tiempo tantas iglesias para nosotros mismos.

Una ojeada a la vida de los misioneros que iban a Nuevo México por entonces —antes de que hubiera quien predicara en inglés en todo el hemisferio occidental— presenta rasgos que fascinan a cuantos admiran el heroísmo solitario, que no necesita ni aplauso ni espectadores para mantenerse vivo. Ser valiente en el campo de batalla o en situaciones de excitación semejante es relativamente fácil; pero es cosa muy distinta actuar con heroísmo cuando nadie lo presencia y en medio no solo de peligros sino de toda clase de penalidades y obstáculos.

Los misioneros que iban a Nuevo México tenían que salir, naturalmente, del Viejo México, y antes de eso, de España. Algunos de esos hombres tranquilos que vestían el hábito gris habían hecho ya jornadas tan largas y afrontado peligros tales como no han conocido nunca los Stanleys de nuestra época. Tenían que procurarse sus vestiduras y los ornamentos de la iglesia y pagarse el viaje desde México a Nuevo México, pues desde el principio se había organizado un servicio semianual de expediciones armadas a través del peligroso desierto que los separaba. La tarifa era de doscientos sesenta y seis pesos, desembolso muy duro para un hombre cuyo salario era de ciento cincuenta pesos al año —los salarios no pasaron de esa cifra hasta 1665, en que se aumentaron hasta trescientos treinta pesos, pagaderos cada tres años—. No puede compararse ese estipendio con el que se da hoy en nuestras iglesias de moda. Con esa mezquina paga, que era todo lo que podía darle el sínodo, tenía que sufragar los gastos de su persona y de la iglesia.

Llegado a Nuevo México tras una peligrosa jornada —y tanto la jornada como el territorio ofrecían todavía peligros en la presente generación—, el misionero se dirigía primero a Santa Fe. Allí su

superior no tardaba en designarle una parroquia, y volviendo la espalda a la pequeña colonia de sus compatriotas, el buen fraile recorría a pie cincuenta, cien o trescientas millas —según el caso— hasta llegar a su nuevo e ignoto destino. A veces le acompañaba una escolta de tres o cuatro soldados españoles; pero a menudo tenía que hacer aquel peligroso recorrido enteramente solo. Sus nuevos feligreses lo recibían unas veces con una lluvia de flechas y otras con un hosco silencio. Él no podía hablarles y ellos tampoco a él, y lo primero que tenía que hacer era aprender de aquellos reacios maestros su extraña lengua —mucho más difícil de adquirir que el latín, el griego, el francés o el alemán—. Completamente solo entre ellos, tenía que depender de sí mismo y de los favores que de mal grado le hacía su rebaño para las necesidades de la vida. Si decidían matarle, le era imposible hacer resistencia. Si rehusaban darle alimento, tenía que morirse de hambre. Si enfermaba o quedaba imposibilitado, no tenía más enfermeros ni médicos que aquellos indios traicioneros. No creo que la historia presente otro cuadro de tan absoluta soledad, desamparo y desconsuelo como era la vida de aquellos mártires desconocidos, y en cuanto a peligros, no ha habido hombre alguno que los haya arrastrado mayores.

La manera de atender al mantenimiento de los misioneros era muy sencilla. Además del pequeño salario que le pagaba el sínodo, el pastor debía recibir algún auxilio de su parroquia. Era esto una necesidad tanto moral como material. Es un principio reconocido en todas las iglesias que el interés que en ellas se toma depende en parte de las dádivas personales. Así, las leyes españolas exigían de los pueblos la misma contribución a la iglesia que la establecida por Moisés. Cada familia india tenía que dar el diezmo y las primicias de los frutos a la iglesia, como siempre lo había dado a sus caciques paganos. Esto no era una carga para los indios y permitía al misionero vivir con modestia. Naturalmente, los indios no daban un diezmo cabal; al principio daban lo menos que podían. El alimento que llevaban al padre consistía en maíz, judías y calabazas, con solo un poco de carne que rara vez conseguían en la caza, porque pasó mucho tiempo antes de que hubiera manadas de vacas o rebaños de carneros que se la proporcionaran. También dependía de su insegura

congregación para que le ayudara a cultivar su pequeña huerta, para que le suministrara leña con que calentarse en aquellas frías alturas, y hasta para que le trajera agua, pues no había acueductos ni pozos y era preciso ir a buscarla a grandes distancias y traerla en grandes jarras. Dependiendo por completo de gente tan suspicaz, recelosa y traicionera para su subsistencia, el buen hombre con frecuencia debía padecer hambre y frío. Excusado es decir que no había tiendas, y si no podía obtener comestibles de los indios, no tenía más remedio que morirse de hambre. La leña se hallaba en algunos casos a veinte millas de distancia, como hoy ocurre en Isleta. Y no eran pocas sus tareas. No solo tenía que convertir a aquellos paganos al cristianismo, sino además enseñarles a leer y escribir, a cultivar mejor sus tierras y, en general, a trocar su barbarie por la civilización.

Cuán difícil era esa labor apenas puede apreciarlo el estudioso moderno; pero lo que costaba en sangre sí lo comprenderá cualquiera. No se reducía todo a que de vez en cuando una ingrata congregación matara a uno de esos hombres abnegados —eso era casi una costumbre—, ni a que una o dos poblaciones pecaran de ese modo. Los pueblos de Taos, Picurís, San Ildefonso, Nambé, Pojoaque, Tesuque, Pecos, Galisteo, San Marcos, Santo Domingo, Cochití, San Felipe, Puaray, Jémez, Acoma, Halona, Hauicú, Ahuatui, Mishongnovi y Oraibe —veinte diferentes poblaciones— asesinaron tarde o temprano a sus respectivos misioneros. Algunos reincidieron en el crimen varias veces. Hasta el año 1700, cuarenta de esos pacíficos héroes grises habían sido inmolados por los indios en Nuevo México; dos de ellos por los apaches, y los demás por sus propias congregaciones. De estos últimos, uno fue envenenado; los otros sufrieron una muerte horrible y cruenta. Todavía en el siglo pasado algunos misioneros fueron misteriosamente envenenados con tósigos secretos, arte diabólico en que los indios eran y son aún muy duchos; y cuando había muerto el misionero, los indios incendiaban la iglesia.

Conviene no perder de vista un hecho muy importante. No solo llevaron a cabo esos maestros españoles una obra de catequesis como no se ha realizado en parte alguna, sino que además

contribuyeron grandemente a aumentar el conocimiento humano. Había entre ellos algunos de los más notables historiadores que América ha tenido, y estaban contados entre los hombres más doctos en todas las ramas del saber, especialmente en el estudio de las lenguas. No eran meros cronistas, sino versados en las antigüedades del país, en sus artes y en sus costumbres: verdaderos historiadores comparables solo con los grandes clásicos, Heródoto y Estrabón. La larga y notable lista de autores misioneros españoles incluye nombres como Torquemada, Sahagún, Motolinía, Mendieta y muchos otros, y sus voluminosas obras nos sirven de grande e indispensable ayuda para el estudio de la verdadera historia de América [3].

1. Fray Alonso de Benavides (c. 1578-c. 1664), franciscano portugués al servicio de la Corona española, gobernó las misiones de Nuevo México entre 1626 y 1629 y presentó en 1630 ante Felipe IV y el papa Urbano VIII su *Memorial*, el documento más completo sobre el estado de las misiones del suroeste en la primera mitad del siglo XVII. En él describe con detalle las lenguas, costumbres y creencias de más de veinte grupos indígenas, constituyendo una fuente etnográfica de primer orden. Benavides fue también el primer europeo en describir con cierta precisión las tribus del actual Arizona. Su *Memorial* incluye el extraordinario episodio de la «dama de azul»: varios caciques de los indios jumanos declararon haber sido visitados por una mujer vestida de azul que les predicaba el Evangelio sin que nadie la hubiera enviado. Investigada la cuestión, el relato coincidía con las declaraciones de sor María de Jesús de Ágreda, abadesa de un convento en Soria, quien aseguró bajo juramento haber viajado en éxtasis centenares de veces a aquellas tierras sin abandonar el claustro. La Inquisición abrió causa, interrogó repetidamente a la religiosa y acabó archivándola sin condena, ante la imposibilidad de refutar los testimonios de ambas partes.
2. El dato es históricamente correcto y su resonancia es mayor de lo que Lummis desarrolla. Cuando los Padres Peregrinos desembarcaron en noviembre de 1620 buscando un lugar donde practicar su fe libremente, el suroeste del continente llevaba ochenta años de presencia española y casi veinte de colonización estable. Que en ese mismo momento hubiera once iglesias de piedra funcionando en Nuevo México —algunas a trescientas millas de Santa Fe, en pleno desierto— es un hecho que invierte radicalmente la narrativa anglosajona sobre el origen religioso de América del Norte. La imagen de los Peregrinos como fundadores espirituales del continente es una construcción histórica que requiere ignorar deliberadamente todo lo que ocurrió al oeste y al sur durante el siglo anterior.
3. Estos cuatro nombres representan una de las tradiciones historiográficas y etnográficas más extraordinarias de la historia universal. Fray Bernardino de Sahagún (c. 1499-1590) compiló en náhuatl y español la *Historia general de las cosas de Nueva España* —el llamado *Códice Florentino*—, una enciclopedia de doce tomos sobre la cultura mexica que no tiene equivalente en ninguna otra tradición colonial: ningún otro imperio europeo produjo nada remotamente comparable en su esfuerzo por comprender y preservar la civilización que estaba transformando. Fray Toribio de Benavente, llamado Motolinía (c. 1490-1569), escribió la *Historia de los indios de la Nueva España*; fray Juan de Torquemada (c. 1562-1624) la *Monarquía Indiana*, en tres volúmenes; fray Gerónimo de Mendieta (1525-1604) la *Historia eclesiástica indiana*. Que los mismos hombres que evangelizaban con riesgo de su vida fueran también los primeros etnógrafos, lingüistas e historiadores del mundo precolombino es una de las paradojas más singulares de la conquista española, y un hecho que la historiografía critica de la Leyenda Negra raramente menciona.

EL SALTO DE ALVARADO

Si alguna vez va el lector a México —y espero que pueda ir, pues esa antigua ciudad, que era ya vieja y populosa cuando nació Colón, está llena de romántico interés—, le mostrarán en la Ribera de San Cosme el sitio histórico que se designa todavía con el nombre de «El Salto de Alvarado». Es ahora una calle ancha y urbanizada, con su tranvía, sus hermosos edificios, animada con el ir y venir de gente extraña y contenta, sin que pueda observarse en aquel sitio nada que recuerde los terrores de la noche más cruel que relata la historia de América: la llamada «Noche Triste».

El salto de Alvarado se cuenta entre las proezas más famosas de la historia, y quien lo dio fue una de las figuras más notables entre los exploradores del Nuevo Mundo. En la primera gran conquista se condujo gallardamente, y con el relato de las hazañas que realizó entonces y después podría componerse una novela fascinadora. Alto, apuesto, de rubios cabellos y encendida tez, joven, vehemente y generoso, valiente soldado y agradable compañero, Alvarado era el amigo predilecto tanto de los españoles como de los indios. Aunque por algún motivo no era bien visto por Hernán Cortés, constituía su

brazo derecho, y durante la conquista de México estuvo generalmente en los puestos de mayor peligro. Se había educado en un colegio, escribía con letra grande y clara —lo cual no era muy corriente en aquella época— y su firma era muy legible. No era un gran caudillo como Cortés, pues su valor daba a veces al traste con su prudencia; pero como oficial en el campo de batalla se mostraba tan intrépido y denodado como el que más.

El capitán don Pedro de Alvarado era natural de Sevilla y fue al Nuevo Mundo en el vigor de la edad, señalándose en Cuba muy pronto por su bizarría. En 1518 acompañó a Grijalva en el viaje en que este descubrió México, y a su regreso a Cuba fue portador de los pocos tesoros que ambos habían recogido. Al año siguiente, cuando Cortés embarcó para conquistar aquella nueva y maravillosa tierra, Alvarado le acompañó como teniente. Tomó parte importantísima en todos los brillantes hechos de aquella romántica aventura. En el momento crítico en que fue necesario apoderarse del traidor Moctezuma, la actividad y cooperación de Alvarado resultaron decisivas. Mientras el cacique estuvo como rehén, Alvarado tuvo ocasión de tratarle, y su franqueza le captó las simpatías del guerrero indio. Quedó al mando de la pequeña guarnición de México cuando Cortés marchó en su audaz aunque afortunada expedición contra Narváez, y desempeñó muy bien aquel delicado cargo. Antes del regreso de Cortés se notaron los síntomas de un levantamiento de los indios con la famosa danza de guerra. Alvarado se hallaba solo y tuvo que hacer frente a la crisis bajo su propia responsabilidad. Pero estuvo a la altura de las circunstancias. Comprendía muy bien el sangriento designio de aquella ominosa danza, como lo comprenden cuantos han peleado con los indios, y sabía cuál era el mejor modo de atajarla. En su desafortunada tentativa de apoderarse de los agitadores que excitaban al populacho a asesinar a los extranjeros, Alvarado quedó gravemente herido. No obstante, tomó parte en la desesperada resistencia a los asaltos de los indios, en que fueron heridos casi todos los españoles. En aquella terrible lucha para defender su fortaleza de adobe, así como en las audaces salidas para rechazar a las hordas salvajes sitiadores, se destacaba siempre la figura del rubio teniente. Cuando

Cortés, que había ya regresado con sus refuerzos, vio que la situación en la capital era insostenible y que la única salvación estaba en intentar la retirada de la ciudad lacustre a tierra firme, el puesto de honor le tocó a Alvarado.

Había mil doscientos españoles y dos mil aliados tlaxcaltecas, y esta fuerza se dividió en tres mandos. Dirigía la vanguardia Juan Velázquez; la segunda división iba a las órdenes de Cortés, y la tercera —que debía sostener toda la furia de la persecución— la mandaba Alvarado.

Reinaba la mayor inquietud cuando los españoles salieron a rastras de su refugio para escapar por el malecón.

Era una noche lluviosa e intensamente oscura, y con los cascos de los caballos y las ruedas de su pequeño cañón cubiertos de trapos para no hacer ruido, los españoles avanzaban tan cautelosamente como podían por la angosta lengua de tierra que unía la ciudad del lago con el continente.

Este viaducto terraplenado estaba cortado por tres anchos canales, y para cruzarlos llevaban los soldados un puente portátil. Pero a pesar de su cautela, los indios no tardaron en darse cuenta de su salida. Apenas habían abandonado el cuartel y emprendido la marcha por el viaducto cuando los toques del monstruoso tambor de guerra —el *tlacan huehuetl*— desde la cumbre de la pirámide de los sacrificios rompieron el silencio de la noche sonando a sus oídos como el toque de agonía de sus esperanzas. Todavía infunde terror ese feroz rugido del gigantesco timbal colocado sobre un trípode, que se usa aún y puede oírse a quince millas de distancia; pero para los españoles anunciaba su perdición. Vieron encenderse varias hogueras en el *teocali* y correr en su persecución numerosos enjambres de indígenas.

Corriendo tan aprisa como se lo permitían sus heridas y su impedimenta, los españoles llegaron sanos al primer canal. Echaron sobre él su puente y empezaron a desfilar por él. Entonces los indios se agruparon en sus canoas a cada lado del viaducto y los atacaron con su característica ferocidad. Los soldados, rodeados por la turba, luchaban mientras seguían avanzando. Pero al cruzar la artillería el puente, este se vino abajo, precipitando al agua cañón, hombres y

caballos, que no se levantaron más. Entonces comenzaron los horrores inenarrables de la «Noche Triste». No había retirada posible para los españoles, atacados por todas partes. Los que venían detrás empujaban a los de delante, que no podían detenerse ni siquiera ante el canal de agua negruzca. En el borde se apiñaban hombres y caballos en la más densa oscuridad, y seguían llegando empujando los de atrás, hasta que por último el canal quedó atestado de cadáveres y los supervivientes tenían que pasar por encima de aquel hacinamiento de sus muertos. Velázquez, que mandaba la vanguardia, fue herido, y españoles y tlaxcaltecas caían como mieses segadas por la hoz. El segundo canal —lo mismo que ambos lados del viaducto— estaba bloqueado por canoas llenas de guerreros salvajes, y allí se produjo otra sangrienta pelea que duró hasta que aquel boquete quedó también atascado de heridos, teniendo los fugitivos que pasar sobre un puente de cadáveres para llegar al otro borde del viaducto. Alvarado, luchando a retaguardia para contener a los indios que atacaban por el terraplén, fue el último en cruzar, y antes de que pudiera seguir a sus camaradas, la corriente —barriendo súbitamente la macabra obstrucción— dejó el canal despejado de nuevo. Debajo de Alvarado cayó muerto su fiel caballo; él también estaba gravemente herido; sus compañeros se habían alejado y el despiadado enemigo lo rodeaba por todas partes. No podemos dejar de evocar al héroe romano:

> Aquel héroe tan valiente
> que defendió audaz el puente,
> y a quien dedica la historia
> una página de gloria [1].

La situación de Alvarado era tan desesperada como la de Horacio Cocles, y con el mismo varonil denuedo supo estar a su altura. Con una rápida ojeada comprendió que lanzarse al agua sería una muerte segura. Entonces, mediante un supremo esfuerzo de su vigorosa musculatura, se apoyó en la lanza y saltó. La distancia era

de dieciocho pies. Se recuerdan otros saltos bastante más largos. El propio Washington, cuando en su juventud se dedicaba a juegos atléticos, saltó una vez más de veinte pies tomando carrerilla. Pero considerando las circunstancias —la oscuridad, sus heridas y el peso de su armadura—, el prodigioso salto de Alvarado quizá no ha sido superado por ningún otro.

> Rápida su sangre fluía,
> y estaba dolorido;
> y pesada era su armadura,
> y desgastado por golpes alternos.

Pero Alvarado saltó, y el héroe de esa proeza subió tambaleándose por la orilla opuesta hasta reunirse con sus compatriotas.

A partir de aquel momento, los que quedaban siguieron luchando por el viaducto hasta llegar a tierra firme. Los indios abandonaron por fin la persecución, y los españoles, exhaustos, pudieron respirar y contar los que se habían salvado. Muy pocos habían quedado con vida. No tiene nada de extraño, según dice la leyenda, que su valiente general —acostumbrado como estaba a reprimir estoicamente sus sentimientos— se sentara bajo el ciprés que se muestra todavía con el nombre de «El árbol de la Noche Triste» y derramara lágrimas viriles al contemplar los lastimosos restos de su valeroso ejército. De los mil doscientos españoles que antes tenía, ochocientos sesenta perecieron, y de los supervivientes no había uno solo que no estuviera herido. También habían muerto dos mil indios tlaxcaltecas aliados. De no ser porque los indígenas trataban menos de matar que de apresar a los españoles para darles una muerte más horrible con el cuchillo de sacrificar, ni uno solo se habría salvado. Aun así, los supervivientes vieron más tarde a unos sesenta de sus camaradas descuartizados sobre el altar del gran *teocali*.

Se perdió toda la artillería, como también todo el tesoro. No quedó ni un grano de pólvora en condiciones de usarse, y las armaduras

quedaron tan abolladas y rotas que no parecían las mismas. De haber perseguido los indios a los exhaustos españoles, estos habrían sido presa fácil. Pero también los indígenas necesitaban descanso tras aquella terrible pelea, lo cual permitió a los españoles escapar. Se encaminaron hacia el pueblo amigo de Tlaxcala dando un rodeo para evitar a sus enemigos; pero fueron atacados en todos los pueblos del camino. La lucha más desesperada tuvo lugar en las llanuras de Otumba. Rodeados y hostigados por los naturales, los españoles se daban ya por perdidos. Afortunadamente, Cortés reconoció a uno de los agitadores por su rico ropaje, y en una última y desesperada carga —ayudado por Alvarado y unos pocos oficiales — derribó a aquel de quien los supersticiosos indios hacían depender el éxito en la guerra. Muerto el hechicero, sus aterrorizados seguidores cedieron, y los españoles se vieron libres de nuevo de las garras de la muerte.

En el sitio de México —el asedio más sangriento que registra la historia de América—, Alvarado fue quizá la figura más preeminente después de Cortés. Este gran general era el cerebro de aquella notable campaña, y un cerebro de gran valía. No hay nada en la historia que pueda compararse con su empresa de hacer construir trece bergantines en Tlaxcala y transportarlos a hombros de sus soldados a más de cincuenta millas tierra adentro y por encima de las montañas, para botarlos en el lago de México y contribuir así al sitio. Lo que más se le aproxima es la gran hazaña de Balboa transportando dos bergantines a través del istmo. Las proezas del gran cartaginés Aníbal en el sitio de Tarento, y las del «Gran Capitán» español Gonzalo de Córdoba en la misma plaza, no son comparables en modo alguno con aquellas[2].

En los setenta y tres días que duró el sitio, Cortés era la cabeza y Alvarado su brazo derecho. El bizarro teniente mandaba la fuerza que atacó por el mismo viaducto por donde se habían retirado en la «Noche Triste». En una de las batallas le mataron a Cortés el caballo que montaba, y los indios se llevaban arrastrando al conquistador cuando uno de sus pajes se abalanzó sobre ellos y le salvó la vida. En el asalto final y en la desesperada lucha dentro de la ciudad,

Cortés iba al frente de una mitad de los soldados españoles y Alvarado mandaba la otra mitad; y fue este quien dirigió la toma por asalto del gran *teocali*.

Después de la conquista de México, en que ganó tantos laureles, Alvarado fue enviado por Cortés con una pequeña fuerza a conquistar Guatemala. Marchó por Oaxaca y Tehuantepec, encontrando la resistencia característica de los indios. Había en Guatemala tres tribus principales: los quiché, los zutuhil y los cacchiquel. Los quiché le hicieron frente en campo abierto y los derrotó. Entonces se rindieron formalmente, hicieron la paz y le invitaron a visitarles como amigo en su pueblo de Utatlan. Cuando los españoles estaban cómodamente instalados en la ciudad y rodeados por los indios, estos prendieron fuego a las casas y cayeron ferozmente sobre sus medio asfixiados huéspedes. Tras un duro combate, Alvarado los derrotó y ejecutó a los cabecillas. Las otras dos tribus se sometieron, y en cosa de un año Alvarado y su pequeña fuerza habían llevado a cabo la conquista de Guatemala. Sus servicios fueron recompensados con su nombramiento de gobernador y adelantado de la provincia, y fundó la ciudad de Guatemala, que en su tiempo llegó a ser probablemente lo que México era entonces: una ciudad de quince a veinte mil habitantes indios y mil españoles.

El gobernador Alvarado se ausentaba con frecuencia de la capital. Había que realizar muchas expediciones por aquel nuevo y desconocido mundo. Su jornada más importante la realizó en 1534, cuando, construyendo sus barcos como de costumbre, salió hacia el Ecuador y llevó a cabo una dificultosa marcha por el interior hasta llegar a Quito, donde se encontró en territorio de Pizarro. Regresó entonces a Guatemala sin provecho alguno.

Durante una de sus ausencias ocurrió el terrible terremoto que destruyó la ciudad de Guatemala y causó a Alvarado una pérdida irreparable de la que nunca se repuso. Por encima de la ciudad se elevaban dos grandes volcanes: el Volcán de Agua y el Volcán de Fuego. El Volcán de Agua estaba extinto y su cráter inundado por un lago. El Volcán de Fuego estaba —y está todavía— en erupción. En aquel memorable temblor de tierra, el borde de lava del Volcán de

Agua quedó hendido por la convulsión, y aquel volumen de agua se precipitó como un torrente sobre la malhadada ciudad. Miles de personas perecieron bajo las paredes que se derrumbaban y en la impetuosa corriente, y entre las que así se perdieron estaba la esposa de Alvarado, doña Beatriz de la Cueva. Su muerte causó al valiente soldado un gran desaliento, porque la amaba con ternura.

En los tiempos tormentosos que atravesó México después de que Cortés terminó su conquista y empezó a corromperse en la prosperidad y a ponerse en evidencia de un modo indigno, el apoyo de Alvarado fue solicitado y obtenido por el grande y buen virrey Antonio de Mendoza, uno de los hombres de gobierno más notables de todas las épocas. Aquello no fue una traición de Alvarado hacia su antiguo jefe, pues Cortés había traicionado no solo a la Corona sino también a sus amigos. La causa de Mendoza era la causa del buen gobierno y de la lealtad.

Se había hecho necesario someter a los hostiles indios nayares, que habían causado a los españoles muchos trastornos en la provincia de Jalisco, y en esa campaña Alvarado se unió a Mendoza. Los indios se retiraron a la cima del ingente y al parecer inexpugnable peñasco de Mixtón, y había que desalojarlos a toda costa. El asalto de aquella roca es comparable al de Acoma y es uno de los más desesperados y brillantes que se recuerdan. El virrey mandaba en persona; pero la verdadera proeza la realizaron Alvarado y un oficial compañero suyo. Al ir a escalar el peñasco, Alvarado fue herido en la cabeza por una roca que dejaron rodar los salvajes, y murió a consecuencia de la herida; pero no sin ver que sus compañeros alcanzaban una brillante victoria.

El oficial que, después de Alvarado, merece citarse como héroe del Mixtón fue Cristóbal de Oñate, hombre distinguido por muchos conceptos. Era un oficial de valía, de espíritu activo y diligente, y uno de los primeros millonarios de América del Norte; además, fue el padre del colonizador de Nuevo México, Juan de Oñate. El 11 de junio de 1548, algunos años después de la batalla de Mixtón, Oñate descubrió las minas de plata más ricas del continente: las de Zacatecas, en la pelada y desolada meseta donde se halla ahora la ciudad mexicana de ese nombre. Esas grandes venas de arseniato

rojo y negro y de plata nativa formaron los primeros millonarios de América del Norte, así como la conquista del Perú había formado los primeros del continente del sur. Las minas de Zacatecas no eran tan vastas como las de Potosí, en Bolivia, que produjeron de 1541 a 1664 la inconcebible suma de 641.250.000 pesos en plata; pero también fueron enormemente productivas[3]. Su corriente de plata fue la primera realización de los sueños de vasta riqueza en el continente del norte y causó un prodigioso cambio comercial en aquella parte del Nuevo Mundo. Localmente, el descubrimiento redujo el precio de los víveres en casi un noventa por ciento. México nunca fue país de mucho oro; pero durante más de tres siglos ha sido uno de los principales productores de plata. Lo es aún hoy, aunque su producción no es tan grande como la de los Estados Unidos.

Cristóbal de Oñate fue, por tanto, un hombre de gran importancia en la obra del destino. Su riqueza hizo de México un país nuevo en lo comercial, y supo emplear sus millones mejor de lo que se hace en nuestros días, pues se emplearon en la construcción de dos de las primeras ciudades de los Estados Unidos.

1. Los versos que cita Lummis aluden a Horacio Cocles, el legendario soldado romano que según la tradición defendió solo el puente Sublicio sobre el Tíber mientras sus compañeros lo destruían para impedir el avance del ejército etrusco de Porsena, y que luego saltó al río con toda su armadura. La imagen de Alvarado defendiendo solo la retaguardia en el canal de Tenochtitlan mientras sus compañeros se alejaban es el paralelo exacto que Lummis quiere trazar: el soldado que convierte una derrota en leyenda. Que la comparación con Horacio Cocles venga seguida de los versos en inglés, «Of him who held the bridge so well / In the brave days of old» —tomados de los *Lays of Ancient Rome* de Thomas Babington Macaulay (1842), el poema con el que generaciones de escolares anglosajones conocían esa historia— añade una ironía que Lummis probablemente no buscaba: el mismo canon literario inglés que ignora a Alvarado celebra exactamente el mismo tipo de hazaña en un héroe romano.
2. Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), llamado «el Gran Capitán», fue el militar español que transformó el arte de la guerra en Europa mediante el desarrollo de la infantería moderna —los tercios— durante las campañas de Italia a finales del siglo XV y principios del XVI. Su toma de Tarento en 1502 mediante una combinación de asedio y maniobra envolvente es uno de los episodios más estudiados de la historia militar renacentista. Que Lummis lo compare con Aníbal —y luego afirme que ambos quedan por debajo de Cortés— ilustra la ambición de su argumento: no es solo que los conquistadores fueran héroes, sino que fueron los mayores capitanes que el mundo ha producido.
3. El cerro de Potosí —hoy en Bolivia— fue el mayor yacimiento de plata conocido en la historia y la fuente principal de la riqueza que transformó la economía mundial del siglo XVI. Su plata financió las guerras europeas de Carlos V y Felipe II, desbordó los mercados chinos e indianos y provocó la revolución de los precios que sacudió Europa. La ciudad de Potosí llegó a tener en torno a 1600 más de cien mil habitantes —comparable entonces a Londres o París—, lo que la hacía una de las mayores ciudades del mundo. Que Lummis cite la cifra con exactitud refleja su rigor documental; que la compare sin más comentario con las minas de México refleja también la limitación de su enfoque, centrado en América del Norte.

EL VELLOCINO DE ORO

Todos conocemos aquel extraño vellocino amarillo que, guardado por un dragón, colgaba en el sombreado bosquecillo de Colcos, y cómo Jasón y sus argonautas ganaron el premio después de muchos peligros y peripecias. Pues bien: en nuestro propio Nuevo Mundo hemos tenido un vellocino de oro más deslumbrante que el que trató de ganar el mitológico discípulo del viejo Quirón, pero que nadie llegó a capturar, pese a haberlo intentado hombres más valientes que Jasón. En realidad hubo centenares de Jasones que lucharon más bravamente y sufrieron contrariedades mucho mayores, y que, sin embargo, nunca llegaron a conseguir el premio. Porque el dragón que guardaba el vellocino de oro americano no era un quimérico perro faldero como el de Jasón, al que se podía adormecer con una pócima; era un monstruo mayor que toda la tierra en que vivían los argonautas y que todos los países en que viajaron —un monstruo que ningún hombre, ni toda la humanidad junta, ha logrado hacer desaparecer—: el mortífero monstruo de los trópicos.

El mito de Jasón es uno de los más hermosos de la antigüedad, y algo más que bello. Empezamos ahora a comprender la importante

influencia que puede tener un cuento de hadas sobre conocimientos muy serios. Un mito tiene siempre algún fundamento de verdad, y esa verdad oculta puede ser de valor perdurable. Estudiar la historia sin prestar atención a los mitos relacionados es prescindir de una preciosa luz auxiliar. El progreso humano, en casi todas sus facetas, ha sentido la influencia de este factor raro pero poderoso. ¿Dónde estaría hoy la química si la piedra filosofal y otros mitos no hubieran inducido a los viejos alquimistas a escudriñar los misterios, donde nunca hallaron lo que buscaban pero encontraron verdades de la mayor valía para la humanidad? La geografía en particular debe más a los mitos que a la invención erudita el haberse convertido en ciencia, y el mito del oro ha sido en todo el mundo el profeta y la inspiración de los descubrimientos y el moldeador de la historia.

Nos hemos acostumbrado a considerar a los españoles como los únicos que iban en busca de oro, dando a entender que la caza del oro es una especie de pecado y que ellos eran excesivamente propensos a cometerlo. Pero no es ese un defecto propio y exclusivo de los españoles: esa afición es común a toda la humanidad. La única diferencia está en que los españoles encontraron oro, lo que es pecado bastante grave para ciertos «historiadores», incapaces de considerar qué habrían hecho los ingleses de haber encontrado oro en América desde el principio.

No creo que nadie niegue que, cuando se descubrió oro en los confines más remotos de su tierra, el sajón tuvo piernas para llegar hasta ese metal y adoptó incluso medidas que no eran del todo decorosas para apoderarse de él; pero nadie es tan necio que hable de «los días del 49» como de algo que nos deshonre. Hubo ciertamente algunos episodios lamentables; pero cuando California sacudió de pronto el continente haciendo fluir hasta ella la energía de los estados del este, abrió uno de los capítulos más valientes, más importantes y más señalados de nuestra historia nacional. Porque el oro no es un pecado: es un artículo muy necesario, y muy digno, siempre que recordemos que es un medio y no un fin, un instrumento y no un motivo de lucro —punto de sentido común económico que solemos olvidar tan fácilmente en los ambientes bursátiles de Nueva York como en las minas del oeste—.

A esta universal y perfectamente legítima afición al oro debemos principalmente el descubrimiento de América, como de hecho el de muchos otros países.

La historia científica moderna ha demostrado plenamente cuán disparatada y errónea es la idea de que los españoles solo buscaban oro, y nos enseña de qué manera tan cabal atendían las necesidades del cuerpo y del espíritu. Pero el oro era para ellos, como lo sería hoy para otros hombres, el principal acicate. La gran diferencia está únicamente en que el oro no les hacía olvidar su religión. Fue un dedo de oro el que guió a Colón hacia América; a Cortés, hacia México; a Pizarro, hacia el Perú; del mismo modo que nos guió a nosotros hacia California, sin lo cual esta no sería hoy uno de nuestros estados. El oro que se encontró al principio en el Nuevo Mundo era desgraciadamente poco: antes de la conquista de México solo ascendió a quinientos mil pesos; Cortés aumentó la cantidad, y Pizarro la elevó a una cifra fabulosa y deslumbrante. Pero lo más curioso es que el oro que se encontró no desempeñó, en la exploración y civilización del Nuevo Mundo, un papel tan importante como el que se buscaba en vano. El maravilloso mito que representa el vellocino de oro americano influyó más eficazmente en la geografía y la historia que las verdaderas e incalculables riquezas del Perú.

De este mito fascinador tiene la gente escaso conocimiento, aunque una corrupción de su nombre anda en boca de todo el mundo. Hablando de una región muy rica solemos decir que es otro «Eldorado» o bien «un Eldorado» —error impropio de personas cultas—. El nombre verdadero es «Dorado», y «El Dorado» es una contracción española de «el hombre dorado», mito que ha dado origen a una serie de proezas al lado de las cuales son insignificantes las de Jasón y sus compañeros semidioses.

Como todos esos mitos, este tuvo en realidad su fundamento. El «vellocino de Colcos» era una imagen poética de las minas de oro del Cáucaso; pero el «hombre dorado» existió de verdad. Su historia y los sucesos a que dio pie son un cuento de hadas que tiene la ventaja de ser verdad. Es un tema sumamente complejo; pero gracias a que Bandelier ha descorrido por fin el velo que lo cubría,

puede ahora relatarse de un modo inteligible, como no se había divulgado antes.

Hace algunos años se halló en una laguna de Siecha, en Nueva Granada, un curioso y pequeño grupo de estatuas: era un trabajo tosco y antiguo de los indios, todavía más precioso por su interés etnológico que por el metal de que estaba hecho, que era oro puro. Este raro ejemplar —que puede verse ahora en un museo de Berlín — es una balsa de oro sobre la cual están agrupadas diez figuritas de hombres del mismo metal[1]. Representa una extraña costumbre que en tiempos prehistóricos era propia de los indios de la aldea de Guatavitá, en las montañas de Nueva Granada. La costumbre era esta: en un día señalado, uno de los jefes de la aldea untaba su cuerpo desnudo con una resina y después se espolvoreaba de la cabeza a los pies con oro fino molido. Ese era «el hombre dorado». Entonces sus compañeros lo llevaban en una balsa hasta el centro del lago cercano a la aldea, y saltando de ella, «el hombre dorado» se lavaba su preciosa y extraña envoltura y la dejaba hundirse hasta el fondo del lago. Era aquella práctica un sacrificio en beneficio de la aldea. La costumbre ha quedado históricamente documentada; pero se había abandonado más de treinta años antes de que los europeos —esto es, los españoles de Venezuela— tuviesen noticia de ella, en 1527. No fue abandonada voluntariamente por la gente de Guatavitá, sino que los belicosos indios muisca de Bogotá pusieron fin a ella bajando a dicha aldea y exterminando a casi todos sus habitantes. Pero el sacrificio fue un hecho, y a tan enorme distancia y en aquellos tiempos inciertos, los españoles supieron de esa costumbre como si todavía se practicase. La historia del «hombre dorado» —que por contracción se decía «el dorado»— era demasiado sorprendente para no causar impresión. Llegó a ser una palabra familiar y desde entonces un señuelo para cuantos se acercaban a la costa norte de América del Sur. Nos extraña que tal leyenda —que ya se había convertido en mito en 1527, desde que cesara la costumbre que le dio origen— pudiera subsistir durante doscientos cincuenta años sin ser completamente refutada; pero no nos sorprenderá tanto si tenemos en cuenta que América del Sur era

entonces un dificultoso y vasto desierto y que aún hoy contiene muchos misterios inexplorados.

Las primeras tentativas de llegar hasta «el hombre dorado» se hicieron desde la costa de Venezuela. Carlos I de España y V del Sacro Imperio había empeñado aquella posesión española a la opulenta familia bávara de los Welser, concediéndoles el derecho de colonizar y «descubrir el interior». En 1529, Ambrosio Dalfinger y Bartolomé Seyler desembarcaron en Coro —Venezuela— con cuatrocientos hombres. La historia del «hombre dorado» era ya cosa corriente entre los españoles, y atraído por ella, Dalfinger se internó en busca de su presa. Era atrozmente cruel, y su expedición no fue otra cosa que una piratería en toda regla. Penetró hasta el río Magdalena, en Nueva Granada, esparciendo la muerte y la devastación por donde quiera que pasaba. Encontró algo de oro; pero su brutalidad hacia los indios fue tan grande y contrastaba de tal modo con el trato que estaban acostumbrados a recibir de los españoles, que los indígenas, exasperados, se rebelaron, y la marcha de aquel hombre no fue sino una lucha continua que duró más de un año. El problema era que los Welser no tenían más empeño que encontrar tesoros para reintegrarse del dinero desembolsado, y no sentían el verdadero espíritu colonizador y evangelizador de los españoles. Dalfinger no pudo hallar «el hombre dorado» y murió en 1530 a consecuencia de una herida recibida durante la nefanda expedición.

Su sucesor al frente de los intereses de los Welser, Nicolás Federmann, no fue mucho mejor como hombre ni tuvo mejor fortuna como explorador. En 1530 marchó tierra adentro para descubrir el Dorado; pero desde Coro se dirigió directamente hacia el sur, así que no pasó por Nueva Granada. Tras una terrible marcha por las selvas tropicales, tuvo que volverse con las manos vacías en 1531.

A partir de aquí, cronológicamente, comienza a derivar una de las curiosas ramificaciones y variaciones de este fecundo mito. Fue al principio un hecho; durante treinta años, una fábula; y ahora, después de tres expediciones fallidas, comenzó a ser un fuego fatuo errante que saltaba de un punto a otro y poco a poco se iba

enredando con otros mitos. La primera variación arranca del intento de descubrir el origen del Orinoco, ese gran río del que se suponía que solo podía nacer de algún gran lago. En 1530, Antonio Sedeño salió de España con una expedición para explorar el Orinoco. Llegó al golfo de Paria y construyó un fuerte, con intención de continuar desde allí sus exploraciones. Mientras ponía su proyecto en obra, Diego de Ordaz —antiguo camarada de Cortés— había obtenido en España una concesión para colonizar el distrito llamado entonces Marañón, territorio vagamente definido que comprendía Venezuela, Guayana y el norte de Brasil. Salió de España en 1531, llegó al Orinoco y lo remontó hasta las cataratas. Entonces tuvo que volverse, después de dos años de tratar en vano de vencer los obstáculos que se le presentaban. Pero en esta expedición oyó decir que el Orinoco tenía su origen en un gran lago, y que el camino que a ese lago conducía pasaba por una provincia llamada Meta que, según se decía, era fabulosamente rica en oro. Según el historiador Bandelier —que es autoridad en la materia—, no cabe duda de que la riqueza atribuida a Meta no era sino un eco del cuento del Dorado, llegado hasta las tribus del bajo Orinoco.

A Ordaz le siguió en 1534 Jerónimo Dortal, que intentó llegar a Meta pero fracasó por completo. Estas tentativas realizadas desde Venezuela, como demuestra Bandelier, localizaron por fin el sitio del Dorado, limitándolo a la parte noroeste del continente. Se le había buscado en otros puntos sin encontrarlo, y de ahí se dedujo que debía de estar en el único sitio no explorado: la elevada meseta de Nueva Granada.

Después de muchas tentativas infortunadas que no es del caso relatar aquí, Gonzalo Jiménez de Quesada conquistó por fin la meseta de Nueva Granada en 1536-38. Este valiente soldado subió por el río Magdalena con una fuerza de seiscientos veinte infantes y ochenta y cinco jinetes. De estos, solo llegaron vivos a la meseta ciento ochenta, a principios de 1537. Se encontró con los indios muisca, que vivían en aldeas permanentes y poseían oro y esmeraldas. Le resistieron con su característica tenacidad; pero las tribus fueron vencidas una tras otra, y Quesada se convirtió en el conquistador de Nueva Granada.

El botín repartido entre los conquistadores ascendió a 246.976 pesos de oro —equivalentes a unos 1.250.000 duros de hoy— y 1.815 esmeraldas, algunas de gran tamaño y mucho valor. Hallaron el verdadero sitio del «hombre dorado» y hasta visitaron Guatavitá, cuyos habitantes opusieron feroz resistencia; pero naturalmente no encontraron al «hombre», porque la famosa costumbre había desaparecido hacía tiempo.

Apenas había Quesada completado su gran conquista cuando le sorprendió la llegada de otras dos expediciones españolas, atraídas al mismo sitio por el mito del Dorado.

Dirigía una de ellas Federmann, que había penetrado en Bogotá desde la costa de Venezuela en aquella su segunda expedición —una marcha terrible—. Al mismo tiempo, y sin que uno supiera del otro, Sebastián de Belalcázar había salido de Quito en busca del «hombre dorado». El cuento del cacique cubierto de oro había llegado hasta el corazón del Ecuador, y los relatos de los indios indujeron a Belalcázar a ir en busca del lugar donde se hallaba. Los tres jefes llegaron a un acuerdo por el cual Quesada quedó único dueño del país que había conquistado, y Federmann y Belalcázar regresaron a sus respectivos puestos.

Mientras Federmann andaba a la caza del mito, un sucesor suyo había llegado ya a Coro. Era el intrépido alemán conocido como «Jorge de Espira», pero cuyo verdadero nombre, descubierto por Bandelier, era Georg Hohermuth. Al llegar a Coro en 1535, no solo oyó hablar del Dorado sino también de que había ovejas domésticas hacia el suroeste, es decir, en dirección al Perú. Siguiendo estas vagas indicaciones partió con ese rumbo; pero tropezó con dificultades tan enormes para llegar al paso de montaña que los indios le indicaban que conducía a la tierra del Dorado, que se desvió hacia las vastas y terribles selvas tropicales del alto Orinoco. Allí oyó hablar de Meta y, siguiendo aquel mito, penetró hasta un grado del ecuador. Durante veintisiete meses él y sus compañeros españoles anduvieron errantes por la enmarañada y pantanosa selva entre el Orinoco y el Amazonas. Se toparon con tribus muy numerosas y belicosas, de las cuales la más notable era la de los uaupes. No hallaron oro; pero en todas partes oyeron contar la

fábula de un gran lago relacionado con el oro. De los ciento noventa hombres que salieron en esta expedición, solo regresaron ciento treinta, y de estos solo unos cincuenta tenían fuerzas para llevar armas. Aquel viaje de indescriptible dureza duró tres años. El resultado de sus horrores fue desviar la atención de los exploradores del verdadero sitio del Dorado y encaminarlos hacia las selvas del Amazonas, en la empresa quimérica de buscar un mito que tenía mucho de geográfico. En otras palabras, preparó la exploración del norte de Brasil.

Poco después de «Jorge de Espira», y sin relación alguna con él, Francisco Pizarro —conquistador del Perú— había impulsado la exploración del Amazonas desde el lado pacífico del continente. En 1538, desconfiando de Belalcázar, envió a su hermano Gonzalo Pizarro a Quito para sustituir a su sospechoso teniente. Al año siguiente, Gonzalo supo que el árbol de la canela abundaba en los bosques de la vertiente oriental de los Andes, y que todavía más lejos moraban poderosas tribus indias ricas en oro. Quiere decir que, mientras el mito original y verdadero del Dorado había llegado a Quito desde el norte, el mito de Meta —que era un eco de aquel— había llegado también allí desde el este. Puesto que Belalcázar había ido al antiguo y verdadero lugar del Dorado sin encontrar a ese individuo, se suponía que su domicilio debía hallarse en algún otro punto, es decir, al este en vez del norte de Quito. Gonzalo emprendió su desastrosa expedición a las selvas orientales con doscientos veinte hombres. En los dos años que duró la tremenda jornada, perecieron todos los caballos, como también sus aliados indios, y los pocos españoles que llegaron vivos al Perú en 1541 tenían la salud completamente quebrantada. Encontraron el árbol de la canela; pero no «el hombre dorado». Uno de los tenientes de Gonzalo, Francisco de Orellana, se había adelantado por la parte alta del Amazonas con cincuenta hombres en un bote desvencijado. Los dos grupos no pudieron volver a encontrarse, y Orellana finalmente se dejó llevar por la corriente hasta la desembocadura del Amazonas, en medio de indecibles sufrimientos. Flotando ya en el Atlántico, llegaron por último a la isla de Cubagua el 11 de septiembre de 1541. Esta expedición fue la primera que trajo al

mundo noticias fidedignas acerca del tamaño y la naturaleza del mayor río de la tierra, y también dio a dicho río el nombre que hoy lleva[2]. Encontraron tribus indias cuyas mujeres luchaban al lado de los hombres, y por esa razón lo llamaron «río de las Amazonas».

En 1543, Hernán Pérez de Quesada, hermano del conquistador, penetró en las regiones que había visitado «Jorge de Espira». Fue allí desde Bogotá, por haber oído una versión tergiversada del mito de Meta; pero solo encontró miseria, hambre, enfermedades e indígenas hostiles en los dieciséis terribles meses que anduvo errante por el desierto.

Entre tanto, en España se habían convencido de que la concesión de Venezuela a los prestamistas alemanes era un fracaso. El régimen de los Welser solo causaba daño. No obstante, se resolvió hacer un último esfuerzo, y Philip von Hutten —joven y valiente caballero alemán— salió de Coro en agosto de 1541 a la caza del mito de oro, que por aquel tiempo había derivado ya hasta el sur del Amazonas. Durante dieciocho meses anduvo vagando en círculo, y entonces, al oír decir que había una tribu poderosa y rica en oro llamada de los omaguas, se lanzó hacia el sur cruzando el ecuador con su fuerza de cuarenta hombres. Se encontró con los omaguas, fue derrotado por ellos y herido, y al fin pudo llegar a Venezuela después de pasar por muchos sufrimientos durante más de tres años en las selvas más impenetrables y los dilatados pantanos de los trópicos. A su regreso fue asesinado, y así terminó la dominación alemana en Venezuela.

El hecho de que los omaguas pudieran derrotar a una compañía española en batalla a campo abierto dio a aquella tribu una gran reputación; siendo tan fuertes en número y en valor, era natural suponer que también fueran ricos en metales, aunque no se había visto muestra alguna de ello.

Arrojado de su cuna, el mito del «hombre dorado» se había convertido en un fantasma errante. Se había perdido de vista su primitiva forma, y de un «hombre dorado» se había transformado poco a poco en una tribu de oro. El Dorado y Meta se confundieron y combinaron, siguiendo el curioso pero característico curso de los mitos. Primero, un hecho notable; después el relato de un hecho

que ha dejado de existir; luego, el eco lejano de ese cuento enteramente despojado de los hechos fundamentales; y por último, una mezcla y confusión general del hecho, la leyenda y el eco formando un nuevo mito, difícil de reconocer.

Este mito vagabundo y variable atrajo poderosamente la atención en 1550 en la provincia del Perú. En ese año, varios centenares de indios de la región central del Amazonas —el corazón del norte de Brasil— se refugiaron en las colonias españolas de la parte oriental del Perú. Habían sido expulsados de sus hogares por la hostilidad de las tribus vecinas, y no llegaron al Perú sino después de muchos años de penosas y azarosas marchas.

Dieron noticias exageradas de la riqueza e importancia de los omaguas, y esos cuentos fueron creídos con avidez. Sin embargo, el Perú no estaba entonces en condiciones de emprender una nueva conquista, y solo diez años después de la llegada de aquellos indios refugiados se dieron algunos pasos en ese asunto. El primer virrey del Perú, el bueno y gran Antonio de Mendoza —ascendido desde el virreinato de México a esta más alta dignidad—, vio en aquellas noticias la oportunidad de adoptar una medida sabia. Había librado a México de unos cuantos centenares de hombres levantiscos que eran una amenaza para el buen gobierno, enviándolos a la caza del áureo fantasma de Quivira: aquella notable expedición de Coronado tan importante para la historia de los Estados Unidos. Entonces halló en su nueva provincia un peligro análogo pero mucho más grave, y para librar al Perú de gente maleante y peligrosa, Mendoza organizó la famosa expedición de Pedro de Ursúa. Fue el cuerpo más numeroso reunido en América del Sur para una empresa de esa clase en el siglo XVI; pero se componía de los elementos más perversos y feroces que jamás hubieran existido en las colonias españolas. Las fuerzas de Ursúa se concentraron a orillas del alto Amazonas, y el día 1 de julio el primer bergantín zarpó río abajo. El grueso de la expedición siguió en otros bergantines el 26 de septiembre.

Era aquella región una inmensa selva tropical, enteramente desierta. Pronto se hizo evidente que sus esperanzas de oro nunca llegarían a realizarse, y el descontento empezó a manifestarse de un modo sangriento. En aquella turba de malhechores que el sabio

virrey había desterrado virtualmente para purificar el Perú, no era de esperar que reinara la armonía. Al no hallarse ya diseminados entre buenos ciudadanos que pudiesen reprimir sus desmanes, sino unidos en descarada pillería, no tardaron en reproducir con su conducta la fábula de los gatos de Kilkenny. Su viaje fue una orgía imposible de describir.

Entre aquellos bribones había un sujeto deforme pero muy ambicioso que tenía motivos para no desear volver al Perú: se llamaba Lope de Aguirre. Viendo que el objeto de la expedición no podía sino fracasar, empezó a trazar un plan diabólico. Si no podían hallar oro de la manera que esperaban, ¿por qué no buscarlo de otro modo? En una palabra, concibió el audaz proyecto de traicionar a España y fundar un nuevo imperio[3]. Para llevarlo a cabo comprendió que era necesario deshacerse de los jefes de la expedición, que podrían tener escrúpulos en traicionar a su patria. Así, mientras los bergantines flotaban río abajo, fueron teatro de una serie de atroces tragedias. Primero fue asesinado el comandante Ursúa, y en su lugar pusieron a un joven noble muy disoluto llamado Fernando de Guzmán, elevado al instante a la dignidad de príncipe: ese fue el primer paso de su manifiesta traición.

Luego fueron asesinados Guzmán y la infame Inés de Atienza —mujer que tomó parte vergonzosa en aquella trama—, y el jorobado Aguirre se hizo jefe y «tirano». Se declaró abiertamente traidor, y desde aquel momento mandó la expedición no como oficial español sino como rebelde y pirata. Mientras hacía rumbo hacia el Atlántico, trazó planes de espantosa magnitud y audacia: proyectó navegar hasta el golfo de México, desembarcar en el istmo, apoderarse de Panamá y desde allí navegar hasta el Perú, donde daría muerte a todos los que se le opusieran y establecería un imperio bajo su dominio.

Pero un curioso accidente desbarató todos sus planes. En vez de llegar a la desembocadura del Amazonas, la flotilla derivó hacia la izquierda, internándose en sus laberínticas revueltas, y fueron a parar al río Negro. Las lentas corrientes les impidieron descubrir su error, y siguiendo adelante hasta el Casiquiare penetraron desde allí

en el Orinoco. El 1 de julio de 1561 —un año justo estuvieron navegando por el laberinto, y todos los días se señalaron con asesinatos a diestro y siniestro— los malvados llegaron al océano Atlántico, pero por la desembocadura del Orinoco y no, como esperaban, por la del Amazonas. Diecisiete días después avistaron la isla de Margarita, donde había un puesto español. A traición se apoderaron de la isla y proclamaron su independencia de España.

Con este acto, Aguirre se proveyó de dinero y algunas municiones; pero le faltaban barcos para hacer un viaje por mar. Trató de apoderarse de un gran bajel que conducía a Venezuela al provincial Montesinos, misionero dominico; pero su traición fue frustrada y se dio la alarma al continente. Furioso por su fracaso, aquel monstruo ejecutó a los oficiales reales de Margarita. Se desbarató así su plan de llegar a Panamá; pero al fin logró apresar un barco más pequeño, con el cual desembarcó en la costa de Venezuela en agosto de 1561. Su correría por el continente dejó una estela de crímenes y rapiña. La gente, atacada por sorpresa e incapaz de oponer resistencia inmediata a aquel malvado, huía cuando él se acercaba. Las autoridades enviaron a pedir ayuda hasta Nueva Granada, y toda la parte norte de América del Sur estaba aterrorizada.

Aguirre avanzó sin oposición hasta llegar a Barquisimeto. Halló el pueblo desierto; pero pronto llegó el edecán Diego de Paredes con una fuerza leal reunida a toda prisa. Al mismo tiempo, Quesada, conquistador de Nueva Granada, se apresuraba a marchar contra el traidor con cuantas fuerzas podía reunir. Aguirre se halló sitiado en Barquisimeto, y sus partidarios empezaron a desertar. Finalmente, viéndose casi solo, Aguirre mató a su hija —que había participado en todas aquellas terribles correrías— y se rindió. El comandante español no quería ejecutar al architraidor; pero los propios secuaces de Aguirre insistieron en que se le diera muerte, y lo lograron.

Hubo posteriormente muchas más tentativas para descubrir «el hombre dorado», pero fueron de poca importancia, excepto la que realizó Sir Walter Raleigh en 1595. Solo llegó hasta el Salto Coroni, es decir, que no pudo llevar a cabo una empresa tan grande siquiera como la de Ordaz; pero volvió a Inglaterra con estupendas historias de un gran lago interior y de ricas naciones. Había confundido la

leyenda del Dorado con noticias de los incas del Perú, lo cual prueba que los españoles no eran los únicos que se dejaban engañar. En realidad, tanto los exploradores ingleses como los de otras naciones fueron igualmente crédulos y sintieron el mismo afán de llegar hasta el oro fabuloso. El mito del gran lago —el lago de Parime— fue absorbiendo gradualmente el mito del «hombre dorado». La tradición histórica se fundió y perdió en la fábula geográfica. Solo en las selvas orientales del Perú reapareció el Dorado a principios del siglo XVIII, pero como una ficción tergiversada y sin fundamento. Sin embargo, el lago Parime permaneció en los mapas y en las descripciones geográficas. Es una curiosa coincidencia que donde se creía que existían las tribus de oro de Meta se hayan descubierto recientemente las minas de oro de Guayana, que han sido motivo de disputa entre Inglaterra y Venezuela. Es cierto que Meta no era sino un mito; pero hasta ese mito fue de utilidad.

La fábula del lago de Parime —que por mucho tiempo se creyó que era un gran lago flanqueado por grandes cordilleras de montañas de plata— la refutó por completo Humboldt a principios del siglo XIX. Demostró que no había tal gran lago ni tales montañas de plata. Las anchas sabanas del Orinoco, cuando se inundan en la estación de las lluvias, habían sido tomadas por un lago, y el fondo de plata era sencillamente el reflejo de los rayos solares en los picos de roca micácea.

Con las investigaciones de Humboldt desapareció la leyenda más curiosa y fantástica de la historia. Ningún otro mito o tradición de América del Norte o del Sur llegó a ejercer tan poderosa influencia en el curso de los descubrimientos geográficos; ningún otro puso a prueba el esfuerzo humano de un modo tan asombroso, y ninguno ilustró con tanta brillantez la incomparable tenacidad y la abnegación inherentes al carácter español. Para la mayoría de nosotros es una lección nueva, pero verdadera y comprobada, que esa nación meridional —más impulsiva e impetuosa que las del norte— era también más paciente y más sufrida.

Murió el mito; pero no había existido en vano. Antes de ser desmentido, había dado pie a la exploración del Amazonas, del Orinoco, de toda la parte de Brasil situada al norte del Amazonas, de

toda Venezuela, de toda Nueva Granada y del este del Ecuador. Una mirada al mapa nos revelará lo que esto significa: que «el hombre dorado» hizo que el mundo conociera la geografía de toda América del Sur al norte del ecuador.

---

1. La balsa muisca de Siecha, hallada en el lago del mismo nombre en la Sabana de Bogotá, fue encontrada hacia 1856 y es hoy uno de los objetos más famosos del Museo del Oro de Bogotá —no de Berlín, como señala Lummis, quien probablemente la conocía por fuentes secundarias que la situaban erróneamente—. Representa con precisión etnográfica la ceremonia del Dorado: el cacique cubierto de polvo de oro sobre una balsa, acompañado de sus sacerdotes y adorado por la multitud en las orillas del lago. No es una pieza de arte decorativo sino un documento ritual tridimensional, uno de los más valiosos del continente. El hecho de que esta ceremonia —que es la base de uno de los mitos más poderosos de la historia— tuviera un fundamento real documentado arqueológicamente es algo que la arqueología del siglo XX confirmó plenamente, reivindicando el rigor documental de Bandelier que Lummis invoca.
2. Francisco de Orellana (c. 1511-1546) completó en 1541-1542 la primera navegación de toda la longitud del Amazonas, desde los Andes hasta el Atlántico: más de seis mil kilómetros en embarcaciones improvisadas, sin provisiones y rodeado de tribus hostiles. Es uno de los viajes más extraordinarios de exploración que registra la historia, comparable en audacia con la circunnavegación de Elcano. Orellana murió en su segundo intento de remontar el río en 1546, sin haber recibido de la Corona el reconocimiento que merecía. El nombre «Amazonas», derivado de las guerreras que sus hombres creyeron ver combatir junto a los indígenas, es el último testimonio de un mito clásico —las Amazonas de la antigüedad griega— injertado en la geografía del Nuevo Mundo.
3. Lope de Aguirre (c. 1510-1561), extremeño de nacimiento, es una de las figuras más siniestras y fascinantes de toda la historia americana. Su deriva por el Amazonas y el Orinoco en 1560-1561, jalonada de asesinatos sistemáticos y proclamas de rebelión contra Felipe II, inspiró siglos después la novela *El camino de El Dorado* (1947) de Arturo Uslar Pietri y la película *Aguirre, la cólera de Dios* (1972) de Werner Herzog. La carta que envió a Felipe II desde Margarita —uno de los documentos más delirantes y literariamente poderosos del siglo XVI— es a la vez una acusación contra la ingratitud de la Corona hacia los conquistadores y el manifiesto de un hombre que había perdido completamente el juicio. Que Lummis lo trate con brevedad es comprensible en el marco de su argumento; pero Aguirre es también el reverso necesario de la imagen heroica que el libro construye: la prueba de que el mismo espíritu que producía exploradores sublimes podía, en condiciones extremas, generar monstruos.

Parte III

Los grandes conquistadores

EL PORQUERIZO DE TRUJILLO

Hacia los años de 1471 a 1478 —no estamos seguros de la fecha exacta—, nació un infortunado muchacho en la ciudad de Trujillo, provincia de Extremadura, España [1]. Era hijo ilegítimo del coronel Gonzalo Pizarro, que se había distinguido en las guerras de Italia y de Navarra. Pero su parentesco no le fue de ninguna utilidad. El niño bastardo nunca tuvo hogar; hasta se dice que fue abandonado como expósito en el atrio de una iglesia. Creció y se hizo hombre en la ignorancia y la pobreza más abyectas, sin escuela y sin que nadie cuidase de él, teniendo que procurarse por sí solo el sustento. Solo podía dedicarse a las faenas más bajas; pero parece que en ellas ponía los cinco sentidos. ¡Cómo se habrían reído y mofado los muchachos de la vecindad si alguien les hubiera dicho: «Ese rapaz sucio y harapiento que guarda puercos en los encinares de Extremadura será un día un gran hombre en un mundo nuevo que nadie ha visto todavía; será un soldado más famoso que nuestro Gran Capitán, y repartirá más oro que el Rey Nuestro Señor!» Y no se les podría reprochar sus burlas. El hombre más sabio de Europa

en aquella época tampoco habría dado crédito a semejante profecía; porque, a la verdad, era la cosa más improbable del mundo.

Pero el mozuelo que sabía guardar fielmente los puercos cuando no había cosa mejor que hacer, podía dedicarse a cosas más grandes cuando estas se le ofrecían, y salir igualmente airoso de ellas. Afortunadamente para él, el Nuevo Mundo surgió a tiempo. De no haber existido Colón, habría sido porquerizo hasta su muerte, y la historia habría perdido una de sus figuras más gallardas, así como otras muchas a quienes el aventurero genovés abrió las puertas de la inmortalidad. Para miles de hombres tan incomprendidos por sí mismos como por los demás, no había entonces en la vida sino una oscuridad abyecta en la atestada, ignorante y empobrecida Europa. Cuando España encontró de repente nuevas tierras allende los mares, el hecho produjo en la humanidad un despertar como no se había visto ni volverá a verse. Se halló, literalmente, un nuevo mundo, y con ello se creó casi una nueva humanidad. No solo se aprovecharon de tan maravillosa novedad los grandes hombres y los de preclaro ingenio; el más pobre e ignorante podía entonces elevarse y crecer hasta desarrollar toda la estatura del hombre que llevaba dentro. Fue, en realidad, el gran comienzo de la libertad humana; la primera apertura de la puerta de la igualdad; la primera semilla de las naciones libres como la nuestra. El Viejo Mundo era el campo de los ricos y los favorecidos; pero América era ya lo que tiene el orgullo de ser hoy: la gran oportunidad para el pobre. Y es un hecho muy notable que casi todos los que se hicieron un gran nombre en América fueron no los encumbrados que a ella vinieron, sino los hombres oscuros que aquí se ganaron la admiración de un mundo que antes ni siquiera conocía su nombre. De todos estos y de cuantos más hubo, fue Pizarro el más grande. El encumbramiento del propio Napoleón no fue un triunfo tan sorprendente de la voluntad y el genio sobre todos los obstáculos, ni moralmente más digno de alabanza.

No sabemos en qué año llegó Francisco Pizarro, el porquerizo de Trujillo, a América; pero sí que empezó a ser hombre de importancia en 1510. En ese año se hallaba ya en La Española y acompañó a Ojeda en su desastrosa expedición a Urabá en el continente. Allí se

mostró tan valeroso y prudente que Ojeda le dejó a cargo de la malhadada colonia de San Sebastián mientras él regresaba a La Española en busca de auxilios. Esta primera responsabilidad que recayó sobre Pizarro estaba preñada de peligros y sufrimientos; pero el antiguo porquerizo estuvo a la altura de la situación, y comenzó a desarrollarse en él aquel raro y paciente heroísmo que más tarde habría de sostenerle durante los años más terribles que haya vivido conquistador alguno. Dos meses esperó en aquel paraje mortífero, hasta que perecieron tantos hombres que los supervivientes pudieron al fin salvarse apretujándose en el único bote que tenían.

Entonces Pizarro se unió a Balboa y participó en aquella penosa marcha a través del istmo y en el brillante honor del descubrimiento del Pacífico. Cuando la intrépida carrera de Balboa tuvo un fin repentino y sangriento, Pizarro pasó a las órdenes de Pedro Arias Dávila, quien lo envió en varias expediciones de poca importancia. En 1515 cruzó de nuevo el istmo y probablemente oyó hablar vagamente del Perú. Pero no tenía dinero ni influencia para lanzarse por sí solo a una aventura. Acompañó al gobernador Dávila cuando este se trasladó a Panamá y se acreditó en varias expediciones menores. Pero a los cincuenta años era todavía pobre y desconocido; no era más que un humilde ranchero que vivía cerca de Panamá[2]. En aquel pestilente y despoblado istmo, pocas oportunidades se le ofrecían para resarcirse de la pérdida de su juventud. No había aprendido a leer ni a escribir —y, la verdad sea dicha, nunca llegó a aprenderlo—; pero es evidente que había aprendido cosas más importantes, y había desarrollado una fortaleza de carácter que podía servirle para hacer frente a cualquier contingencia.

En 1522, Pascual de Andagoya hizo un pequeño viaje desde Panamá por la costa del Pacífico; pero no fue más allá de donde había llegado Balboa algunos años antes. Su fracaso, sin embargo, volvió a llamar la atención hacia los países desconocidos situados más al sur, y Pizarro ardía en deseos de explorarlos. La mente del hombre que había sido porquerizo fue la única que supo comprender la importancia de aquellas regiones que esperaban ser descubiertas;

su valor, el único que podía afrontar los obstáculos que para lograrlo existían. Al fin encontró dos hombres dispuestos a escuchar sus planes y a ayudarle a llevarlos adelante. Fueron Diego de Almagro y Hernando de Luque. Almagro era un soldado de fortuna, expósito como Pizarro, pero mejor educado y algo mayor de edad. Físicamente era un hombre valeroso, aunque carecía del elevado valor moral y de la ascendencia personal de Pizarro. Era, por todos conceptos, un hombre de inferior calidad; más bien lo que cabría esperar de ambos por su origen, y no ese carácter fenomenal de quien demostró hallarse tan en su elemento en las cortes y las conquistas como guardando cerdos en su tierra. Pizarro podía acomodarse fácilmente a cualquier grado de fortuna, y en él no hacían mella ni el poder ni la pobreza. Era hombre de rectos principios, esclavo de su palabra, inflexible, heroico, y a la vez prudente y humanitario, generoso, justo y siempre leal —cualidades en todas las cuales Almagro le era muy inferior—.

Luque era sacerdote, vicario en Panamá. Era un hombre sabio y bueno al que mucho debieron los dos soldados. Estos solo aportaban valor y brazos para la expedición, y fue él quien hubo de procurar los medios. Lo hizo con dinero obtenido del licenciado Espinosa, jurisconsulto. Era necesario, como en todas las provincias españolas, el consentimiento del gobernador, y aunque Dávila no parecía aprobar la expedición, se obtuvo su permiso con la promesa de darle una participación en los beneficios, aun cuando no tenía que contribuir a los gastos. Se dio el mando a Pizarro, y salieron en noviembre de 1524 con un centenar de hombres. Almagro se quedó para seguirles tan pronto como pudiera, con la esperanza de reclutar más gente en la pequeña colonia.

Después de costear algún trecho hacia el sur, Pizarro hizo un desembarco. Era aquel un paraje inhóspito. Los exploradores se hallaron en un inmenso pantano tropical donde era imposible avanzar a causa de los lodazales y la espesa maleza. Los miasmas que emanaban de aquel cenagal eran un enemigo cruel e invisible. Nubes de insectos venenosos se cernían sobre ellos. Que las moscas puedan poner en peligro la vida parecerá extraño a quienes solo conocen las zonas templadas; pero en algunas partes de los trópicos

hay insectos más temibles que los lobos. Desde la marisma, los españoles exhaustos lograron abrirse paso con dificultad hasta unos montes cuyas afiladas rocas —probablemente de lava— les cortaban los pies hasta los huesos. Y nada encontraron que les consolara o alentara; todo era un desierto sin atractivo alguno. Trabajosamente retrocedieron hasta su tosco bergantín, aplastados bajo el sol tropical, y volvieron a embarcarse. Aprovisionándose de agua y madera, continuaron su rumbo hacia el sur. Entonces sobrevinieron fuertes tormentas que duraron diez días. Zarandeado de un lado a otro por las olas, su desvencijado barco estuvo a punto de hacerse pedazos. Escaseó el agua, y en cuanto al alimento, tuvieron que contentarse con dos mazorcas de maíz diarias cada uno. En cuanto el tiempo lo permitió, intentaron desembarcar, pero se encontraron de nuevo ante una selva tupida e impenetrable. Aquellas extrañas e inmensas selvas tropicales —tan vastas como toda Europa— son la parte más ingrata de la naturaleza: el inmenso mar y las desiertas llanuras no son tan solitarias ni tan mortíferas como ellas. Árboles gigantescos, algunos de más de cien pies de circunferencia, crecen apiñados y altísimos en eterna lobreguez, enlazados sus enormes troncos con espesas enredaderas de tal modo que forman no ya un bosque sino una muralla impenetrable. Para dar un paso hay que abrirse camino con el hacha. Grandes y repugnantes serpientes y enormes saurios viven allí, y en aquel aire caliente y húmedo se esconde un enemigo más mortal que la boa, el caimán o la víbora: la pestilencia tropical.

No eran hombres enclenques aquellos; pero en desiertos tan terribles pronto perdieron toda esperanza. Empezaron a maldecir a Pizarro por haberles llevado a tan miserable muerte y clamaban porque los devolviera a Panamá. Pero eso solo servía para poner de manifiesto la diferencia entre hombres que eran físicamente valientes y un hombre de valor moral como Pizarro. No tuvo este la menor idea de abandonar la empresa; sin embargo, como sus hombres estaban dispuestos a amotinarse, era preciso hacer algo, y tuvo una idea brillante —uno de los primeros destellos de aquel genio que se desarrolló de modo tan notable ante el peligro y la necesidad—. Alentaba a sus subordinados al tiempo que deshacía el

motín. Encargó a Montenegro, uno de sus oficiales, que se fuera en el bergantín con la mitad del pequeño ejército a la Isla de las Perlas en busca de provisiones. Esto contribuyó a que no se abandonara la expedición. Pizarro y sus cincuenta hombres no podían volver a Panamá porque no tenían barco, y Montenegro y sus compañeros no podían dejar de volver con algún auxilio. Pero fue muy penosa aquella espera. Durante seis semanas, aquellos famélicos españoles anduvieron perdidos por la ciénaga sin poder hallar la salida. No encontraban allí alimento alguno, excepto los mariscos que recogían y algunas bayas, entre las cuales las había venenosas que causaban grandes dolores a quienes las comían. Pizarro compartía las penalidades de sus hombres con bondadosa abnegación, repartiendo alimento con el más pobre soldado y trabajando como los demás, animándoles siempre con el ejemplo y con buenas palabras. Más de veinte hombres —casi la mitad de aquel grupo— murieron a consecuencia de sus privaciones, y los que sobrevivieron perdieron toda esperanza, excepto el esforzado jefe. Cuando estaban ya a punto de desfallecer, una luz lejana que vislumbraron a través de la selva les infundió ánimo, y abriéndose camino hacia ella llegaron por fin a un claro donde había una aldea india cuyas provisiones de maíz y cocos salvaron a los extenuados españoles. Aquellos indios poseían unos pocos toscos adornos de oro y dijeron que hacia el sur había un país muy rico en ese metal.

Por fin, Montenegro regresó con su barco y algunas provisiones al puerto del Hambre, como lo llamaron los españoles. También él había sufrido mucho a causa de las tormentas que retrasaron su viaje. Unidos los dos grupos, navegaron hacia el sur y pronto llegaron a una costa más abierta, donde encontraron otra aldea india. Los habitantes habían huido; pero los exploradores hallaron alimentos y algunos adornos de oro. Quedaron horrorizados, sin embargo, al descubrir que se hallaban entre caníbales, pues vieron piernas y brazos humanos asándose en las hogueras. Decidieron hacerse a la mar en medio de la tormenta antes que quedarse en un lugar tan repulsivo. Al llegar a un promontorio que bautizaron con el nombre de Punta Quemada, tuvieron que desembarcar de nuevo, porque su pobre barco estaba tan maltrecho que corría peligro de

irse a pique. Mientras Pizarro acampaba en una ranchería abandonada, envió a Montenegro con una pequeña fuerza a explorar tierra adentro. Apenas había penetrado el teniente unas pocas millas cuando cayó en una emboscada tendida por los indígenas, y tres de sus hombres fueron muertos. Los españoles no tenían ni siquiera mosquetes; pero con espada y ballesta lucharon desesperadamente y al fin rechazaron a sus bronceados enemigos. Los indios, viendo frustrado su propósito, regresaron a marchas forzadas a su aldea, y por serles familiares las sendas llegaron antes que Montenegro y lo atacaron súbitamente. Pizarro, con su pequeña fuerza, salió a su encuentro, y comenzó una lucha feroz pero desigual. Los españoles estaban en gran minoría y su situación era desesperada. En la primera descarga de flechas enemigas, Pizarro recibió siete heridas —hecho que por sí solo basta para demostrar la escasa ventaja que la armadura española les daba sobre los indios[3], mientras que era una carga muy pesada bajo el calor de los trópicos y frente a enemigos tan ágiles—. Los españoles tuvieron que ceder, y al retroceder Pizarro resbaló y cayó. Los indios, reconociendo fácilmente que era el jefe, dirigieron todos sus esfuerzos contra él, y varios se lanzaron sobre el guerrero caído y ensangrentado; pero Pizarro se levantó y, haciendo un supremo esfuerzo, derribó a dos de ellos y mantuvo a los otros a distancia hasta que sus hombres acudieron en su ayuda. Entonces llegó Montenegro y atacó a los indios por la espalda, y los españoles se vieron pronto dueños del campo. Pero les había costado muy caro, y el jefe comprendió claramente que no podía mantenerse en aquella tierra salvaje con tan escasa fuerza. Decidió, pues, ir a buscar refuerzos.

Se embarcó de nuevo para volver a Chicamá, y quedándose allí con la mayoría de sus hombres —sin perderlos de vista para que no desertaran—, envió a Nicolás de Ribera, con el oro recogido y un informe detallado de sus hechos, al gobernador Dávila, en Panamá.

Entre tanto, Almagro, tras muchas demoras, había salido de Panamá en otro barco con sesenta hombres para seguir a Pizarro. Encontró la pista por las marcas que Pizarro había hecho en varios árboles, según lo convenido. Desembarcó en Punta Quemada, donde

los indios le recibieron hostilmente. Almagro era de sangre caliente y cargó contra ellos con denuedo. En ese combate, una jabalina india le produjo tan grave herida en la cabeza que, tras unos días de intenso sufrimiento, perdió uno de sus ojos. Pero pese a tan grave contratiempo, continuó impertérrito su viaje. La gran resistencia física de aquel hombre era su cualidad más admirable. Podía afrontar el peligro y el dolor con valentía; pero pocos días después demostró que carecía de valor moral. En el río San Juan, la soledad y la incertidumbre pudieron más que Almagro, y se volvió hacia Panamá. Afortunadamente supo que su capitán estaba en Chicamá, y allí se reunió con él. Pizarro no pensaba en abandonar la empresa, y ejerció sobre Almagro —que solo necesitaba ser conducido para estar pronto a cualquier hazaña— tal influencia que los dos se juraron solemnemente llegar hasta el fin de su viaje o morir en el empeño. Pizarro lo envió a Panamá en busca de auxilios, y él se quedó alentando a sus hombres en el pestífero Chicamá.

El gobernador Dávila, hombre poco emprendedor y escaso administrador, estaba entonces de muy mal humor para atender peticiones de ayuda. Creía que uno de sus subordinados en Nicaragua merecía un escarmiento, y su fuerza no le bastaba para el caso. Se arrepentía amargamente de haber permitido a Pizarro llevarse cien hombres que ahora le habrían sido muy útiles, y se negó a ayudar a la expedición e incluso a consentir que continuara. Luque, cuyo cargo y carácter le daban influencia en la pequeña colonia, logró finalmente persuadir al pusilánime gobernador de que no obstruyera la expedición. Hasta en eso mostró Dávila su codicia. Como precio de su consentimiento oficial —sin el cual no podía realizarse el viaje—, exigió el pago de mil pesos de oro, renunciando a todo derecho sobre los beneficios de la expedición, de los que estaba seguro que serían casi nulos. Un peso de oro valía entonces mucho más de lo que vale ahora. El metal era mucho más escaso que en la actualidad y, en consecuencia, de mayor valor: con un peso de oro podía comprarse entonces una cantidad de bienes cinco veces mayor que hoy, de modo que lo que se llamaba un duro y pesaba como un duro tenía en realidad el valor de cinco. Por

consiguiente, el dinero que Dávila exigía como soborno equivalía a cinco mil duros.

Por fortuna, poco después fue sustituido Dávila por otro gobernador de Panamá, don Pedro de los Ríos, quien no puso obstáculos al gran proyecto. Con fecha 10 de marzo de 1526, Pizarro, Almagro y Luque suscribieron un nuevo contrato. El buen vicario había anticipado cien mil pesos en barras de oro para la expedición y tenía derecho a percibir una tercera parte de todos los beneficios. Pero en realidad la mayor parte de ese dinero procedía del licenciado Espinosa, y mediante un contrato privado se estipuló que la participación correspondiente a Luque sería entregada al licenciado. Se compraron y abastecieron dos nuevos barcos, mayores y mejores que el estropeado bergantín de Núñez de Balboa. El pequeño ejército se engrosó con reclutas hasta reunir ciento sesenta hombres, y se adquirieron también algunos caballos, quedando equipada y lista la segunda expedición.

1. Extremadura produjo una proporción de conquistadores extraordinariamente alta en relación con su población: Cortés, Pizarro, Balboa, Orellana, Valdivia, De Soto, Núñez de Vaca —todos extremeños o vinculados a esa región—. No es una coincidencia: Extremadura era una de las regiones más pobres y despobladas de Castilla, tierra de frontera moldeada por siglos de Reconquista, donde la ganadería trashumante y la vida de campaña eran la norma. Sus hombres tenían desarrollada hasta el extremo la cultura del riesgo y la resistencia física, y en América encontraron el único campo donde podían ascender socialmente más allá de lo que el Viejo Mundo les hubiera permitido jamás. El propio Lummis lo señala: América fue «la primera apertura de la puerta de la igualdad», y Pizarro es su ejemplo más extremo y más elocuente.
2. El dato de la edad es central para comprender la dimensión de lo que Pizarro emprendió. La mayoría de los grandes conquistadores —Cortés, Balboa, Soto— eran hombres en la treintena cuando realizaron sus hazañas principales. Pizarro inició su empresa peruana con cincuenta años cumplidos, analfabeto, sin dinero propio y sin el respaldo de ningún gran nombre. La conquista del Perú no fue la obra de un joven ambicioso sino de un hombre que había esperado media vida su oportunidad y que cuando llegó la aprovechó con una meticulosidad y una paciencia que contrastaban radicalmente con el temperamento impulsivo de muchos de sus contemporáneos.
3. La observación es técnicamente válida y Lummis la repite en varios capítulos del libro, siempre con el mismo propósito: desmontar el mito de que la conquista fue una victoria fácil de una tecnología superior sobre pueblos indefensos. Las armaduras de los conquistadores —cotas de malla, petos y cascos— protegían contra armas de filo pero mucho menos contra las flechas de punta de pedernal o hueso disparadas a corta distancia, y en el calor tropical eran una carga física agotadora. La ventaja real de los españoles no era tecnológica sino táctica: la disciplina militar, la capacidad de mantener formaciones cohesionadas y el uso del caballo como arma de choque psicológico, especialmente en los primeros enfrentamientos con pueblos que nunca habían visto el animal.

EL HOMBRE IMPERTÉRRITO

Con una fuerza tan insuficiente —aunque mucho más numerosa que antes—, Pizarro y Almagro se embarcaron de nuevo para llevar a cabo su peligrosa empresa. El piloto era Bartolomé Ruiz, valiente y leal andaluz y buen marino. El tiempo se presentaba mejor, y los aventureros iban muy esperanzados. Después de navegar unos pocos días llegaron al río San Juan, que era el punto más lejano de aquella costa al que había llegado europeo alguno —se recordará que fue el punto donde Almagro se descorazonó y dio la vuelta—. Allí hallaron más guerreros indios y algo de oro; pero también allí la inmensidad y aspereza del desierto se hizo más evidente. Nos es muy difícil concebir, en esta época de comodidades, cuán perdidos se hallaban aquellos exploradores. No había entonces en todo el mundo un hombre blanco que supiera lo que había más allá del punto al que habían llegado los aventureros españoles; y para sentir ánimo y valor es necesario saber con certeza que existe algún objetivo en el punto al que nos encaminamos. Podemos comprender lo que por ellos pasaría si nos imaginamos un grupo de muchachos —valientes pero sin instrucción— conducidos con los ojos vendados

a mil millas de distancia y abandonados en un desierto selvático y enteramente desconocido.

Allí hizo alto Pizarro con parte de sus hombres, y envió a Almagro a Panamá con uno de los barcos en busca de reclutas, y al piloto Ruiz con el otro a explorar la costa más al sur. Ruiz costeó hasta llegar a la Punta de Pasado y fue el primer hombre blanco que cruzó la línea ecuatorial en el Pacífico —honor nada pequeño—. Encontró un país de mejores perspectivas, y vio pasar una gran balsa con velas de tela de algodón en la que iban varios indios. Llevaban espejos —probablemente de vidrio volcánico, como era corriente entre los aborígenes del sur— con marcos de plata, y adornos de plata y oro, además de notables tejidos en los que había entretejidas figuras de animales, pájaros y peces. El recorrido duró varias semanas, y Ruiz llegó a San Juan muy oportunamente. Pizarro y su gente habían sufrido horribles penalidades. Habían hecho un gallardo esfuerzo por penetrar tierra adentro; pero no lograron salir de la horrenda selva tropical «cuyos árboles llegaban hasta el cielo». La espesa manigua no era tan solitaria como las otras selvas en que habían estado. Había multitud de parlanchines loros y brillantes monos, alrededor de los árboles se enroscaban perezosas boas, y los caimanes dormitaban junto a lagunas empantanadas. Muchos de los españoles perecieron víctimas de aquellos espeluznantes reptiles: algunos murieron aplastados por las potentes espiras de las serpientes, y otros fueron triturados entre las mandíbulas de los escamosos saurios. Muchos más fueron muertos por los indios que estaban al acecho: en una sola acometida, catorce de aquella mermada partida fueron asesinados por los naturales que rodeaban su canoa encallada. Se agotaron también las provisiones, y los que quedaban con vida se estaban muriendo de hambre cuando llegó Ruiz con escasos auxilios pero con noticias alentadoras. Poco después llegó también Almagro, con provisiones y un refuerzo de ochenta hombres.

Toda la expedición se hizo de nuevo a la vela rumbo al sur. Pero en seguida se desencadenaron persistentes tormentas. Después de indecibles sufrimientos, los exploradores volvieron la proa hacia la isla del Gallo, donde permanecieron dos semanas reparando sus

desmantelados barcos y sus cuerpos, igualmente quebrantados. Después se embarcaron de nuevo, adentándose en mares ignotos. El paisaje fue presentando gradualmente mejor aspecto. Los palúdicos bosques tropicales ya no llegaban hasta la orilla del mar. Entre los bosquecillos de ébanos y caobas había de vez en cuando algunos claros con campos toscamente cultivados y poblados indios de cierta extensión. En aquella región había placeres auríferos y criaderos de esmeraldas, y los indígenas poseían valiosos adornos. Los españoles desembarcaron, pero fueron atacados por un número muy superior de indios y solo pudieron librarse de ellos de una manera muy curiosa. En la desigual batalla los españoles se vieron acorralados, cuando uno de ellos cayó de su caballo, y ese pequeño incidente puso en fuga al enjambre de indígenas. Algunos historiadores han ridiculizado la idea de que semejante nimiedad pudiera producir tal efecto; pero eso se debe al desconocimiento de los hechos. Hay que tener presente que aquellos indios nunca habían visto un caballo. Tomaron al jinete español y su cabalgadura por un animal grande, raro y de por sí muy temible —eco del antiguo mito griego de los centauros; este incidente muestra cómo nació aquel mito—. Pero luego la gran bestia desconocida se dividió en dos partes que podían obrar con entera independencia la una de la otra, y esto fue demasiado para aquellos supersticiosos indios, quienes huyeron todos despavoridos. Los españoles se escabulleron hacia sus barcos y dieron gracias al cielo por su extraña liberación.

Pero esta escapada milagrosa les demostró con más claridad aún la insuficiencia de aquel puñado de hombres para luchar contra las hordas de indios. Necesitaban más refuerzos, y de nuevo se embarcaron hacia la isla del Gallo, donde esperaría Pizarro mientras Almagro iba a Panamá en solicitud de ayuda. Nótese cómo Pizarro siempre tomaba para sí la carga más pesada y penosa y dejaba la más fácil a su socio. Siempre era Almagro quien se enviaba a las comodidades que ofrecía la civilización, mientras el esforzado jefe soportaba la espera, el peligro y el sufrimiento.

El mayor obstáculo que se presentaba entonces eran los propios soldados, aun teniendo en cuenta los peligros mortales y las enormes privaciones que debían sufrir. Pero los peligros y las

privaciones que vienen de fuera son más llevaderos que la traición y el descontento que vienen de dentro. A cada paso Pizarro tenía que sostener moralmente a sus hombres. Se descorazonaban constantemente —y ciertamente tenían motivos para ello—, y en ese estado de ánimo estaban dispuestos a cualquier acto de violencia y de ningún modo a seguir adelante. Pizarro tenía, pues, que esforzar continuamente su voluntad y su valor no solo para sí mismo —que sufría tan cruelmente como el último de sus hombres—, sino para todos. Era como uno de esos espíritus vigorosos que vemos a veces sosteniendo un cuerpo semidifunto que se habría disuelto mucho antes de contar con un espíritu menos intrépido.

Los hombres se habían amotinado de nuevo y, pese al animoso ejemplo y a los esfuerzos de Pizarro, estuvieron a punto de hacer fracasar toda la empresa. Por medio de Almagro enviaron a la esposa del gobernador un ovillo de algodón como muestra de los productos del país; pero en ese aparentemente inocuo regalo los cobardes habían escondido una carta en la que declaraban que Pizarro los llevaba a la muerte y prevenían a otros de que no le siguieran. Un verso ramplón añadido al final decía que Pizarro era un carnicero que esperaba más carne, y que Almagro había ido a Panamá a recoger ovejas para llevarlas al matadero.

La carta llegó a manos del gobernador De los Ríos, quien se indignó mucho al leerla. Envió al cordobés Tafur con dos barcos a la isla del Gallo a recoger a todos los españoles que allí estaban, impidiendo así una expedición cuya importancia su mente era incapaz de comprender. Pizarro y sus hombres sufrían terriblemente, siempre empapados por las tormentas y casi muertos de hambre. Cuando llegó Tafur, todos menos Pizarro lo acogieron como a un salvador y querían volverse con él al instante. Pero el capitán no cedió. Con su daga trazó una raya sobre la arena y, mirando a sus hombres fijamente, les dijo: «Camaradas y amigos: de aquel lado está la muerte, las privaciones, el hambre, la desnudez, las tempestades; de este lado está la comodidad y la molicie. Desde este lado vais a Panamá a ser pobres; del otro lado vais al Perú a ser ricos. El que sea valiente castellano, que escoja lo preferible» [1].

Al decir esto cruzó la raya, pasándose al sur. Ruiz, el bravo piloto andaluz, cruzó también detrás de él; lo mismo hizo Pedro de Candía, el griego, y uno tras otro once héroes más, cuyos nombres merecen ser recordados por cuantos aman la lealtad y el valor. Eran Cristóbal de Peralta, Domingo de Soria Luce, Nicolás de Ribera, Francisco de Cuéllar, Alonso de Molina, Pedro Alcón, García de Jerez, Antón de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Paz y Juan de la Torre.

El ruin Tafur solo vio en este acto de heroísmo una desobediencia al gobernador, y no quiso dejarles uno de sus barcos. Con dificultad se le pudo inducir a que les dejara algunas provisiones, siquiera para que no murieran de hambre, y con sus cobardes pasajeros volvió a Panamá, dejando a los catorce solos en su pequeña isla del desconocido mar Pacífico.

¿Ha conocido el lector alguna vez un heroísmo mayor? ¡Solos, aprisionados por el gran mar, con muy pocos alimentos, sin barcos, sin ropa, casi sin armas, había allí catorce hombres empeñados todavía en conquistar un país salvaje tan grande como toda Europa! Hasta el parcial historiador Prescott admite que en todos los anales de la caballería no se halla nada que lo supere.

La isla del Gallo se hizo inhabitable, y Pizarro y sus hombres construyeron una frágil balsa en la que navegaron setenta y cinco millas hacia el norte hasta llegar a la isla de Gorgona. Era tierra más elevada y había madera, y los exploradores construyeron chozas para resguardarse de las tormentas. Sufrieron grandemente por el hambre, la intemperie y los bichos venenosos, que los martirizaban cruelmente. Pizarro reunía a su gente a diario para las devociones, y todos los días daban gracias a Dios por conservarles la vida y le pedían que no los desamparara. Pizarro fue siempre un hombre devoto: nunca emprendía ningún acto sin invocar la gracia divina, ni olvidaba nunca dar gracias a Dios por los éxitos que alcanzaba. Así lo hizo hasta el fin, y aun en sus últimos momentos trazó con los dedos la cruz que tanto reverenciaba.

Durante siete meses inenarrables, los catorce hombres abandonados esperaron y sufrieron en su solitario arrecife. Tafur llegó sano a Panamá y dio cuenta de que aquellos hombres se habían negado a volver con él. El gobernador De los Ríos se irritó

más todavía y rehusó prestar auxilio a los obstinados náufragos. Pero Luque, recordándole que las órdenes recibidas de la Corona eran que ayudase a Pizarro, indujo por fin al mezquino gobernador a que permitiera enviarles un barco con los marineros apenas suficientes para tripularlo y un pequeño cargamento de provisiones. Pero con el barco se enviaron órdenes terminantes a Pizarro de volver y presentarse en el plazo de seis meses, ocurriera lo que ocurriese. Los que fueron a rescatarlos encontraron a los catorce valientes en la isla de Gorgona, y Pizarro pudo por fin continuar su viaje con unos pocos marineros y un ejército de once. Dos de los catorce estaban tan enfermos que tuvieron que quedarse en la isla al cuidado de indios amigos, y sus camaradas se despidieron de ellos con el corazón apenado.

Pizarro puso rumbo al sur. Pronto rebasaron el punto más lejano al que había llegado europeo alguno —la Punta de Pasado, límite de las exploraciones de Ruiz— y se hallaron de nuevo en mares desconocidos. Tras veinte días de navegación, entraron en el golfo de Guayaquil, en Ecuador, y anclaron en la bahía de Túmbez. Ante ellos vieron una gran ciudad india con casas permanentes. La bahía azul estaba salpicada de balsas con velas indias, y en el fondo lejano se elevaban los gigantescos picos de los Andes —montañas de más de veinte mil pies de altura— cuya primera visión debió de causar en los españoles una impresión que bien podemos imaginar.

Los indios salieron en sus balsas a contemplar a los maravillosos extranjeros, y al verse tratados con la mayor bondad y consideración pronto perdieron el miedo. Los españoles recibieron regalos de pollos, cerdos y baratijas; les trajeron plátanos, maíz, boniatos, piñas, cocos, caza y pescado. Puede asegurarse que aquellos obsequios fueron sumamente apreciados por los rudos exploradores después de tantos meses de hambre. Los indios llevaron también a bordo varias llamas —los cuadrúpedos más característicos y valiosos de América del Sur—. El ameno aunque mal informado historiador que más que ningún otro hombre en los Estados Unidos ha contribuido a propagar una idea interesante pero absolutamente falsa del Perú, dice que la llama es el carnero peruano; pero es tan carnero como la jirafa. La llama es el camello sudamericano —un

verdadero camélido, aunque pequeño—. Es el animal de carga cuyo paso lento y seguro y cuyo robusto lomo han permitido al hombre transitar por un país tan montañoso que en algunos lugares los caballos son inservibles. Además de hacer las veces de acémila, produce fibra textil: de él se extrae el pelo que sirve para tejer las prendas que usa el pueblo. Había otras tres variedades de camélidos: la vicuña, el guanaco y la alpaca, todos pequeños y todos apreciados por su pelo, que para tejidos finos es superior a la lana de los mejores carneros. Los peruanos domesticaron la llama en grandes rebaños e hicieron de ese cuadrúpedo su auxiliar más importante. Eran los únicos aborígenes de ambas Américas que tenían un animal de carga antes de la llegada de los europeos, excepto los apaches de las llanuras y los esquimales, que utilizaban los perros y los trineos[2].

En Túmbez, Alonso de Molina fue enviado a tierra para ver la ciudad. Volvió con informes tan sorprendentes de templos dorados y grandes fortalezas que Pizarro no le dio crédito y envió a Pedro de Candía. Este griego, natural de la isla de Creta, era un personaje importante en el pequeño grupo de españoles. En todas partes se consideraba entonces a los griegos un pueblo versado en el manejo de las armas —todavía en parte misteriosas—, y toda Europa respetaba a los herederos de quienes habían inventado el «fuego griego», ese maravilloso agente que ardía bajo el agua y que hoy nadie sabe fabricar. Los griegos eran generalmente conocidos como «pirotécnicos» y muy solicitados como maestros de artillería.

Pedro de Candía bajó a tierra con su armadura y su arcabuz, causando con ambas cosas el asombro de los habitantes; y cuando puso una tabla como blanco y de un balazo la hizo astillas, quedaron sobrecogidos por aquel extraño ruido y por el resultado. Candía dio informes tan encomiásticos como los de Molina, y los harapientos españoles empezaron a creer que al fin iban a hacerse realidad sus dorados sueños, cobrando con ello nuevo aliento. Pizarro rehusó cortésmente aceptar los regalos de oro, plata y perlas que les ofrecieron los aterrorizados indígenas, y volvió de nuevo la proa al sur, navegando hasta cerca del noveno grado de latitud. Entonces,

considerando que ya había visto lo bastante para justificar su regreso en busca de refuerzos, se dirigió a Panamá. Alonso de Molina y un compañero se quedaron en Túmbez a su petición, por gustarles mucho aquella tierra. En su lugar se llevó Pizarro a dos jóvenes indios para que aprendieran español. Uno de ellos —al que dieron el nombre de Felipillo— desempeñó más tarde un papel importante pero ignominioso. Los navegantes se detuvieron en la isla de Gorgona para recoger a sus dos camaradas que habían quedado enfermos. Uno había muerto, pero el otro se unió de buen grado a sus compañeros. Y así, con sus doce hombres, Pizarro volvió a Panamá después de dieciocho meses de ausencia, habiendo acumulado en ese lapso todos los sufrimientos y todos los horrores de una vida entera.

---

1. El episodio de la línea trazada en la arena de la isla del Gallo es uno de los momentos más célebres de toda la historia de la conquista, y Lummis lo narra con la sobriedad que merece. La escena aparece documentada en las crónicas contemporáneas —Pedro Pizarro, Cieza de León— y aunque algunos detalles del discurso pueden ser reconstruidos a posteriori, el hecho esencial está sólidamente atestiguado. Los trece hombres que cruzaron la línea —más Bartolomé Ruiz, que hacía catorce— pasaron a la historia con el nombre de «los Trece de la Fama» o «los Trece del Gallo». Sus nombres, que Lummis enumera con cuidado, merecen ese registro: sin ellos no hay conquista del Perú. Que Prescott, tan poco dado a admitir la grandeza española, reconociera que en los anales de la caballería no se encuentra nada que lo supere, es la confirmación involuntaria del propio argumento de Lummis.
2. El detalle zootécnico tiene una importancia histórica que va más allá de la corrección del dato. La domesticación de la llama por los pueblos andinos —hace más de cinco mil años— fue el factor que permitió el desarrollo de un sistema de transporte y comunicación a través de los Andes, imposible de otro modo dado el terreno. Los caminos del Tahuantinsuyo —más de cuarenta mil kilómetros de red viaria— solo eran posibles gracias a la llama como animal de carga. La ausencia de animales domésticos de trabajo en el resto del continente —caballos, bueyes, asnos— fue uno de los factores estructurales que más influyó en la diferente trayectoria histórica de las civilizaciones mesoamericanas respecto a las andinas, y en la forma en que ambas respondieron a la llegada de los europeos.

GANANDO TERRENO

Al gobernador De los Ríos no le impresionó el heroísmo de aquel pequeño grupo, y rehusó prestarle auxilio. La situación parecía desesperada; pero el jefe no se amilanó. Decidió ir él mismo a España y dirigirse personalmente al Rey. Esta me parece una de sus empresas más notables. Aquel hombre cuya niñez transcurrió entre cerdos, y que en su edad viril guardó rebaños de hombres rudos y mucho más peligrosos; que nada sabía de libros ni de etiqueta cortesana, presentándose confiada pero modestamente en la deslumbrante y rígida corte de España, mostraba otra faceta de su alto valor. Era como si un deshollinador de Londres fuese mañana a pedir audiencia y mercedes a la reina Victoria.

Pero Pizarro supo salir de aquella, como de todas las otras crisis de su vida, de un modo honroso. Estaba todavía sin ropa y sin un maravedí; pero Luque hizo una colecta para él de mil quinientos ducados, y en la primavera de 1528 Pizarro embarcó para España. Llevó consigo a Pedro de Candía y algunos peruanos, con varias llamas, telas primorosamente tejidas por los indios y algunas joyas y vasijas de oro y plata para corroborar su relato. Llegó a Sevilla

durante el verano, y fue al instante encarcelado por Enciso en virtud de una cruel y vieja ley que durante mucho tiempo prevaleció en todos los países civilizados y que permitía encarcelar por deudas. La historia de sus hechos no tardó en divulgarse, y por orden de la Corona fue puesto en libertad y llamado a la Corte. De pie ante el arrogante Carlos V, el analfabeto soldado contó su historia con tanta modestia, de un modo tan viril y con tal claridad, que el emperador derramó lágrimas al oír el relato de tan horribles sufrimientos y se entusiasmó ante tan heroica entereza.

El rey estaba a punto de embarcarse para Italia en una misión importante; pero, ganado ya su corazón, dejó a Pizarro muy recomendado al Consejo de Indias para que este le ayudara en su empresa. Aquella docta pero grave corporación se movía lentamente, como suelen moverse los hombres que solo han aprendido en libros y con teorías, y la dilación era peligrosa. Por fin la reina intervino en el asunto, y el 26 de julio de 1529 firmó de su propia y regia mano el precioso documento que hizo posible una de las más grandes y brillantes conquistas que registra la historia de la humanidad. América debe mucho a las animosas reinas de España, lo mismo que a sus reyes. Recordamos lo que hizo Isabel por el descubrimiento del Nuevo Mundo, y ahora la esposa de Carlos V contribuyó de un modo igualmente honroso al episodio más interesante de la historia de América.

La capitulación o contrato en que dos personalidades tan diferentes y distantes figuran una al lado de la otra —la primera firmando con letra clara: *Yo la Reina*, y el otro poniendo debajo: *Francisco (X) Pizarro*— fue la base de la fortuna de este último[1]. El hombre que había sido víctima de la mofa y el abandono de espíritus mezquinos que constantemente frustraron su más acariciada esperanza, se había ganado ahora el interés y el apoyo de sus soberanos y obtenido de ellos la promesa de un magnífico galardón; y podemos estar seguros de que un hombre de su temple tenía ese galardón mucho más lejos del pensamiento que la posibilidad de realizar su soñado descubrimiento. Había tenido que atraer auxiliares con el señuelo de doradas esperanzas, y era natural y justo que, tras

cincuenta años de pobreza y privaciones, pensara también en procurarse algo de comodidad y de riqueza. Pero no ha habido ni podrá haber hombre alguno que lleve a cabo, por mera avaricia, las proezas que realizó Pizarro. Semejantes éxitos solo pueden alcanzarlos los grandes espíritus que persiguen los más altos ideales, y ciertamente la principal ambición de Pizarro era conseguir algo más noble y perdurable que el oro.

El contrato con la Corona concedió a Francisco Pizarro el derecho de fundar y establecer un imperio español en el país de Nueva Castilla, que tal fue el nombre dado al Perú. Se le otorgaba permiso «para explorar, conquistar, pacificar y colonizar» las tierras desde Santiago hasta un punto distante doscientas leguas al sur, y de esa vasta y desconocida provincia nueva sería gobernador y capitán general —el más elevado cargo militar—. Se le daban además los títulos de adelantado y alguacil mayor de por vida, con un sueldo anual de 725.000 maravedíes. A Almagro se le nombraba comandante de Túmbez, con una renta anual de 300.000 maravedíes y el rango de hidalgo. El buen padre Luque fue nombrado obispo de Túmbez y protector de los indios, con mil ducados anuales. A Ruiz se le dio el título de gran piloto de los mares del Sur; Candía fue nombrado comandante de artillería, y a los demás que tan bizarramente permanecieron al lado de Pizarro en la isla solitaria se les concedió el título de hidalgos.

A cambio de estas mercedes se exigió a Pizarro la promesa de observar las generosas leyes españolas para el gobierno, la protección y la educación de los indios, y que llevara consigo sacerdotes expresamente para convertir a los naturales al cristianismo[2]. Tenía además que reunir una fuerza de doscientos cincuenta hombres en seis meses y equiparlos bien, contando con un pequeño auxilio de la Corona; y dentro de los seis meses de su llegada a Panamá debía partir con la expedición hacia el Perú. También fue armado caballero de la orden de Santiago, y elevado así de repente a la altiva nobleza de España, se le permitió añadir las armas reales a las de los Pizarros, con otros blasones conmemorativos de sus proezas: una ciudad india, con un barco en

la bahía y el pequeño camélido del Perú. Era este un sorprendente y significativo cúmulo de honores, difícil de comprender para quienes solo estamos habituados a las instituciones republicanas. Borró para siempre la mancilla del nacimiento de Pizarro y le dio un lugar esclarecido. Fue eso tanto más importante por cuanto demostraba que la Corona reconocía así el rango de Pizarro en la conquista de América. Cortés nunca ganó ni recibió tal distinción.

Esta distribución de honores dio pie a serios disgustos. Almagro nunca perdonó a Pizarro su mayor encumbramiento, y le acusó de haber procurado lo mejor para sí de manera egoísta y traicionera. Algunos historiadores se han puesto de parte de Almagro; pero hay fundados motivos para creer que Pizarro actuó con rectitud e integridad. Como él mismo expuso, hizo cuantos esfuerzos pudo para inducir a la Corona a conceder los mismos honores a Almagro; pero la Corona se negó. Mas, aun sin tener en cuenta la palabra de Pizarro, era una medida política muy prudente que la Corona rechazara esa petición. En cualquier lugar, la coexistencia de dos jefes constituye siempre un peligro, y España había tenido en América una experiencia demasiado amarga en ese sentido para dar lugar a su repetición. Estaba dispuesta a conceder todos los honores y a estimular a los brazos; pero debía haber una sola cabeza, y ciertamente cualquiera que se fije en la diferencia mental y moral entre los dos hombres y en lo que fueron sus actos y sus resultados, antes y después de la concesión regia, admitirá que la Corona de España estimó a Almagro en lo que valía y no le dio ciertamente menos. En todo el contrato se transparentan los esfuerzos de Pizarro en favor de su socio —el ingrato y después traidor Almagro—, y eso lo corroboran plenamente la prolongada paciencia y la clemencia de Pizarro para con su vulgar, innoble y cada vez más perverso camarada. No era Pizarro de los hombres a quienes la fortuna trastorna la cabeza. Ni le aplastaba la adversidad, ni —lo que es más raro todavía— le embriagaba el éxito más brillante, en lo cual se elevaba a mayor altura que Napoleón, que era más grande como genio pero menos noble como hombre. Elevado de una abyecta y prolongada pobreza al más alto pináculo de la riqueza y la fama, Pizarro fue siempre el mismo hombre tranquilo, modesto, prudente,

heroico, temeroso de Dios y agradecido a sus beneficios. El éxito solo contribuyó a hacer más vil la naturaleza de Almagro, y su fin fue ignominioso.

Después de firmar su contrato con la Corona, Pizarro sintió el deseo de visitar los lugares donde transcurriera su infancia. Aunque esta fue muy desdichada, sentía una satisfacción muy propia de él en volver a contemplar aquellos parajes. Y el rapaz harapiento que dejara sus cerdos en Trujillo volvió allí siendo un héroe ennoblecido, de cabello cano y fama imperecedera. No creo que fuera allá para alardear ante quienes pudieran recordarle. Eso no era propio del carácter de Pizarro, que nunca dio muestras de vanidad ni de orgullo. Era liberal, modesto, generoso, como el valiente Crook —el más grande y mejor de nuestros conquistadores de los indios—, que nunca estaba más a gusto que cuando andaba entre sus tropas sin que en su uniforme ni en sus maneras se pudiera adivinar que era un mayor general del ejército de los Estados Unidos y no un pobre explorador o cazador. No: lo que llevó a Pizarro a Trujillo fue lo que había en él de hombre, o quizá un rasgo del niño que siempre queda en los grandes corazones. Por supuesto, el pueblo se regocijó honrando al héroe de aquel cuento fantástico que tal parece la historia de sus hechos. Pero sin duda el bizarro general se alegraba de escapar algunas veces de las visitas para ir a recorrer las lomas donde había guardado cerdos muchos años antes, y a contemplar los mismos árboles y riachuelos, y tal vez a otro muchacho harapiento e ignorante pastoreando ruidosos puercos. Bien pudo haberse pellizcado para cerciorarse de que realmente estaba despierto; de que aquel rapaz que veía allá a lo lejos no era él, Francisco Pizarro, vestido de harapos en medio de sus cerdos, y de que aquel caballero canoso, afamado, que tanto había viajado y tantos honores había recibido, no era un sueño, como tampoco los años transcurridos. Y era él hombre capaz, sintiéndose despierto, de ir a sentarse sobre el césped junto al desharrapado porquerizo y decirle bondadosamente: «¿Cómo vamos, amigo?». Y cuando el asombrado y asustado mozuelo balbuceara o tratara de huir del primer gran personaje que le había dirigido la palabra, Pizarro le hablaría con tanto cariño y le contaría cosas tan maravillosas que el

pobre rapaz le miraría con esa adoración al héroe que es uno de los más puros y más alentadores impulsos de nuestra naturaleza, pensando si podría él llegar a ser algún día un personaje como aquel arrogante caballero que tranquilamente le había dicho: «Sí, hijo mío; yo también guardé puercos en este sitio». Cuanto más lo pienso —por lo que sabemos de Pizarro—, más seguro estoy de que realmente fue a visitar los antiguos pastos y los cerdos y los ignorantes porqueros, y de que habló con ellos de modo sencillo y afable, y de que les impresionaría de tal modo que resolvieron hacer algo mejor de lo que estaban haciendo.

Pero el interés que en todas partes despertaba Pizarro no trajo reclutas a su bandera tan aprisa como él deseaba. Muchos preferían admirar al héroe que llegar a ser héroes a costa de semejantes padecimientos. Entre los que le siguieron estaban sus hermanos Hernando, Gonzalo y Juan, que habrían de figurar de modo prominente en el Nuevo Mundo, si bien hasta entonces sus nombres nunca se habían oído. Hernando, el mayor de los cuatro, era el único hijo legítimo y recibió mucho mejor educación. Pero era también el peor, y como no tenía los principios estrictos de Francisco, terminó de un modo lamentable. Juan era una figura simpática que se distinguió por su carácter varonil y su valor; murió prematuramente. Gonzalo era un verdadero caballero andante —intrépido, liberal y caballeroso—, y llegó a ser tan querido en el Nuevo Mundo por los soldados que le seguían como por los indios que conquistaba. Hizo una de las marchas más increíbles de que hay memoria, y probablemente habría adquirido gran fama de no haber sido porque la muerte de su hermano y guía Francisco lo dejó en manos de malos consejeros como el pícaro Carvajal, quienes llevándole por mal camino le empujaron a su ruina. Pero, si bien los hermanos no eran malvados, ni cobardes, ni necios, ninguno podía compararse con Francisco. Este era uno de esos raros ejemplares que se encuentran dispersos y muy distanciados por el camino del mundo. Poseía no solo las cualidades de los héroes —que, por fortuna, son bastante comunes—, sino también la intuición y la certera finalidad del genio. Con menos perspicacia que Napoleón, por ser menos instruido, pero tan grande como él en su decisión, y más grande que

él por sus principios, fue uno de los hombres más insignes de todas las épocas.

Pero, volviendo a nuestro relato, pasaron los seis meses y todavía le faltaba completar los doscientos cincuenta voluntarios que necesitaba. El Consejo estaba a punto de pasar revista al contingente; pero Pizarro, por temor de que, ateniéndose estrictamente a la letra de la ley, pudiera este impedirle la consumación de sus grandes planes simplemente por la falta de unos pocos hombres, y desesperado ante la perspectiva de una nueva demora, no quiso aguardar el permiso oficial para zarpar, sino que soltó amarras y se hizo a la mar secretamente en enero de 1530. No fue aquella determinación del todo correcta; pero estaba convencido de que se arriesgaba mucho por un mero tecnicismo y de que él cumplía con el espíritu de la ley aunque no con su letra. Es evidente que la Corona lo entendió así también, puesto que ni lo mandó a buscar ni le impuso castigo alguno. Tras un viaje penoso llegó sano a Santa Marta. Allí sus nuevos soldados se asustaron al saber que iban a encontrar grandes serpientes y caimanes, y un buen número de los más pusilánimes desertó. También Almagro armó alboroto, diciendo que Pizarro le había arrebatado los honores que le correspondían; pero Luque y Espinosa apaciguaron a los revoltosos, ayudados por el espíritu generoso de Pizarro. Este convino en nombrar a Almagro adelantado y en pedir a la Corona que confirmara el nombramiento. También prometió mirar por él antes que por sus propios hermanos.

Al comenzar enero de 1531, Francisco Pizarro salió de Panamá en su tercer y último viaje hacia el sur. Tenía en sus tres barcos ciento ochenta hombres y veintisiete caballos. No era, en verdad, un ejército imponente para explorar y conquistar un gran país; pero fue todo lo que pudo reunir, y Pizarro estaba resuelto a hacer la prueba. Llevó a cabo la verdadera conquista del Perú con un puñado de rudos héroes; pero de todos modos lo habría intentado, y es muy posible que hubiera salido airoso de la ardua empresa aun con no más de cincuenta soldados, porque, después de todo, fue él quien conquistó el Perú, más que sus ciento ochenta hombres. Almagro quedó otra vez en Panamá tratando de reclutar voluntarios.

Pizarro intentaba navegar directamente a Túmbez y efectuar allí el desembarco; pero las tormentas hicieron retroceder los frágiles barcos y se vio obligado a cambiar de plan. Después de trece días de navegación, desembarcó en la bahía de San Mateo y condujo a sus hombres por tierra mientras los barcos iban costeando hacia el sur. Fue aquella una marcha sumamente difícil por una costa tan inhóspita, y los hombres apenas podían avanzar dando tumbos. Pero Pizarro les servía de guía y los alentaba con palabras y con su ejemplo. Como en otras ocasiones y en todas partes, tenía esta vez que llevar a su gente. Sin duda tenían tan buenas piernas como él —aunque debió de ser Pizarro de constitución muy robusta—; pero hay un músculo mental más duro y más resistente que ha sostenido a muchos cuerpos vacilantes: el músculo del arrojo. Y el arrojo de Pizarro no ha sido superado en el mundo. Casi puede decirse que tenía que llevar a su ejército a cuestas.

Aunque la región era selvática, tenía riqueza mineral. Según dice Pedro Pizarro —historiador del siglo XVI y pariente de Francisco—, este recogió doscientos mil «castellanos» de oro, que envió a Panamá en sus barcos para que hablasen por él. Era la clase de argumento que los rudos aventureros del istmo podían entender, y él confiaba en que su lógica dorada le atrajera voluntarios. Pero mientras los barcos realizaban esa importante misión, el pequeño ejército sufría lo indecible caminando penosamente por la costa. Las arenas movedizas, el calor tropical y el peso de las armas y la armadura eran casi insoportables. Estalló una extraña y horrible peste, y muchos perecieron. El país se fue haciendo cada vez más inhabitable, y aquellos pacientes soldados perdieron de nuevo toda esperanza. En Puerto Viejo se les juntaron treinta hombres al mando de Sebastián de Belalcázar, que después habría de distinguirse persiguiendo aquella áurea mariposa que tantos persiguieron hasta morir y nadie llegó a alcanzar: el mito del Dorado. Avanzando siempre, Pizarro cruzó por fin a la isla de Puná para dar descanso a sus desgarbados hombres y prepararlos para la conquista. Los indios de la isla intentaron traicionarlos, y cuando sus cabecillas fueron presos y castigados, todo el enjambre de naturales cayó ferozmente sobre el campamento español. Fue una lucha muy desigual; pero al

fin el valor y la disciplina pudieron más que la fuerza bruta, y los indios fueron derrotados. Muchos españoles quedaron heridos, entre ellos Hernando Pizarro, que recibió en una pierna una herida de venablo de difícil pronóstico. Pero los indios no les daban tregua y los hostigaban constantemente, apoderándose de los que se rezagaban y teniendo el campamento en continua alarma. Llegó entonces, oportunamente, un refuerzo de cien hombres con algunos caballos al mando de Hernando de Soto —el heroico pero infortunado jefe que más tarde exploró el Mississippi—.

Con este refuerzo, Pizarro cruzó de nuevo al continente sobre unas balsas. Los indios le disputaron el paso, mataron a tres hombres en una de las balsas y soltaron otra, apresando a los soldados que en ella iban. Hernando Pizarro había desembarcado ya, y aunque se interponía un peligroso lodazal, espoleó su caballo, que lo atravesó hundiéndose hasta los ijares, y seguido de unos pocos compañeros rescató a los prisioneros que estaban en peligro.

Al entrar en Túmbez, los españoles hallaron aquella hermosa población desguarnecida y desierta. Alonso de Molina y su compañero habían desaparecido, y nunca se supo la suerte que corrieron. Pizarro dejó allí una pequeña fuerza, y en mayo de 1532 marchó tierra adentro, enviando a Soto con un pequeño destacamento a explorar la base de los gigantescos Andes. Desde su primer desembarco, Pizarro impuso la más estricta disciplina. Sus soldados debían dar buen trato a los indios so pena de los más severos castigos[3]. No debían ni siquiera entrar en un hogar indio, y si se atrevían a desobedecer esa orden eran rigurosamente castigados. Este régimen liberal y bondadoso para con los indios lo adoptó Pizarro desde el principio y lo mantuvo con firmeza.

Después de emplear tres o cuatro semanas en exploraciones, Pizarro escogió un sitio en el valle de Tangarará y fundó allí la ciudad de San Miguel. Construyó una iglesia, un almacén, una sala de justicia, un fuerte y varias viviendas, y organizó un gobierno. El oro que había recogido lo envió a Panamá, y esperó varias semanas a que llegaran voluntarios. Pero no llegó ninguno, y era evidente que tenía que abandonar la conquista del Perú o emprenderla con el

puñado de hombres que le seguían. No le costó a Pizarro mucho tiempo decidirse. Dejando cincuenta soldados al mando de Antonio Navarro para guarnecer San Miguel, y dictando rigurosas leyes para la protección de los indios, Pizarro marchó el 24 de septiembre de 1532 al interior de aquel vasto y desconocido país.

---

1. Las Capitulaciones de Toledo, firmadas el 26 de julio de 1529, son uno de los documentos más reveladores del sistema colonial español. La reina que firma —Isabel de Portugal, esposa de Carlos V— actúa durante la ausencia del emperador en calidad de regente, y su intervención fue decisiva para desbloquear un proceso que el Consejo de Indias dilataba. El sistema de capitulaciones —contratos entre la Corona y los conquistadores que establecían derechos, obligaciones y límites del avance— fue el mecanismo jurídico específicamente español a través del cual se intentó regular la expansión americana. El nombre del conquistador, analfabeto, certificado con una sencilla cruz, frente a la firma regia en letra clara, condensa en un solo documento toda la distancia social que Pizarro había salvado con su empresa y todo el orden que España pretendía imponer sobre una empresa de naturaleza esencialmente caótica.
2. La cláusula es significativa y Lummis pasa sobre ella con discreción. El contrato con la Corona no era solo una concesión de derechos sobre territorios desconocidos: imponía obligaciones precisas de evangelización y protección de los indígenas como condición de la empresa. Cada capitulación reproducía este esquema, convirtiendo la conquista en un acto formalmente sujeto al derecho y a la moral cristiana, aunque la distancia entre el texto legal y la práctica fuera a menudo enorme. Lo notable del sistema español, en el contexto europeo del siglo XVI, era precisamente que esa distancia generaba debate público, procesos judiciales y legislación correctora —mientras que ninguna otra potencia colonial de la época se planteaba siquiera la cuestión—.
3. El detalle no es retórico. Pedro Pizarro, cronista y testigo presencial, documenta varios episodios en los que Francisco Pizarro ordenó castigar a soldados que habían robado o maltratado a indígenas. Esta política era a la vez moral y estratégica: Pizarro entendía que la conquista del Perú dependía de convertir en aliados a las poblaciones locales resentidas contra el dominio inca, y el buen trato era el instrumento. El mismo principio que había usado Cortés en México —explotar las divisiones internas del poder indígena— requería una disciplina que no todos los conquistadores estaban dispuestos a mantener.

EL PERÚ TAL COMO ERA

Ahora que hemos seguido a Pizarro hasta el Perú; ahora que va a conquistar la tierra maravillosa que tan incomparables contratiempos y sufrimientos le costó encontrar, debemos detenernos un momento para describir cómo era aquel país. Esto es tanto más necesario cuanto que se han divulgado por el mundo relatos tan falsos y disparatados acerca del «Imperio del Perú» y del «Reino de los Incas» y otras patrañas por el estilo. Para comprender lo que fue la conquista tenemos que saber primero qué había que conquistar, y para ello es necesario esbozar en pocas palabras la imagen del Perú tal como nos la han dado, con su autoridad, algunos historiadores grotescamente equivocados, y decir después cómo era el Perú en realidad, según ha demostrado la investigación moderna.

Se nos ha contado que el Perú era un gran imperio, rico, populoso y civilizado, gobernado por una larga serie de reyes llamados incas; que tenía dinastías y nobleza, trono y corona y corte; que sus reyes conquistaban vastos territorios y civilizaban a los vecinos salvajes que subyugaban por medio de sabias leyes, escuelas y otros instrumentos de política; que tenían caminos militares mucho

mejores que los construidos por los romanos —de mil millas de longitud, con prodigioso pavimento y varios puentes—; que aquella portentosa raza creía en un Ser Supremo; que el rey y todos los que llevaban sangre real en las venas eran inconmensurablemente superiores al común del pueblo, pero que eran bondadosos, justos, paternales e ilustrados; que había regios palacios por todas partes; que tenían canales de cuatrocientas o quinientas millas de largo, y ferias regionales y representaciones teatrales de tragedias y comedias; que tallaban esmeraldas con herramientas de bronce, arte hoy desconocido; que el gobierno realizaba censos y educaba a las masas; y que, así como la política de los aborígenes de México era la política del odio, la de los reyes incas era una política de amor y de suavidad. Sobre todo, se nos ha hablado mucho del largo linaje de monarcas incas, la familia real cuyo último rey, Huayna Cápac, murió poco antes de la llegada de los españoles. Se le presentaba repartiendo el trono entre sus hijos Atahualpa y Huáscar, quienes pronto se enfrentaron y libraron una cruel guerra fratricida con ejércitos y otros procedimientos propios de pueblos civilizados. Entonces, se nos dice, llegó Pizarro y se aprovechó de esa guerra intestina; azuzó a un hermano contra el otro, y así pudo por fin conquistar el imperio.

Todo esto, junto a otras mil cosas igualmente ridículas, inexactas e imposibles, forma parte de uno de los romances históricos más fascinadores pero más erróneos que se hayan escrito. Nunca habría salido de pluma alguna si entonces se hubiera conocido la hermosa y exacta ciencia de la etnología. Esa imagen del Perú que por tanto tiempo ha prevalecido se basaba en la más supina ignorancia de aquel país y, sobre todo, de los indios en general. Porque hay que recordar que aquellos sorprendentes seres, cuyo imaginado gobierno deja pequeña a cualquier nación civilizada y moderna, no eran más que indios. No quiero decir con esto que los indios no sean hombres con todas las emociones, sentimientos y derechos de los hombres —derechos que ojalá hubiéramos protegido nosotros con tan honroso cuidado como lo hizo España—. Pero los indios del norte y del sur de América se parecen mucho en su organización social, religiosa y política, y son muy distintos de nosotros. Los peruanos ciertamente

estaban algo más adelantados que cualesquiera otros indios de América; pero de todos modos eran indios. No tenían una idea cabal de un Ser Supremo, sino que adoraban una deslumbrante multitud de dioses e ídolos. No tenían rey, ni trono, ni dinastía, ni sangre real, ni nada que fuera regio. Todas estas cosas eran aún más imposibles entre los indios de lo que serían hoy en nuestra propia república. No había, ni podía haber, siquiera una nación. La vida de los indios es esencialmente tribal[1]. No solo no puede haber un rey entre ellos, ni nada que se le parezca, sino que ni siquiera conocen lo que es la herencia, salvo como algo de lo que conviene precaverse. El jefe —y ni siquiera reconocen un jefe supremo— no puede transmitir su autoridad a su hijo ni a ningún otro individuo. El sucesor lo elige el consejo de los encargados de ello. Donde no hay reyes no puede haber palacios, y no los había en el Perú. En cuanto a ferias, escuelas y otras cosas por el estilo, son tan inexactas como imposibles. No había corte, ni corona, ni nobleza, ni censos, ni teatros, ni nada que indicara remotamente que algo de todo eso hubiera existido; y en cuanto a los incas, no eran reyes ni siquiera gobernantes, sino simplemente una tribu india. Eran los únicos de esta raza en ambas Américas que sabían fundir metales, lo cual les permitía hacer toscos adornos e imágenes de oro y plata[2]; de ahí que su país fuera el más rico del Nuevo Mundo y que en verdad exhibieran un notable aunque bárbaro esplendor. Los templos de sus ciegos dioses resplandecían con adornos de oro, y los indios se engalanaban con profusión de metales preciosos —como nuestros navajos y pueblo de Nuevo México y Arizona llevan todavía hoy libras y más libras de adornos de plata—. También fabricaban herramientas de bronce, algunas de muy buen temple; pero eso no era un arte sino un accidente. Nunca se hallaban dos de sus utensilios con la misma aleación: el artesano indio lo hacía a la buena de Dios, y por cada herramienta que le salía bien por casualidad, tenía que desechar muchas por defectuosas.

Los incas eran una de las tribus peruanas —débiles al principio y muy hostigadas por sus vecinos—. Al fin, expulsados de sus antiguos territorios, dieron con un valle que era una fortaleza natural. Allí

construyeron la ciudad de Cuzco —pues construían ciudades igual que nuestros indios pueblo, solo que las suyas eran mejores—. Entonces, cuando hubieron fortificado los dos o tres pasos por donde únicamente podía llegarse a aquella hondonada de los Andes, se consideraron seguros. Sus vecinos ya no podían penetrar allí para matarlos y robarlos. Con el tiempo llegaron a ser numerosos y confiados, y como todos los demás indios —y algunos blancos—, entonces empezaron a salir a matar y robar a sus vecinos. En esto se daban muy buena maña, porque tenían un lugar seguro adonde retirarse y, sobre todo, porque sus pequeños camélidos podían transportarles víveres para permanecer algún tiempo fuera de su escondrijo. Habían domesticado la llama —cosa que no había hecho ninguna de las tribus vecinas, excepto los aimaras—, y esto dio a los incas una enorme ventaja. Podían salir de su seguro valle en gran número, con provisiones para un mes o más, y sorprender alguna aldea. Si eran batidos, se escondían por las montañas, viviendo de las municiones de su recua y hostigando y atacando constantemente a los aldeanos hasta aburrirlos. Vemos, pues, el gran servicio que el pequeño camélido prestó a los incas. Les permitió hacer la guerra de un modo que hasta entonces no habían practicado los otros indios de América. Con esta ventaja y de este modo, aquella tribu guerrera había llevado a cabo lo que podríamos llamar una «conquista» sobre una extensa comarca. Las otras tribus vieron que les convenía más ceder y pagar a los incas para que las dejaran tranquilas. Estos construyeron almacenes en cada uno de esos lugares y pusieron un oficial en todos ellos para la cobranza del tributo impuesto a la tribu conquistada. Aquellas tribus nunca se mezclaron. No podían entrar en Cuzco, y los incas no iban a vivir entre ellas. No constituían, pues, una nación, sino un conglomerado de tribus indias sujetas por el miedo a una tribu más fuerte.

La organización de los incas era, en términos generales, igual a la de cualquier otra tribu india. El oficial más preeminente en semejante tribu era naturalmente el que tenía a su cargo la dirección de los combates, es decir, el jefe de los guerreros. Era quien mandaba en la guerra; pero en los demás ramos del gobierno distaba de ser el único o el más encumbrado. Y eso es sencillamente

lo que fueron Huayna Cápac y todos esos fabulosos reyes incas: capitanes guerreros con la misma influencia que tienen varios capitanes de guerra indios que conozco personalmente en Nuevo México.

Los hijos de Huayna Cápac eran también capitanes guerreros indios, y nada más; con la particularidad de que eran jefes guerreros de tribus distintas, rivales y enemigas. Atahualpa bajó desde Quito con sus guerreros indios, libró varios combates e hizo finalmente prisionero a Huáscar, a quien encerró en el fuerte indio de Jauja.

Así estaban las cosas cuando Pizarro se adentró en el país. Y para que el lector no se confunda ante la afirmación de que los historiadores españoles explicaban de modos distintos la situación del Perú, conviene hacer otra aclaración. Los cronistas españoles ni decían más mentiras ni cometían más errores que nuestros propios exploradores que vinieron más tarde y escribieron con seriedad acerca del rey indio Philip, del rey indio Powhatan y de la princesa india Pocahontas. La etnología era entonces una ciencia desconocida. Ninguno de aquellos viejos escritores comprendía la organización característica de los indios[3]. Veían a un hombre ignorante, desnudo, supersticioso, que mandaba a sus ignorantes seguidores y era persona de autoridad, y le llamaron «rey» porque no sabían qué otro nombre darle. Lo mismo hicieron los españoles. En aquella época el mundo no disponía más que de un pequeño patrón para medir los gobiernos y las organizaciones, y por muy ridículas que nos parezcan sus mediciones, no era entonces posible medir mejor. Las equivocaciones de los cronistas españoles eran tan sinceras y tan fruto de la ignorancia como las en que incurriera Prescott tres siglos después, y en realidad no eran tan absurdas.

El Perú, sin embargo, era un país muy prodigioso para haber sido formado por simples indios desprovistos incluso de una organización o un espíritu nacional —que es el primer requisito para formar nación—. Sus «ciudades» eran importantes, y en su construcción se apreciaba bastante pericia; las granjas eran mejores que las de nuestros pueblo porque allí eran indígenas la patata y otras plantas alimenticias entonces desconocidas en nuestra región del suroeste, y

estaban regadas por el mismo sistema de irrigación común a todas las tribus sedentarias. Eran los únicos indios que se dedicaban al pastoreo, y sus grandes rebaños de llamas eran un importante manantial de riqueza; mientras que los tejidos de lana de camélido que ellos mismos fabricaban no desdeñaban usarlos las más empingorotadas damas españolas. Y sobre todo, sus toscos hornos de fundición les permitían exhibir cierta pompa deslumbrante, inesperada entre indios americanos; en verdad nos causaría sorpresa entrar en las iglesias de cualquier ciudad del mundo y hallarlas tan resplandecientes de placas, imágenes y relieves de oro como eran algunos de sus bárbaros templos. No puede afirmarse que nunca practicaran sacrificios humanos; pero esos horribles ritos eran raros y no podían compararse con los horrores que a diario se consumaban en México. En los sacrificios ordinarios, la víctima era la llama.

Hacia la fortaleza de esa extraordinaria tribu india se dirigía Pizarro al frente de su escasa tropa.

1. La tesis central de este capítulo —que el Tahuantinsuyo no era un imperio en ningún sentido comparable al europeo— fue rompedora en 1893 y en parte resistió el paso del tiempo. La arqueología y la etnohistoria posteriores han ofrecido una imagen más compleja: el Estado inca era sin duda de naturaleza distinta al Estado europeo, pero la extensión de su red vial, la redistribución centralizada de recursos a través de los *tampus* y los *qollqas*, y la organización de la mita revelan formas de control territorial y de integración de poblaciones diversas que van más allá del simple conglomerado de tribus subyugadas por el miedo. Lummis corrige un error romántico con un reduccionismo legítimo en sus intenciones pero excesivo en sus conclusiones.

2. La afirmación requiere matiz. La metalurgia andina —especialmente en el Perú y en la actual Colombia— era en realidad una de las tradiciones técnicas más sofisticadas del mundo prehispánico, con siglos de desarrollo en técnicas de aleación, laminado, repujado y soldado que no son equiparables a la simple fundición que describe Lummis. Las piezas del Museo del Oro de Bogotá o del Larco de Lima revelan un dominio técnico muy superior a lo que el término «tosco» sugiere. Lummis, conocedor profundo del suroeste pero no del Perú, reproduce aquí la misma limitación que denuncia en los cronistas: juzga lo desconocido con el patrón de lo conocido.

3. La observación metodológica de Lummis es genuinamente avanzada para 1893. La etnología como disciplina científica era apenas una generación mayor que el libro: Lewis Henry Morgan había publicado su *Ancient Society* —el primer estudio sistemático de la organización social de los pueblos indígenas americanos— en 1877. Bandelier, el gran aliado intelectual de Lummis, fue precisamente el primer investigador en aplicar esa metodología al estudio de los pueblos del suroeste y, por extensión, a la revisión crítica de las crónicas sobre el Perú. El argumento de que los cronistas españoles del siglo XVI no eran más ignorantes sobre la naturaleza del poder indio que Prescott en el siglo XIX es, historiográficamente, del todo correcto.

LA CONQUISTA DEL PERÚ

Positivamente ningún ejército salió jamás a luchar con desventajas tan desproporcionadas. Contra innumerables miles de peruanos, Pizarro tenía ciento sesenta y siete hombres. De estos, solo sesenta y siete iban montados. En toda la fuerza no había más que tres cañones, y solo veinte hombres tenían ballestas; todos los demás iban armados de espadas, dagas y lanzas [1]. ¡Linda hueste, en verdad, para conquistar lo que era un imperio en extensión, aunque no en organización!

A los cinco días de marcha desde San Miguel, Pizarro hizo alto para descansar. Allí notó señales de descontento entre su gente, y adoptó un remedio característico de su genio. Haciendo formar a sus hombres, les habló en términos amistosos. Les dijo que deseaba que San Miguel estuviese mejor defendido, pues era muy pequeña la guarnición que allí había quedado. Si algunos de los presentes preferían no seguir adelante ni afrontar los peligros desconocidos que hallarían tierra adentro, quedaban en libertad de retroceder para reforzar la guarnición de San Miguel, donde tendrían derecho a las

mismas mercedes de tierra que los otros, además de participar en los beneficios de la conquista.

Fue una medida audaz y, sin embargo, prudente. Cuatro infantes y cinco jinetes dijeron que se volverían a San Miguel; y, en efecto, se volvieron, mientras que los ciento sesenta y ocho leales restantes siguieron adelante, prometiendo de nuevo seguir a su intrépido jefe hasta el fin.

Soto, que había estado explorando durante ocho días, volvió entonces acompañado de un mensajero enviado por el capitán guerrero indio Atahualpa. El indio traía presentes e invitó a los españoles a visitar a Atahualpa, que estaba acampado con sus fuerzas en Cajamarca. Felipillo, el joven indio de Túmbez que había ido a España con Pizarro para aprender español, prestó ahora útil servicio como intérprete, y por su mediación pudieron los españoles conversar con los incas. Pizarro trató al mensajero con su acostumbrada afabilidad y lo despidió con regalos, marchando después montaña arriba en dirección a Cajamarca. Uno de los indios declaró que Atahualpa trataba simplemente de atraer a los españoles a su fortaleza para destruirlos sin tomarse el trabajo de salir a su encuentro —lo cual era verdad—, y otro afirmó que el jefe inca tenía bajo su mando una fuerza que no bajaba de cincuenta mil hombres. Pero sin arredrarse, Pizarro envió un indio delante a hacer un reconocimiento y siguió marchando por los temibles pasos de la cordillera, alentando a sus hombres con una de sus características arengas:

«Tened todos ánimo y valor para hacer lo que espero de vosotros y lo que deben hacer todos los buenos españoles, y no os alarméis por la multitud que dicen tiene el enemigo ni por el número reducido en que estamos los cristianos. Que aunque fuésemos menos y el ejército contrario fuese más numeroso, la ayuda de Dios es mayor todavía; y en la hora de la necesidad Él ayuda y favorece a los suyos, para desconcertar y humillar el orgullo de los infieles y atraerles al conocimiento de nuestra Santa Fe».

Al oír este animoso discurso, los hombres gritaron que le seguirían adondequiera que les llevase. Pizarro se puso al frente con cuarenta jinetes y sesenta infantes, dejando a su hermano Hernando que

hiciera alto con los hombres restantes hasta nueva orden. No era juego de niños trepar por aquellos terribles pasos. Los jinetes tuvieron que desmontar, y aun así apenas podían llevar sus caballos por aquellas alturas. Los angostos senderos serpenteaban por debajo de salientes peñascos y bordeaban sombrías quebradas —estrechas hendiduras de miles de pies de profundidad, en que el saliente que formaba la roca tenía apenas anchura suficiente para arrastrarse por él—. Dominaban el paso dos imponentes fuertes de piedra; pero afortunadamente estaban abandonados. De haberlos ocupado el enemigo, los españoles habrían estado perdidos; pero Atahualpa quiso dejarles entrar en su trampa, confiado en que una vez dentro los aplastaría sin dificultad. Cuando los españoles llegaron a lo alto del paso, mandaron a buscar a Hernando, que subió con su gente. Llegó entonces un mensajero de Atahualpa con regalo de llamas, y casi al mismo tiempo volvió el espía indio que había enviado Pizarro, reiterando que Atahualpa intentaba traicionarlos. El mensajero peruano explicó de modo plausible los movimientos sospechosos que el espía había referido. Su explicación distaba de ser satisfactoria; pero Pizarro era demasiado astuto para mostrar su desconfianza. Solo podían salvarse aparentando tranquilidad.

Los españoles sufrieron mucho frío al cruzar aquella empinada sierra, y hasta el propio descenso por la vertiente oriental de la cordillera les resultó sumamente penoso. Al séptimo día llegaron a la vista de Cajamarca, situada en su hermoso valle ovalado —una hondonada de gran extensión—. A lo lejos y a un costado estaba el campamento del jefe guerrero inca y de su ejército, que cubría una vasta superficie. El 15 de noviembre de 1532 los españoles entraron en la ciudad. La hallaron completamente desierta, lo cual era de muy mal agüero. Pizarro hizo alto en la gran plaza cuadrada o comunal, y envió a Soto y a Hernando Pizarro con treinta y cinco jinetes al campamento de Atahualpa para pedirle una entrevista. Hallaron al jefe inca rodeado de una pompa que los dejó atónitos, y no menos los impresionó el número abrumador de guerreros que vieron en el campamento. A su solicitud contestó Atahualpa que aquel día estaba guardando ayuno por ser día sagrado —lo cual era ya de por sí

sospechoso—; pero que al día siguiente visitaría a los españoles en la ciudad. «Ocupad las casas de la plaza —les dijo— y no entréis en ninguna otra. Aquellas son para uso de todos. Cuando yo vaya, daré órdenes acerca de lo que hay que hacer».

Los peruanos, que nunca habían visto un caballo, quedaron atónitos al contemplar a aquellos extranjeros montados, y aún más se asombraron cuando Soto —que era un gran jinete— mostró su habilidad con algunas suertes, no por vana exhibición, sino porque era de mucha importancia causar impresión en aquella multitud innumerable de bárbaros con las peligrosas habilidades de los extranjeros.

Los acontecimientos del día siguiente merecen especial mención, puesto que ellos y sus consecuencias directas han dado pie a la injusta imputación de crueldad que se ha hecho a Pizarro. Los hechos reales le justifican plenamente.

En la mañana del 16 de noviembre, después de una noche de gran ansiedad, los españoles se levantaron al despuntar el alba. Entonces vieron claramente que habían caído en la trampa, y que había una probabilidad contra cien de que pudieran salir de allí. Su espía indio había sido veraz en sus avisos. Allí estaban, acorralados en la ciudad, ciento setenta y ocho hombres, y a poca distancia había innumerables miles de indios. Pero, lo que era peor todavía, vieron que les habían cortado la retirada, pues durante la noche Atahualpa había situado una gran fuerza entre ellos y el paso por donde habían entrado. Se hallaban, pues, en una situación enteramente desesperada: solo un milagro podía salvarlos. Pero el milagro estaba a mano: era Pizarro.

Por una de las sabias disposiciones de la naturaleza, las mentes mejor pertrechadas piensan mejor y más rápidamente cuando más necesitan pensar a prisa y bien. En el momento supremo todos los pensamientos que se amontonan y confunden en el cerebro excitado parecen apartarse de repente para dejar un claro por donde un gran pensamiento puede saltar, como el corredor que llega a la meta, o como el rayo que hiende el aire calmo mientras su fuego se precipita abriéndose camino. Los espíritus más inteligentes tienen a veces ese relámpago mental, y cuando puede confiarse en que ha de aparecer

e iluminar al instante las crisis más oscuras, es la intuición del genio. Eso es precisamente lo que hizo de Napoleón todo un Napoleón, y de Pizarro todo un Pizarro.

Había que formular con maravillosa rapidez un pensamiento que fuera casi sobrehumano. ¿Cómo podían vencerse aquellas terribles desventajas? Y he aquí que Pizarro lo encontró. No sabía, como sabemos nosotros hoy, las razones supersticiosas que hacían que los indios reverenciaran tanto a Atahualpa; pero sí sabía que existía esa influencia. Algo de lo que Pizarro era para los españoles, era para los peruanos su capitán guerrero: no solo era su jefe militar, sino que literalmente era «en sí toda una hueste». Pues bien: si podía hacer prisionero a aquel cacique traidor, esto reduciría enormemente sus desventajas; en realidad equivaldría de un modo incruento a privar al enemigo de varios miles de hombres. Además, Atahualpa quedaría como rehén para responder de la paz de su tribu. Y como único medio de salvación, Pizarro resolvió apresar al cacique.

Se puso inmediatamente a preparar ese brillante golpe estratégico. La caballería, dividida en dos grupos al mando de Hernando de Soto y Hernando Pizarro, se ocultó en dos espaciosos zaguanes que daban a la plaza. En un tercer zaguán se colocó la infantería, y Pizarro, con veinte hombres, ocupó una posición en otro punto ventajoso. Pedro de Candía, con la artillería —los pequeños falconetes—, se había situado en lo alto de un fuerte edificio. Pizarro dirigió entonces a sus soldados una fervorosa arenga, y después de una oración a Dios para que los amparara y librara de todo mal, la pequeña fuerza esperó al enemigo.

Casi había transcurrido el día cuando Atahualpa entró en la ciudad sentado en una silla de oro que llevaban en hombros sus servidores. Había prometido hacerles una visita amistosa e ir desarmado; pero era de notar que aquella visita amistosa la hacía acompañado de un séquito de varios miles de atléticos guerreros. Ostensiblemente iban desarmados; pero debajo de sus mantos llevaban ocultos arcos, machetes y mazas. Atahualpa no pudo resistir la curiosidad, aunque antes se había mostrado indiferente. Aquella nueva clase de hombres era demasiado interesante para exterminarlos al instante. Quería verlos más de cerca, y así fue a su encuentro; pero con la

confianza altanera de un niño cruel ante una mosca. La observaría un rato aletear y zumbar, y cuando se cansara no tenía más que extender el pulgar y aplastarla contra el cristal de la ventana. Pero Atahualpa no contaba con la huéspeda. Ciento setenta cuerpos españoles podían ser fácilmente aplastados; pero no cuando los animaba un espíritu como el de su jefe.

Aun en aquel instante estaba Pizarro dispuesto a intentar procedimientos pacíficos. El bueno de fray Vicente de Valverde, capellán del pequeño ejército, se adelantó a recibir a Atahualpa. Hacían un raro contraste el modesto misionero con su hábito gris y su manoseada Biblia en la mano, frente al astuto indio sentado en su trono de oro, cubierto de adornos del mismo metal y con un collar de esmeraldas. El padre Valverde le dirigió la palabra. Le dijo que venían como servidores de un poderoso rey y del verdadero Dios. Venían como amigos, y todo lo que pedían era que el cacique abandonara sus ídolos y adorara a Dios, y aceptara al rey de España como aliado suyo y no como soberano[2].

Atahualpa, después de examinar curiosamente la Biblia —pues naturalmente no había visto antes libro alguno—, la dejó caer y respondió al misionero con brevedad y casi con insolencia. Las exhortaciones del padre Valverde solo contribuyeron a irritar al indio, y sus palabras y su gesto se volvieron más amenazantes. Atahualpa mostró el deseo de ver la espada de uno de los españoles, y este se la mostró. Entonces quiso desenvainarla él mismo; pero el soldado, con mucha prudencia, se lo impidió. El padre Valverde no recomendó entonces una matanza, como se le ha imputado; simplemente informó a Pizarro del fracaso de sus esfuerzos conciliatorios. Había llegado el momento. Atahualpa podía dar el golpe en cualquier instante, y si él era el primero en darlo, no había esperanza alguna para los españoles. Su única salvación estaba en adelantársele y coger por sorpresa a los que sorprenderlos querían. Pizarro hizo una señal con su pañuelo a Candía, y el ridículo cañoncito de la azotea retumbó de un extremo a otro de la plaza. No hirió a nadie, ni era esa la intención al dispararlo, sino únicamente aterrorizar a los indios —que nunca habían oído un cañonazo— y dar

la señal a los españoles. La exactitud del relato que han hecho algunos historiadores de cómo «el humo de la artillería llenó la plaza de nubes sulfurosas que cegaron a los peruanos y esparcieron una densa lobreguez», puede juzgarse teniendo en cuenta que toda esa mortífera nube debía salir de los cañoncetes que se transportaban a lomo de mula por aquellas montañas, y de tres viejos fusiles de chispa. Sin embargo, de este ridículo modo se han descrito muchos de los incidentes de la conquista.

No menos falsas y disparatadas son las descripciones corrientes de la «matanza» que siguió. Los españoles salieron todos al oír la señal, cayeron sobre los indios y finalmente los desalojaron de la plaza. Nos resistimos a creer que murieron dos mil, pues calculando cuántos indios puede matar un hombre con una espada, un mosquete o una ballesta en media hora de lucha a toda carrera, y multiplicando ese número por ciento sesenta y ocho, veremos que no dos mil, sino doscientos, es el número más probable de muertos en Cajamarca.

El principal empeño de los españoles no era precisamente matar, sino rechazar a los demás indios y hacer prisionero a Atahualpa. Pizarro había dado órdenes severas de no causar daño al cacique. No quería matarlo, sino únicamente retenerlo vivo como rehén para que respondiera de la conducta pacífica de su tribu. La guardia del cuerpo del jefe indio opuso fuerte resistencia, y un español, en su excitación, lanzó a Atahualpa un arma arrojadiza. Pizarro de un salto se puso delante y recibió la herida en un brazo, salvando así la vida al cacique[3]. Por fin se apoderaron de Atahualpa, ileso, y lo encerraron en uno de los edificios bajo la vigilancia de una fuerte guardia. Él confesó —con una de esas bravatas características de los indios, cuya costumbre tradicional es demostrar su valor ofendiendo al que los hace prisioneros— que les había dejado entrar en la ciudad confiado en su mayor fuerza numérica, con el fin de hacer esclavos a los que mejor le convinieran y dar muerte a los demás. Pudo haber añadido que si el astuto de su padre hubiese estado vivo, esto no habría ocurrido. El experto Huayna Cápac no habría dejado que los españoles entraran en la ciudad, sino que los habría

enredado y aniquilado en los ásperos vericuetos de la montaña. Pero Atahualpa, más presuntuoso y menos prudente, asumió un riesgo innecesario, y ahora se hallaba prisionero con su ejército derrotado. Como vulgarmente se dice, fue por lana y salió trasquilado.

El distinguido cautivo fue tratado con la mayor consideración y cuidado. Solo era prisionero en cuanto no podía salir; pero en las espaciosas y agradables habitaciones que se le asignaron tenía todas las comodidades que podía desear. Su familia vivía con él; comía en su propia vajilla los mejores alimentos que podían obtenerse, y se le complacía en todos sus deseos, excepto el de salir a llamar a los indios a las armas. El padre Valverde y el propio Pizarro trabajaron con empeño para convertir a Atahualpa al cristianismo, explicándole la impotencia y la maldad de sus ídolos, y el amor y la bondad del verdadero Dios en la medida en que podían hacérselo entender a un indio para quien naturalmente un Dios cristiano era incomprensible. No tardó Atahualpa en reconocer la inutilidad de sus dioses y declaró francamente que no eran más que unos embusteros. Huayna Cápac les había consultado, y le dijeron que todavía viviría mucho tiempo; sin embargo, Huayna Cápac murió en breve. El mismo Atahualpa había ido a preguntar al oráculo si debía atacar a los españoles: el oráculo contestó que sí, y que fácilmente los subyugaría. No es de extrañar que el cacique hubiera perdido la fe en quienes hacían semejantes predicciones.

Los españoles recogieron muchas llamas, una considerable cantidad de oro y un gran acopio de preciosos tejidos de algodón y de lana de camélido. No se les hostigó más, pues los indios sin su reconocido caudillo se hallaban más perdidos de lo que estaría un ejército civilizado sin sus jefes, dado que el cacique indio está investido de un carácter sacerdotal lo mismo que militar —y su cacique estaba prisionero—.

Por fin Atahualpa, ansioso de volver a capitanear sus fuerzas a cualquier precio, hizo una proposición tan estupenda que los españoles a duras penas podían dar crédito a sus oídos. Si le dejaban en libertad, ofrecía llenar de oro la habitación en que se hallaba prisionero hasta la altura a que alcanzara con la mano, y llenar igualmente de plata otro aposento menor. La pieza que debía

llenarse con vasijas y objetos de oro —no había nada macizo como lingotes— se dice que tenía veintidós pies de largo por diecisiete de ancho; la altura que el cacique marcó con la mano en la pared era de nueve pies sobre el nivel del suelo.

---

1. Las cifras merecen contextualizarse. Ciento sesenta y ocho hombres —Lummis oscila entre 167 y 168 en distintos pasajes— frente a un ejército que las fuentes cifran entre cuarenta mil y ochenta mil guerreros en el entorno de Cajamarca. Ninguna otra conquista de la historia presenta una desproporción numérica semejante. La comparación habitual con Hernán Cortés en México no la salva: Cortés disponía de decenas de miles de aliados tlaxcaltecas. Pizarro llegó a Cajamarca esencialmente solo, con su puñado de hombres, sin alianzas locales consolidadas y en territorio completamente desconocido. Los tres falconetes —pequeñas piezas de artillería ligera transportadas a lomo de mula— eran psicológicamente útiles pero militarmente casi irrelevantes, como el propio Lummis señala más adelante con ironía.
2. El episodio de Valverde y la Biblia es uno de los momentos más debatidos de toda la conquista americana. La versión crítica —divulgada sobre todo por cronistas como Felipe Guamán Poma de Ayala— convirtió a Valverde en el villano que justificó una masacre arrojando su Biblia al suelo. Lummis rectifica ese relato con sobriedad: Valverde intentó una negociación sincera, fue rechazado con insolencia por Atahualpa, e informó a Pizarro del fracaso. No ordenó una matanza sino que comunicó un hecho. La confusión viene en parte de que el requerimiento formal —la lectura legal de las obligaciones del conquistado— se realizó en estas circunstancias de manera inevitablemente ritual, ante alguien que no podía entender ni el español ni el concepto de soberanía de la Corona. El encuentro entre Valverde y Atahualpa condensa todas las imposibilidades del contacto entre dos mundos que no disponían de ninguna categoría común para comprenderse.
3. El detalle es documentado y significativo. Pizarro había ordenado con firmeza que nadie hiriera a Atahualpa, y cumplió su propia orden al precio de una herida. La preservación del cacique no era un gesto humanitario abstracto sino una decisión estratégica de primer orden: muerto Atahualpa en el caos de Cajamarca, los españoles habrían perdido su único instrumento de control sobre decenas de miles de guerreros. La herida en el brazo de Pizarro es, en ese sentido, el acto que hizo posible todo lo que siguió.

EL RESCATE DE ORO

No cabe dudar que Pizarro aceptó esta proposición de buena fe. El carácter del hombre, su religión, las leyes de España y los indicios fundados que nos ofrece su habitual conducta nos inducen a creer que tenía efectivamente la intención de poner en libertad a Atahualpa en cuanto se pagara su rescate. Pero circunstancias posteriores, que él no pudo evitar y por las que no debe culpársele, le obligaron a proceder de otro modo.

Los mensajeros de Atahualpa se diseminaron por el Perú a fin de reunir el oro y la plata necesarios para el rescate. Entre tanto Huáscar —quien, recordará el lector, estaba prisionero en manos de la gente de Atahualpa—, al enterarse del arreglo propuesto, envió un mensaje a los españoles exponiendo su situación y reclamando sus derechos. Pizarro dio órdenes de que fuera conducido a Cajamarca para que expusiera allí su pretensión. El único modo de averiguar cuál de los dos jefes rivales tenía razón era carearlos y sopesar sus respectivas pretensiones. Pero esto no le convenía a Atahualpa. Antes de que Huáscar pudiera ser llevado a Cajamarca, fue asesinado por sus guardianes indios —que eran hechura de

Atahualpa—, y según opinión general por orden del mismo Atahualpa.

El oro y la plata para el rescate fue llegando poco a poco. Históricamente no cabe dudar cuál era el plan de Atahualpa en aquel arreglo. Lo que hacía era simplemente ganar tiempo; hacer que los españoles esperaran y esperaran hasta que tuviera reunidas sus fuerzas para rescatarle, y entonces acabar con los invasores. Los españoles empezaron a darse cuenta de esto. Por tentador que fuera el señuelo del oro, sospecharon que detrás había una trampa. Sus sospechas no tardaron en confirmarse. Empezaron a enterarse de que se reunían secretamente fuerzas indias. Las noticias eran cada vez más inquietantes, y ni siquiera el oro que llegaba cada día —y que a veces representaba un valor de 50.000 pesos— los cegaba hasta el punto de no ver el peligro creciente que corrían.

Era preciso conocer la situación mejor de lo que podían estando encerrados en Cajamarca, y al efecto se encargó a Hernando Pizarro que fuera con un pequeño destacamento a explorar por Guamachuco y después por Pachacamac, distante trescientas millas. Fue aquel un reconocimiento difícil y peligroso, pero en extremo interesante. Su marcha por la meseta de la cordillera fue sumamente penosa. El relato de grandes vías militares no pasaba de ser un mito, aunque mucho se había hecho para mejorar las trochas; algo muy parecido al modo primitivo de los pueblo de Nuevo México, solo que en mayor escala. Las mejores, sin embargo, solo habían tenido por objeto arreglar las sendas para las pisadas firmes de las llamas; con gran dificultad podían arrastrarse y empujarse los caballos españoles por los tramos más escabrosos. Lo que especialmente llamó la atención de los españoles fueron los toscos pero seguros puentes colgantes de fibras vegetales con que los indios salvaban angostas pero terribles quebradas; más aún, aquellos oscilantes pasos eran difíciles de cruzar para los caballos.

Después de algunas semanas de penoso viaje, el destacamento llegó a Pachacamac sin encontrar oposición alguna. Su famoso templo había sido despojado de sus tesoros; pero su renombrado dios —un grotesco ídolo de madera— allí permanecía. Los españoles derrocaron y destruyeron aquel fetiche pagano, luego purificaron el

templo y erigieron en él un gran crucifijo para dedicarlo al verdadero Dios. Explicaron a los indígenas, lo mejor que pudieron, en qué consistía el cristianismo, y procuraron inducirles a convertirse.

Allí supieron que Chalcuchímac, uno de los jefes de guerra subalternos de Atahualpa, estaba en Jauja con una gran fuerza, y Hernando decidió ir a visitarlo. Los caballos se hallaban en mal estado para tan dura jornada, pues se habían desgastado sus herraduras en la marcha reciente, y herrarlos allí era un problema porque no había hierro en el Perú. Pero Hernando salió del apuro con un recurso ingenioso. Si no había hierro, había en cambio plata en abundancia, y al cabo de poco tiempo los caballos españoles llevaban herraduras de ese precioso metal y estaban en condiciones de marchar a Jauja. Era una jornada difícil; pero valía la pena de hacerla. Chalcuchímac decidió espontáneamente acompañar a los españoles a Cajamarca para consultar con su jefe Atahualpa. En realidad, era justamente lo que él deseaba. Una entrevista personal les permitiría determinar el mejor medio de librarse de aquellos misteriosos extranjeros. De modo que los aventureros españoles y el astuto subjefe llegaron por fin juntos a Cajamarca.

Mientras tanto, Atahualpa lo había pasado muy bien en manos de sus captores. Aunque estos tenían motivos para desconfiar —y en efecto desconfiaban— del indio traicionero, no solo le trataron humanitariamente sino con la mayor benevolencia. Vivía lujosamente con su familia y servidumbre y tenía mucho trato con los españoles. Parece que hicieron cuanto pudieron por ganarse su amistad, principio que inspiró siempre la conducta de Pizarro. Los historiadores parciales no pueden contradecir un hecho significativo. Los indios llegaron a considerar a Pizarro y a sus hermanos Gonzalo y Juan como amigos, y un indio —que es mucho más suspicaz y observador que nosotros— es de las últimas personas a quienes se puede engañar en este punto. Si los Pizarros hubieran sido los hombres crueles y despiadados que nos han pintado algunos escritores predispuestos y mal informados, los aborígenes habrían sido los primeros en notarlo y los habrían odiado. El hecho de que los pueblos que conquistaron llegaran a ser sus amigos y

admiradores es el mejor testimonio de su humanitarismo y su justicia.

Atahualpa llegó incluso a aprender a jugar al ajedrez y a otros juegos europeos, y aparte de procurarle esos entretenimientos, se puso empeño en hacerle comprender cada día mejor los principios del cristianismo. A pesar de todo esto, seguía trabajando sin cesar en sus planes hostiles.

Hacia finales de mayo, los tres emisarios enviados a Cuzco a buscar una parte del rescate volvieron a Cajamarca con un gran tesoro. Solo del famoso Templo del Sol les habían dado los indios setecientas placas de oro, y eso no era sino una parte del tributo de Cuzco. Los mensajeros trajeron de allí doscientas cargas de oro y veinticinco de plata, llevando cada carga cuatro indios en una especie de carretilla de mano. Esta enorme contribución hizo aumentar considerablemente el tesoro destinado al rescate, aunque no consiguió llenar el aposento hasta la señal indicada y convenida. Sin embargo, Pizarro no era un Shylock[1]. El precio del rescate no estaba completo, pero era suficiente, y el héroe hizo que un notario redactara un documento eximiendo formalmente a Atahualpa de todo pago ulterior, es decir, dándole recibo y finiquito de la cantidad estipulada[2]. Pero se vio obligado a aplazar la liberación del cacique. El asesinato de Huáscar y otros síntomas semejantes indicaban que sería una medida suicida soltar a Atahualpa en aquel momento. Aunque disimulaba sus intenciones, estas eran muy sospechosas, y Pizarro le dijo que era necesario retenerlo algún tiempo más como rehén. Sabía muy bien que no estaría seguro dejando libre a Atahualpa antes de contar con una fuerza mayor para resistir el ataque que sin duda este cacique organizaría de inmediato. Conocía el carácter vengativo de los indios algo mejor que algunos historiadores de biblioteca.

Almagro, entre tanto, había logrado por fin salir de Panamá con ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos en tres barcos, y desembarcando en la costa del Perú llegó a San Miguel en diciembre de 1532. Allí se enteró con asombro del mágico éxito de Pizarro y del botín de oro, y al punto se puso en comunicación con él. Al

mismo tiempo su secretario envió a Pizarro una carta traicionera, tratando de sembrar enemistad y vender a Almagro. Pero el secretario no conocía al hombre a quien se dirigía, pues Pizarro rechazó la despreciable oferta. En verdad, su conducta para con su poco admirable socio, desde el principio hasta el fin, fue más que justa: fue condescendiente, amistosa y magnánima en grado extremo. Entonces envió a Almagro la reiteración de su amistad y generosamente le ofreció participación en el campo de oro que había sido conquistado con escasa ayuda de su parte. Almagro llegó a Cajamarca en febrero de 1533 y fue cordialmente acogido por su antiguo compañero de armas.

Entonces se repartió el cuantioso rescate, tesoro del que no se registra igual en la historia. Fue aquel reparto una labor que requería no poca prudencia y pericia. El tributo no consistía en moneda ni lingotes, sino en placas, vasijas, imágenes y otros objetos que variaban enormemente en peso y en ley. Todo tuvo que reducirse y calcularse conforme a un tipo regulador. Se apartaron algunos de los objetos más notables para enviarlos a España, y se hizo fundir los demás en forma de lingotes por los artesanos indios, quienes emplearon un mes en esa tarea. El producto fue casi fabuloso. Se valoró en 1.326.539 pesos de oro, que en aquella época valían comercialmente cinco veces lo que pesaban, o sea en junto unos 6.632.695 pesos. Además de tan importante cantidad de oro, había 51.610 marcos de plata, que al mismo tipo equivalían a 1.135.420 pesos de nuestra moneda [3].

Los españoles se habían reunido en la plaza pública de Cajamarca. Pizarro pidió a Dios que lo iluminara para repartir aquel tesoro con equidad, y comenzó la distribución. Ante todo se separó una quinta parte del peso total con destino al rey de España, de acuerdo con lo ofrecido por Pizarro en la capitulación. Después de esto, los conquistadores recibieron sus partes por orden de categoría. Pizarro recibió 57.222 pesos de oro y 2.350 marcos de plata, además de la silla de oro de Atahualpa, que por su peso valía 25.000 pesos. A su hermano Hernando le tocaron 31.089 pesos de oro y 2.350 marcos de plata. A Soto le correspondieron 17.749 pesos de oro y 724

marcos de plata. Había en la tropa sesenta jinetes, y muchos de ellos recibieron 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata. De los ciento cinco soldados de infantería, varios recibieron la misma cantidad que los de caballería, y los demás una cuarta parte menos. Se separaron cerca de 100.000 pesos de oro para dotar la primera iglesia del Perú, que fue la de San Francisco. También se dio participación a Almagro y a su gente, así como a los que habían quedado de guarnición en San Miguel. Que Pizarro logró hacer un reparto equitativo lo demuestra el hecho de no haber habido la menor queja, y no eran sus asociados hombres que se quedaran tranquilos de creerse lesionados o simplemente de imaginarlo. Ni siquiera sus difamadores han podido acusar al valiente conquistador del Perú de falta de integridad.

Para dar una idea más gráfica del resultado de tan inesperada y prodigiosa ganancia, la siguiente tabla expresa el valor equivalente de cada participación en dólares de la época:

A la Corona de España	$1.553.623
A Francisco Pizarro	$462.810
A Hernando Pizarro	$207.100
A Soto	$104.628
A cada jinete	$52.364
A cada infante	$26.182

Todo esto sin contar las fortunas repartidas entre Almagro y los suyos, ni la dotación de la iglesia.

Este es el cálculo más aproximado que puede hacerse del valor de aquel tesoro. El estudio del muy complicado y variable sistema de monedas de aquellos tiempos y de sus valores relativos sería trabajo de toda una vida; pero las cifras que acabamos de dar son virtualmente exactas. El cálculo de Prescott, que da al peso de oro de aquel tiempo un valor equivalente a once dólares de hoy, carece enteramente de fundamento: valía muy cerca de cinco dólares. El marco de plata es mucho más difícil de valorar, y Prescott ni siquiera lo intenta. El marco no era una moneda sino un peso, y su valor comercial era entonces de unos veintidós dólares.

1. Shylock es el usurero judío de *El mercader de Venecia* de Shakespeare (c. 1597), célebre por exigir el cumplimiento literal de un contrato leonino —una libra de carne— incluso cuando su deudor no podía pagar. La referencia, muy familiar para el lector anglosajón de 1893, sirve a Lummis para subrayar la flexibilidad moral de Pizarro frente al rigor despiadado del estereotipo: el conquistador renunció formalmente a la parte incompleta del rescate en lugar de reclamarla. La ironía es que Lummis usa un personaje shakespeariano —producto de la misma cultura anglófona que critica— para reivindicar la generosidad de un español.

2. El detalle del notario es revelador del sistema jurídico español en acción. Incluso en el interior de los Andes, a miles de millas de cualquier autoridad civil, la conquista española operaba dentro de un marco legal que exigía documentación formal de cada acto significativo. El finiquito redactado para Atahualpa tenía valor jurídico real: eximía formalmente al cacique de cualquier obligación adicional y en teoría obligaba a Pizarro a cumplir su parte del acuerdo. Que se redactara ese documento —y que Pizarro lo reconociera— habla de una cultura de la legalidad que no tenía equivalente en ninguna otra empresa colonial europea de la época. Lo que ocurrió después con Atahualpa no puede atribuirse a una intención de fraude preestablecida, como Lummis argumenta a lo largo de estos capítulos.

3. Son los valores tal como los recoge Lummis de las crónicas de la época, y constituyen el mayor botín reunido en un solo lugar en toda la historia de la conquista americana —y probablemente en la historia militar mundial hasta ese momento—. Para contextualizar la magnitud: el quinto real —la parte de la Corona— ascendió a más de 260.000 pesos de oro, suma que transformó las finanzas de Carlos V y le permitió financiar sus campañas europeas durante varios años. El rescate de Cajamarca fue, en términos económicos, el momento en que la conquista del Perú pagó con creces todos los gastos de la empresa española en el Nuevo Mundo acumulados desde Colón. Los valores en dólares de la tabla que sigue son los de Lummis, es decir, dólares de 1893, y deben leerse como tales.

TRAICIÓN Y MUERTE DE ATAHUALPA

Pero en medio de su gozo al ver realizados sus dorados sueños —y casi podemos imaginar lo grandes que se sentirían al verse ya ricos, después de una vida de pobreza y de sufrimientos—, los españoles se vieron bruscamente sorprendidos por realidades menos placenteras. Las maquinaciones de los indios, de las que ya se había sospechado, no dejaban ahora lugar a dudas. De todas partes llegaban noticias de un levantamiento. Se anunciaba que doscientos mil guerreros de Quito y treinta mil de los caribes caníbales se habían puesto en camino para caer sobre la pequeña fuerza española. Rumores de esta clase suelen ser exagerados; pero entonces tenían probablemente fundamento. Nada distinto podía esperar quien estuviera tan familiarizado con el carácter de los indios como lo estaban los españoles. De todos modos, nuestro juicio de lo que sobrevino debe guiarse no solo por lo que era cierto, sino más bien por lo que los españoles creían que lo era. Tenían motivos para suponer —y no cabe dudar que así lo suponían— que las maquinaciones de Atahualpa traían sobre ellos una fuerza muy superior y que sus vidas estaban en inminente peligro. La inmensa

riqueza que acababan de adquirir los ponía aún más intranquilos. Es una fase curiosa pero común de la naturaleza humana que no nos damos cuenta de la mitad de los muchos peligros ocultos que amenazan nuestra vida hasta que hemos adquirido algo que nos hace la vida más agradable. Con frecuencia vemos a un hombre valiente volverse de pronto cauteloso, y hasta ridículamente medroso, cuando tiene una esposa querida y algunos hijos que cuidar y proteger; y dudo que ningún muchacho travieso llegue a los veinte años sin que la posesión de algún pequeño tesoro le haya hecho pensar de repente en las muchas cosas que podrían quitarle el gusto de disfrutarlo. Entonces ve y presiente peligros que antes jamás se le habían ocurrido.

Los españoles tenían ciertamente motivos suficientes para temer por sus vidas sin pensar en otra cosa; pero la repentina riqueza, que les prometía un brillante y bien ganado porvenir, sin duda agudizaba sus aprensiones y les acuciaba a hacer esfuerzos más desesperados por salvarse.

No existe ni sombra de indicio de que Pizarro pensara jamás en traicionar a Atahualpa, y hay señales evidentes de todo lo contrario. Pero sus soldados empezaban a exigir lo que parecía necesario para su protección. Creían que Atahualpa los había traicionado. Había causado la muerte de su hermano Huáscar —quien estaba dispuesto a ser amigo de ellos, lo que habría colocado a los españoles por encima del poder de su temido rival—. Les había ofrecido como señuelo un rescate de oro, y con sus dilaciones había ganado tiempo para organizar fuerzas con que aplastar a los españoles; y ahora estos pedían no solo que se le castigara, sino que se le imposibilitara de seguir conspirando. Nadie en iguales circunstancias podía rebatir esa lógica; ni aun hoy me parece fuera de razón. No solo creyeron que su acusación era justa, sino que probablemente lo era; de todos modos obraron justamente según los informes que tenían. Era tal su alarma que se doblaron las guardias, los caballos estaban constantemente enjaezados y los hombres dormían sobre las armas, mientras Pizarro hacía la ronda todas las noches para cerciorarse de que todo estaba en disposición de resistir el ataque que se esperaba de un momento a otro.

Y sin embargo, en esta crisis el jefe español mostró una reticencia muy propia de él a parecer traicionero. Era hombre de palabra, además de humanitario, y le repugnaba faltar a su promesa de poner en libertad a Atahualpa, aunque la conducta del propio Atahualpa le eximía de ello por haber violado completamente el espíritu del contrato. Pero era imposible sustraerse a la exigencia de su gente: debía velar por sus vidas como por la suya propia, y obligado a elegir entre ellos y Atahualpa, la elección no era dudosa. Pizarro se resistía; pero su tropa insistió, y no tuvo más remedio que ceder. Pero aun entonces, cuando el enemigo podía presentarse de un momento a otro, exigió que el prisionero fuera formalmente juzgado y cuidó de que se cumpliera este requisito[1]. El tribunal declaró a Atahualpa culpable de haber instigado el asesinato de su hermano y de conspirar contra los españoles, y lo condenó a ser ejecutado aquella misma noche. Si se demoraba el cumplimiento de la sentencia, podía llegar la hueste india a tiempo para rescatar a su cacique, lo cual habría aumentado enormemente la desventaja en que se hallaban los españoles. Por lo tanto, aquella noche se dio garrote a Atahualpa en la plaza de Cajamarca, y al día siguiente recibió sepultura en la iglesia de San Francisco, con las honras debidas a su alto rango.

De nuevo se vieron sorprendidos los peruanos, esta vez por la muerte de Atahualpa. Sin la dirección de su jefe guerrero y perdida la esperanza de rescatarle, vacilaron antes de atacar directamente a los españoles. Se mantuvieron a una distancia segura incendiando aldeas y escondiendo el oro y otros artículos que pudieran ser útiles al enemigo; de modo que, después de todo, aunque se había conjurado el peligro inmediato con la ejecución del cacique, la situación presentaba todavía muy mal cariz. Pizarro, que no tenía de los títulos peruanos una idea más exacta que algunos de nuestros historiadores, con la esperanza de crear un clima de paz nombró capitán de guerra a Túpac Huallpa, otro de los hijos de Huayna Cápac; pero este nombramiento no produjo el efecto que perseguía.

Se decidió entonces emprender la larga y ardua expedición a Cuzco, residencia y principal ciudad de la tribu inca, de la cual

habían oído referir prodigios áureos. A principios de septiembre de 1533, Pizarro y su ejército —engrosado ya con el refuerzo de Almagro hasta unos cuatrocientos hombres— salieron de Cajamarca. Fue aquella una jornada preñada de dificultades y peligros. Los angostos y empinados senderos conducían por vertiginosos vericuetos y por puentes colgantes tan difíciles de cruzar como una hamaca, y trepaban por elevadas peñas donde solo las ágiles llamas podían hallar apoyo para las patas. En Jauja les hizo resistencia una gran cantidad de indios atrincherados en la orilla opuesta de un torrente recién crecido por las lluvias. Pero los españoles cruzaron la corriente y se lanzaron con tal furia sobre los naturales que estos no tardaron en ceder.

En aquel hermoso valle tuvo Pizarro la idea de fundar una colonia: hizo allí una breve parada y envió a Soto con un destacamento de sesenta hombres a practicar un reconocimiento. Soto empezó a notar de inmediato señales inquietantes. Halló aldeas incendiadas y puentes destruidos, de modo que cruzar aquellas terribles quebradas se hizo sumamente difícil. Además, donde había sido posible, se habían amontonado en el camino troncos de árboles y rocas, impidiendo así el paso de la caballería. Cerca de Vilcas tuvo una dura refriega con los indios, y aunque los españoles salieron victoriosos, perdieron varios hombres. Soto, sin embargo, siguió adelante con resolución. Mientras la fatigada tropa iba trabajosamente subiendo por el empinado y sinuoso desfiladero de Vilcaconga, se oyó el aullido de guerra de los indios, y una hueste de guerreros salió de sus escondites detrás de árboles y peñascos y arremetió furiosamente contra los españoles. La senda era empinada y angosta; los caballos apenas podían tenerse en pie, y bajo el empuje de aquel alud de indios, jinetes y caballos fueron rodando cuesta abajo. Los aborígenes los rodearon como un enjambre de abejas, tratando de desmontar a los soldados y agarrándose desesperadamente incluso a las patas de los caballos, repartiendo fuertes porrazos con gran agilidad. Un poco más arriba del escabroso sendero había una meseta, y Soto vio claramente que, a menos de ganar aquella posición, estaban perdidos. Con un esfuerzo supremo de músculos y voluntad logró reunir en aquella altura a su

pequeño grupo que luchaba con tan tremenda desventaja, y después de un breve descanso dio una carga contra los indios; pero no pudo quebrantar aquella masa oscura y horrenda. Sobrevino la noche, y los españoles —exhaustos y cubiertos de sangre, pues pocos hombres y caballos habían salido sin heridas de aquel espantoso encuentro— descansaron como pudieron sin soltar las armas. Los indios confiaban en acabar con ellos al día siguiente, y los propios españoles abrigaban pocas esperanzas de salvarse. Pero ya muy entrada la noche oyeron toques de corneta española en el paso de abajo, y poco después abrazaban a sus inesperados compatriotas y daban gracias a Dios por haberlos salvado. Sucedía que Pizarro, enterado de los primeros peligros que encontraron en la jornada, había despachado apresuradamente a Almagro con un considerable refuerzo de caballería para auxiliar a Soto, refuerzo que, haciendo marchas forzadas, llegó muy oportunamente. Los peruanos, al ver a la mañana siguiente que el enemigo estaba reforzado, no renovaron el combate y se retiraron a las montañas. Los españoles se trasladaron a un lugar más seguro y allí acamparon a esperar a Pizarro.

Este no tardó en llegar, después de haber dejado el tesoro en Jauja bajo la vigilancia de cuarenta hombres. Pero mucho le preocupó el aspecto de la situación. Aquellos ataques organizados y audaces del enemigo, y la súbita muerte de Túpac Huallpa de un modo sospechoso, le indujeron a creer que Chalcuchímac, segundo capitán de guerra, los traicionaba; y probablemente esto era cierto. Cuando Pizarro se hubo reunido con Almagro, hizo procesar a Chalcuchímac; y habiéndosele hallado culpable del delito de traición, fue ejecutado sin demora. No podemos dejar de horrorizarnos ante el procedimiento empleado para su ejecución, que fue la hoguera; pero no debemos por eso precipitarnos a juzgar de cruel al responsable de tal pena. Todos aquellos actos deben medirse por comparación y por el espíritu que reinaba en aquella época[2]. Entonces el mundo no consideraba una crueldad el suplicio de la hoguera, y más de un siglo después —cuando la gente estaba mucho más ilustrada— los cristianos de Gran Bretaña, de Francia y

de Nueva Inglaterra no pusieron reparo en que se castigaran algunos delitos con ese suplicio; y ciertamente no diremos que nuestros antepasados puritanos fueran hombres malvados o crueles. Ahorcaron brujas y azotaron herejes, no por crueldad, sino por la ciega superstición de su tiempo. Ahora nos parece algo horroroso; pero entonces no lo parecía, y no debemos esperar que Pizarro fuera mejor y más sabio que los hombres que tenían ventajas de las que él nunca había disfrutado. Yo ciertamente habría preferido que no hubiera permitido que Chalcuchímac pereciera en la hoguera; pero también quisiera que las repugnantes páginas de Salem y de la esclavitud pudieran borrarse de nuestra historia. Ni en un caso ni en el otro, sin embargo, tildaría a Pizarro de monstruo, ni a los puritanos de hombres crueles.

Hallándose en semejante trance, se presentó a Pizarro el inca Manco, ricamente ataviado, proponiéndole una alianza. Pretendía ser el legítimo jefe de guerra y deseaba que los españoles le reconocieran como tal. Su proposición fue aceptada de buen grado.

Siguiendo adelante, los españoles cayeron en una emboscada en un desfiladero; pero rechazaron a sus agresores, y por fin entraron en Cuzco el 15 de noviembre de 1533. Como «ciudad» india era la mayor del nuevo hemisferio, aunque no mucho mayor que el «pueblo» de México, y sus soberbios edificios y ajuares llenaron de asombro a los españoles. Se encontró gran cantidad de oro en cuevas y otros escondrijos. En un sitio había varios grandes jarrones de oro, figuras de oro y plata que representaban llamas y personas, y ropajes recamados con abalorios de oro y plata. Entre otros tesoros, refiere Pedro Pizarro —testigo presencial y cronista de aquellos hechos— que se hallaron diez toscas «tablas» de plata de veinte pies de largo, un pie de ancho y dos pulgadas de grueso. La totalidad del botín recogido se valoró en 580.000 pesos de oro y 215.000 marcos de plata, equivalentes a unos 7.600.000 pesos de nuestra moneda.

Pizarro coronó entonces a Manco como gobernador del Perú, lo cual agradó mucho a los indígenas[3]. El buen padre Valverde fue nombrado obispo de Cuzco; se estableció una catedral, y los devotos

misioneros españoles se dedicaron activamente a educar y convertir a los infieles, tarea que prosiguieron con su acostumbrada eficacia.

Quizquiz, uno de los capitanes de guerra subalternos de Atahualpa y caudillo de cierta valentía, se mantuvo en abierta rebelión. Almagro, con unos pocos jinetes, y Manco con sus seguidores indígenas, salieron a perseguirle y derrotaron a los rebeldes; pero Quizquiz no se rindió y fue muerto por su propia gente.

En marzo de 1534, Pedro de Alvarado —el valiente teniente de Cortés, recompensado por sus servicios en México con el nombramiento de gobernador de Guatemala— desembarcó y se dirigió a Quito, comprobando después que pertenecía al territorio de Pizarro. Se llegó a un acuerdo entre los dos: se dio a Alvarado una compensación por su infructuosa jornada, y volvió de nuevo a Guatemala.

Pizarro se dedicó con ahínco al desarrollo del país que había conquistado y a poner los cimientos de una nación. El 6 de enero de 1535 fundó la Ciudad de los Reyes, en el hermoso valle del Rímac. Ese nombre se cambió poco después por el de Lima, y Lima, capital del Perú, ha seguido siéndolo desde entonces. El insigne conquistador empezaba a mostrar otra faceta de su carácter: su genio como organizador y administrador. Emprendió con mucha energía la tarea de urbanizar Lima, y en la dirección de todos los asuntos de su incipiente gobierno mostró mucha previsión y prudencia.

Entre tanto, su hermano Hernando había sido comisionado para llevar el tesoro a la Corona de España, adonde llegó en enero de 1534. Además de la quinta parte correspondiente a la Corona, llevó medio millón de pesos de oro pertenecientes a los aventureros que habían preferido disfrutar su dinero en casa. Hernando causó en España muy favorable impresión. La Corona confirmó todas las mercedes que había concedido a Pizarro y amplió su territorio setenta leguas más al sur, mientras que a Almagro se le autorizó para conquistar Chile —llamado entonces Nueva Toledo—, empezando en el extremo sur del dominio de Pizarro y hasta doscientas leguas más allá. Hernando fue armado caballero y se le encomendó una expedición —una de las más numerosas y mejor

equipadas que habían salido de España—. Tuvieron un tiempo horrible en la travesía hasta el Perú, y muchos perecieron durante el viaje.

---

1. El proceso a Atahualpa, celebrado el 26 de agosto de 1533, es uno de los episodios más debatidos de la conquista del Perú. Doce cargos se presentaron ante un tribunal presidido por Pizarro: entre ellos el asesinato de Huáscar, la idolatría, la poligamia y la conspiración contra los españoles. El proceso ha sido criticado durante siglos como una farsa jurídica —el acusado no entendía los cargos ni el procedimiento, y el veredicto estaba predeterminado por las circunstancias militares—. Sin embargo, su mera celebración tenía un significado que no puede descartarse: Pizarro, como en Cajamarca con el requerimiento, insistió en que incluso la ejecución de un cacique indio debía tener un fundamento legal. Hernando de Soto y el padre Valverde se opusieron a la ejecución, lo que prueba que el debate dentro del campo español fue real. La Historia es más compleja que la imagen del conquistador despiadado que elimina a su rehén cuando ya no le es útil.
2. El argumento del relativismo histórico que Lummis desarrolla aquí —y que aplica con igualdad a la hoguera de Chalcuchímac y a las hogueras puritanas de Salem— es uno de los más modernos del libro, y uno de los más honestos. La referencia a Salem no es decorativa: en 1692, más de siglo y medio después de la conquista del Perú, colonos anglosajones con todas las ventajas de la ilustración protestante ejecutaron a veinte personas acusadas de brujería. Lummis no usa el argumento para absolver a nadie sino para exigir coherencia: el mismo rasero que se aplica a Pizarro debe aplicarse a los propios antepasados del lector anglosajón.
3. La política de Pizarro de nombrar un gobernador indígena —reproduciendo el modelo que Cortés había aplicado con cierto éxito en México— fue una de sus decisiones más inteligentes y también más irónicas. Manco Inca, el joven que se presentó como aliado, se rebeló apenas dos años después en 1536, organizando el mayor levantamiento indígena del Perú colonial y poniendo Cuzco bajo un asedio de meses. La rebelión de Manco —que la historiografía hispanista tiende a minimizar y la indigenista a magnificar— revela el límite fundamental de toda la empresa: la conquista militar podía ser completísima sin producir aceptación política, y la política de coronar gobernadores indígenas, aunque pragmáticamente inteligente, no resolvía la contradicción de fondo entre la soberanía española y las estructuras de poder locales.

DE CÓMO SE FUNDÓ UNA NACIÓN. SITIO DE CUZCO

Pero antes de que Hernando llegara al Perú, uno de su séquito llevó a Almagro la noticia de su adelantamiento, y esta prosperidad le hizo perder la cabeza a aquel grosero y poco escrupuloso soldado. Olvidándose de todos los favores de Pizarro y de que a este le debía cuanto era, el falso amigo se impuso al instante como amo y señor de Cuzco.

Fue aquella una vergonzosa ingratitud y bellaquería, y estuvo a punto de producir una guerra civil entre los españoles. Pero la lenidad de Pizarro orilló al fin la dificultad, y el 12 de junio de 1535 los dos caudillos renovaron su amistoso convenio. Poco después marchó Almagro a emprender la conquista de Chile, en la cual fracasó, y Pizarro dedicó de nuevo su atención al desarrollo de su conquistada provincia.

En los pocos años de su carrera administrativa Pizarro obtuvo notables resultados. Fundó varias ciudades en la costa, y a una de ellas le dio el nombre de Trujillo, en memoria de su pueblo natal. Sobre todo se deleitó en urbanizar y embellecer su predilecta ciudad de Lima, y en fomentar el comercio y otros factores necesarios para

el desarrollo de la nueva nación. Un contraste muy notable pone en evidencia lo acertadas que eran sus disposiciones. Cuando los españoles llegaron por primera vez a Cajamarca, un par de espuelas costaba 250 pesos de oro. Unos pocos años antes de la muerte de Pizarro, la primera vaca que se llevó al Perú se vendió en 10.000 pesos; y dos años después podía comprarse allí la mejor vaca en menos de 200. La primera barrica de vino se vendió en 1.600 pesos; pero tres años después se consumía vino del país en vez del importado, y podía obtenerse en Lima a precio módico. Lo mismo puede decirse de todo lo demás. Se había vendido una espada en 250 pesos, una capa en 500, un par de zapatos en 200 y un caballo en 10.000; pero bastaron dos o tres años de la sorprendente habilidad administrativa de Pizarro para poner los artículos de primera necesidad al alcance de todo el mundo[1]. No solo fomentó el comercio, sino también la industria del país, y desarrolló la agricultura, la minería y las artes mecánicas. En suma, estaba poniendo en práctica con gran éxito el principio general de los españoles de que la principal riqueza de un país no consiste en su oro, ni en sus bosques, ni en sus tierras, sino en su pueblo. El empeño de los exploradores españoles en todas partes fue educar, cristianizar y civilizar a los indígenas, a fin de hacerlos dignos ciudadanos de la nueva nación, en vez de eliminarlos de la faz de la tierra para poner en su lugar a los recién llegados, como por regla general ha ocurrido en otras conquistas realizadas por algunas naciones europeas. De vez en cuando hubo individuos que cometieron errores e incluso crímenes, pero un gran fondo de sabiduría y humanidad caracteriza todo el generoso régimen de España, régimen que impone admiración a cuantos saben apreciarlo.

Mientras Pizarro estaba enfrascado en su tarea, Manco se desenmascaró. No es del todo improbable que desde un principio hubiera meditado la traición y que se aliara con los españoles simplemente para tenerlos en su poder. De todos modos, se escabulló sin provocación alguna para ir a levantar gente con que atacar a los españoles, creyendo que podría someterlos mientras se hallaban dispersos trabajando en sus diversas colonias. Los indios

leales avisaron a Juan Pizarro, quien capturó y encarceló a Manco. Por entonces llegó de España Hernando Pizarro, y Francisco le confió el mando de Cuzco. El pérfido Manco engañó a Hernando para que lo pusiera en libertad, e inmediatamente empezó a reunir sus fuerzas. Contra él se envió a Juan con sesenta jinetes, quienes por fin hallaron en Yucay varios miles de indios al mando de Manco. En un terrible combate que duró dos días, los españoles lograron mantenerse firmes, aunque con muchas pérdidas, y entonces se alarmaron con la noticia traída por un mensajero de que los indios habían sitiado Cuzco. Llegaron a marchas forzadas aquella noche a la ciudad, que hallaron rodeada por una numerosa hueste. Los indios les dejaron entrar —sin duda con el deseo de tenerlos a todos en la ratonera— y en seguida atacaron la malhadada urbe.

Hernando y Juan estaban, pues, encerrados en Cuzco. Tenían menos de doscientos hombres, mientras que fuera, en las lomas cercanas y lejanas, brillaban las fogatas del enemigo, tan innumerables que parecían «un cielo estrellado». A primera hora de la mañana, en febrero de 1536, comenzó el ataque. Los indios arrojaron dentro de la ciudad bolas de fuego y flechas ardiendo, con las que lograron prender fuego a los aleros de los techos. Los españoles no podían apagar aquel fuego, que duró varios días. El único modo de salvarse de perecer quemados o asfixiados fue apiñarse todos en la plaza pública. Hicieron varias salidas; pero los indios habían clavado estacas y puesto otros obstáculos que entorpecían la marcha de los caballos.

No obstante, los españoles despejaron el camino bajo un terrible fuego y dieron una valiente carga, que fue rechazada con igual valentía.

Los indios eran expertos no solo en el manejo del arco, sino también del lazo, con el que lograron capturar a muchos españoles, a quienes dieron muerte. La carga hizo retroceder un trecho a los indígenas; pero les costó muy caro a los españoles, que tuvieron que replegarse de nuevo a la ciudad. Y no se les dio tregua: los indios los acosaron con ataques repetidos, y la situación tomó muy mal cariz. Francisco Pizarro estaba sitiado en Lima; Jauja también se hallaba bloqueada, y los españoles en las pequeñas colonias habían

sido sometidos y asesinados. Sus cabezas ensangrentadas fueron arrojadas al interior de Cuzco y rodaron a los pies de sus horrorizados compatriotas. Tan desesperado les parecía el trance en que se hallaban que muchos proponían que salieran todos en masa para abrirse paso entre los indios y ganar la costa; pero Hernando y Juan no quisieron escucharles.

Sobre el cerro que domina la ciudad de Cuzco estaba la notable fortaleza inca de Sacsahuamán, que todavía existe. Es una obra ciclópea. Por el lado que mira a la ciudad, el cerro ya casi inexpugnable se hizo del todo inexpugnable construyendo en él una inmensa muralla de mil doscientos pies de largo y de mucho espesor. Al otro lado, el suave declive estaba protegido por dos murallas, levantadas una más arriba que la otra, de mil doscientos pies de largo cada una. Las piedras de esas murallas estaban trabadas con notable pericia, y algunas de ellas medían treinta y ocho pies de largo, dieciocho de ancho y seis de grueso. Lo más sorprendente era que habían sido extraídas de una cantera situada a doce millas de distancia y transportadas al lugar por los propios indios. La cima del cerro estaba defendida además por dos grandes torres de piedra [2].

Esta imponente fortaleza aborigen se hallaba en poder de los indios y les permitía hostigar a los españoles sitiados de modo más eficaz. Era necesario desalojarlos de aquella posición. Como medida preliminar para hacer posible esa última esperanza, salieron tres destacamentos al mando de Gonzalo Pizarro, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce de León a expulsar a los indios de allí. La lucha fue desesperada. Los indios trataron de aplastar a sus enemigos con la furiosa acometida de su mayor número; pero al fin los españoles obligaron a la tenaz hueste a ceder el terreno, y se retiraron a la ciudad.

Para el asalto de la fortaleza de Sacsahuamán se eligió a Juan Pizarro, y no podía confiarse tan aventurada empresa a caballero más valiente. Saliendo de Cuzco al ponerse el sol con su pequeña fuerza, Juan dio un rodeo como si fuera a forrajear; pero en cuanto oscureció, dio la vuelta y se dirigió apresuradamente a Sacsahuamán. La gran fortaleza estaba sumida en la oscuridad y el

silencio. Su poterna había sido cerrada con grandes piedras trabadas como las macizas murallas, y separarlas sin hacer ruido fue tarea muy difícil para los españoles. Cuando por fin pudieron pasar y se hallaron entre las dos gigantescas murallas, cayó sobre ellos una horda de indios. Juan dejó la mitad de su fuerza combatiendo con ellos y con la otra mitad abrió la poterna de la segunda muralla, cerrada del mismo modo. Cuando los españoles lograron apoderarse de la segunda muralla, los indios se refugiaron en las torres, y fue necesario asaltar estas últimas y peligrosísimas defensas. Los españoles acometieron con aquel valor característico que no se rendía ante ningún obstáculo natural ni humano; pero en la primera acometida sufrieron una pérdida irreparable. El denodado Juan Pizarro había sido herido en la mandíbula, y el yelmo le molestaba tanto la herida que se lo quitó y dirigió el asalto con la cabeza descubierta; en la lluvia de proyectiles que arrojaban los indios, una roca le golpeó con fuerza en la cabeza y lo derribó al suelo. Pero aun tendido agonizante en un charco de sangre, alentaba a sus hombres y los acuciaba a seguir adelante, mostrando hasta el fin su intrepidez española. Fue llevado cuidadosamente a Cuzco, donde se le prodigó toda clase de cuidados; pero la fractura de cráneo no tenía remedio, y después de unos pocos días de agonía se apagó para siempre aquella fluctuante vida.

Los indios continuaron dueños de su fortaleza; y, dejando a su hermano Gonzalo encargado de la defensa de la sitiada Cuzco, Hernando Pizarro salió con una nueva fuerza a dar un segundo ataque a las torres de Sacsahuamán. Fue aquel un asalto furioso; pero al fin afortunado. Pronto se apoderaron de una torre; pero en la otra —que era la más fuerte— el resultado estuvo durante algún tiempo en duda. Entre sus defensores llamaba la atención un corpulento e impertérrito indio que arrojaba a los españoles por encima de las escalas a medida que trepaban por ellas para tomar la torre. Su valor llenó de admiración a los soldados. Siendo ellos mismos héroes, sabían ver y respetar el heroísmo hasta en sus enemigos. Hernando dio órdenes estrictas de que no se lastimara a aquel indio; había que sujetarlo, pero no herirle. Se colocaron varias escalas en distintos flancos de la torre, y los españoles acometieron

simultáneamente, mientras Hernando a voces intimaba al indio a que se rindiera, prometiéndole que no se le haría daño. Pero aquel Hércules de piel bronceada, viendo todo perdido, se cubrió el rostro y la cabeza con el manto y se arrojó desde lo alto de la torre, quedando muerto en el acto[3].

Sacsahuamán cayó en poder de los españoles, aunque con grandes pérdidas, y con ello disminuyó materialmente el poder ofensivo de los indígenas. Hernando dejó en la fortaleza una pequeña guarnición y regresó a la ciudad asediada, para sufrir con sus compañeros las duras peripecias del sitio. Este duró cinco meses —cinco meses de terribles sufrimientos y peligros—. Manco y su hueste rodeaban la ciudad, cuyos habitantes perecían de hambre; caían con mortal furia sobre los grupos que, impulsados por el hambre, salían en busca de alimento, y hostigaban sin cesar a los supervivientes. Todos los colonos españoles que vivían fuera de la ciudad fueron asesinados y la situación iba de mal en peor.

Francisco Pizarro, sitiado en Lima, había rechazado a los indios gracias a las condiciones favorables del terreno; pero los naturales andaban constantemente por los alrededores. Le causaba mucha ansiedad la situación de sus compatriotas de Cuzco, y envió cuatro expediciones sucesivas —que en conjunto sumaban cuatrocientos hombres— para prestarles auxilio. Pero estas fueron cayendo sucesivamente en emboscadas en los pasos de la montaña, y casi todos perecieron. Se dice que en aquella desigual guerra murieron setecientos españoles. Algunos de los sitiados pedían que se les permitiera ir hasta la costa, embarcarse y huir de aquella tierra mortífera; pero Pizarro no consentía que se le hablase de abandonar a sus valientes compatriotas de Cuzco, y decidió apoyarlos y salvarlos, o sufrir la misma suerte. Para quitar a los pusilánimes toda tentación de fugarse, despachó todos los barcos con cartas a los gobernadores de Panamá, Guatemala, México y Nicaragua, explicando la situación desesperada en que se hallaban y pidiendo auxilio.

Por fin, en agosto, Manco levantó el sitio de Cuzco. Su numerosa hueste consumía los recursos del país, y a menos que los habitantes

volvieran a sus plantaciones el hambre no tardaría en hacerse sentir. En consecuencia, envió a muchos de los indios a trabajar en sus campos, dejó una fuerza considerable para vigilar y hostigar a los españoles, y se retiró a uno de sus fuertes con una buena guarnición. Entonces los españoles tuvieron mejor fortuna en sus salidas para forrajear y pudieron librarse del hambre; pero los indios al acecho los atacaban constantemente, copando hombres y pequeños grupos sin darles tregua. La hostilidad era tan continua y desastrosa que para ponerle coto Hernando concibió el audaz plan de apoderarse de Manco en su propia fortaleza. Saliendo con ochenta de sus mejores jinetes y alguna infantería, realizó una marcha larga y tortuosa con la mayor cautela y sin dar la alarma. Al atacar la fortaleza al romper el día pensó tomarla por sorpresa; pero detrás de aquellas tremendas murallas los indios lo estaban acechando, y levantándose súbitamente lanzaron sobre los españoles una espesa lluvia de proyectiles. Con el valor de la desesperación, aquel puñado de soldados se lanzó tres veces al asalto; pero tres veces también el excesivo número de salvajes los obligó a retroceder. Entonces los indios abrieron las compuertas de las presas más altas e inundaron el campo; y los españoles, diezmados y ensangrentados, emprendieron la retirada, perseguidos de cerca por los enardecidos enemigos. En aquella hora terrible, Pizarro fue traicionado por el hombre que, más que ningún otro, debió serle leal: por el vulgar traidor Almagro.

1. Los precios que cita Lummis ilustran el fenómeno económico más característico de la colonización española: la transformación acelerada de una economía de escasez y especulación en una economía de abasto. Los artículos importados —espadas, caballos, vino, ganado— valían fortunas en los primeros años porque simplemente no existían en el territorio. En cuestión de años, la introducción sistemática de especies domésticas europeas —vacas, cerdas, ovejas, gallinas— y de cultivos como la vid y el olivo transformó el mercado hasta hacer asequibles esos mismos bienes. Este proceso de transferencia biológica y económica es una de las dimensiones menos estudiadas de la conquista, y también una de las más duraderas: el ganado vacuno, el caballo y la vid que los españoles introdujeron en el Perú hacia 1530 son aún hoy pilares de la economía andina.
2. Sacsahuamán, construida en la colina que domina Cuzco, es una de las obras de ingeniería más extraordinarias del mundo prehispánico. Sus bloques de caliza y andesita —el más grande de los cuales pesa más de trescientas toneladas— fueron encajados sin mortero con una precisión milimétrica que todavía no ha podido replicarse completamente con tecnología moderna. Los propios cronistas españoles, hombres que conocían las obras romanas y las catedrales góticas, la describieron con asombro. Que fuera construida sin rueda, sin animales de tiro y sin hierro hace su existencia más sorprendente aún, y contradice la imagen de una civilización incaica como simple conglomerado de tribus que Lummis defiende en el capítulo anterior con argumentos válidos en lo político pero insuficientes ante la evidencia arquitectónica.
3. El episodio del guerrero anónimo que elige morir antes que rendirse es uno de los momentos más intensos de toda la narración de Lummis, y también uno de los más reveladores de su talante intelectual. Hernando Pizarro ordena que no se hiera al defensor, lo admira abiertamente y promete su vida; el indio lo ignora y se arroja al vacío. Lummis lo narra sin comentario moral, lo cual es el comentario más elocuente posible: en ese instante, el conquistador y el conquistado comparten el mismo código del honor. La escena tiene sus paralelos en Numancia y en otros episodios de la Reconquista que la tradición hispánica conocía bien; lo que Lummis está haciendo, sin decirlo, es situar al guerrero anónimo de Sacsahuamán en esa misma tradición.

OBRA DE TRAIDORES

Almagro había penetrado en Chile sufriendo grandes penalidades al cruzar las montañas. De nuevo dio muestras de cobardía, pues, descorazonado desde el principio, retrocedió y regresó al Perú. Parece como si hubiera decidido que le sería más cómodo robar a su camarada y bienhechor que llevar a cabo por sí mismo una conquista, especialmente conociendo la situación en que a la sazón se hallaba Pizarro. Este, enterado de su regreso, salió a recibirle. Manco atacó a los españoles en el camino; pero fue rechazado después de una encarnizada lucha.

A pesar de los razonados argumentos de Pizarro, Almagro no quiso abandonar su plan. Insistió en que se le cediera Cuzco, la ciudad principal, so pretexto de que estaba al sur del territorio concedido a Pizarro; en realidad se hallaba dentro de los límites que la Corona había concedido a Pizarro, pero esto no era obstáculo para un hombre como él. Por fin se convino en una tregua hasta que una comisión pudiera medir y demarcar la frontera sur de las tierras de Pizarro. Mientras tanto, Almagro se comprometió con solemne juramento a mantener la paz. Pero no era hombre capaz de cumplir

su juramento ni su palabra; así fue que en la oscura y tempestuosa noche del 8 de abril de 1537 se apoderó de Cuzco, mató a los centinelas e hizo prisioneros a Hernando y Gonzalo Pizarro. Alonso de Alvarado iba entonces en auxilio de Cuzco con fuerza bastante; pero, traicionado por uno de sus oficiales, fue hecho prisionero junto con todos sus hombres por Almagro.

En tan crítica situación, Pizarro se animó con la llegada de su antiguo valedor, el licenciado Espinosa, con doscientos cincuenta hombres y un cargamento de armas y provisiones que le enviaba su primo Hernán Cortés. Salió con dirección a Cuzco; pero al saber la asombrosa noticia de la descarada traición de Almagro, regresó a Lima y fortaleció su pequeña ciudad. Tenía verdaderos deseos de evitar un derramamiento de sangre, y en vez de marchar con un ejército a castigar al traidor, envió una embajada —en la que iba Espinosa— para tratar de traer a Almagro a la razón y la decencia. Pero aquel vulgar soldado era refractario a todo argumento. No solo rehusó entregar Cuzco, sino que con mucha frescura anunció su determinación de apoderarse también de Lima. Espinosa murió repentina y oportunamente en el campamento de Almagro, y Hernando y Gonzalo Pizarro habrían sido ejecutados de no ser por los esfuerzos de Diego de Alvarado —hermano del héroe de la «Noche Triste»—, quien evitó que Almagro añadiera esta crueldad a sus vergonzosos actos. Almagro marchó después hacia la costa para fundar un puerto, dejando a Gonzalo bajo fuerte guardia en Cuzco y llevándose a Hernando como prisionero. Mientras construía la ciudad, a la que dio su nombre, Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado escaparon y llegaron sanos y salvos a Lima.

Todavía Francisco Pizarro trató de evitar llegar a las manos con el hombre que, aunque ahora se había vuelto traidor, fue en otro tiempo su camarada. Al fin se concertó una entrevista, y los dos jefes se presentaron en Mala. Almagro agasajó hipócritamente al hombre a quien había traicionado; pero Pizarro era hombre de otra madera. No deseaba tener enemistad con su antiguo amigo; pero tampoco podía profesarle amistad. Recibió con digna frialdad el falso recibimiento de Almagro. Se acordó someter la cuestión al fallo arbitral de fray Francisco de Bobadilla, y que ambos contendientes

respetaran su decisión. El árbitro falló por fin que se enviara un barco a Santiago, y desde allí se midiera hacia el sur para determinar el límite exacto de la concesión de Pizarro por aquel lado. Mientras tanto, Almagro debía entregar Cuzco y poner en libertad a Hernando Pizarro. El usurpador rehusó acatar tan equitativo fallo, violando de nuevo todo principio de honor. Hernando Pizarro estaba en inminente peligro de ser asesinado, y Francisco, queriendo salvar a su hermano a toda costa, compró su libertad a cambio de la cesión de Cuzco.

Al fin, agotada ya la paciencia de Pizarro por los repetidos actos de traición de Almagro, le dio aviso de que había terminado la tregua y emprendió la marcha sobre Cuzco. Almagro hizo cuantos esfuerzos pudo para defender su presa robada; pero a cada paso le venció la táctica militar de Pizarro. Además, estaba minado por una vergonzosa enfermedad, castigo de su vida licenciosa, y tuvo que confiar la campaña a su teniente Orgóñez. El 26 de abril de 1538, los españoles leales al mando de Hernando y Gonzalo Pizarro, Alonso de Alvarado y Pedro de Valdivia tuvieron un encuentro con las fuerzas de Almagro en Las Salinas. Hernando hizo decir misa, expuso a sus hombres la conducta de Almagro y dirigió una carga contra los rebeldes. Se siguió una terrible lucha; pero finalmente Orgóñez fue muerto, y sus seguidores no tardaron en ser derrotados. Los españoles victoriosos se apoderaron de Cuzco e hicieron prisionero al architraidor. Fue juzgado y declarado culpable de traición —pues al traicionar a Pizarro había traicionado también a España—, y se le sentenció a muerte. El hombre que en alguna circunstancia había mostrado cierto valor físico fue un cobarde en el momento postrero. Con la mayor pusilanimidad pidió que le perdonaran la vida; pero la pena era justa, y Hernando Pizarro rehusó revocar la sentencia. Francisco Pizarro había salido para Cuzco; pero antes de llegar, Almagro había sido ya ejecutado, quedando vengada una de las más viles traiciones que registra la historia. La noticia de su ejecución impresionó profundamente a Pizarro; pero no pudo sino reconocer que se había hecho justicia. Movido de sus impulsos naturales, Pizarro hizo llevar a su casa a

Diego de Almagro, hijo ilegítimo del traidor, y lo atendió como si fuera su propio hijo.

Hernando Pizarro volvió a España. Allí se le acusó de haber cometido crueldades, y el Gobierno español —más pronto que ningún otro en castigar delitos de esta clase— lo condenó a prisión. Durante veinte años el encanecido prisionero vivió entre rejas en Medina del Campo[1]; y cuando salió de allí, su período de actividad se había agotado, aunque llegó a vivir cien años.

La situación en el Perú, si bien mejoró con la muerte de Almagro y la represión de su malvada rebelión, distaba mucho de ofrecer seguridad. Manco estaba revelando lo que desde entonces se ha considerado táctica característica de los indios. Había visto que el sistema primitivo de acometer al enemigo en masa para aplastarlo bajo el peso del mayor número se estrellaba contra la disciplina. Por lo tanto adoptó la táctica del hostigamiento y la emboscada —la práctica de matar por la espalda que nuestros apaches aprendieron del mismo modo—. Andaba siempre al acecho de los españoles como un lobo en torno a un rebaño, esperando la ocasión de lanzarse sobre ellos cuando estuvieran descuidados o cuando unos pocos se hallaran separados del cuerpo principal. Es ese un medio eficaz de hacer la guerra y el más difícil de combatir. Muchos de los españoles fueron víctimas de él: de una sola redada cogió y mató a treinta de ellos. Era inútil perseguirle: las montañas le ofrecían un retiro inexpugnable. Como único medio de librarse de su persecución, Pizarro adoptó un nuevo procedimiento. En los distritos más peligrosos estableció puestos militares; alrededor de estos lugares seguros crecieron rápidamente algunas ciudades, y así la gente pudo vivir tranquila. Llegaban emigrantes al país, y el Perú iba formando con ellos y con los indígenas educados una nación civilizada. Pizarro importó toda clase de semillas de Europa, y la agricultura fue allí una industria nueva y floreciente.

Además de este desarrollo de aquella joven y pequeña nación, Pizarro iba ensanchando los límites de las exploraciones y conquistas. A ellas envió al valiente Pedro de Valdivia, aquel hombre notable que conquistó Chile e hizo allí historia —que se hallaría llena

de espeluznante interés si tuviéramos aquí espacio para narrarla—. También envió a su hermano Gonzalo como gobernador de Quito en 1540[2]. Esta expedición fue uno de los hechos más asombrosos y característicos de la exploración española en América, y quisiera disponer de espacio suficiente para relatar aquí toda su historia. Durante dos años el caballeroso jefe y su puñado de hombres sufrieron penalidades sobrehumanas. Algunos murieron helados en las nieves de los Andes; otros, de calor en las desiertas llanuras, y los demás se internaron en las pantanosas selvas de la parte alta del Amazonas. Un terremoto engulló ante sus propios ojos una ciudad india de centenares de casas. Paso a paso tuvieron que abrirse camino a machetazos por las exuberantes selvas tropicales. Construyeron un pequeño bergantín con indecible esfuerzo —en el que Gonzalo trabajó como los demás—, y bajaron por el Napo hasta el Amazonas. Francisco de Orellana y cincuenta hombres no pudieron reunirse con sus compañeros y bajaron flotando por el Amazonas hasta el mar, volviendo a España los supervivientes. Gonzalo tuvo por último que regresar trabajosamente a Quito en una jornada que llevó a cabo en medio de horrores incomparables. De los trescientos valientes que tan alegres habían salido en 1540 —sin contar los cincuenta de Orellana—, entraron tambaleándose en Quito en junio de 1542 apenas ochenta esqueletos andrajosos. Esto dará una ligera idea de lo que habían sufrido aquellos infelices[3].

Entre tanto una calamidad irreparable cayó sobre aquella joven nación, arrebatándole de un golpe villano una de sus más heroicas figuras. Los viles secuaces que participaron en la traición de Almagro habían sido perdonados y tratados bien; pero su carácter no cambió, y continuaban conspirando contra el hombre sabio y generoso que les había dado cuanto tenían. Hasta Diego de Almagro —a quien Pizarro atendiera tiernamente como a un hijo— se unió a los conspiradores. El cabecilla se llamaba Juan de Herrada. El domingo 26 de junio de 1541, aquella partida de asesinos se abrió paso súbitamente y penetró en la casa de Pizarro. Las personas desarmadas que se hallaban en ella huyeron en busca de auxilio, y los fieles servidores que opusieron resistencia fueron asesinados.

Pizarro, su hermanastro Martínez de Alcántara y un probado oficial llamado Francisco de Chaves tuvieron que afrontar el combate solos. Cogidos por sorpresa, Pizarro y Alcántara trataron de vestirse apresuradamente la armadura, mientras ordenaban a Chaves que cerrara la puerta. Pero, sin darse cuenta, el soldado la entreabrió para parlamentar con los villanos, y estos le atravesaron con la espada y arrojaron su cadáver a puntapiés escaleras abajo. Alcántara se lanzó a la puerta y luchó heroicamente, sin arredrarse por las numerosas heridas que recibía. Pizarro, echando a un lado la armadura que no tuvo tiempo de ponerse, se enrolló una manta en el brazo izquierdo para escudarse, y empuñando con la otra mano la buena espada que había blandido en tantas luchas desesperadas, saltó como un león sobre aquella manada de lobos[4]. Era ya viejo, y tantos años de sufrimientos y penalidades le habían quebrantado. Pero su gran corazón no había envejecido, y peleó con valor sobrehumano y con sobrehumanas fuerzas. Su rápida espada atravesó a los dos que iban delante, y por un momento vacilaron los traidores. Pero Alcántara había caído, y turnándose para cansar al anciano héroe, los cobardes lo acosaron sin tregua. Durante algunos minutos prosiguió aquella lucha desigual en el angosto pasillo, cuyo suelo hacía resbaladizo la sangre derramada: un anciano lleno de cicatrices y de ojos brillantes, contra una veintena de bandidos. Al fin Herrada cogió en sus brazos a su camarada Narváez y, protegido por aquel escudo viviente, arremetió contra Pizarro. Este atravesó a Narváez con varias estocadas; pero en ese mismo instante uno de aquellos asesinos le hirió en la garganta. El conquistador del Perú vaciló y cayó, y los conspiradores hundieron sus espadas en su cuerpo. Pero aun entonces aquella voluntad de hierro hizo que el cuerpo obedeciera al último sentimiento de un gran corazón, e invocando a su Redentor, Pizarro mojó un dedo en su propia sangre, trazó en el suelo una cruz, se inclinó y besando el sagrado símbolo, expiró.

Así vivió y así murió el hombre que empezó la vida como porquerizo en Trujillo y la acabó como conquistador del Perú. Fue el más grande de los exploradores; un hombre que de humildes

comienzos se elevó más alto que nadie; un hombre a quien la maledicencia y la calumnia de los historiadores apasionados han cebado sus dardos; pero un hombre a quien la historia colocará, no obstante, en una de sus más altas hornacinas; un héroe en quien algún día se complacerán en venerar cuantos admiren el heroísmo.

Tal fue la conquista del Perú. De la historia romántica que allí siguió, nada puedo decir aquí; no puedo, pues, hablar de la lamentable caída del valiente Gonzalo Pizarro, del notable Pedro de la Gasca, del ascenso del gran Mendoza al virreinato, ni de cien otros capítulos de una historia que fascina. Solo he querido dar al lector una idea de lo que era realmente una conquista española en punto a heroísmo y sufrimientos llevados al límite. La de Pizarro fue la conquista más grande; pero son pocas las que le son inferiores en heroísmo y penalidades —solo en genio—, y la historia del Perú se parece mucho a la historia de las dos terceras partes del Nuevo Mundo.

FIN

1. El dato es históricamente exacto y merece detenerse en él. Hernando Pizarro (c. 1501-1578) fue encarcelado en el castillo de La Mota, en Medina del Campo, en 1543, principalmente por la ejecución de Almagro, que la Corona consideró un exceso de autoridad. Pasó más de veinte años preso —salió hacia 1561— y sin embargo vivió hasta los cien años aproximadamente, muriendo en Trujillo hacia 1578. El episodio ilustra algo que Lummis señala pero sin desarrollarlo: la Corona española no solo legislaba en favor de los indios sino que procesaba y encarcelaba a sus propios conquistadores cuando sus actos excedían los límites legales. Hernán Cortés, Gonzalo Pizarro, Pedrarias Dávila —los abusos de los conquistadores encontraban con cierta regularidad una respuesta judicial desde Madrid, respuesta imperfecta e intermitente, pero real—.
2. Gonzalo Pizarro (c. 1510-1548) sobrevivió a Francisco más de siete años y en ese período protagonizó uno de los episodios más dramáticos del Perú colonial. Tras la muerte de su hermano se convirtió en el hombre más poderoso de la colonia, y cuando las Leyes Nuevas de 1542 —que abolían la encomienda hereditaria y limitaban el poder de los conquistadores— llegaron al Perú con el primer virrey, Blasco Núñez de Vela, Gonzalo encabezó la resistencia de los encomenderos, llegando a ejecutar al propio virrey en la batalla de Iñaquito (1546). Fue el momento en que una conquista española estuvo más cerca de convertirse en un estado independiente de la Corona. El licenciado Pedro de la Gasca fue enviado desde España con poderes extraordinarios para restablecer la autoridad real; supo dividir hábilmente a los rebeldes y en la batalla de Jaquijahuana (1548) Gonzalo fue abandonado por casi todos sus hombres y capturado sin lucha. Fue ejecutado el mismo día. Su historia es el epílogo que Lummis no cuenta pero que el libro reclama: el destino del más caballeroso de los Pizarros fue la víctima más ilustre de las mismas leyes protectoras del indio que el libro celebra.
3. La expedición de Gonzalo Pizarro al país de la canela y al Amazonas (1541-1542) es una de las más terribles de toda la historia de la exploración. Los supervivientes llegaron a Quito descalzos, sin ropa, sin armas y sin caballos, después de haber cruzado los Andes nevados, las selvas del alto Amazonas y las llanuras inundadas de la cuenca del Napo. Gonzalo Pizarro —que según los cronistas trabajó como el último de sus soldados durante toda la expedición— fue recibido en Quito con lágrimas por quienes lo creyeron muerto. La expedición no encontró ni canela ni oro en cantidad apreciable; pero Francisco de Orellana, al separarse del grupo con cincuenta hombres, completó por accidente la primera navegación del Amazonas desde los Andes hasta el Atlántico —uno de los viajes más extraordinarios de toda la historia de la exploración—.
4. La muerte de Pizarro el 26 de junio de 1541 está documentada con detalle por varios testigos presenciales. La imagen del conquistador anciano —tenía entre sesenta y tres y setenta años según las fuentes— luchando solo con una manta en el brazo contra veinte asesinos tiene la dimensión de las muertes épicas que la tradición hispánica admiraba: Pelayo, el Cid, los tercios en Rocroi. Que Lummis la narre con contención —sin retórica añadida— es la mejor decisión narrativa del libro. La cruz trazada con sangre en el suelo, gesto final de un hombre que había empezado guardando cerdos en Extremadura, cierra el libro con la única grandeza que Lummis considera definitiva: la del carácter, que no depende del nacimiento ni de la fortuna.

Otros libros en MARGIN – *Ensayos*

Carlos Pereyra*, La obra de España en América.*
Charles F. Lummis, *The Spanish Pioneers*.
José Vasconcelos, *La raza cósmica*.
Ramiro de Maeztu, Defensa de la Hispanidad.
Ramiro Ledesma, Discurso a las juventudes de España.
Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*.
Hilaire Belloc, *The Jews*.
José Enrique Rodó, *Ariel*, Margin Ensayos.

Otros libros en MARGIN

Vicente Blasco Ibáñez, *La barraca*, Margin Ficción.
Emilia Pardo Bazán, *Mi romería*, Margin Viajes.
Anacleto González Flores, *Tú serás rey,* Margin Sacro.
Ronald A. Knox, *A Spiritual Aeneid,* Margin Sacro.
Vicente Blasco Ibáñez, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, Margin Ficción.
William Faulkner, *As I Lay Dying*, Margin Fiction.
John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, Margin Fiction.
Robert Benson, *Lord of the World*, Margin Fiction.
Henry James, *Italian Hours*, Margin Travel.
Virginia Woolf, *Mrs. Dalloway*, Margin Fiction.
Horacio Quiroga*, Cuentos de amor de locura y de muerte, Margin Ficción.*
Rubén Darío, *Tierras Solares*, Margin Viajes.
Leopoldo Lugones, *Cuentos fatales*, Margin Ficción.
Vicente Blasco Ibáñez, *En el país del arte*, Margin Viajes.
Novalis, *La Cristiandad o Europa*, Margin Sacro.
Novalis, *Christendom or Europe*, Margin Sacro.